





HALMES

—
LA

SOCIÉTÉ



4

AP60

B3

v.4

1873

009349



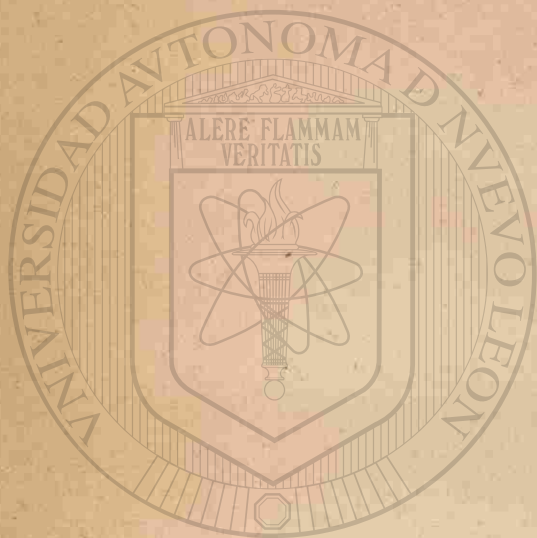
1080014342

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

ALERE FLAMMAM
VERITATIS



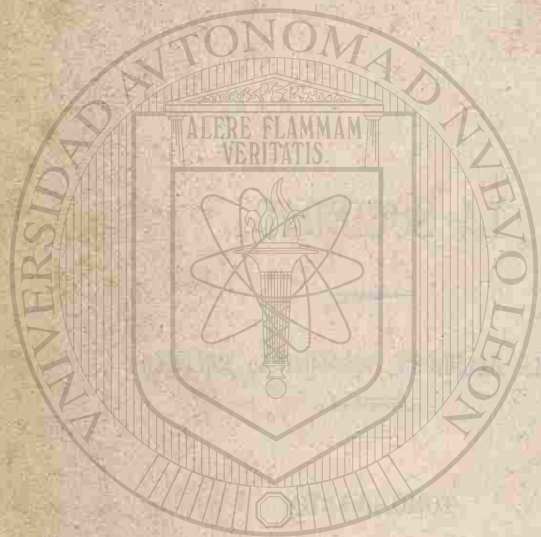
LA SOCIEDAD.

REVISTA RELIGIOSA, FILOSÓFICA, POLÍTICA
Y LITERARIA.

TOMO CUARTO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LA SOCIEDAD.

REVISTA
RELIGIOSA, FILOSÓFICA, POLÍTICA
Y LITERARIA

FOR

D. JAIME BALMES,
PRESBITERO.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

CUARTA EDICION.

Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BARCELONA.

IMPRENTA DEL DIARIO DE BARCELONA,
CALLE NUEVA DE SAN FRANCISCO, 17.

1873.

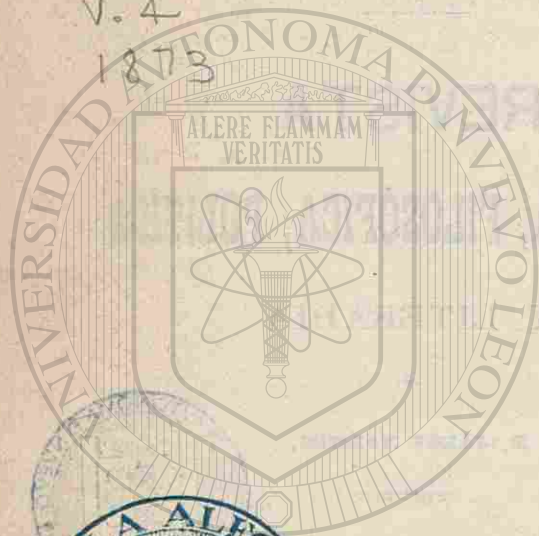
45866

AP 60

B3

V. 4

1873



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

(Números de la Revista correspondientes
á 1.º y 15 de marzo de 1844.)

BARCELONA.

Artículo 1.º

REFLEXIONES SOBRE LAS CAUSAS DE SU PROSPERIDAD, Y REFUTACION DE ALGUNAS PREOCUPACIONES.

La ciudad de Barcelona es digna de llamar la atención, no solo por la importancia que en sí tiene, sino también por lo que puede influir en los destinos de España. Y cuando esto decimos, estamos muy léjos de exagerar; pues que siendo la capital del Principado la segunda población de la monarquía si solo atendemos al número de sus habitantes, tal vez podremos considerarla como la primera, si nos paramos en los elementos de prosperidad que en sí propia entraña; elementos que desarrollados á la sombra de circunstancias favorables por espacio de veinte y cinco años, podrían convertirla en una de las mas populosas y florecientes ciudades de Europa.

En efecto, si Madrid es la villa de las espaciosas calles y de los soberbios palacios, lo debe á que se ha fijado en ella la corte. Suponed que esta se traslada á Sevilla ó á

009349

AP 60

B3

V. 4

1873



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

(Números de la Revista correspondientes
á 1.º y 15 de marzo de 1844.)

BARCELONA.

Artículo 1.º

REFLEXIONES SOBRE LAS CAUSAS DE SU PROSPERIDAD, Y REFUTACION DE ALGUNAS PREOCUPACIONES.

La ciudad de Barcelona es digna de llamar la atención, no solo por la importancia que en sí tiene, sino también por lo que puede influir en los destinos de España. Y cuando esto decimos, estamos muy léjos de exagerar; pues que siendo la capital del Principado la segunda población de la monarquía si solo atendemos al número de sus habitantes, tal vez podremos considerarla como la primera, si nos paramos en los elementos de prosperidad que en sí propia entraña; elementos que desarrollados á la sombra de circunstancias favorables por espacio de veinte y cinco años, podrían convertirla en una de las mas populosas y florecientes ciudades de Europa.

En efecto, si Madrid es la villa de las espaciosas calles y de los soberbios palacios, lo debe á que se ha fijado en ella la corte. Suponed que esta se traslada á Sevilla ó á

009349

Lisboa, y desde luego Madrid desaparece del mapa de España. Sucederle há lo propio que á Toledo, cuyo grandor está solo en los recuerdos, cuya magnificencia vive únicamente en los monumentos religiosos. No se verifica esto con Barcelona, la cual no necesita de la corte, no há menester el brillo postizo; ni para ser rica y populosa requiere que vivan en ella los grandes magnates. Siglos han pasado desde que desaparecieron de la misma los antiguos condes; muchas de las familias de la mas alta nobleza se han amontonado en la capital de la monarquía, mas por eso Barcelona no ha decaído; antes al contrario, á un ensanche ha debido seguir otro ensanche; á unos edificios se han debido añadir otros, y luchando con las fortificaciones que la constriñen y ahogan, no teniendo lugar en la tierra se ha levantado por los aires con sus altísimas casas.

Y ¿de dónde dimana este desarrollo que nada puede contener? de su magnífica posición topográfica, de que está situada en terreno feraz, en clima suave, bajo un cielo hermoso y encantador, al lado de la Francia, no lejos de Italia, á las inmediaciones de las Baleares, en frente del África, sirviendo de punto de comunicacion entre todas las poblaciones de la costa del Mediterráneo, y todo esto con habitantes de suyo laboriosos y activos, y siendo cabeza de Cataluña, nombrada en todas partes por su constancia, por su tenacidad, por su perseverante sufrimiento en todo lo concerniente á la agricultura y á la industria. Por esta causa, nada han podido para abatirla en los tiempos antiguos ni modernos, los terribles desastres de que ha sido víctima. Muchas otras poblaciones vemos cuya prosperidad no puede resistir á un sitio, á un incendio y otros contratiempos de esta clase; mas en Barcelona nada pueden las calamidades públicas para contener el desarrollo de la industria y comercio. A principios de este siglo se halló durante seis años en poder de un ejército extranjero, ausentes buena parte de sus moradores, dispersos ú ocultos sus capitales, incomunicada con el resto de la provincia, y sometida

á suspicaz vigilancia de la policía francesa, que no sin razón veía en cada ciudadano un enemigo, y que estaba temiendo continuamente que no estallasen conspiraciones contra el tirano que la oprimía. Colocad en situación semejante á otras ciudades, y será imposible que se levanten jamás de la postracion en que habrán caído. Los capitales separados de ella por espacio de tantos años habrán tomado otra direccion; naturalmente se habrán formado otros centros de comercio rivales ya de la capital antigua; los conductos del movimiento industrial y mercantil se habrán obstruido y estropeado con el desuso; y ya será poco menos que imposible resucitar aquel movimiento, indicio seguro de la plenitud de la vida. Mas esto acontecerá tratándose de poblaciones que deban su riqueza y prosperidad á circunstancias transitorias, y no puede verificarse en Barcelona por haberla favorecido la naturaleza con tal conjunto de ventajas que difícilmente se reúnen en otra ciudad del mundo.

El general Seoane, en momentos de indignacion contra la capital del Principado que no se le habia mostrado afectada en demasia, afirmó que para el bien de Cataluña y de España era preciso cortar el brio y debilitar las fuerzas de la turbulenta ciudad; ó como él decia, era urgente, indispensable, aplicarle sangrias que la curasen de la plétora que estaba padeciendo. Dejando aparte el aspecto político, del cual no queremos ocuparnos por ahora, observaremos que quizás algunos de entre los mismos catalanes sean de parecer que no andaba tan desacertado el general Seoane cuando se proponia dispersar y desparramar por el Principado los elementos industriales y mercantiles que se hallan agolpados en la capital. Escuchemos primero las razones que nos presentan los partidarios de semejante opinion, y examinemos en seguida cuál es el peso de ellas en la balanza de la economía política. « Todo lo absorbe Barcelona, dicen esos hombres, poblacion, dinero, capitales de toda clase, inteligencia; todo se reúne allí; resultando de esto que se enervan las fuerzas del resto del Prin-

cipado, que las demás poblaciones no pueden medrar y que no hay la debida proporcion entre la cabeza y los miembros. Observad lo que sucede en todos los ramos. ¿Hay un artesano de disposiciones aventajadas? se traslada á Barcelona: ¿hay un fabricante que ha aumentado mucho sus capitales ó perfeccionado sus productos? se establece en Barcelona: ¿hay un comerciante que ha dado mucha extension á sus negocios, que ha logrado tener abiertas varias casas, que necesita numerosos corresponales? fija su habitacion en Barcelona, allí forma sus grandes almacenes, allí coloca el centro de todo su movimiento mercantil. De aquí dimana que los artefactos mas cumplidos y elegantes salen precisamente de la capital; y añadiéndose á esto la preocupacion de que lo fabricado en Barcelona es mejor que lo del resto de la provincia, resulta que las poblaciones subalternas viven como esclavas de aquella, siéndoles imposible competir con ella en ningun ramo.

» Si Barcelona no ejerciese esa especie de soberanía industrial y mercantil, si los elementos de riqueza se hallasen desparramados por toda la provincia, si Reus, Igualada, Manresa, Vich, Berga, Olot, Gerona, fuesen otros tantos centros de actividad y movimiento, capaces de competir con la capital, y que dejándole cierta superioridad, no se viesen precisadas á postrarse á sus piés, parece que la vida industrial y mercantil estaria mejor distribuida, que la riqueza pudiera ser mayor, y que la prosperidad de Cataluña alcanzaria con ello grandes creces.»

No puede negarse que á primera vista no sean escasas las reflexiones aducidas; y no serán pocos los que al verlas propuestas, se dejen convencer plenamente de que en realidad el proyecto de Seoane envolvia una idea justa, prudente y en extremo económica. A pesar de todo, no podemos creer que haya en todo esto una palabra de verdad; y vamos á señalar las razones en que estriba nuestra opinion.

Ante todo presentaremos una observacion muy sencilla, pero que basta por sí sola á desvanecer esos castillos aé-

reos. En política, en administracion y en todo lo concerniente á la práctica, no debe llamarse verdadero lo que es inaplicable; porque desde el momento que una teoria no se puede realizar, es señal de que está en lucha con la misma naturaleza de las cosas, y que por tanto no es verdadera con relacion á ellas. Ahora bien, ¿es posible disminuir la pujanza de Barcelona de suerte que lo que esta pierda lo ganen las demás poblaciones? Creemos que nó, y para demostrarlo echaremos mano de varias suposiciones. Demos que se impulsa de una manera extraordinaria el ramo de los caminos y canales para dar movimiento á lo interior del Principado, y hacer que participe algun tanto de las ventajas que á Barcelona produce el ser puerto de mar y la confluencia de las principales carreteras. Entonces será mas fácil conducir á las poblaciones de segundo orden las materias primeras, y extraer de sus fábricas los productos elaborados conduciéndolos con mas rapidez y baratura á los mercados que ofrezcan esperanza de despacho; pero ¿qué habremos ganado con esto para disminuir la preponderancia de Barcelona sobre las demás ciudades? Si estas se aprovechan del beneficio de la mayor comunicacion, se aprovechará tambien ella; y con la mayor facilidad y menor precio de los trasportes podrá establecer en todos los puntos del Principado grandes almacenes de todos géneros con lo cual proporcionará mas trabajo á sus fábricas y mas actividad y vida á su comercio. Las poblaciones de segundo orden se habrán mejorado, habrán crecido en número de habitantes, y dado impulso á su industria y tráfico; pero en mayor proporcion se habrá mejorado ella, supuesto que abundando mas de inteligencia y de capitales, habrá explotado con mas fruto las ventajas del aumento de las comunicaciones.

Supongamos que para disminuir el movimiento mercantil de Barcelona, se quiere hacer menos concurrido su puerto, habilitando otro cualquiera que pareciese conveniente, proyecto que si no nos engañamos era uno de los excogitados y propuestos por el general Seoane. En primer

lugar las embarcaciones mercantiles no acuden al puerto de Barcelona por las comodidades marítimas que este les ofrezca, sino por la oportunidad que allí encuentran para sus compras ó ventas. Habilitad un puerto, imaginad que reúne muchas mas comodidades que el de Barcelona; ¿improvisareis allí una ciudad con sus almacenes, sus fábricas, su numerosa poblacion, sus posadas, sus cafés, sus teatros y todo cuanto puede desearse para las necesidades y placeres de la vida, y las conveniencias de las especulaciones mercantiles? Ciertamente que nó. La nueva poblacion se irá quizás aumentando; mas para esto necesita el trascurso de muchos años, y teniendo que luchar con otra ciudad rival y poderosa que tiene interés en conservar su preponderancia, y que redoblará su actividad, aun cuando no fuera por otra causa, por motivos de emulacion, resultará que aprovechándose esta del mismo movimiento que se despierta en el punto nuevamente vivificado, acrecentará su riqueza, y por lo tanto la proporcion no se habrá cambiado.

Hágase la suposicion que se quiera, á no ser que se apele á medidas brutales que repugnan á la civilizacion, á la humanidad, y que no podrian menos de estar en lucha con la equidad y la justicia, y que además serian irrealizables, siempre tendremos que todo cuanto se excogite para disminuir la preponderancia de Barcelona, ha de ser esforzándose en crear en otras partes de Cataluña nuevos centros de industria y de comercio; de estos centros se aprovechará siempre la capital para dar mas movimiento á sus fábricas, vaciar sus almacenes, atraer numerario y proporcionarse las materias que necesite.

Parécenos que es falso lo que afirman algunos de que las grandes capitales absorben á las poblaciones de segundo órden y que les quitan sus elementos de prosperidad y riqueza. Fácil es decir por ejemplo que Barcelona no deja que Reus, Igualada, Manresa, Berga, Vich, Gerona y otras poblaciones de segundo órden se levanten á mayor altura de la que han alcanzado hasta ahora; mas en esto se come-

te un error que consiste en considerar lo que son estas poblaciones existiendo Barcelona, sin atender á lo que serian si ella no existiese, ó no fuera tan pujante. Para hacer sentir la fuerza de esta reflexion nos dirigiremos á los mismos que al parecer podrian interesarse en el cambio, y les preguntaremos si desearian que Barcelona no fuese mas que una poblacion de treinta ó cuarenta mil almas, con una riqueza proporcionada á este número. Estamos seguros que si reflexionan un momento retrocederán á la vista de semejante suposicion, y de que tendrán desde luego un vivo presentimiento, una prevision muy clara del daño que habrian de sufrir en vez de las ventajas que se prometieran. ¿Dónde estarian los grandes capitales para la formacion de los almacenes de las materias primeras necesarias al movimiento de las fábricas; para hacer frente á los cuantiosos adelantos que se han menester en un comercio organizado en anchurosa escala, como es indispensable cuando se ha de dar salida á productos muy abundantes; para traer del extranjero las invenciones sin cuyo conocimiento y planteo seria imposible colocarse al nivel de la época, y sostener la competencia en los mercados? ¿Dónde se podrian formar las sociedades opulentas que para vivir necesitan centros populosos, llenos de vida, de actividad y de movimiento? En una palabra, si suponemos que la capital desfallece participarán del desfallecimiento las demás poblaciones; experimentando desde luego que lo que ellas creyeran que las enervaba con su fuerza absorbente, era la cabeza, el corazón, que hacian circular por ellas la sangre, y que faltando este recurso quedaban condenadas á la languidez y á la muerte.

Nos convenceremos mas y mas de la solidez de estas razones si atendemos á lo que sucede en todos los demás países: donde hay mas industria y comercio, allí hay capitales mas populosas; y recíprocamente, donde estas existen, allí se nota mas vida, mas movimiento industrial y mercantil, que se extiende en círculos concéntricos alrededor de la gran ciudad, disminuyéndose á proporcion de la ma-

yor distancia, hasta extinguirse en la extremidad del radio. Os hallais todavía á muchas leguas de una de esas grandes ciudades y todo os anuncia que os aproximais á ella. La convergencia de los grandes caminos, el tráfico de todos géneros, la mayor animacion, regularidad y belleza que presentan las poblaciones, el mayor aseo de los trajes, la mejor cultura de los campos; en una palabra, un estado mas ventajoso de todo cuanto sirve á las comodidades de la vida os indica la existencia y cercanía de uno de esos grandes centros de riqueza y circulacion.

De aquí se infiere que si las capitales absorben, tambien comunican, y probablemente con usura; porque si es verdad, como indudablemente lo es, que la asociacion es un manantial fecundo de adelantos de todas clases, verificándose esta asociacion en las grandes capitales en escala mucho mayor que en ciudades pequeñas, es evidente que no hay solo en ellas una fuerza que absorbe, sino que hay otra mucho mayor que produce. Como además esta produccion tiene grandes necesidades que satisfacer, así por lo tocante á las materias primeras que le sirven de base, como por lo relativo á sus procedimientos y á la expendicion de sus productos, resulta que muchísimos géneros encuentran salida que no la encontrarían en otra parte; que muchos brazos hallan ocupacion que de otra suerte se verían precisados á permanecer inactivos; y que muchas atenciones se pueden cubrir con facilidad y baratura cuando á no existir las capitales seria preciso renunciar á ello. Además que la declamacion contra las grandes ciudades es del género de aquellas que luchan con hechos indestructibles, y que por lo mismo son impropias de personas reflexivas, que despreciando lo inútil miran únicamente á lo que puede acarrear provecho. Desde que la civilizacion moderna ha tomado grande incremento, se ha visto una tendencia marcada al acumulamiento en las poblaciones. Los señores descendieron de sus castillos feudales, y se establecieron en las ciudades subalternas: de estas pasaron á las capitales de provincia, de donde se trasladaron á la corte. El

curso seguido por los dueños de la riqueza territorial ha sido imitado por todos los poseedores de otra cualquiera, y así la misma naturaleza de las cosas ha creado esos centros que cada dia tienden á engrandecerse mas y mas. Decís que Londres disminuye las demás ciudades de Inglaterra, así como París las de Francia, sin advertir que á la sombra de aquellas poblaciones colosales se han formado y se conservan otras, que serian dignas capitales de otros reinos. Si Londres no existiese quizás no existirían Manchester y Liverpool; así como desapareciendo París menguarían Lion y otras ciudades de la Francia. En un país donde las poblaciones sean pequeñas, la que reúne trescientas ó cuatrocientas mil almas parece ya muy grande. En Inglaterra donde la capital encierra un millon y medio de habitantes, una ciudad de cuatrocientas mil almas pertenece á una categoría subalterna. Y es que el grandor es cosa relativa, así como la pequeñez: un hombre de estatura regular es un gigante al lado de un pigmeo, y un pigmeo al lado de un gigante. — *J. B.*

SOBRE LA INSTRUCCION DEL CLERO.

Los sagrados dogmas de la religion permanecen siempre los mismos, siempre inalterables; porque siendo verdades reveladas por Dios no pueden estar sujetos á mudanza. Pero las formas bajo las cuales pueden presentarse en sus relaciones con el hombre, con la sociedad y la naturaleza, son muy varias; y de aquí es que vemos explanada la doctrina de la Iglesia de diferentes modos, segun han sido diferentes los tiempos y las circunstancias. A esta variedad han contribuido dos causas: el estado de los pueblos á quienes se habia de enseñar, y la clase de enemigos con quienes era preciso combatir. Los apóstoles y sus in-

yor distancia, hasta extinguirse en la extremidad del radio. Os hallais todavía á muchas leguas de una de esas grandes ciudades y todo os anuncia que os aproximais á ella. La convergencia de los grandes caminos, el tráfico de todos géneros, la mayor animacion, regularidad y belleza que presentan las poblaciones, el mayor aseo de los trajes, la mejor cultura de los campos; en una palabra, un estado mas ventajoso de todo cuanto sirve á las comodidades de la vida os indica la existencia y cercanía de uno de esos grandes centros de riqueza y circulacion.

De aquí se infiere que si las capitales absorben, tambien comunican, y probablemente con usura; porque si es verdad, como indudablemente lo es, que la asociacion es un manantial fecundo de adelantos de todas clases, verificándose esta asociacion en las grandes capitales en escala mucho mayor que en ciudades pequeñas, es evidente que no hay solo en ellas una fuerza que absorbe, sino que hay otra mucho mayor que produce. Como además esta produccion tiene grandes necesidades que satisfacer, así por lo tocante á las materias primeras que le sirven de base, como por lo relativo á sus procedimientos y á la expendicion de sus productos, resulta que muchísimos géneros encuentran salida que no la encontrarían en otra parte; que muchos brazos hallan ocupacion que de otra suerte se verían precisados á permanecer inactivos; y que muchas atenciones se pueden cubrir con facilidad y baratura cuando á no existir las capitales seria preciso renunciar á ello. Además que la declamacion contra las grandes ciudades es del género de aquellas que luchan con hechos indestructibles, y que por lo mismo son impropias de personas reflexivas, que despreciando lo inútil miran únicamente á lo que puede acarrear provecho. Desde que la civilizacion moderna ha tomado grande incremento, se ha visto una tendencia marcada al acumulamiento en las poblaciones. Los señores descendieron de sus castillos feudales, y se establecieron en las ciudades subalternas: de estas pasaron á las capitales de provincia, de donde se trasladaron á la corte. El

curso seguido por los dueños de la riqueza territorial ha sido imitado por todos los poseedores de otra cualquiera, y así la misma naturaleza de las cosas ha creado esos centros que cada dia tienden á engrandecerse mas y mas. Decís que Londres disminuye las demás ciudades de Inglaterra, así como París las de Francia, sin advertir que á la sombra de aquellas poblaciones colosales se han formado y se conservan otras, que serian dignas capitales de otros reinos. Si Londres no existiese quizás no existirían Manchester y Liverpool; así como desapareciendo París desaparecerían Lion y otras ciudades de la Francia. En un país donde las poblaciones sean pequeñas, la que reúne trescientas ó cuatrocientas mil almas parece ya muy grande. En Inglaterra donde la capital encierra un millon y medio de habitantes, una ciudad de cuatrocientas mil almas pertenece á una categoría subalterna. Y es que el grandor es cosa relativa, así como la pequeñez: un hombre de estatura regular es un gigante al lado de un pigmeo, y un pigmeo al lado de un gigante. — *J. B.*

SOBRE LA INSTRUCCION DEL CLERO.

Los sagrados dogmas de la religion permanecen siempre los mismos, siempre inalterables; porque siendo verdades reveladas por Dios no pueden estar sujetos á mudanza. Pero las formas bajo las cuales pueden presentarse en sus relaciones con el hombre, con la sociedad y la naturaleza, son muy varias; y de aquí es que vemos explanada la doctrina de la Iglesia de diferentes modos, segun han sido diferentes los tiempos y las circunstancias. A esta variedad han contribuido dos causas: el estado de los pueblos á quienes se habia de enseñar, y la clase de enemigos con quienes era preciso combatir. Los apóstoles y sus in-

mediatos sucesores hablaban un lenguaje distinto del que usaban los misioneros que se proponían convertir á los bárbaros del Norte; los jesuitas predicaban á sus neófitos del Paraguay en estilo muy diferente del de Bossuet, Massillon y Bourdaloue; y al lenguaje de unos ni otros no se parece el que oímos de Ravignan y Lacordaire. En la polémica con los enemigos de la Iglesia notamos la misma variedad. Hay diferencia muy palpable entre las obras de San Jerónimo y de San Agustín, y las de estos Santos Padres y las de Santo Tomás; entre las de Belarmino y las de los doctores de los siglos medios; entre las de Bossuet y las de Belarmino; y entre las de los apologistas mas modernos y los de los siglos que precedieron.

Segun es diferente el estado intelectual y moral de los pueblos es necesario hablarles otro lenguaje; lo que es muy fácil al hombre civilizado, es inasequible al bárbaro; lo que para el sábio es muy llano, es inaccesible al hombre rudo. Hasta entre los pueblos civilizados es muy extensa la escala en que se hallan distribuidos; y segun sea el desarrollo intelectual y moral á que hayan llegado, será preciso ofrecerles las ideas bajo distintas formas, y excitar de diferente manera sus sentimientos. ¿No estamos palpando esta verdad en el recinto de una misma poblacion? ¿No experimentamos que un discurso muy acomodado para un auditorio escogido, será totalmente desproporcionado para la generalidad del pueblo? Expresiones que repugnan á aquel son muy agradables á este; y rasgos que al segundo le arrancarán abundantes lágrimas dejarán frio al primero, y quizás le moverán á desprecio ó risa.

Si esto se verifica entre los habitantes de una misma ciudad, cuyas ideas, sentimientos y costumbres han estado en perenne comunicacion, y que por necesidad han debido afectarse reciprocamente, ¿qué no sucederá con generaciones apartadas unas de otras á la distancia de largos siglos? Claro es que si se ha de obrar sobre los espíritus con suavidad y eficacia, ha de ser adaptándose á ellos, y tomando, por decirlo así, su carácter é inclinaciones. Obs-

tinarse en hablar á los hombres de hoy, como se hablaba á los de los siglos medios, sería ó desconocer completamente la naturaleza humana, ó empeñarse en inútil lucha con la realidad de las cosas.

Cuando se trata de defender la verdad, es preciso pelear en el terreno donde el adversario coloca la cuestion, si no queremos que se nos llame amigos de las tinieblas y del exclusivismo, y se diga que no somos capaces de sostener ventajosamente la lid, sino en el palenque que nosotros mismos hemos escogido, preparándole adrede con estudiadas ventajas que garanticen el triunfo de nuestra doctrina. Estos adversarios emplean tambien diferentes medios de ataque, segun la variedad de tiempos y circunstancias; y esto lo hacen, no tan solo con premeditacion de un plan, sino tambien porque afectados del espíritu del siglo en que viven, echan mano con preferencia de aquella clase de argumentos que mas se adaptan al estado intelectual de su tiempo.

De estas consideraciones inferimos la indispensable necesidad de que los conocimientos del clero se hallen al nivel de la época, para que la causa del error no cuente con recursos de que escasee la verdad. Es preciso que los ministros de la religion se penetren de toda la gravedad é importancia de este deber, y de cuán necesario es que viviendo separados del siglo por la pureza de la vida y la austeridad de costumbres, no permanezcan inmóviles en medio de la marcha que en sus alrededores se verifica. Es menester grabar profundamente en el ánimo, que no es inconciliable la luz del entendimiento con la rectitud del corazón, que la ciencia no está reñida con la virtud, y que los eclesiásticos pueden muy bien tener la vista fija sobre el progreso intelectual, sin dejarse contagiar de la corrupcion que á veces acompaña los adelantos.

El hombre encargado de enseñar á los demás las verdades mas importantes, no debe quedarse rezagado en ningun sentido; así como debe servirles de modelo en la pureza de la vida, así debe tambien empuñar el cetro de la

inteligencia; porque es preciso confesar que la reunion de la santidad, de la sabiduría y del sacerdocio, forma un conjunto tan sublime, que á su ascendiente no pueden resistir hasta los espíritus mas incrédulos. Obsérvese lo que acontece en el mundo, y se notará que donde quiera que existe esta admirable reunion de circunstancias, allí se dirigen los homenajes del público; y hasta los mas dominados por preocupaciones contrarias á la religion, ó tributan un obsequio á la persona, ó permanecen en respetuoso silencio. Cuando los vándalos entraron en Hipona acataron los restos de San Agustín que acababa de fallecer; cuando ocupaba la Silla de Cambray el inmortal Fenelon, los jefes de los ejércitos se impusieron el deber de respetar el territorio del ilustre prelado.

Como los individuos del clero, por razon de su instituto han de vivir apartados del mundo, mayormente mientras se están formando en los seminarios, corren el peligro de acostumbrarse á un orden de ideas, sentimientos y hábitos, que nada tengan de semejante con lo que prevalece y domina en la sociedad que los rodea. Este inconveniente, nacido de la misma naturaleza de las cosas, solo puede obviarse teniendo montados los sistemas de instruccion con tal arte, que los jóvenes al propio tiempo que se penetren del espíritu del Evangelio para arreglar á él sus costumbres, conozcan tambien el espíritu del siglo para dirigir acertadamente á los que viven en medio de él. Y no se crea que un sistema semejante sea de todo punto imposible: es difícil, sí, no lo negamos; pero con buena intencion, con firme voluntad y perseverancia se superan los mayores obstáculos y se da cima á las mas arduas empresas. No opinamos que este resultado deba obtenerse siempre por medio de largas disertaciones; hay cosas que mas bien se sienten que no se entienden; y quizás un rasgo, una anécdota, una reflexion oportuna, un cuadro de costumbres, enseñan mas sobre el espíritu del siglo que un abultado volúmen.

Das cosas deben contribuir al logro del objeto indicado:

los profesores, y los libros; y sobre unos y otros conviene fijar la atencion escogiendo los mas acomodados al intento. Por lo que toca á los profesores, es ciertamente lamentable que las cátedras de los seminarios estén dotadas tan infelizmente, que no solo no se las pueda mirar como término de carrera, pero ni aun como un medio transitorio para ganarse la subsistencia. Quizás nos engañemos, pero en nuestro concepto pocas prebendas debiera haber que brindasen con mas emolumentos y comodidades que las cátedras aun de los mas pequeños seminarios; porque en no siendo así nadie quiere consagrarse á un trabajo tan asiduo y penoso, es mirada la enseñanza como accesorio de otro destino cualquiera, y á la primera oportunidad que se ofrece aprovecha el profesor la ocasion de salir de un estado tan precario. De esta manera, cuando un jóven ha empezado á formarse y á manejar las materias con soltura y desembarazo, abandona el puesto que en adelante habria ocupado con fruto, y es sustituido por un inexperto, que va á ensayar sus limitados conocimientos por espacio de pocos años, para seguir á su vez el camino de su antecesor cuando su capacidad comience á extenderse y adquiera mas habilidad y tacto para hacer adelantar á sus discípulos.

Pocos son los hombres á propósito para enseñar bien; y aun los que han recibido de la naturaleza este don precioso, no lo emplean con acierto sino despues de mucha observacion sobre el efecto que producen los diferentes métodos. Es tanta la variedad de los talentos, es tal la diversidad de las materias, se reúnen en torno de una misma cátedra alumnos de índoles tan distintas, que solo á fuerza de un tacto exquisito que por necesidad ha de ser el fruto de dilatada experiencia, puede un profesor presentar sus ideas de tal manera que no excedan la capacidad de los de alcance limitado y no fastidien á los de comprension aventajada. Es preciso coordinar los pensamientos de tal suerte, que mientras sean para los de corto talento como una cartilla que les sirva de modelo, sean tambien fecun-

da semilla para los que estén dotados de una capacidad vasta, y se sientan inclinados á meditar por sí mismos los objetos de la enseñanza.

Las ciencias eclesiásticas presentan bajo este punto de vista terribles dificultades; cuando se las quiere presentar de manera que, sin perder nada de su verdad y gravedad, puedan ofrecerse á los ojos del público sin causar extrañeza, antes llamando la atención por su dignidad y lustre, se encuentran tales embarazos que solo puede deshacerse de ellos una mano muy ejercitada. Entre varias razones que quizás podrían señalarse, es en nuestro concepto una de las principales el que los estudios eclesiásticos si han de ser sólidos y profundos, han de hacerse no solo con los libros modernos, sino con los antiguos. Así por ejemplo, quien ha de poseer perfectamente la teología no ha de contentarse con lo que se ha escrito en los últimos tiempos. La Sagrada Biblia, los Santos Padres, las obras de los teólogos escolásticos, hasta las escritas con mal latín y pésimo gusto, han de ocuparle largas horas; y así es que está en peligro de acostumbrarse á vivir en otro siglo, con hombres muy diferentes, dando á sus ideas una dirección que nada tiene que ver con la que generalmente reciben las de los educados en medio del bullicio del mundo.

Quando la Religión dominaba completamente la sociedad, y la tenía, por decirlo así, bajo su tutela, cuando la clase eclesiástica era la primera en todos los órdenes, ejerciendo bajo distintas formas un poder político, y poseyendo la preeminencia en las ciencias y en las letras; formado un alumno en los seminarios adquiría allí mismo en cierto modo el espíritu del siglo. La literatura, la filosofía y las facultades mayores á que se dedicaba en el colegio, eran las mismas que se estudiaban en las universidades y demás establecimientos públicos. Ahora introducido el divorcio entre la política y la Religión, esparcido por la sociedad el escepticismo, habiendo desaparecido la afición á las ciencias eclesiásticas y cundido cierto desvío por todo lo que tiene visos de disertación de escuela, resulta que el

jóven que sale de un seminario donde no se hayan tenido en consideración estos hechos se encuentra con un mundo, que ni le comprende, ni es comprendido por él; con unos sabios que hablan otra lengua, y que nada entienden del idioma de los sabios de otras épocas, único que conoce el recién venido; si ataca á algún adversario, parte de principios que el otro no admite; y si es atacado y se defiende, contesta en términos quizás profundamente sabios, pero cuyo sentido el contrincante no alcanza, por ser aquella la primera vez que los oye. De manera que puede muy bien ocurrir que un jóven de talento muy claro, de dilatada instrucción y profundo saber, se encuentre embarazado en la polémica con un ignorante, no por falta de excelentes armas, sino por no tenerlas acomodadas al uso del día.

Por estas razones es de la mayor necesidad que cuantos toman parte en la dirección de los establecimientos de enseñanza eclesiástica, procuren por todos los medios posibles que la instrucción y la ciencia, sin perder nada de su exactitud y solidez, sin contagiarse de esa especie de disipación y vaguedad, que es uno de los achaques de que adolecen los conocimientos de nuestra época, la misma ciencia, repetimos, de San Agustín, de Sto. Tomás, de Belarmino, de Suarez, de Melchor Cano, se revista á los ojos del mundo con el traje que requiere el espíritu de nuestros tiempos; es preciso que la exposición de las mismas ideas se haga de diferente manera; que el hilo de los raciocinios se conduzca con nuevos métodos; que las fuentes de argumentación, cuando se haya de apelar á la razón natural, sean adaptadas al gusto científico dominante. Este gusto será, si se quiere, caprichoso, insustancial, inferior al que prevaleciera en otros siglos; pero sea lo que fuere, no está en nuestra mano el destruirle: es un hecho, y aun cuando no se le apruebe, es necesario conocer que existe, y obrar conforme á las nuevas condiciones que él nos impone. Protestar contra él, empeñarse en no tenerle en cuenta, proceder como si no existiese, es

luchar contra la fuerza de las cosas, es condenarse á vivir en el aislamiento, es privarse de los medios de accion sobre la sociedad, es no querer emplear en defensa de la Religion, armas que pueden servirle mucho, es olvidarse de la conducta que siguieron en todos tiempos los doctores de la Iglesia, cuando aplicaron tambien al órden científico aquella regla del Apóstol, *de hacerse todo para todos para ganarlos á todos.* — J. B.

EL SOCIALISMO.

ARTÍCULO 1.º

El *Socialismo*, ó bien aquella escuela que se propone destruir el órden social existente, constituirlo sobre nuevas bases y arreglarlo con diferente norma, es objeto digno de la meditacion de todos los hombres pensadores, y amantes de la humanidad. Porque se equivocaria grandemente quien considerase á estos novadores como despreciables fanáticos que victimas de una ilusion exagerada por el orgullo, pasan y desaparecen sin dejar tras sí ninguna huella. Es cierto que ni se han planteado ni pueden plantearse los sistemas que ellos propalan; que sus doctrinas se mantienen por ahora, y probablemente se mantendrán por mucho tiempo, en la esfera de simples teorías; mas la semilla que ellos arrojan al acaso se deposita en tierra que la recoge con avidez, quizás para fecundarla el día que la Providencia quiera desencadenar sobre el mundo desconocidos y espantosos trastornos.

Que las ilusiones de esa escuela no son para despreciadas, lo indica la repeticion de sus apariciones en diferentes tiempos y países, y el que el mal éxito de los proyectos del innovador no desalienta á los que intentan sucederle ó imitarle. Hay empero en la actualidad una circunstancia

notable, y que no deja de ser alarmante. En todas épocas se han visto hombres que soñaban una nueva república, fundada sobre principios muy diferentes de los en que estribaba la sociedad en que vivían. Pero estos filósofos no salían por lo comun de la esfera de tales; contentábanse con meditar en el retiro de su gabinete, con pasearse en espíritu por mundos imaginarios; y lo mas á que se atrevían era escribir un libro, que mas bien publicaban como obra de instruccion y pasatiempo, que no como proyecto realizable. No ha sucedido así en nuestro siglo, pues que los reformadores no han querido resignarse al papel de utopistas, sino que empeñados en hacer aplicaciones de sus ideas se han erigido en fundadores y directores de una sociedad nueva, enteramente calcada sobre los principios que ellos excogitasen.

Examinando este fenómeno en sí, é investigando las causas de tamaña diferencia, las encontraremos en el inmenso desarrollo que en todos sentidos ha tenido el espíritu de libertad; en esas tendencias democráticas que forman uno de los caracteres de nuestra época; en esa excentricidad de los entendimientos que carecen de toda idea fija que pueda servirles de polo; en ese vuelo de los sentimientos y de la fantasía que se complacen en salir del mundo real y en divagar por regiones imaginarias; en ese profundo malestar, en esa inquietud febril que trabaja los ánimos y mucho mas á los hombres de genio, despues que se han hundido en ellos las creencias religiosas, y se ha arrebatado al triste mortal la esperanza de mejor vida mas allá del sepulcro.

Ahora el pensamiento no se contenta con permanecer oculto en el bufete del sabio: teniendo á la vista la experiencia de la realizacion de otros que le parecen mas arduos, apenas concebido forceja por descender al terreno de la práctica. Borrados los límites de la verdad y del error, de la justicia é injusticia, se encuentra detenido por leves rayas que separan lo conveniente de lo dañoso, tiradas muchas de ellas por los mismos hombres que des-

truyeron ayer, y que proclaman como de eterna duracion la obra que han levantado hoy sobre las ruinas de lo que nos legaron los siglos. Entonces el pensamiento concebido con fuerza, ardiente como la matriz donde se ha formado, lleno de energía y brillo como la cabeza en que se agita, indignase contra la resistencia que le oponen otros pensamientos, que cuando mas mira como sus iguales, y como que les dice: «¿quiénes sois vosotros para decirme, *no pasarás de aquí*, como el Criador á las olas de la mar? Vuestros títulos se fundan en que llegasteis ayer y yo he llegado hoy: para vosotros no prescribió lo antiguo que contaba su existencia por siglos, ¿y quereis que prescriba lo vuestro que no tiene de duracion mas que un dia? Ya que vosotros lo habeis ensayado, dejadme que yo ensaye tambien; ya que habeis reconstituido la sociedad del modo que bien os ha parecido, dejadme que yo la reconstituya tambien como mejor me agradare. Si vosotros invocasteis la humanidad, yo la invoco tambien: si proclamasteis la libertad, yo la proclamo tambien: si tronasteis contra la desigualdad, yo trueno contra ella tambien; si condenasteis como injusto todo lo existente, injusto lo declaro yo tambien, y como tal lo condeno, incluso lo que vosotros habeis añadido. Vosotros invocasteis la humanidad para hacerla participante de los derechos políticos, y llamando al rededor de las urnas electorales á un número muy reducido le habeis dicho: «conténtate con esto, y cree sobre nuestra palabra que ejerces la soberanía;» yo llamo á la humanidad, no para que asista á combinaciones artificiosas que ni sacian su hambre, ni apagan su sed, ni cubren su desnudez, ni lisonjean siquiera su orgullo, ya que á la mayor parte de los hombres los privais de este derecho: yo la llamo á la comunidad de bienes, á la participacion de goces positivos, á disfrutar una felicidad hasta aqui desconocida, con la satisfaccion de todas las necesidades, de todas las pasiones, de todos los caprichos. Vosotros proclamais una libertad que no exime al pobre de la dependencia del rico, que encadena el criado á los piés de

su amo, que deja al mendigo tiritando de frio á las puertas del palacio del poderoso, mientras este se embriaga de placer en sus brillantes y voluptuosos festines; yo proclamo una libertad que no consiente diferencia de pobres ni de ricos, y que por lo mismo no deja á unos esclavos de otros: vuestra igualdad es una igualdad mentida, porque deja la espléndida morada del magnate insultando la asquerosa mansion del infeliz, y el traje ostentoso del rico al lado de los andrajos del necesitado; yo sostengo que no hay igualdad mientras se conserve desigualdad tan repugnante; yo no quiero que la impetuosa carroza donde briosos caballos lujosamente enjaezados arrastran á un mozo en la flor de sus dias, atropelle al anciano desvalido, que trémulo y falto de fuerzas puede apenas sostenerse apoyado en su baston; yo quiero que uno mismo sea el traje de todos, igual la habitacion, igual la satisfaccion de las necesidades, igual el goce de los placeres; no quiero que del sudor de muchos se alimenten y gocen los pocos; quiero que los productos del trabajo se distribuyan en porciones equitativas; no quiero que resulten inmensas ventajas al capitalista, no reportando al pobre trabajador mas que un miserable salario: esto es igualdad: esto es libertad: aquí está la verdadera tabla de los derechos: estos son los verdaderos intereses del linaje humano: lo demás son groseras mentiras.» Esto dice el pensamiento de hoy al pensamiento de ayer; esto es natural que le diga, una vez desatendidos los principios de justicia y reconocidos únicamente los de conveniencia, apreciada conforme al juicio del mas fuerte. Un abismo invoca otro abismo; y esto indica la necesidad de conservar intactos los principios eternos, tutelares de las sociedades, sin los cuales el mundo se convertiría en un caos.

AL HOMBRE QUE CONSIDERA LA SOCIEDAD DESPROVISTO DE LAS LUZES DE LA RELIGION CRISTIANA, NO EXTRAÑAMOS QUE LE ASALTEN DUDAS TERRIBLES SOBRE LA JUSTICIA Y LA CONVENIENCIA DE LA ORGANIZACION EXISTENTE Y DE LA PASADA, Y QUE SE ABANDONE Á OSADOS PENSAMIENTOS ENCAMINADOS Á TRASTORNARLO TODO, PARA

ensayar otros sistemas. *Humanum paucis vivit genus, el linaje humano es patrimonio de pocos*, dijo un escritor antiguo; y esta repugnante asercion que tan exactamente se verificaba en las sociedades gentiles no deja aun en la actualidad de ser verdadera bajo muchos aspectos. Antes del cristianismo la esclavitud tenia igualados con los brutos á un número inmenso de hombres. En el derecho romano, que se ha apellidado la razon escrita, los esclavos no eran considerados como hombres, sino como cosas, y poseyendo el dueño el formidable poder de vida y muerte, un infeliz era arrojado á las murenas por haber roto un vaso. Si parecia asesinado un amo eran conducidos al patibulo todos sus esclavos, aun cuando fueran á centenares; despues de haber servido á fomentar la vanidad, á sostener el lujo, á satisfacer todos los caprichos del difunto durante su vida se vertia la sangre de todos por la mera sospecha de que uno de ellos se hubiese arrojado á cometer un crimen, á que quizás le impulsara la desesperacion provocada con un tratamiento cruel. ¡Cuántas generaciones de esos infelices han pasado sobre la tierra viviendo en la mayor abyeccion, en medio de las mayores fatigas, sufriendo las mas duras privaciones, soportando penosísimos trabajos! ¡Cuántos suspiros que nadie escuchara, cuántas lágrimas que nadie enjugó, cuántas aflicciones que nadie pensó en consolar! Ved lo que sucede en las Colonias con los infelices negros, á pesar de la influencia del cristianismo, de la suavidad de las costumbres, del progreso de la civilizacion y cultura, y conjeturad lo que sería del humano linaje, dominando en casi todo el universo un sistema tan degradante y desastroso.

A mas de los esclavos existian tambien numerosos pobres, resultado de la emancipacion ó de otras causas. Esas clases inundaban las plazas públicas de Atenas y de Roma, y vendiendo su voto á los poderosos eran un perenne elemento de disturbios y revoluciones. Tambien de ellas se verificaba que vivian para pocos, que á pocos pertenecian como un patrimonio; pues que esta suerte cabe al desgra-

ciado que para adquirir los medios de subsistencia se ve precisado á ser instrumento de las miras ó de los caprichos ajenos. Para esas turbas era indiferente que la forma de gobierno fuera mas ó menos libre. ¡Qué le importa al pobre el ganar su sustento obedeciendo silenciosamente las órdenes de quien lo paga ú obedecerlas tambien voceando por su mandato en una plaza pública?

No puede negarse que con la extension y arraigo del cristianismo se mejoró asombrosamente el estado de las clases mas numerosas, pues que desde luego los esclavos fueron tratados con mas dulzura, los pobres socorridos con mas solicitud y generosidad; y añadiéndose á esto que por distintos medios se fué realizando la emancipacion y se anduvieron fundando establecimientos de beneficencia para todo género de necesidades, resultó que el infeliz desvalido no se halló en aquel espantoso abandono en que le dejara la crueldad de las costumbres paganas. Largos siglos ha continuado la religion sus obras en favor de la humanidad; largos siglos se ha meditado y trabajado para hacer el infortunio menos general y menos duro; sin embargo menester es confesar que el aspecto de la sociedad dista mucho de ser satisfactorio, que todavia ofenden desigualdades monstruosas, que todavia entristece el corazon la presencia de horribles calamidades, todavia vemos la risa al lado del llanto, el placer al lado del dolor, el lujo escarneciendo la desnudez, la prodigalidad mas escandalosa insultando á la miseria agobiada de privaciones.

Y quien considere estos objetos en su aislamiento, solo fijándose en lo que ofrecen de afflictivo y repugnante; quien á la vista de ellos no pueda levantar los ojos al cielo y no medite sobre el origen y destino del hombre; quien no posea la clave misteriosa que explica estos incomprensibles arcanos señalando la causa de tantos males en una degeneracion primitiva; quien abandonado á las luces de su flaca razon y á los impulsos de un corazon sensible contempla el mal sin compensacion, el sufrimiento sin esperanza de consuelo, la maldad sin temor de castigo, el

placer sin la amargura del remordimiento, nada extraño es que proteste contra semejante desigualdad, que se indigna contra lo que él apellida chocante injusticia, que clame por el remedio de tantos males, y que prefiera el trastorno del mundo á la continuacion de las calamidades presentes.

No nos cansaremos de repetirlo: sin las luces de la revelacion, el hombre, la sociedad, el universo entero, son un misterio incomprendible; sin ese faro que esclarece las tinieblas, no es dable explicar el conjunto de verdad y de error, de bien y de mal, de grandor y de pequeñez, de elevacion y de vileza, de felicidad y de desdicha, de goce y de dolor que se nota por todas partes, en todas las edades, en todos los sexos y condiciones; no es dable concebir como sin una caída de que haya sufrido todo el humano linaje, este vive sobre la tierra tan colmado de infortunio. Al contrario, si nos atenemos á lo que nos enseña la augusta Religion del Crucificado, si recordamos que el hombre no salió de las manos del Supremo Hacedor tal como ahora se encuentra, sino con la luz en el entendimiento, la rectitud en el corazon, inundada de gracias su alma, colmado su cuerpo de bienestar, rodeado de prosperidad y de ventura, con las pasiones sujetas á la voluntad, la voluntad sometida á la razon y todo el hombre sujeto á Dios; si no olvidamos que el pecado destruyó esta hermosa obra, y que indignado el Señor contra su criatura le dijo que moriría, que comería el pan con el sudor de su rostro y que la tierra le produciría espinas y abrojos; si tenemos presente esa admirable historia donde se contiene la clave para descifrar el enigma del mundo, entonces nada de lo que vemos nos asombra: en la série de los acontecimientos aflictivos que se nos ofrezca, contemplamos la mano de la Providencia conduciéndolo todo á sus altos designios, y no nos atrevemos á blasfemar contra los arcanos del Omnipotente.

Por esto habíamos dicho en otro lugar y repetimos aquí, que la Religion es la verdadera filosofia de la historia;

porque sin esta lumbrera no hay ideas fijas, no hay principios seguros en ninguna parte: el hombre vacila, duda, avanza, retrocede, camina incierto y al acaso; aun cuando su razon natural le enseñe muchas verdades, siente no obstante un vacío, experimenta la necesidad de un punto de apoyo mas firme, de algo que le corrobore en su languidez, que le fije en su paso fluctuante, que le aliente y sostenga cuando desfallece. ¿Quién no ha probado mil veces ese estado indefinible del alma cuando se abandona á meditar sobre los profundos arcanos de la Religion? ¿Quién no se ha retirado de esas regiones de vaguedad y de tinieblas con aquella postracion y abatimiento que resultan de grandes esfuerzos para alcanzar lo imposible? ¿Quién no se ha convencido por esta triste experiencia de que son *timidos los pensamientos del mortal, de que son inciertas nuestras providencias?* Cuando la Religion no nos proporcionara otras ventajas que la fijeza de principios con cuyo auxilio resolvemos sin trabajo los mas difíciles problemas sobre el origen y destino de la humanidad, debiéramos estarle agradecidos por un beneficio que á un mismo tiempo que nos comunica la luz de la ciencia, tranquiliza nuestros espíritus en medio del infortunio, infundiéndoles la resignacion y la esperanza.

Considerada la humanidad desde el punto de vista en que nos coloca la Religion, vemos un magnífico conjunto con todas sus partes, con todas sus relaciones, con todos sus lunares y bellezas; en ella, todo viene del cielo y va á parar al cielo; el bien dimana de la misericordia infinita; los sufrimientos son castigos; la ignorancia es la pena que ha seguido al orgullo del saber; la muerte es el resultado de haber querido el hombre ser igual á Dios; y la vida llena de alanes, de trabajos y miserias, es el fruto de haber tenido en poco otra vida sosegada, placentera, feliz, encantada con los hechizos de la inocencia. Los desgraciados que carecen de estas luces ó se obstinan en despreciarlas, no ven en el hombre otra cosa que un sér que lu-

cha incesantemente consigo mismo, lleno de necesidades que no puede satisfacer, de pasiones que no le es dable saciar, de caprichos que no le es permitido contentar; ansioso de saber y sumido en la ignorancia, sediento de felicidad y abrumado de desdichas: por esto claman como insensatos contra la sociedad entera, blasfeman contra la bondad divina, ó le atribuyen falsos designios; viven en las tinieblas del error en todos sentidos; divagan por espacios imaginarios; andan de continuo tras mentidas sombras que se les desvanecen como humo en el momento de estrecharlas en sus brazos, y no alcanzan otro resultado de sus trabajos que las estériles satisfacciones de la vanidad y del orgullo. — J. B.

ALGUNAS REFLEXIONES

SOBRE LA VIDA Y LA INFLUENCIA DE LOS PÁRROCOS RURALES.

La vida del párroco rural ofrece los mas singulares contrastes, segun el modo con que se la considere; vida que se presta á lo prosaico y á lo poético, á lo vulgar y á lo sublime, á lo ingrato y á lo bello; vida á propósito para embotar las facultades del alma ó desenvolverlas de una manera singular; vida que conduce á pasar los dias en medio de la inaccion y del tedio, ó á emplearlos en asiduos y placenteros trabajos; vida que puede fomentar en el corazón el seco egoismo, ó inspirarle las virtudes mas puras y de mayor desprendimiento; vida en una palabra que puede hacer del sacerdote un personaje inútil para todo excepto las funciones del sagrado ministerio, ó un ángel tutelar de sus feligreses, no solo en lo tocante á la salvación de las almas, sino tambien en lo relativo á la paz doméstica y á la prosperidad de las familias.

Fácil es convencerse de la exactitud de las observaciones que preceden, si se para un momento la atención en la posición singular en que el párroco rural se encuentra. Solo, sin mas sociedad que las personas de su servicio, pasa el dia entero sin mas bullicio que el canto del gallo, el gemido de la paloma, el arrullo de la tórtola y los ladridos del perro. De vez en cuando el tañido de la campana le anuncia el nacimiento del sol, la hora del medio dia ó la venida de la noche. Si dejando por algunos instantes su habitación, sale á espaciarse por los alrededores, no encuentra otra sociedad que la de los rústicos aldeanos ocupados en sus duras faenas; y estos dispersos acá y acullá, unos cavando la tierra, otros recogiendo los frutos, y todos sin interrumpirse en sus tareas mas que el momento necesario para saludar al párroco ó contestarle á las preguntas que les dirige. En medio de las arboledas dispuestas sin orden ni concierto en las llanuras, colinas y montañas, oye el murmullo de la fuente cercana, el ruido de los vientos que azotan las selvas y el estrépito de la cascada que se despeña de encumbrado risco. Ora es llamado para bautizar un niño y presenciar la alegría de una familia alborozada; ora se le ruega con urgencia que acuda presuroso á administrar los santos sacramentos al moribundo: hoy bendice á dos jóvenes esposos orando al cielo para que derrame sobre ellos los raudales de su gracia, haciéndolos primero felices en la tierra y conduciéndolos despues á la morada de la gloria; y mañana se encontrará tal vez al lado de uno de los cónyuges para consolarle de la pérdida del otro, arrebatado por muerte temprana: ahora está experimentando las mas gratas impresiones gozándose en contemplar la cándida inocencia de un niño á quien enseña los rudimentos de la doctrina cristiana, y dentro breves instantes se alligirá su ánimo con la narración de un horrendo crimen cometido en el término de su parroquia; ahora se complace en exhortar un alma virtuosa para que adelante mas y mas en el camino de la perfección á que Dios la ha llamado, y luego se verá preci-

cha incesantemente consigo mismo, lleno de necesidades que no puede satisfacer, de pasiones que no le es dable saciar, de caprichos que no le es permitido contentar; ansioso de saber y sumido en la ignorancia, sediento de felicidad y abrumado de desdichas: por esto claman como insensatos contra la sociedad entera, blasfeman contra la bondad divina, ó le atribuyen falsos designios; viven en las tinieblas del error en todos sentidos; divagan por espacios imaginarios; andan de continuo tras mentidas sombras que se les desvanecen como humo en el momento de estrecharlas en sus brazos, y no alcanzan otro resultado de sus trabajos que las estériles satisfacciones de la vanidad y del orgullo. — J. B.

ALGUNAS REFLEXIONES

SOBRE LA VIDA Y LA INFLUENCIA DE LOS PÁRROCOS RURALES.

La vida del párroco rural ofrece los mas singulares contrastes, segun el modo con que se la considere; vida que se presta á lo prosaico y á lo poético, á lo vulgar y á lo sublime, á lo ingrato y á lo bello; vida á propósito para embotar las facultades del alma ó desenvolverlas de una manera singular; vida que conduce á pasar los dias en medio de la inaccion y del tedio, ó á emplearlos en asiduos y placenteros trabajos; vida que puede fomentar en el corazón el seco egoismo, ó inspirarle las virtudes mas puras y de mayor desprendimiento; vida en una palabra que puede hacer del sacerdote un personaje inútil para todo excepto las funciones del sagrado ministerio, ó un ángel tutelar de sus feligreses, no solo en lo tocante á la salvación de las almas, sino tambien en lo relativo á la paz doméstica y á la prosperidad de las familias.

Fácil es convencerse de la exactitud de las observaciones que preceden, si se para un momento la atencion en la posicion singular en que el párroco rural se encuentra. Solo, sin mas sociedad que las personas de su servicio, pasa el dia entero sin mas bullicio que el canto del gallo, el gemido de la paloma, el arrullo de la tórtola y los ladridos del perro. De vez en cuando el tañido de la campana le anuncia el nacimiento del sol, la hora del medio dia ó la venida de la noche. Si dejando por algunos instantes su habitacion, sale á espaciarse por los alrededores, no encuentra otra sociedad que la de los rústicos aldeanos ocupados en sus duras faenas; y estos dispersos acá y acullá, unos cavando la tierra, otros recogiendo los frutos, y todos sin interrumpirse en sus tareas mas que el momento necesario para saludar al párroco ó contestarle á las preguntas que les dirige. En medio de las arboledas dispuestas sin orden ni concierto en las llanuras, colinas y montañas, oye el murmullo de la fuente cercana, el ruido de los vientos que azotan las selvas y el estrépito de la cascada que se despeña de encumbrado risco. Ora es llamado para bautizar un niño y presenciar la alegría de una familia alborozada; ora se le ruega con urgencia que acuda presuroso á administrar los santos sacramentos al moribundo: hoy bendice á dos jóvenes esposos orando al cielo para que derrame sobre ellos los raudales de su gracia, haciéndolos primero felices en la tierra y conduciéndolos despues á la morada de la gloria; y mañana se encontrará tal vez al lado de uno de los cónyuges para consolarle de la pérdida del otro, arrebatado por muerte temprana: ahora está experimentando las mas gratas impresiones gozándose en contemplar la cándida inocencia de un niño á quien enseña los rudimentos de la doctrina cristiana, y dentro breves instantes se alligirá su ánimo con la narracion de un horrendo crimen cometido en el término de su parroquia; ahora se complace en exhortar un alma virtuosa para que adelante mas y mas en el camino de la perfeccion á que Dios la ha llamado, y luego se verá preci-

sado á reprender con severidad al adúltero que escandaliza á toda la comarca, al jugador que disipa los bienes de sus hijos, al usurero que chupa la sangre del pobre.

¡Qué contrastes mas singulares! ¡qué variedad de impresiones, á cual mas á propósito para conmovier y sacudir el espíritu! Suponed que el párroco no penetrándose lo suficiente de la altura de su mision, ejerce los actos de su ministerio con frialdad, con indiferencia, á manera de rutina; suponed que aquella vida solitaria de que disfruta, no la aprovecha para nada, y que pasa los dias en la inaccion y en el ocio; suponed que despues de haber cumplido con los deberes de que le es imposible prescindir, ya no piensa mas en sus feligreses, no se interesa con celo por el bien espiritual de ellos, y olvida totalmente que pueda contribuir en algo á su felicidad temporal; suponed, que seguro ya de su subsistencia considerándose en el término de la carrera, y no sintiéndose estimulado por la esperanza de mejorar de suerte, se ocupa muy poco de los libros, se contenta con revolver de vez en cuando algun compendio de moral en ofreciéndose un caso nuevo y dificil; suponed que ni lee la Sagrada Escritura, ni la historia eclesiástica, ni se dedica á ningun ramo de conocimientos, y va perdiendo por grados lo que habia aprendido en las escuelas; en tal caso sus potencias se embotan, su corazon se enfria y endurece, sus afecciones ó desaparecen del todo, ó se limitan á determinados objetos: la religion no se le presenta en su grandor y hermosura, en su inmensa fecundidad para producir bienes de todos géneros, sino como un conjunto de deberes penosos que está obligado á soportar por razon de su estado, y que no podria abandonar sin perder al propio tiempo los medios de subsistencia; entonces los lazos que le unen con los fieles son únicamente los que dependen por necesidad de las funciones del sagrado ministerio; mas por su parte nada les ofrece que pueda inspirarles agradecimiento, veneracion y amor. A este párroco tal vez no se le podrá achacar que falte á los deberes de su ministerio; pero es bien cierto que se halla

muy distante de alcanzar en toda su plenitud el objeto de su mision; es una persona pública debidamente autorizada para ejercer sus funciones, mas esta persona considerada en particular, y haciendo abstraccion de su sagrado carácter, no es como debiera ser la luz de los ignorantes, el consuelo de los afligidos, el socorro de las necesidades, el protector de los desvalidos, el mediador en todas las discordias, el promovedor de la felicidad de sus súbditos, el padre, el maestro de cuantos están encomendados á su solicitud.

Con esa figura que acabamos de trazar, que nada tiene de bello y atractivo, y que solo es respetable por su augusto carácter y por las elevadas funciones que ejerce, contrasta agradablemente la figura de un párroco que no solo conozca y cumpla con los deberes de que no puede eximirse, sino que penetrado de la altura de su destino, comprendiendo á fondo las ventajas de su estado, sabe aprovechar los abundantes medios con que él le brinda para ilustrar su entendimiento, purificar su voluntad, ennoblecir su corazon llenando perfectamente los deberes de su cargo, y no olvidando que á mas de los que pueden apellidarse rigurosos é imprescindibles, hay otros que si no son tan sagrados, no dejan de ocupar un lugar distinguido; y además procura portarse de tal suerte, que haciendo á sus fieles el bien en abundancia, se concilie su gratitud, les inspire un afecto filial, y recabe de ellos no solo aquel respeto que se merece por el carácter de que está revestido, sino tambien aquella afectuosa veneracion que acompaña siempre á los hombres de virtud sublime, que consagran celosamente su vida en beneficio de sus semejantes.

Así la Iglesia como el Estado tienen el mayor interés en que los párrocos correspondan dignamente al objeto de su mision. Por lo tocante á la primera, no hay dificultad en ello, pues que nunca pueden serle indiferentes la santidad de sus ministros, la conservacion de la fe, la pureza de las costumbres y la salvacion de las almas. Y si la vida del párroco no es ejemplar, si no es digno modelo á los

ojos de los fieles, si no se porta con ellos con el amor y la solicitud paternales que nacen de un corazón inflamado de la caridad, podrá el hombre enemigo sembrar la cizaña, haciendo notar los defectos de aquel que debe edificar á los demás, le será mas fácil relajar las costumbres, hacer que vacile la fe de los pueblos, y echar á perder las almas que Jesucristo redimió con su sangre.

En cuanto al Estado, no cabe duda que no se ha comprendido bastante la importancia de los párrocos, y que se ha descuidado con esto un medio de civilización tanto mas sólido, mas puro y saludable, cuanto se hubiera hallado íntimamente enlazado con la Religión cristiana. Los párrocos son un excelente vehículo para hacer el bien á los pueblos: no hay mejora que ellos no pudiesen introducir, no hay adelanto á que no pudiesen contribuir, no hay daño que no pudiesen remediar, no hay abuso que no pudiesen contrariar. Mas para esto sería preciso que el Gobierno, poniéndose de acuerdo con la Iglesia, procurase que los párrocos abundasen de los conocimientos y medios necesarios para lograr el objeto: mientras se dejen los seminarios sin dotación para la enseñanza, mientras se descuide el proveer de la debida subsistencia á los laboriosos operarios que *supportan el peso del día y del calor*, mientras se permita que el pastor se vea precisado á mendigar de sus ovejas el preciso sustento, no será dable pensar en las mejoras importantes que podrían hacerse y que conducirían sobre manera al desarrollo de la prosperidad pública.

Pasando por alto otras muchas indicaciones, nos contentaremos con las siguientes. Generalmente hablando, todo lo relativo á la cultura de las tierras y cria de los ganados, se halla en España enteramente estacionario, sin participar de los muchos adelantos que se han hecho en otros países, y particularmente en Alemania é Inglaterra. No estando generalizado entre nosotros el leer y escribir, hallándose muchas parroquias rurales donde los que poseen este arte son en número muy reducido, y de cuyo poco

aficionados á ejercitarle, carecemos de los medios de propagación tan comunes en otras partes, donde por conducto de los periódicos destinados á objetos particulares, se difunden hasta las últimas clases del pueblo los conocimientos é invenciones concernientes á cada ramo. ¿Qué recurso queda, pues, para hacer llegar hasta los mas oscuros rincones de la Península noticias preciosas que quizás podrían producir resultados muy ventajosos? ¿Os valdéis del alcalde que se muda con tanta frecuencia, que quizás es un pequeño tirano para los que no participan de sus opiniones políticas, que estará tal vez desacreditado hasta tal punto que una cosa será rechazada, solo por salir de su boca? ¿Os dirigireis al propietario mas distinguido, que muchas veces no se sabe cuál es, que á menudo no reside en el país sino breves temporadas, que quizás adolece de los mismos inconvenientes que hemos notado en el alcalde? Hay un hombre en cada parroquia que no sale de ella ni de día ni de noche, que no tiene en ella relaciones de parentesco, que está exento y aun inhibido de tomar parte en el gobierno civil, que por su carácter es superior á cuantos viven en ella, que por su posición es independiente de los bandos que se formen, que no muere nunca, porque en falleciendo el individuo hay otro al instante que le reemplaza en todas sus funciones y facultades; una persona, en una palabra, de quien no necesitáis saber el nombre y apellido, porque se llama hoy como se llamaba ayer, como se llamaba en el siglo pasado, como se llamará en el venidero: esta persona es el *Cura Párroco*; á esta persona podeis remitir lo que sea conveniente, seguros de que llegará á su término, y por su conducto será comunicado á los que en ello se interesen. En vez de perturbar á los pueblos con eternas circulares, con alocuciones, con proclamas, con manifiestos, con toda clase de papeles atestados de pasiones y de miserias, envidiá á todos los párrocos de tiempo en tiempo una breve reseña de las mejoras que se hayan hecho en todos los ramos de agricultura, de selvicultura, cria de ganados y demás que pueda

contribuir á la prosperidad del país, encargadles que por los medios que crean convenientes y decorosos, procuren la circulacion de aquellas noticias, mayormente las que puedan tener aplicacion mas inmediata á la tierra donde residen, y sin nuevos gastos, sin mucho aparato de cátedras, las tendreis abiertas en todo el ámbito del reino.

Nos lamentamos á cada paso de que nos falta una buena estadística, y de que nos es casi imposible formarla; conocemos con muy poca exactitud el número á que se eleva la poblacion, ignoramos cuál es la masa total de la riqueza del país; sabiendo todavía mucho menos si atendemos á sus diferentes clasificaciones, y nos proponemos señalar lo que á cada cual de ellas corresponde. El Gobierno está imposibilitado de formar dicha estadística, ya por falta de buenos dependientes, ya porque los pueblos no tendrían confianza en los examinadores de oficio, y les ocultarian los datos mas preciosos. ¿Quién puede llevar á cabo esta difícil empresa? Dando algunos años de tiempo, y suponiendo establecido un Gobierno que merezca la confianza del clero, nadie mejor que los párrocos pueden lograr tan importante y árduo objeto. El número de los moradores lo saben estos á punto fijo en muchas partes, á poca diferencia en todas; la distribucion en las diferentes edades, sexos y condiciones les es muy fácil saberla, con solo fijar la atencion sobre el particular; los productos del país los conocen perfectamente, ya porque viven de ellos, ya tambien porque están en continuo contacto con hombres cuya conversacion versa incesantemente sobre esta materia; la renta total de las posesiones y sus diferentes procedencias, no se les ocultan tampoco por las mismas razones que acabamos de indicar; y en la parte que pudiese caberles duda, les seria muy fácil disiparla con algun tiempo de observacion y de curiosidad en preguntar; por manera que todo cuanto se necesita para formar una estadística completa se podria adquirir fácilmente, si los párrocos contribuyesen á proporcionar estas noticias.

No se crea que para el logro de este objeto mirásemos

conveniente una circular en que así se previniera; porque desde el momento que los párrocos quedasen constituidos de Real orden agentes del Gobierno, lucharian con los inconvenientes de los demás, y se verian precisados á contemporizar con las preocupaciones de los pueblos ó plejarse á sus exigencias. Por lo mismo hemos indicado ya, que serian menester algunos años, que seria indispensable que quien trabajase en esta grande obra fuese un Gobierno que mereciese la confianza del clero y del pueblo. Siendo así, y marchando al objeto, despacio, y por grados, empleando medidas indirectas y á cierta distancia unas de otras, no dudamos que al fin se llegaria á obtener el resultado apetecido.

Los límites de este artículo no nos permiten extendernos mas sobre las muchas ventajas que podria acarrear al Estado la cooperacion de los párrocos; y nos hemos ceñido á indicar dos puntos de los cuales el uno afecta directa é inmediatamente la prosperidad pública, y el otro el sistema de administracion.

Fácil seria hacer otras aplicaciones, pero en estas materias basta llamar la atencion sobre un ramo, para que desde luego se ocurra la extension á los otros. Deseamos tanto mas que la civilizacion se propague por conducto de los párrocos, cuanto que así se evitaria en lo posible, que con los adelantos de las naciones extranjeras, no se nos importasen la incredulidad y la corrupcion.— *J. B.*

POLEMICA RELIGIOSA.

CARTA DÉCIMA Á UN ESCÉPTICO EN MATERIAS DE RELIGION.

Mi estimado amigo: voy á pagar el resto de la deuda que hace muchos dias tengo contraida, de hacerle á V. una breve reseña de cierta escuela filosófica, que nacida

contribuir á la prosperidad del país, encargadles que por los medios que crean convenientes y decorosos, procuren la circulacion de aquellas noticias, mayormente las que puedan tener aplicacion mas inmediata á la tierra donde residen, y sin nuevos gastos, sin mucho aparato de cátedras, las tendreis abiertas en todo el ámbito del reino.

Nos lamentamos á cada paso de que nos falta una buena estadística, y de que nos es casi imposible formarla; conocemos con muy poca exactitud el número á que se eleva la poblacion, ignoramos cuál es la masa total de la riqueza del país; sabiendo todavía mucho menos si atendemos á sus diferentes clasificaciones, y nos proponemos señalar lo que á cada cual de ellas corresponde. El Gobierno está imposibilitado de formar dicha estadística, ya por falta de buenos dependientes, ya porque los pueblos no tendrían confianza en los examinadores de oficio, y les ocultarian los datos mas preciosos. ¿Quién puede llevar á cabo esta difícil empresa? Dando algunos años de tiempo, y suponiendo establecido un Gobierno que merezca la confianza del clero, nadie mejor que los párrocos pueden lograr tan importante y árduo objeto. El número de los moradores lo saben estos á punto fijo en muchas partes, á poca diferencia en todas; la distribucion en las diferentes edades, sexos y condiciones les es muy fácil saberla, con solo fijar la atencion sobre el particular; los productos del país los conocen perfectamente, ya porque viven de ellos, ya tambien porque están en continuo contacto con hombres cuya conversacion versa incesantemente sobre esta materia; la renta total de las posesiones y sus diferentes procedencias, no se les ocultan tampoco por las mismas razones que acabamos de indicar; y en la parte que pudiese caberles duda, les seria muy fácil disiparla con algun tiempo de observacion y de curiosidad en preguntar; por manera que todo cuanto se necesita para formar una estadística completa se podria adquirir fácilmente, si los párrocos contribuyesen á proporcionar estas noticias.

No se crea que para el logro de este objeto mirásemos

conveniente una circular en que así se previniera; porque desde el momento que los párrocos quedasen constituidos de Real orden agentes del Gobierno, lucharian con los inconvenientes de los demás, y se verian precisados á contemporizar con las preocupaciones de los pueblos ó plejarse á sus exigencias. Por lo mismo hemos indicado ya, que serian menester algunos años, que seria indispensable que quien trabajase en esta grande obra fuese un Gobierno que mereciese la confianza del clero y del pueblo. Siendo así, y marchando al objeto, despacio, y por grados, empleando medidas indirectas y á cierta distancia unas de otras, no dudamos que al fin se llegaria á obtener el resultado apetecido.

Los límites de este artículo no nos permiten extendernos mas sobre las muchas ventajas que podria acarrear al Estado la cooperacion de los párrocos; y nos hemos ceñido á indicar dos puntos de los cuales el uno afecta directa é inmediatamente la prosperidad pública, y el otro el sistema de administracion.

Fácil seria hacer otras aplicaciones, pero en estas materias basta llamar la atencion sobre un ramo, para que desde luego se ocurra la extension á los otros. Deseamos tanto mas que la civilizacion se propague por conducto de los párrocos, cuanto que así se evitaria en lo posible, que con los adelantos de las naciones extranjeras, no se nos importasen la incredulidad y la corrupcion.— *J. B.*

POLEMICA RELIGIOSA.

CARTA DÉCIMA Á UN ESCÉPTICO EN MATERIAS DE RELIGION.

Mi estimado amigo: voy á pagar el resto de la deuda que hace muchos dias tengo contraida, de hacerle á V. una breve reseña de cierta escuela filosófica, que nacida

en Alemania y difundida por la Francia, causa los mayores estragos á la religion, y tiende á comprometer gravemente el porvenir de la ciencia. Bien recordará V. lo que dije en mis anteriores sobre la filosofía alemana que tan abiertamente profesa el panteísmo, por mas que de vez en cuando quiera envolverse en formas enigmáticas, hablando en lenguaje ininteligible de Dios, del hombre y de la naturaleza. Esta acusacion procuré fundarla en pasajes del mismo filósofo contra quien la dirigia; y creo que no le habrá quedado á V. ninguna duda de que la imputacion no era calumniosa. Quizás le será difícil á V. persuadirse que iguales cargos puedan hacerse á la escuela francesa que sigue las huellas de M. Cousin; porque habiendo oido repetidas veces las invectivas de los universitarios contra la *intolerancia* del clero, se habrá V. imaginado que la filosofía del jefe del eclecticismo es inocente en todas sus partes; y que solo cabe apellidarla impía en hombres que se alarmen, no por error, sino por la sola luz de la razon, y se empeñen en condenar el entendimiento humano á eterna inmovilidad y á la mas estúpida ignorancia.

No me costará mucho trabajo sacarle á V. de este error, y demostrarle hasta la última evidencia, que no sin razon levanta la voz el clero francés contra el veneno que se procura ofrecer á los jóvenes en copa de oro.

En primer lugar debe V. saber que ya en 1819 enseñaba M. Cousin que no habia demostracion de la existencia y de los atributos de Dios, ni experimental, ni de otra clase. Es cierto que al propio tiempo afirmaba que la existencia de Dios es una verdad superior á todas las otras y hasta á los principios que se llaman axiomas; mas no deja de añadir lo siguiente: «Sea cual fuere la opinion que se adopte sobre el particular, queda establecido que ni la experiencia sola, ni la experiencia ayudada del raciocinio, no puede alcanzar la existencia de los atributos esenciales de Dios.» ¿De qué servia el decir que la existencia de Dios es una verdad superior á todas las otras, si luego se la combatia por sus cimientos, asegurando que la razon no

podia alcanzarla, y declarando por consiguiente vana ilusion la creencia en que estuvieron los filósofos de que habian conseguido por medio de las criaturas elevarse al conocimiento del Criador? ¿No podríamos suponer que en 1819 no se atrevia M. Cousin á manifestar su pensamiento todo entero; y que así tributaba aparentes homenajes á la verdad para poder continuar minándola sin alarmar demasiado á los que no se hubieran podido resignar á la enseñanza del panteísmo? Bien pronto se convencerá V. de que esta conjetura no está destituida de fundamento.

Leamos las palabras de su *Curso* de 1818, pág. 55, y por ellas echaremos de ver que el fondo de su filosofía era el mismo que hemos hecho notar en la escuela alemana. «El ser absoluto, dice, conteniendo en su seno el *yo* y *no yo* finito, y formando por decirlo así el *fondo idéntico de todas las cosas, uno y muchos á un tiempo*, uno por la sustancia, muchos por los fenómenos, se aparece á sí mismo en la conciencia humana.»

«No puede haber mas que *una* sustancia, añade en la página 139, la sustancia de la verdad ó la suprema inteligencia. *Dios es el ser único y universal* (pág. 274); Dios es la sustancia universal, cuyas ideas absolutas componen la sola manifestacion accesible á la inteligencia del hombre (pág. 390); Dios no es mas que la verdad en su esencia (pág. 128); no es otra cosa que el mismo bien, *el orden moral tomado sustancialmente*» (obras de Platon, tomo 1.º, argumento del Euthyphron, pág. 3). «No sabemos de Dios otra cosa, sino que existe, y que se manifiesta á nosotros por la verdad absoluta» (Curso de 1818, pág. 140). «La materia, tal como se la define vulgarmente, no existe; pues que por lo comun se la mira como una masa inerte, sin organizacion y sin regla, cuando en realidad está penetrada de un espíritu que la sostiene y ordena: ella no es, pues, otra cosa que el reflejo visible del espíritu invisible: *el mismo ser que vive en nosotros vive en ella*: est Deus in nobis: est Deus in rebus» (pág. 265). «Estudiad la naturaleza, elevaos á las leyes que la rigen y que hacen de ella

una verdad viviente, una verdad que se ha hecho activa, sensible; en una palabra, *Dios en la materia*. Profundizad pues la naturaleza; cuanto mas os penetraréis de sus leyes, mas os acercaréis al espíritu divino que la anima. Estudiad sobre todo la humanidad, pues que ella es todavía mas santa que la naturaleza, porque estando animada de Dios como está, lo conoce así, mientras la naturaleza lo ignora: abarcad el conjunto de las ciencias físicas y de las morales: separad los principios que ellas encierran: poneos en presencia de estas verdades: referidlas al ser infinito que es su origen y sosten, y habréis conocido con respecto á Dios *todo lo que de él nos es dado conocer* en los estrechos límites de nuestra inteligencia finita» (pág. 141-142).

Si V. reflexiona sobre estos pasajes de M. Cousin, mejor diré, con solo que V. atienda al sentido literal y obvio de algunas de sus proposiciones, verá V. el panteísmo cubierto con un velo muy trasparente. Segun M. Cousin no puede haber mas que una sustancia: Dios es el ser único y universal: el ser absoluto es uno por la sustancia, y muchos por los fenómenos: el hombre no es mas que una participacion de ese ser absoluto, pues que el ser que contiene en sí el *yo* y el *no yo finito*, y que forma por decirlo así el fondo *idéntico* de todas las cosas, se aparece á sí mismo en la conciencia humana. Si estudiamos la naturaleza, si nos penetramos de sus leyes nos acercaremos al espíritu divino que la anima, pues que ella no es mas que una *verdad viviente, una verdad que ha pasado á ser activa, sensible*; en una palabra, *Dios en la materia*. Todo lo que podemos saber de Dios, lo conocemos poniéndonos en presencia de los principios de las ciencias físicas y morales, y refiriéndolos al ser infinito que es su origen y su sosten. Para que no nos quedase duda de que M. Cousin no entendia estas palabras en sentido que pudiese ser aceptado por hombres que admiten la existencia de Dios como distinto de la naturaleza, tuvo buen cuidado el autor de explicarse mas en otro lugar, revelando todo el fondo

de su sistema: hé aquí sus palabras: « Dios cuenta tantos adoradores cuantos son los hombres que piensan; pues que no es posible pensar sin admitir alguna verdad, aunque no fuese mas que una sola » (ib. pág. 128). Hé aquí segun M. Cousin reducida la adoracion de Dios al conocimiento de una verdad cualquiera; así por ejemplo, quien conozca un principio de matemáticas, sean cuales fueren su ignorancia ó sus errores sobre todos los demás puntos naturales y sobrenaturales, este tal será un adorador de Dios. De esta suerte no es posible que haya ateos; pues que como todo hombre admitirá cuando menos su propia existencia, ya admite una verdad, y por consiguiente adora á Dios. M. Cousin vió que esta consecuencia nacia de su doctrina, y léjos de rechazarla la abrazó y la consignó en sus escritos. Hé aquí cómo se expresa sobre el particular: « No hay ateos; el que hubiese estudiado todas las leyes de la física y de la química, aun cuando no resumiese su saber bajo la denominacion de verdad divina ó de Dios, sería no obstante mas religioso, ó si se quiere, sabria mas sobre Dios que otro que despues de haber recorrido dos ó tres principios como el de la *razon suficiente* ó el de *causalidad*, hubiese formado desde luego un todo al que llamara Dios. No se trata de adorar un nombre, *Dios*, sino de encerrar en este título el mayor número de verdades posible; pues que la verdad es la manifestacion de Dios » (pág. 141). « Cuando habeis concebido una verdad como idea, dice en otro lugar, concebid que ella existe, y así la unís á la sustancia; el que concibe la verdad, concibe pues la sustancia, sea que él lo sepa ó que lo ignore..... *Para saber si alguno cree en Dios, yo le preguntaria si cree en la verdad*, de donde se sigue que la teología natural no es mas que la ontología, y que la ontología está en la psicología. *La verdadera religion no es mas que esta palabra añadida á la idea de la verdad, ella es* » (pág. 385).

Bien claro se echa de ver que el Dios de M. Cousin no es el Dios de los cristianos; pues que no es otra cosa segun él, que la naturaleza misma, el conjunto de las leyes que

la rigen, bastando conocer una cualquiera de ellas ó una verdad sea la que fuere, para eximirse de la nota de ateo. Creer en Dios, segun M. Cousin, es creer en la verdad; la teología natural no es mas que la ciencia de los seres en abstracto; y la religion no es otra cosa que una palabra, añadida á esta verdad: con esta teoría tenemos proclamado sin rodeos el panteísmo: segun ella Dios es todo, y todo es Dios: es decir, que el ser infinitamente perfecto esencialmente distinto de la naturaleza será una quimera, pues que no hay otro ser que la naturaleza misma: todo cuanto existe, todo será fenómenos de la sustancia universal. de ese ser único que todo lo absorbe, que todo lo identifica en sí mismo, que es á un tiempo espíritu y materia, que es activo é inerte, que ha existido siempre y siempre existirá; y por consiguiente no hay creacion, y todas las trasformaciones que vemos en el universo, no son otra cosa que diferentes fases de un ser único que se modifica de varias maneras.

No crea V., mi estimado amigo, que estas doctrinas de M. Cousin con respecto á Dios, fuesen vertidas como al acaso, sin estar enlazadas con otros principios que las sostuviesen. Muy al contrario, ellas son las consecuencias del principio fundamental de los panteístas sobre la sustancia: hé aquí cómo la define en sus *Fragments philosophiques* (tomo 1.º, pág. 312, de la 3.ª edicion): «La sustancia es aquello que no supone nada fuera de sí, relativamente á la existencia.» Tenemos, pues, que la sustancia ha de ser única, ya que en su esencia excluye la coexistencia de otros seres: luego todo cuanto existe, finito ó infinito, no puede ser mas que una sustancia única: luego los seres que á nosotros nos parecen distintos no son en realidad otra cosa que modificaciones del ser universal, único que todo lo identifica en sí. Estos corolarios no asustan á M. Cousin; antes bien los adopta como la única doctrina razonable. «Una sustancia absoluta, dice, debe ser única para ser absoluta.... Las sustancias relativas destruyen la idea misma de sustancia; y sustancias finitas que suponen

fuera de ellas otra sustancia con la cual se ligan, se parecen mucho á fenómenos» (pág. 63). «La sustancia de las verdades absolutas, dice en otro lugar, es necesariamente absoluta; y si es absoluta es tambien única, porque si no es única se puede buscar alguna cosa que exista fuera de ella, y entonces se sigue que ella no es mas que un fenómeno relativamente á este nuevo ser, el cual si se dejaba sospechar que fuera de él existia tambien alguna cosa, perderia á su vez la naturaleza de ser, y no fuera mas que un fenómeno. El círculo es infinito; ó no hay sustancia, ó no hay mas que una» (pág. 312).

No cabe profesar con mas claridad el principio fundamental de los panteístas; solo faltaba saber si M. Cousin admitia en toda su extension la doctrina de la escuela de Espinosa. Desgraciadamente encontramos un pasaje donde formula su pensamiento de la manera mas explicita que imaginarse puede, diciendo: «El Dios de la conciencia no es un Dios abstracto, un rey solitario, relegado mas allá de la creacion sobre el trono desierto de una eternidad silenciosa, y de una existencia absoluta que se parece á la misma nada. Es un Dios á un tiempo verdadero y real, á un tiempo sustancia y causa, siempre sustancia y siempre causa; no siendo sustancia, sino en cuanto es causa, y causa sino en cuanto es sustancia: es decir, siendo causa absoluta, uno y muchos, eternidad y tiempo, espacio y número, esencia y vida, indivisibilidad y totalidad, principio, fin y medio, á la cumbre del ser y en su mas humilde grado, infinito y finito á un tiempo, triple en fin, es decir, á un mismo tiempo Dios, naturaleza y humanidad. En efecto si Dios no es todo, es nada, si es absolutamente indivisible en sí, es incomprendible; y su incomprendibilidad es para nosotros su destruccion. Incomprendible como fórmula y en la escuela, Dios es claro en el mundo que le manifiesta, y para el alma que le posee y le siente: estando en todas partes vuelve en algun modo á sí mismo en la conciencia del hombre, del cual él constituye indirectamente el mecanismo y la triplicidad fenomenal por el reflejo de su propia virtud y de la triplicidad

sustancial, de la cual él es la identidad absoluta.» (Tomo 1.º, prefacio de la 1.ª edición, pág. 76.)

Después de una declaración tan terminante, no creo, mi estimado amigo, que pueda V. dudar de la mente del filósofo; y sean cuales fueren las declaraciones de cristianismo que en otras partes haya hecho M. Cousin, convenirá V. con nosotros en que se las debe mirar como una especie de cumplimientos que dispensa á la religion dominante, y no como la expresion de la fe, ni siquiera de sanas convicciones filosóficas. Yo por lo menos no alcanzo como puede profesarse mas abiertamente el panteismo, que diciendo claramente que Dios es uno y muchos, eternidad y tiempo, espacio y número, esencia y vida, indivisibilidad y totalidad, principio, fin y medio, en la cumbre de los seres y en su grado mas humilde, infinito y finito á un mismo tiempo, y á un mismo tiempo Dios, naturaleza y humanidad, compendiando el pensamiento en estas inequívocas palabras: «*Si Dios no es todo, es nada.*»

Asentados semejantes principios, bien se deja suponer que las doctrinas morales de M. Cousin no serán muy conformes á la religion cristiana; pues que la profesion del panteismo trae consigo el anonadamiento de la libertad humana. Porque es evidente que siendo el hombre, segun las doctrinas panteistas, un mero accidente de la sustancia única, todo cuanto él piense, quiera ó haga, serán modificaciones de la sustancia universal; por lo mismo desaparece la libertad del individuo, ya que este no tiene una existencia distinta y propia, y cuanto en él se encierra pertenece al ser único que le absorbe. Así es que M. Cousin no tiene reparo en decir: «*el hombre no es libre de una manera absoluta*, porque esta fuerza de que está dotado, una vez caída en el espacio y en el tiempo, pierde de su carácter ilimitado y absoluto.» (Introduccion general al curso de 1820, pág. 66 y 67.) En otro lugar explicando lo que es la libertad dice: *Un ser es libre cuando lleva en sí mismo el principio de sus actos, cuando en el ejercicio de su fuerza solo obedece á sus propias leyes.* (Curso de 1818, pág. 40.) De suerte

que segun este filósofo, para ser libre no es necesario tener la eleccion entre obrar y no obrar, ó entre obrar esto ó aquello, sino que es suficiente el tener en sí mismo el principio de sus actos, y no obedecer mas que á sus propias leyes. Así el bruto que tiene en sí mismo el principio de sus actos, el demente, el imbécil, en una palabra, todos los seres que tienen en sí mismos el principio de su accion, serán tan libres como el hombre en sano juicio y en la plenitud del conocimiento.

La revelacion íntima, y hasta todas las religiones, quedan reducidas á la nada con las teorías de M. Cousin; y en vano es que este filósofo se empeñe en sostener que sus doctrinas no están reñidas con el cristianismo. Después de haber leído los anteriores pasajes, ciertamente encontrará V. muy peregrino el lenguaje de M. Cousin cuando se atreve á decir lo siguiente en el prefacio de sus Fragmentos: «¿Qué puede haber entre mí y la escuela teológica? ¿Por ventura soy yo un enemigo del cristianismo y de la Iglesia? En los muchos cursos que he hecho y libros que he escrito, ¿puedese acaso encontrar una sola palabra que se aparte del respeto debido á las cosas sagradas? Que se me cite una sola dudosa ó ligera, y la retiro, la repruebo como indigna de un filósofo. ¿Será tal vez que sin quererlo, ni saberlo yo, la filosofía que enseño haga vacilar la fe cristiana? Esto seria mas peligroso, y al mismo tiempo menos criminal, porque no siempre es ortodoxo quien quiere serlo. Veamos cuál es el dogma que mi teoria pone en peligro. ¿Es el del Verbo, el de la Trinidad, ú otro cualquiera? Dígase, pruébese ó ensáyese de probarlo: esta será cuando menos una discusion seria y verdaderamente teológica: yo la acepto de antemano, y la solicito.»

Ya ve V., mi estimado amigo, que M. Cousin entiende la religion cristiana de un modo bien singular; pues que después de haber profesado el panteismo, es decir, después de haber destruido la idea fundamental de toda verdadera religion, que es la de un Dios esencialmente distinto de la naturaleza, todavía está empeñado en pasar plaza de

verdadero fiel; y no quiere que se diga que se ha desviado de las doctrinas del cristianismo. V. que no tiene interés en ver las cosas al revés de lo que son, no podrá concebir como un hombre grave se atreve á consignar en sus obras semejantes palabras, despues de haber manifestado en escritos anteriores cuál era su modo de pensar sobre las verdades á que rinde en el citado pasaje tan humilde acatamiento. Esta extrañeza se le desvanecerá á V. algun tanto, cuando sepa que M. Cousin no admite, como él dice, *la tiranía del principio absoluto de que jamás es lícito engañar*, y que en su opinion hay engaños *inocentes*, los hay *útiles* y hasta *obligatorios*. (Traducción de Platon, t. 4, pág. 276-277.) Quien de tal modo niega á Dios su naturaleza, y al hombre su libre albedrío, no es mucho que no escrupulice en legitimar la mentira; lo singular es que él se haya podido hacer la ilusión de que semejante engaño en lo tocante á sus doctrinas, habia de alucinar á nadie. Es tan vivo el contraste, ó mejor diremos la contradicción entre unos y otros pasajes, que para no verla seria preciso cerrar los ojos á lo que es mas claro que la luz del día.

Con esta breve reseña habrá formado V. concepto de lo que son esos sistemas filosóficos, en los cuales suponía V. tendencias espiritualistas muy sanas, y hasta muy conformes con la enseñanza del cristianismo. Así habrá podido rectificar, ó mejor diré, variar la opinion que habia formado sobre el clero católico de Francia, imaginándose que sus clamores contra el veneno de alguno de los jefes de la Universidad, eran declamaciones fanáticas, nacidas únicamente del espíritu de intolerancia, y del empeño de encerrar el entendimiento humano en los límites prescritos por el antojo de los eclesiásticos. Ahora para en adelante me tomaré la libertad de advertirle á V., que cuando lea en alguna de nuestras publicaciones científicas y literarias fallos magistrales sobre este linaje de materias, no se deje V. sorprender fácilmente por el tono de seguridad con que se expresa el escritor; que las mas veces léjos de enterarse á fondo del estado de la cuestion, no hace mas que

traducir al pié de la letra las palabras de algun periódico de allende los Pirineos. Y como quiera que los que mas en boga andan en ciertas regiones no son los mas adictos á las doctrinas católicas, acontece que el fallo emitido con aire de imparcialidad y de pleno conocimiento de causa, es copia literal de una de las partes, sin que el escritor español se haya tomado la pena de escuchar los descargos que hubiera alegado la otra. Pero basta de la filosofía de Schelling, Hegel y Cousin, pues que si mucho no me engaño, debe de estar V. medianamente fatigado con la *sustancia universal y las trasformaciones, y los fenómenos, y el ser único que se revela á si mismo en la conciencia humana* y semejantes abstracciones que campean allá en la alta concepcion de esos filósofos que se levantan á inmensa altura sobre el resto de la humanidad, olvidándose en su atrevido vuelo de llevar consigo las nociones del sentido comun. Nosotros que á tanto no alcanzamos, cuidaremos de no desviarnos hasta tal punto de los senderos trazados por una razon juiciosa; sin que nos importe mucho el que se nos diga que recibimos la inspiracion de *musa pedestre*. Entre tanto vea V. en qué puede complacerle este su atento servidor Q. B. S. M. — J. B.

BARCELONA.

ARTÍCULO 2.º

LA CUESTION DEL DERRIBO DE MURALLAS Y FORTALEZAS, EXAMINADA BAJO EL PUNTO DE VISTA MILITAR Y POLÍTICO.

¿ Conviénele á Barcelona continuar cercada de sus murallas y dominada por los fuertes? Bajo el aspecto político y económico, aconseja la prudencia que se destruyan aque-

verdadero fiel; y no quiere que se diga que se ha desviado de las doctrinas del cristianismo. V. que no tiene interés en ver las cosas al revés de lo que son, no podrá concebir como un hombre grave se atreve á consignar en sus obras semejantes palabras, despues de haber manifestado en escritos anteriores cuál era su modo de pensar sobre las verdades á que rinde en el citado pasaje tan humilde acatamiento. Esta extrañeza se le desvanecerá á V. algun tanto, cuando sepa que M. Cousin no admite, como él dice, *la tiranía del principio absoluto de que jamás es lícito engañar*, y que en su opinion hay engaños *inocentes*, los hay *útiles y hasta obligatorios*. (Traducción de Platon, t. 4, pág. 276-277.) Quien de tal modo niega á Dios su naturaleza, y al hombre su libre albedrío, no es mucho que no escrupulice en legitimar la mentira; lo singular es que él se haya podido hacer la ilusión de que semejante engaño en lo tocante á sus doctrinas, habia de alucinar á nadie. Es tan vivo el contraste, ó mejor diremos la contradicción entre unos y otros pasajes, que para no verla seria preciso cerrar los ojos á lo que es mas claro que la luz del día.

Con esta breve reseña habrá formado V. concepto de lo que son esos sistemas filosóficos, en los cuales suponía V. tendencias espiritualistas muy sanas, y hasta muy conformes con la enseñanza del cristianismo. Así habrá podido rectificar, ó mejor diré, variar la opinion que habia formado sobre el clero católico de Francia, imaginándose que sus clamores contra el veneno de alguno de los jefes de la Universidad, eran declamaciones fanáticas, nacidas únicamente del espíritu de intolerancia, y del empeño de encerrar el entendimiento humano en los límites prescritos por el antojo de los eclesiásticos. Ahora para en adelante me tomaré la libertad de advertirle á V., que cuando lea en alguna de nuestras publicaciones científicas y literarias fallos magistrales sobre este linaje de materias, no se deje V. sorprender fácilmente por el tono de seguridad con que se expresa el escritor; que las mas veces léjos de enterarse á fondo del estado de la cuestion, no hace mas que

traducir al pié de la letra las palabras de algun periódico de allende los Pirineos. Y como quiera que los que mas en boga andan en ciertas regiones no son los mas adictos á las doctrinas católicas, acontece que el fallo emitido con aire de imparcialidad y de pleno conocimiento de causa, es copia literal de una de las partes, sin que el escritor español se haya tomado la pena de escuchar los descargos que hubiera alegado la otra. Pero basta de la filosofía de Schelling, Hegel y Cousin, pues que si mucho no me engaño, debe de estar V. medianamente fatigado con la *sustancia universal y las trasformaciones, y los fenómenos, y el ser único que se revela á si mismo en la conciencia humana* y semejantes abstracciones que campean allá en la alta concepcion de esos filósofos que se levantan á inmensa altura sobre el resto de la humanidad, olvidándose en su atrevido vuelo de llevar consigo las nociones del sentido comun. Nosotros que á tanto no alcanzamos, cuidaremos de no desviarnos hasta tal punto de los senderos trazados por una razon juiciosa; sin que nos importe mucho el que se nos diga que recibimos la inspiracion de *musa pedestre*. Entre tanto vea V. en qué puede complacerle este su atento servidor Q. B. S. M. — J. B.

BARCELONA.

ARTÍCULO 2.º

LA CUESTION DEL DERRIBO DE MURALLAS Y FORTALEZAS,
EXAMINADA BAJO EL PUNTO DE VISTA MILITAR Y POLÍTICO.

¿Conviénele á Barcelona continuar cercada de sus murallas y dominada por los fuertes? Bajo el aspecto político y económico, aconseja la prudencia que se destruyan aque-

llas y estos. Considerando á Barcelona, no por lo que es en sí, sino como una de las principales ciudades de la monarquía, ¿ un derribo semejante acarrearía daños á la nación ó le produciría ventajas? Hé aquí unas cuestiones de la mayor gravedad y cuya resolucion no es tan fácil como á primera vista pudiera parecer.

Sea cual fuere la opinion que sobre dichos extremos se adopte, no puede negarse que militan por ambos lados razones de peso, de manera que no deberán ser tachados de imprudentes y ligeros, ni los que opinen por la conveniencia de la continuacion del estado presente, ni los que sostengan lo contrario. Y cuando esto decimos dejamos aparte lo relativo á un ensanche parcial, que se logra derribando un lienzo de las murallas para construirle luego á mayor distancia; porque si bien se mira semejante mudanza no altera el fondo de las cosas; pues que por ella no dejaría Barcelona de ser una plaza de armas, y por consiguiente de estar sometida á todas las eventualidades que consigo trae esta circunstancia.

Para alcanzar la verdad en esta materia hagamos la siguiente suposición. Demos que sobreviene una invasion extranjera, y veamos lo que acontece ó acontecerá probablemente, segun sea Barcelona plaza de armas ó ciudad abierta. Por de pronto, nuestro ejército tendrá en la capital un excelente punto de apoyo, buenos hospitales, ricos almacenes, arsenal, depósito para quintos y prisioneros, recursos de todas clases para abastecer las tropas así en artículos de guerra y boca, como en prendas de vestuario y en útiles para todo linaje de maniobras. Si las armas españolas son inferiores á las extranjeras, de modo que no puedan hacerlas frente en campo raso, apoyadas sobre la capital serán quizás bastantes á imponerle respeto; dando el tiempo necesario para que el Gobierno de la nación despliegue su actividad y envíe los socorros necesarios á fin de que las fuerzas enemigas no queden dueñas de la mas bella parte del litoral del Principado. Si alguna de nuestras divisiones sufre un descalabro en el Panadés, en

el Vallés ó en la marina, podrán los restos encerrarse en Barcelona, rehacerse del desastre, reorganizarse y reclutarse de nuevo, y salir otra vez al campo á vengar el recibido ultraje.

Si la guerra se hace tambien en el mar; si nuestra armada salida de la postracion en que yace, puede luchar con la enemiga, si no con superioridad, á lo menos sin mucha desventaja, las aguas de Barcelona defendidas por Monjuich, y teniendo á sus espaldas las Atarazanas, la Ciudadela y una ciudad populosa circuida de robustas murallas, podrán ser la base de las maniobras de nuestros almirantes, y un refugio en los reveses de la guerra y en los desastres ocasionados por el furor de los elementos. Las naves que hayan sufrido averías podrán reponerse de ellas con toda seguridad; los marinos y soldados enfermos serán acogidos en los hospitales; las provisiones que se necesiten, se hallarán en abundancia en los almacenes de la capital; en una palabra, el provecho que de Barcelona podrán sacar nuestras escuadras será incalculable tanto si suponemos adversa como próspera la fortuna.

Además, conservándose en favor del Gobierno la capital del Principado, todo lo que se encuentre amenazado en un punto cualquiera de este, sean personas, sean preciosidades ó efectos de alguna importancia, podrá trasladarse á ella, y contar allí con un refugio seguro. De esta manera se formará naturalmente un núcleo compuesto de lo mas granado que haya en Cataluña, en inteligencia y riqueza, se acumularán en la ciudad los tesoros y los géneros de todas clases, resultando de esto que en los apuros que ofrecerse puedan habrá recursos abundantes para acudir á todas las necesidades, y hombres de suficiente capacidad para emplearlos y dirigirlos en provecho de la patria.

Sean cuales fueren los triunfos que alcance en este ó en aquel punto el ejército invasor, todas las miradas se dirigirán á Barcelona, que se conserva todavía, que encierra en sus muros una guarnicion numerosa, que tiene en sus alrededores divisiones respetables, que es el centro de

muchos movimientos que se extienden á largas horas de distancia , y que por consiguiente será capaz ella sola de reparar todas las pérdidas , por poco que la fortuna sonría á los generales españoles , por poco que el Gobierno de la nacion cuide de auxiliar á Cataluña enviando algunos refuerzos para que las operaciones puedan emprenderse en mayor escala y conducirse con mas brio y osadía.

No puede negarse que estas razones son de algun peso , y que serian convincentes , si en contra no militaran otras , que si no las destruyen al menos las neutralizan. En efecto , podrá muy bien suceder que por una traicion caiga desde un principio la importante ciudad en manos del enemigo ; suposicion nada gratuita , porque desgraciadamente tenemos de ella una experiencia bien reciente. Siendo Barcelona plaza fuerte , el enemigo tomará todas las precauciones imaginables para asegurar su conservacion , y entonces tenemos el reverso de la medalla ; las ventajas que antes nos favorecian á nosotros le favorecen á él. Ya no es dable esperar la terminacion de la guerra por medio de un golpe de mano ; ya no es posible conseguir que desaparezca de repente de nuestro suelo el enemigo con ningun triunfo por cabal y decisivo que sea ; siempre le queda una plaza importante donde guarecerse ; los restos de sus divisiones podrán encerrarse en la gran ciudad , y allí reorganizarse de nuevo ó esperar que les vengan auxilios por mar ó por tierra. Las tropas españolas se presentarán en el llano de Barcelona , el paisanaje les proporcionará toda clase de recursos , y se ofrecerá á pelear á su lado para coger el último fruto de la victoria : pero ¿ de qué sirven el valor y el entusiasmo de los soldados y de los paisanos , á la vista de las altísimas murallas en que está encerrado el enemigo , defendido por cien bocas de fuego y apoyado por la Ciudadela y Monjuich , que siembran á largo trecho el espanto y la muerte ? Si Barcelona no fuera entonces una plaza de armas , si solo estuviese resguardada por débil tapia , si anchurosos paseos , espaciosas calles , dilatados jardines franqueasen mil puertas para penetrar

en la ciudad , las tropas vencedoras en el campo de batalla acometerian á las vencidas , forzarían sus trincheras , se introducirían por las calles , y con la ayuda de los paisanos recién venidos y de los habitantes , obligarian á capitular al ejército enemigo , y decidieran quizás de la suerte de la guerra.

Estando Barcelona tal como lo acabamos de suponer , es cierto que un descalabro de un cuerpo de operaciones español podria entregarla desde luego á manos del enemigo ; pero entonces ¿ qué resultaria ? Solo podria conservarla mientras tuviese la superioridad en el campo ; porque en llegando á perder esta , forzoso le seria abandonar una posicion tan poco segura. Jamás para él seria prudente el permanecer en una ciudad abierta y enemiga , no teniendo muchas fuerzas para sojuzgarla , y resistir al propio tiempo á las divisiones españolas que pudiesen presentarse en el llano ; resultando de esto , que no le seria dable aprovecharse por largo tiempo de los recursos de la capital no teniendo estacionado en ella un cuerpo respetable. Muy al contrario nuestras tropas sacarian de la ciudad todos los recursos que quisiesen en el momento de alejarse el enemigo de sus inmediaciones ; y hasta suponiéndole posesionado de ella ¿ no fuera imposible impedir que el celo de los paisanos no burlase con ingeniosos ardidés la vigilancia de los centinelas ? Recuérdese lo que ha sucedido en las guerras anteriores á pesar de estar ceñida la ciudad por altísimas murallas , y se inferirá lo que sucederia , suponiéndola abierta por todos lados , ó cuando mas rodeada por tapias bajas y endebles.

Siendo Barcelona ciudad abierta , el mayor daño que puede suceder caso de una invasion extranjera , es el apoderarse de ella el enemigo ; y esto , si bien se considera , atendidas las costumbres actuales y el carácter de las guerras , es de bien poca importancia. Una ciudad populosa puede ser ocupada por un ejército enemigo sin sufrir mas daño del que experimentaria si entrase en ella uno del país ; porque sabido es que han caido en desuso aquellas veja-

ciones y atropellamientos que tan comunes eran en otros siglos. Los ejércitos observan estricta disciplina, no viven sobre la tierra invadida, sino que llevando consigo la correspondiente administracion cuentan con los fondos necesarios para proporcionarse los recursos que hayan menester. Es verdad que esta regla tendrá sus excepciones; pero estas no pasarán mas allá de un préstamo forzoso mas ó menos crecido, de cierta cantidad de raciones, de suministros de varias clases; cargas todas de que ciertamente no se eximiera la poblacion, si en vez del ejército enemigo tuviera dentro de sus muros el de su Gobierno. Los edificios, los capitales de todos géneros, las personas, todo es escrupulosamente respetado cuando el enemigo entra en una poblacion que no le ha hecho resistencia; resistencia que cuasi nunca se verifica cuando la ciudad no es plaza de armas y encierra en su seno crecido número de habitantes y cuantiosos intereses.

Muy al contrario sucede si la poblacion es una plaza fuerte de alguna importancia. Amigos y enemigos tienen fijadas en ella las miradas, para conquistarla si no la poseen, y defenderla si la ocupan. Una vigilancia suspicaz, una dominacion puramente militar, continuos sobresaltos, vejaciones de todas clases, son las consecuencias necesarias de semejante situacion; resultando que la industria se paraliza, que el comercio desfallece, las familias acomodadas se retiran, los capitales se esconden, la miseria cunde, y lo que poco antes era un florido verjel se convierte en un campo de desolacion y de luto. Y ¿qué diremos cuando llega el caso de un bloqueo ó de un sitio, de un ataque decidido ó de un bombardeo? ¿quién es capaz de calcular los daños que se acarrearán en tales ocasiones á una ciudad industrial y mercantil? Ya sea que los que ocupan la plaza sean amigos ó enemigos, las calamidades públicas son grandes; y aun cuando no lleguen los horrores de la guerra á la última extremidad, siempre sobrevienen los males que acabamos de describir. Pero ¿cuál es la ciudad fuerte de alguna importancia, que se preserve de tamaños desas-

tres, por poco que se prolongue la lucha? Y entonces ¿qué ventajas contrapesan los inconvenientes de las fábricas destruidas, de los géneros malbaratados, de la ruina de innumerables familias? Mirada la cosa bajo el punto de vista de la humanidad y aun del interés nacional, ¿cuáles son las ventajas militares bastantes á indemnizar perjuicios de tanta monta?

Atendida la posicion de Barcelona, conservándose plaza fuerte, es imposible que desde el principio de una guerra extranjera no fuese el blanco de las dos partes beligerantes. Y una ciudad de ciento sesenta mil almas, ¿cómo sufre, no diremos un sitio, pero ni un bloqueo de algunos dias? Es bien seguro que á la primera noticia de la aproximacion del ejército que se propusiera atacarla, veriamos repetida la triste escena que hemos presenciado en los disturbios y desastres de los últimos tiempos. La inmensa mayoría de la poblacion desparramada por los alrededores, sufriendo los ricos perjuicios considerables, consumiendo la clase media su modesta fortuna, y el pobre padeciendo las privaciones mas crueles.

Bien ponderadas las razones que preceden, dificilmente se inclina la balanza en favor de la opinion que defiende la utilidad de las fortificaciones para el caso de una guerra extranjera. Antes de pasar al exámen de otros puntos, someteremos á la consideracion de los inteligentes el siguiente dilema. En la suposicion expresada, ó nuestro ejército se mantendrá en superioridad sobre el del enemigo ó nó: si lo primero, conservará Barcelona, aun cuando no sea plaza de armas: si lo segundo, es preciso exponer la capital á todos los males de un bloqueo y á todos los peligros y desastres de un sitio; y esto segundo es tan duro tratándose de una poblacion tan numerosa y tan industrial y mercantil, que con dificultad se nos hará creer que el resignarse á ello sea ni político, ni humano.

Veamos ahora qué aspecto presenta la cuestion de las fortificaciones, considerándola con relacion al mantenimiento del órden, único objeto razonable que pueden te-

ner, si se supone que no son útiles para el caso de una guerra extranjera.

Desde luego salta á la vista que no entra para nada en la discusion presente todo lo relativo á las murallas, porque es bien seguro que en caso de estallar una insurreccion, ó se la sofoca al instante, ó bien queda dueña del recinto de la ciudad. Es imposible que se sostengan en sus puestos las tropas distribuidas en pequeños grupos en los cuerpos de guardia, que pueden ser hostilizados por el paisanaje desde las bocas calles y los edificios inmediatos. Si esto no lo indicara la simple vista del lugar, bastaria á dejarlo fuera de duda lo acontecido en todas las insurrecciones. Cuando la tropa no ha podido prevalecer en el centro de la poblacion ha tenido que abandonarla toda, retirándose á los fuertes, y recogiendo, si posible le ha sido, las partidas que ocupaban la muralla. Desde esta nada pueden hacer las tropas durante la refriega en lo interior; ya por ser en escaso número, ya tambien porque sus fuegos no pueden ofender á los que maniobran en el corazon de la ciudad.

Queda pues la cuestion reducida á si conviene ó no conservar algunos fuertes que dominen la poblacion. Cuestion grave, delicada, sumamente espinosa que el Gobierno debiera meditar mucho antes de resolverla, pero que tal vez venga un dia en que sea preciso ventilarla detenidamente. La gran ventaja que resulta al Gobierno de la existencia de los fuertes es que los revoltosos no pueden prometerse un triunfo decisivo, aun cuando por un fatal conjunto de circunstancias logren desalojar de la ciudad á las tropas. Porque en tal caso estas se replegan sobre Atarazanas, la Ciudadela y Monjuich; se rehacen del descalabro que hayan sufrido; se reponen del espanto que les infundiera el alzamiento popular; se mantienen en acecho para aprovecharse de una coyuntura favorable, y sobre todo tienen á la mano el terrible recurso de sembrar la confusion y el desorden amenazando con el bombardeo. A esta prueba no puede resistir una ciudad populosa como Barcelona; quien

sea dueño de los fuertes ó la precisará á transigir, ó forzará á la mayoría de los habitantes á la fuga, dejando á la poblacion abandonada á un puñado de revoltosos.

Esta ventaja es grande sin duda; mas al lado de ella se presentan gravisimos inconvenientes. La causa del orden puede apoyarse en los fuertes; pero ¿quién nos ha dicho que estos mismos fuertes no puedan ser un dia el apoyo de la revolucion? No siempre se encontrarán al frente de la provincia y de la ciudad jefes leales, entendidos y celosos; puede muy bien suceder que nos quepa alguna vez un general negligente ó traidor; y entonces si estalla una insurreccion militar, y en la Ciudadela ó en Monjuich se levanta la bandera de rebelion pueden resultar para Barcelona y aun para toda la España los mas graves compromisos.

Antes que al general Van-halen se le ocurriera el bombardear una ciudad de ciento sesenta mil almas, á fin de que cundiendo en ella el espanto y el desorden se viesen obligados los que la guarnecian á someterse á las exigencias del dueño del fuerte, esta idea era tan atroz que jamás les vino á la mente á los moradores de la capital del Principado el que pudiesen verse sometidos á tan dura prueba; y hasta creemos que cuantos ocuparan posicion tan ventajosa y dominante, debian de desechar como pensamiento diabólico el aprovecharse de ella de un modo tan inhumano. Pero desde que se ha visto el efecto que produce medida tan cruel, y cuán fácilmente se obtiene el despoblar la ciudad haciendo entrar en capitulaciones á los que permanecen en ella, natural es que á todos los malvados, á todos los hombres de corazon duro como lo son los traidores, se les ofrezca desde luego el bombardeo como medio el mas expedito para obligar á la ciudad á que se someta á lo que de la misma se exige.

Ahora bien: nadie podrá negarnos que en los agitados tiempos que estamos atravesando, en medio de tantos vavenes y trastornos como afligen á este desgraciado país, en vista de tanto espiritu de insubordinacion, de tantas

defecciones y rebeliones como hemos presenciado, está muy bien en los límites de lo posible que el Gobierno en un momento de descuido, ó víctima de un pérfido manejo, reemplace á los jefes fieles encargados de la custodia del fuerte, con otros desleales y vendidos á facciones inicuas y trastornadoras. Si al traidor le es dado seducir la parte de la guarnicion que necesita para poner en ejecucion sus intentos, podrá despertar Barcelona viendo levantada sobre su cabeza una bandera rebelde, y hallarse desde luego con la amenaza de que, si no cede á las condiciones que le imponen los sublevados, va á sufrir inmediatamente los horrores del bombardeo.

¿Qué sucedería entonces, por mas fiel, por mas decidido y enérgico que fuese el Capitan general que se hallase al frente del Principado? Por de pronto cundiria por la ciudad la horrorosa alarma, se cerrarian las fábricas, comenzaria la emigracion, se sacarían á fuera los géneros de mas valor y los muebles mas preciosos: en una palabra, se repetirían las tristes escenas de noviembre de 1842 y de junio de 1843. Entre tanto los conspiradores que se hallasen en la ciudad trabajarian por acrecentar la alarma abultando el peligro, y ponderaran la necesidad de entrar en conferencias con los rebeldes para evitar mayores desgracias. Así podrian combinarse bajo la capa de la humanidad los elementos de desórden, interesar en su favor la poblacion temerosa de sufrir una catástrofe, y aprovechar un momento oportuno que les hiciese dueños de la ciudad entera. Y la capital del Principado decidida por una causa, teniendo á su favor los fuertes que la dominan, tiene poderosa influencia sobre toda Cataluña, y pesa mucho en la balanza de España.

Imaginémonos que lo acontecido en Alicante y Cartagena se hubiese realizado en Barcelona, estando en pro de los rebeldes la Ciudadela y Monjuich: ¿hubiera sido tan fácil dominarlos como en las sobredichas plazas? Ciertamente que nó: porque Barcelona abunda de medios de que ellas carecen, porque á Barcelona le bastan algunos dias

de suspension de trabajo para que queden sin pan muchos millares de brazos, ofreciéndose á una Junta revolucionaria la oportunidad de entregarles las armas y de presentar en torno de sus muros una fuerza imponente por numerosa.

Se nos dirá que estos medios de dominar la poblacion por los fuertes es mas probable que favorezcan al Gobierno que nó á los rebeldes; porque siendo aquel el poseedor habitual de las fortalezas, es mucho mayor la probabilidad que obra en favor de él, que no la que está de parte de la rebelion. No negaremos que esta observacion es muy fundada, reduciendo la cuestion de Gobierno á simple cuestion de fuerza; pero todos los hombres que tengan miras elevadas y humanas, se horrorizarán con el solo pensamiento de que pueda venir un caso en que se apele á recursos tan atroces. ¿Se ha calculado bastante la execracion que pesa sobre un Gobierno que se arroje á bombardear una ciudad como Barcelona? ¿Se ha meditado lo suficiente sobre las consecuencias de una crueldad que de suyo pone de mal aspecto la causa de los gobernantes, y da visos de razon y justicia á la de los sublevados? ¿No se recuerda la profunda herida que recibió el poder de Espartero con las bombas arrojadas sobre Barcelona el dia 3 de diciembre? ¿Se ha olvidado que desde aquel instante se notaron síntomas tan alarmantes y amenazadores, que hicieron presagiar la caida del Regente? De lo que resulta que á un Gobierno regular y legitimo no le aprovechan tanto como á la rebelion los mismos medios de reducir á su enemigo; pues mientras aquel tendrá que respetar las consideraciones de prudencia y humanidad, y así se guardará de apelar á recursos crueles, ó no lo hará hasta el último extremo, los sublevados no se pararán por tamaños inconvenientes, valiéndose para el triunfo de todo cuanto se les ofrezca.

¿Qué Gobierno que se estime á sí mismo se atreverá á pronunciar la palabra *bombardeo*, tratándose de una ciudad como Barcelona?

Nó: no son esos los medios con que se gobierna en el siglo en que vivimos: estas monstruosidades que hemos presenciado en los últimos dos años, son excesos á que se ha lanzado el frenesí de la revolucion en sus últimas agonías, como queriendo evidenciar á los españoles que despues de haber desorganizado la sociedad no era capaz de gobernarla sino con hierro y fuego. Jamás los monarcas apellidados *déspotas* se valieron de medios tan crueles para dominar un motin; jamás abusaron de su autoridad hasta el punto de envolver en la ruina de pocos culpables, las fortunas y las vidas de millares de inocentes. Nó: no son estos los medios en que debe afianzarse un Gobierno; si hace la felicidad de los pueblos gobernándolos con sabiduría, suavidad y justicia, tendrá en su apoyo á la nacion entera; y entonces si en este ó aquel punto un puñado de discolos levanta la cabeza, fácil le será sofocar la revolucion con la ayuda de la fuerza armada, y la cooperacion de la inmensa mayoría de los pueblos. Al contrario, si en vez de gobernar con arreglo á las leyes y con miras de utilidad pública, el poder solo trata de explotar la nacion en provecho de unos pocos, se levantará contra él la indignacion general, y tarde ó temprano estallará la insurreccion, sin que basten á prevenirla ni á dominarla los mas inexpugnables castillos. ¿De qué le sirvió á Espartero el conservar Monjuich? ¿Evitó por ventura que el descontento popular estallase en la ciudad con demostraciones estrepitosas, obligando á la guarnicion á pronunciarse á fuerza de abrazos? Y despues que Monjuich se quedó enteramente solo ¿qué logró el teniente de Espartero con sus amenazas de bombardear la ciudad? Nada, sino causar inmensos daños á la industria y al comercio, perjudicando gravísimamente á muchas familias, y sumir en la miseria á las clases trabajadoras; sin que por esto se detuviese la marcha del pronunciamiento general, antes exasperándose los ánimos y arrojando las pasiones contra el causador de tantas calamidades.

Desgraciado el Gobierno á quien se le ha de ocurrir si-

quiera un recurso tan extremado para conservar á los pueblos en la obediencia; señal es que no acierta á llenar el objeto de su destino, y que adolece de algun vicio radical, á cuya curacion seria harto mejor atender, que no á llenar los almacenes de proyectiles para destruir ciudades populosas y florecientes.

Procúrese que la inmensa mayoría del pueblo no tenga motivos para vivir descontenta y desazonada; foméntense los intereses cuyo desarrollo y prosperidad le proporciona medios de subsistencia y de bienestar; no se entreguen armas á quien no ofrezca la mas segura garantía de que no hará mal uso de ellas; vígílese sobre las elecciones para el nombramiento de las corporaciones populares, evitándose el que por sorpresa ó violencia, no se pongan á la cabeza de las poblaciones aventureros inmorales que medran en medio de los trastornos; empléense para regir las provincias subalternos de acreditada lealtad y de firmeza de carácter; y entre tanto váyase preparando lentamente la reparacion de los males causados por las tormentas revolucionarias; trabájese en que la moralidad se propague entre las clases mas numerosas haciendo que se conserve y aumente el ascendiente de la religion, y con este sistema no será necesario gobernar con hierro y fuego, bastará la accion regular y suave de las leyes, y no será menester presentar á los ojos de la culta Europa nunca vistas escenas de escándalo y horror.

De las consideraciones que preceden es fácil inferir que no está destituida de fundamento la opinion de que no fuera dañoso ni traeria peligros al orden público, el derribo de las murallas que ciñen á Barcelona, y hasta el de las fortalezas que la dominan; sin embargo en materias de tanta gravedad é importancia, en que un yerro puede traer consigo resultados tan trascendentales, el Gobierno que deba resolverse á una medida decisiva, es preciso que proceda con la mayor circunspeccion y miramiento. Si algun dia llegase el caso de ventilarse sériamente el negocio, seria conveniente oír á los militares inteligentes

en la materia, para que ilustrasen al Gobierno sobre las ventajas que pudieran traer las fortificaciones de Barcelona en caso de una guerra extranjera; seria indispensable oír á las autoridades civiles que por su larga residencia en la capital del Principado hubiesen tenido ocasion de meditar repetidas veces sobre este negocio, á la vista de los mismos hechos que se les andaban ofreciendo; y sobre todo de la mayor importancia oír á la ciudad misma, á los propietarios, á los fabricantes, á los comerciantes, á los artesanos; explorar, en una palabra, por diferentes medios, la opinion y la voluntad de todas las clases, si quiera para saber á qué parte se inclinaria el instinto de la propia conservacion, que no pocas veces es muy feliz y certero.

Solo despues de un prolijo y desinteresado exámen se debiera tomar una resolucion definitiva; porque el destruir obras de tanto valor, y cuya construccion creyó conveniente la sabiduría de los siglos pasados, es acto á que es preciso proceder con mucha cautela.

No obstante, si despues de sometida la cuestion á juicio exámen, resultase que el bien que dimanará de la destruccion es mayor que el que se obtiene con la conservacion, parécenos que seria un escrúpulo indigno de hombres de gobierno el detenerse en la ejecucion por no echar á perder, como suele decirse, una obra de tanto coste. Las fortificaciones no son monumentos artisticos: son objetos de utilidad; ó aprovechan, ó embarazan: este es el punto de vista del cual deben ser consideradas; lo demás es un apego á lo existente que no justifican las miras de elevada política.

Por lo tocante á las ventajas que reportaria Barcelona del derribo de las murallas y de los fuertes, respectivamente al desarrollo de sus intereses materiales, es cosa tan evidente que podemos abstenernos de ocuparnos en demostrarla; basta decir que atendida su situacion topográfica, la blandura de su clima, la belleza de sus alrededores, el espíritu industrial y mercantil de sus habitantes,

es probable que ensanchándose de repente la ciudad se uniria desde luego con Gracia, y en seguida con otros pueblos vecinos, convirtiéndose en el espacio de veinte y cinco años en una de las capitales mas extendidas y mas vistosas de Europa. ¿Le está reservado este porvenir? Creemos que sí, porque la cuestion de las murallas está ya casi resuelta. Derribada una parte de ellas y estropeada otra, es urgente el proceder á su reparacion ó al ensanche: lo primero es difícil se realice; y cuando se haya convenido en ensanchar, será tambien muy difícil que en el nuevo recinto se levante una fortificacion en regla. Se comenzará por levantar interinamente unas tapias, y se aplazará para tiempo indefinido la construccion de la nueva muralla.

Entre tanto los edificios irán ganando terreno, se alzarán otras fábricas al lado de las existentes, los intereses industriales fomentados cada dia mas, se atreverán á mayores exigencias, así la ciudad como los alrededores interpondrán su poderosa mediacion para que no se realice el proyecto de encerrar de nuevo la poblacion con otra línea de fortificaciones, hasta que al fin se abandonará semejante idea y se dejará que las cosas sigan su curso natural y poco menos que necesario. — *J. B.*

EL SOCIALISMO.

ARTÍCULO 2.º

TEORÍAS DE ROBERTO OWEN.

Expusimos en el artículo anterior el origen de las doctrinas trastornadoras de la sociedad que habian aparecido en este siglo. Allí fijamos su carácter é indicamos su ten-

en la materia, para que ilustrasen al Gobierno sobre las ventajas que pudieran traer las fortificaciones de Barcelona en caso de una guerra extranjera; seria indispensable oír á las autoridades civiles que por su larga residencia en la capital del Principado hubiesen tenido ocasion de meditar repetidas veces sobre este negocio, á la vista de los mismos hechos que se les andaban ofreciendo; y sobre todo de la mayor importancia oír á la ciudad misma, á los propietarios, á los fabricantes, á los comerciantes, á los artesanos; explorar, en una palabra, por diferentes medios, la opinion y la voluntad de todas las clases, si quiera para saber á qué parte se inclinaria el instinto de la propia conservacion, que no pocas veces es muy feliz y certero.

Solo despues de un prolijo y desinteresado exámen se debiera tomar una resolucion definitiva; porque el destruir obras de tanto valor, y cuya construccion creyó conveniente la sabiduría de los siglos pasados, es acto á que es preciso proceder con mucha cautela.

No obstante, si despues de sometida la cuestion á juicio exámen, resultase que el bien que dimanará de la destruccion es mayor que el que se obtiene con la conservacion, parécenos que seria un escrúpulo indigno de hombres de gobierno el detenerse en la ejecucion por no echar á perder, como suele decirse, una obra de tanto coste. Las fortificaciones no son monumentos artisticos: son objetos de utilidad; ó aprovechan, ó embarazan: este es el punto de vista del cual deben ser consideradas; lo demás es un apego á lo existente que no justifican las miras de elevada política.

Por lo tocante á las ventajas que reportaria Barcelona del derribo de las murallas y de los fuertes, respectivamente al desarrollo de sus intereses materiales, es cosa tan evidente que podemos abstenernos de ocuparnos en demostrarla; basta decir que atendida su situacion topográfica, la blandura de su clima, la belleza de sus alrededores, el espíritu industrial y mercantil de sus habitantes,

es probable que ensanchándose de repente la ciudad se uniria desde luego con Gracia, y en seguida con otros pueblos vecinos, convirtiéndose en el espacio de veinte y cinco años en una de las capitales mas extendidas y mas vistosas de Europa. ¿Le está reservado este porvenir? Creemos que sí, porque la cuestion de las murallas está ya casi resuelta. Derribada una parte de ellas y estropeada otra, es urgente el proceder á su reparacion ó al ensanche: lo primero es difícil se realice; y cuando se haya convenido en ensanchar, será tambien muy difícil que en el nuevo recinto se levante una fortificacion en regla. Se comenzará por levantar interinamente unas tapias, y se aplazará para tiempo indefinido la construccion de la nueva muralla.

Entre tanto los edificios irán ganando terreno, se alzarán otras fábricas al lado de las existentes, los intereses industriales fomentados cada dia mas, se atreverán á mayores exigencias, así la ciudad como los alrededores interpondrán su poderosa mediacion para que no se realice el proyecto de encerrar de nuevo la poblacion con otra línea de fortificaciones, hasta que al fin se abandonará semejante idea y se dejará que las cosas sigan su curso natural y poco menos que necesario. — *J. B.*

EL SOCIALISMO.

ARTÍCULO 2.º

TEORÍAS DE ROBERTO OWEN.

Expusimos en el artículo anterior el origen de las doctrinas trastornadoras de la sociedad que habian aparecido en este siglo. Allí fijamos su carácter é indicamos su ten-

dencia; advirtiendo las consecuencias trascendentales y funestas á que puede conducir la propagacion de tan graves errores. Mas como quiera que en el lugar citado hablamos en general, y no nos era posible descender á por menores, ni sobre los escritos de los socialistas, ni sobre los ensayos á que se han aventurado, lo haremos en los artículos sucesivos comenzando en el presente por el que sin duda es mas digno de llamar la atencion, aun cuando su nombre sea entre nosotros menos conocido que el de Saint-Simon y de Fourier.

Roberto Owen es á un tiempo teórico y práctico; distinguiéndose de los demás reformadores en que estos comenzaron por excogitar teorías que luego se proponian poner en planta, y él principió por obrar; y de sus mismas obras recibió la inspiracion de su teoría. Sin duda que esta es altamente errada, extremadamente dañosa y disolvente; mas por lo mismo que sale de la boca de un hombre práctico, y que si bien ha caido en la manía de escribir mucho, no puede negársele que ha pasado gran parte de su vida en el ensayo de sus doctrinas, estas son mucho mas peligrosas dado que son mas á propósito para seducir en este siglo que tanto se precia de amante de los hechos.

Roberto Owen comienza por declarar errados y dañosos todos los sistemas sociales que han existido hasta el dia de hoy. En su célebre *Manifiesto* publicado en Lóndres el 2 de febrero de 1840, estampa sin rodeos ni embozo que el sistema de sociedad que ha prevalecido hasta nuestros dias tiene su origen en nociones imaginarias salidas de un estado primitivo, grosero é inexperto del espíritu humano; añadiendo en seguida que «todas las circunstancias exteriores que rigen el mundo, son obra del hombre, y se resienten de estas nociones primitivas é imperfectas.» Mucha osadía es necesaria para condenar tan decisivamente todo lo que ha existido y existe; y revela ciertamente un orgullo desmesurado, la pretension de dar á la sociedad una organizacion nueva y enteramente satisfactoria, cuando se supone que se la encuentra envuelta en un caos, de que no le

ha sido posible salir en todos los siglos anteriores. Mil veces se ha dicho que la organizacion social era susceptible de grandes mejoras; que habia muchos bienes que producir y males que remediar; que la ignorancia, la malicia y las pasiones de los hombres alteraban la armonia que reinar debiera en el mundo, y que era muy importante el neutralizar por todos los medios posibles esa funesta influencia, en cuanto cabe, atendida la misera condicion de la prole de Adan. Pero Owen no se limitaba á deplorar los males que nadie niega, y antes de proponer el sistema con el cual intenta regenerar la sociedad, quiere dejar asentado que hasta él nada bueno se habia hecho, y que no se tenian sino nociones imaginarias salidas de un estado de grosería é inexperiencia.

Segun Owen los hechos prueban de una manera evidente á quien observe y reflexione, que esas nociones primitivas y groseras son erróneas de un modo lamentable; y que en las edades precedentes, las cuales pueden ser justamente llamadas el *periodo irracional de la existencia humana*, el hombre ha sido engañado con respecto á su propia naturaleza, y conducido á ser el mas imperfecto é inconsecuente de todos los seres. Esta expresion del *periodo irracional de la existencia humana* es sobre manera peregrina; mayormente cuando veremos en lo sucesivo que el juez que se atreve á pronunciar un fallo tan severo establece doctrinas degradantes que sin duda acarrearían un periodo irracional de la existencia humana, si posible fuera que llegasen á realizarse.

Y ¿en qué funda el orgulloso filósofo esta condenacion en que envuelve á la humanidad entera? ¿Ha descubierto por ventura algun hecho desconocido? ¿Ha levantado el velo que cubriera algun arcano, ó puede alegar alguna cosa de que no tuvieran noticia los que hasta aquí han meditado sobre el destino del humano linaje? No ciertamente: solo que segun él la historia de la raza humana demuestra invenciblemente el estado grosero del espíritu humano, y cada una de sus páginas contribuye á establecer con porme-

nores lo insensato é irracional de su tendencia. ¿Así se borran de una plumada los siglos de Pericles, de Augusto, de Leon X, de Luis XIV? ¿Así se desprecian las glorias del presente, declarando al espíritu humano grosero, insensato é irracional, cuando se imaginaba poder lisonjearse de su desarrollo, adelantos y espléndida cultura? «Esta historia, dice Owen, ha sido una série de guerras, de pillaje, de degüellos, de divisiones interminables, de mutua oposicion á un estado de paz y de felicidad; un largo período en el cual cada uno ha estado en lucha con todos y todos con cada uno; principio de conducta admirablemente calculado para producir la menor prosperidad y la mayor miseria posible.» En estas palabras del reformador hallamos el origen de sus extravíos, origen que consignamos ya en el artículo precedente: la vista de las calamidades que han afligido y afligen al género humano.

Si bien se observa este es el punto de partida de todos los errores en esta materia; hombres que no profesan ningun principio de religion, que no llevan en cuenta las tradiciones antiguas, que no hacen caso de las creencias de los pueblos sobre la existencia de un trastorno primitivo, fijan su mirada sobre la triste condicion que cabe á los hombres en esta tierra de infortunio. ¿Dónde está la justicia? preguntan entonces. ¿Dónde la equidad? ¿Cómo es que esa débil criatura haya de ser víctima de tantos padecimientos? Y faltos de la luz de la fe, empeñados en no aclarar su filosofia con los resplandores que la revelacion puede prestarles, aun cuando no la acataran como obra divina, se pierden en sus vanos pensamientos, los unos negando á Dios, los otros blasfemando de la Providencia, estos acusando á la humanidad entera, aquellos echando la culpa á la supersticion y al fanatismo; en una palabra, divagando en todos sentidos en busca de una verdad, que si la buscasen con corazon recto é intencion pura, la encontrarian consignada en la enseñanza del cristianismo.

Que se agiten en insensatas teorías, que excogiten extravagantes sistemas, solo la religion cristiana ha dado la

clave para explicar los misterios del hombre y de la humanidad: no hay otro fundamento que el que ella ha puesto, no solo para levantar el edificio religioso, pero ni siquiera para formar un cuerpo de ciencia. El hombre sin la luz de la revelacion es un caos; y si se resiste á creer los misterios porque le son incomprensibles, no advierte que se priva de la comprension de uno de ellos, el mas importante y mas allegado, nada menos que él mismo.

Es bien extraño que Owen declare grosero el espíritu humano en todos los siglos y bajo todos los sistemas que nos han precedido, afirmando que el principio de conducta de la humanidad fué el estar en lucha cada uno contra todos, y todos contra cada uno; sin recordar siquiera las máximas de caridad y fraternidad tan inculcadas por el cristianismo. Si Owen se hubiese limitado á decir que las pasiones oponen gravísimos obstáculos á la realizacion de esas máximas, y se hubiese lamentado de la ceguedad y malicia de los hombres en no querer escucharlas, impidiendo así el que la tierra se convierta en un paraíso, habrían estado de acuerdo con él todos los cristianos, y hubieran convenido en que era de la mayor importancia el trabajar de continuo para el planteo de instituciones donde los preceptos y consejos del Evangelio tengan una realizacion efectiva en beneficio de los necesitados y en consuelo de los infelices. Pero condenar todo lo que ha existido y existe sin excepcion alguna, afirmar que todas las instituciones son emanaciones directas de los errores primitivos groseros y graves de nuestros antepasados, tratar de una manera tan insultante todos los principios y sistemas que hasta el presente han regido las sociedades, no era muy á propósito para atraerse prosélitos entre las personas sensatas, antes sí muy conducente á irritar los ánimos, cuando no por otra razon, siquiera por lo lastimado que debia sentirse el amor propio de cuantos tomaron parte en las instituciones que tan altamente se despreciaban.

En lugar de un sistema de ignorancia profunda, que fuerza al hombre desde su niñez á ser irracional, incon-

secuente é incompetente para juzgar sus errores mas notables, tanto en su espíritu como en su conducta, asegúranos Owen que va á proponer á todos los pueblos del globo otro sistema social, enteramente nuevo, fundado sobre los principios nacidos de los hechos invariables, y en perfecta armonía con las leyes de la naturaleza: sistema en que cada uno adquirirá la asistencia de todos, y todos la asistencia de cada uno; principio admirablemente calculado para producir la mayor prosperidad y la menor miseria posible.

Este sistema opuesto totalmente al pasado y al actual, realizará sobre la tierra los mayores prodigios; pues que creará un *nuevo espíritu y una nueva voluntad en todo el género humano*, y nos conducirá á todos por una *necesidad irresistible* á ser consecuentes, racionales, sanos de juicio, y prudentes en la conducta. Hasta aquí se habia tenido como una inmensa ventaja el allanar á los hombres el camino de la virtud, el lograr que, usando bien de su libre albedrío, observasen una conducta juiciosa y prudente; mas con el sistema de Owen se habrá verificado en nuestra naturaleza una mudanza tan profunda, será tal el milagro de la creación de un nuevo espíritu y de una nueva voluntad, que no solo seremos racionales, consecuentes y observantes de una conducta juiciosa, sino que no podremos menos de hacerlo así, pues que todos seremos llevados á ello con necesidad irresistible. Jamás hombre alguno prometiera mas beneficios á la humanidad; jamás se ofreciera á esta mas lisonjera perspectiva; jamás se pronunciaron palabras que pudiesen embriagarnos de igual gozo y esperanza, si desgraciadamente la misma exageracion no nos pudiese de bulto el engaño, si no viéramos que se nos quiere regenerar, y se comienza por despojarnos de nuestro libre albedrío, pretendiendo conducirnos al bien por una necesidad irresistible.

Y no se crea que Owen hable conjeturando, y no con entera seguridad de los resultados del sistema que se propone realizar: él abrirá al hombre los ojos sobre la degra-

dacion presente y pasada de la razon humana, sobre la demencia y absurdidad de nuestras instituciones, sobre la imperiosa necesidad en que nos hallamos de reemplazarlas con otras basadas sobre hechos comunes y en armonía con nuestra naturaleza. Por lo tocante á las dudas que pudiesen ocurrir sobre esas instituciones, sobre los hechos conocidos y la armonía con nuestra naturaleza, hay señales tan características que con ellas *todo* hombre puede distinguir la verdad del error.

Cuando se haya realizado el prodigioso sistema, se pondrá fin á la ignorancia humana, se detendrán los progresos del pauperismo, se le imposibilitará de volver á presentarse, se destruirán las diversas supersticiones que reinan sobre el globo y se alejarán las causas que hasta aquí han dividido á los hombres ya en hechos ya en intencion, y se alcanzará una abundancia inagotable de todo lo necesario á la vida y á los placeres; la penosa tarea de productor que tantos sudores nos cuesta se nos hará mas agradable y mas fácil.

¿Y por ventura será necesario esperar muchos siglos para disfrutar de resultados tan halagüeños? ¿El sistema de Owen se parecerá tal vez á todos los grandes pensamientos que han producido á la humanidad algun beneficio de importancia, los cuales han necesitado mucho tiempo para desarrollar los provechosos gérmenes que encerraban en su seno, arraigándose con lentitud, como suele hacerlo todo lo que ha de durar por espacio muy dilatado? Nada de eso: M. Owen conocia muy bien que para herir vivamente las imaginaciones y arrastrar numerosos prosélitos, convenia no aplazar para mucho tiempo despues el coger el fruto de lo que se sembrase: así es que no tiene reparo en asegurar que su sistema, ya desde el primer año de su adopcion, producirá sobre la tierra mas bienestar, mas comodidades y mas moralidad, que no nos ha traído el antiguo en tantos siglos como lleva de existencia, y que no podrá traernos jamás.

Creerán los lectores que una mudanza tan radical no

podrá efectuarse sin revoluciones sangrientas; que será preciso inundar el mundo en un piélago de sangre y de lágrimas, para que salga mas radiante y puro, mas lleno de prosperidad y ventura; que á la manera de las revoluciones que se han visto hasta ahora, la humanidad no alcanzará el bien, sino soportando grandes males; que no tendrá la dicha sino despues de haber agotado la copa del infortunio; que no llegará á la tierra de promision sino despues de haber divagado largos años por los arenales del desierto. Nada de eso tampoco: el sistema de M. Owen, segun nos asegura él mismo, efectuará todas estas reformas tan radicales, con calma, con tranquilidad, gradualmente y bajo el imperio de un órden tal, que nadie tendrá que sufrir el menor perjuicio en sus intereses morales y materiales; antes al contrario, en todo lugar y en todo país, todos los hombres experimentarán con la mudanza una satisfaccion y un beneficio.

Ciertamente que no se le puede exigir mas al bondadoso reformador: cambiar la faz del mundo, destruyendo radicalmente el sistema que le gobierna y sustituyéndole otro enteramente nuevo; crear un nuevo espíritu, una nueva voluntad; conducir á todos los hombres á la razon, á la observancia de una conducta juiciosa; extirpar todos los gérmenes de division, hacer que todos vivamos en amable paz y fraternidad, desterrar la ignorancia y ahuyentar el pauperismo, haciendo imposible su vuelta; adquirir á todos la asistencia de cada uno, y á cada uno la asistencia de todos, y para colmo de dicha, atraer sobre la tierra inagotable abundancia de todo lo necesario á la vida y á los placeres, y conseguir tal cúmulo de bienes sin causar el menor daño á los intereses morales y materiales de nadie, sin hacer experimentar la menor desazon, antes causando á todos satisfaccion y beneficios, y esto sin excepcion alguna de países ni lugares, es lo que se llama un sistema completo, es el descubrimiento de la piedra filosofal, es dar un mentís á lo que suele decirse de que en esta tierra malaventurada andan los provechos revueltos con los da-

ños, los goces con los dolores, la risa con el llanto; es resolver cumplidamente el problema social con una perfeccion que jamás pudiera caber en la mas poética fantasía. La humanidad debe regocijarse con la esperanza de ese tiempo bienaventurado; solo los amantes de lo melancólico, los aficionados á la tragedia, los que se complacen en dramas que hacen derramar abundantes lágrimas, entristeciendo dulcemente el corazon, tienen que quejarse del sistema de Owen. Con la creacion del nuevo espíritu y de la nueva voluntad, se cegarán algunas fuentes de literatura y de artes: desde entonces no se conocerá mas que lo bello y lo agradable, nada que cause horror, nada que hiera los sentimientos, nada que pueda perturbar aquella paz, aquella tranquilidad, aquella apacible bonanza de que disfrutará el humano linaje. El siglo de oro de los antiguos poetas nada tiene que ver con lo que se nos promete seriamente desde Lóndres en 1840: los manantiales de leche, los árboles sudando sabrosa miel, el corderillo jugueteando con el leon, la hiena llevando sobre sus espaldas al tierno niño, los campos abriendo su fecundo seno para regalarnos con toda especie de frutos, hechizando nuestra vista con varios y exquisitos colores, y recreando nuestro olfato con apacibles y exquisitos aromas, pueden dar apenas una escasa idea de lo que será el mundo cuando se resuelva á escuchar las palabras y aceptar los favores con que le brinda el fabricante inglés.

Un punto quedaba capaz de turbar los ánimos y de retraerlos de prestar oído á los consejos de Owen, y era el haber dicho que con su sistema se destruirian las diversas supersticiones que reinaban sobre el globo. Las conciencias tenian sin duda de que alarmarse viendo que tan sin rodeos se condenaban todos los sistemas antiguos, en los cuales iban envueltas todas las religiones. En esta parte no le es posible á M. Owen dar explicaciones cumplidamente satisfactorias, á no ser que consienta en dar por el pié á su propia obra admitiendo que antes de él hubo quien tuviese sobre la humanidad ideas razonables. Como él es-

triba en el supuesto de que hasta su aparición el espíritu humano ha vivido en un estado grosero é irracional, no le es dado reconocer que ninguno de los fundadores de las religiones hubiese acertado en el verdadero sistema; así es que no puede transigir en lo tocante á la necesidad de destruir lentamente todas las supersticiones que dominan en el globo. Mas con la mira de que no se alarmasen los tímidos recelando que no sobrevinieran violencias y persecuciones, asegura M. Owen que por consideracion á los errores del antiguo estado social y no herir de ninguna manera las conciencias, el nuevo sistema arreglará las cosas de tal suerte que las viejas supersticiones de cada pueblo mueran de muerte natural, lográndose esto con los menores inconvenientes posibles para los individuos que las profesan, y con el mayor respeto á las flaquezas humanas. Por lo demás, añade, que siendo los dos sistemas enteramente distintos, es claro no ser posible la fusion entre ellos, ni aun en el período en que el uno absorberá al otro. El nuevo, como que estará basado sobre la verdad, no admitirá decepciones en la vida pública ni privada, ni entre los individuos ni entre los pueblos; dejando al viejo, que está fundado sobre el error, el que se defienda con la ayuda de sutilezas y mentiras.

El fundador del nuevo sistema ofrece una garantía de que puede realizar lo que promete, en que pasó el primer período de su vida ocupado en la industria, en que es un hombre de negocios, de órden y de experiencia, y que las instituciones que ha excogitado fundadas sobre los principios de nuestra naturaleza y en armonía con ellos, le han sido inspiradas por el conocimiento práctico de las cosas.

No teme el autor de tantas maravillas las dificultades que puedan ofrecerle los hombres inteligentes en la materia; pues que afirma que sus instituciones nuevas, á pesar de la extraordinaria combinacion que encierran, organizando las cosas de manera que toda la raza humana reciba en premio de su trabajo ventajas cien veces mas grandes que

las proporcionadas por el antiguo sistema á *ningun individuo*, esos planes inauditos hasta el día de hoy, esas combinaciones que deben formar un nuevo mundo moral y dar al hombre un carácter racional, están prontos á sufrir el exámen de los mas sabios, mas prácticos, mas experimentados en los cuatro ramos esenciales de la vida humana, que son: 1.º la produccion de las riquezas: 2.º la distribucion de ellas: 3.º la formacion del carácter humano desde la niñez: 4.º el establecimiento de un gobierno local y general.

El inventor se lisonjea de que se aproxima la época de la realizacion de sus grandes designios, de la destruccion entera y pacífica del inmoral sistema que ha regido hasta ahora, y cree ver una señal que anuncia la cercanía de la innovacion, en la *consternacion* de los hombres que se imaginan tener un interés material en la conservacion del antiguo estado de cosas. Segun él, esto indica que ha sonado la hora de la trasformacion: la atencion de los pueblos se siente llamada hácia tan importante objeto, y dirigen sus miradas á esa felicidad en que se interesan los presentes y los venideros.

¿Cuál será el sistema tan maravilloso, al cual prodiga su autor tan entusiastas elogios? ¿cuáles serán los medios que se propone emplear para conseguir tan estupendos resultados? ¿Le ha sido revelada quizás la naturaleza del espíritu humano de una manera desconocida hasta el presente? ¿Ha penetrado los arcanos del corazon descubriendo resortes de que no se tenía idea para obrar sobre él y producir efectos que nadie pudiera prometerse? Digna es ciertamente de examinarse esta cuestion, digno es el sistema de Owen de ser sometido á discusion rigurosa, mayormente en la parte tocante á las teorías, con las cuales intenta corregir las ideas que segun él habian sido hasta aquí falsas y groseras, teniendo el espíritu humano en un estado irracional del que salian como de la caja de Pandora los males que han afligido la tierra. — J. B.

EL SOCIALISMO.

ARTÍCULO 3.º

CONTINUA LA EXPOSICION DE LAS TEORÍAS DE OWEN.

El hombre, según Owen, es un compuesto de organización original y de influencias exteriores, de las cuales resultan los sentimientos y convicciones, manantiales de nuestros actos. No siendo el hombre dueño de modificar su organización ni las circunstancias que le rodean, se sigue, que así los sentimientos como las convicciones, como los actos que de ahí dimanar, son hechos forzosos, necesarios, contra los cuales él no puede nada; los sufre, no los arregla; están fuera del alcance de su consentimiento; de suerte que el individuo se ve precisado á recibir ideas exactas ó falsas, sin que pueda desear las primeras ni desechar las segundas. Su carácter es un hecho accidental independiente de él; y su voluntad resultado de convicciones y de sentimientos esclavos, no tiene ni espontaneidad, ni libertad. De donde resulta que siendo el hombre juguete á un tiempo de su organización que él no ha arreglado, y de las circunstancias de su educación que no está en su mano combatir, sería la mas chocante injusticia el declararle responsable de las palabras ó de los actos, á los cuales se halla empujado por un concurso de necesidades inexorables.

No debía M. Owen ofrecernos con tan pomposas palabras el desarrollo de una teoría que nada tiene de nuevo, que es un miserable plagio de la escuela materialista, que no añade ni una sola idea luminosa á lo que dijeron en todos tiempos y países los que formaron el insensato em-

peño de rebajar al hombre hasta el nivel de las plantas. Los que han negado la existencia de un espíritu distinto del cuerpo, han debido establecer por necesidad que el hombre era un compuesto de organización original y de influencias exteriores; pues quitada el alma como distinta del cuerpo, claro es que solo queda este con su organización natural, ó si se quiere llamarla original, y con las modificaciones que esta organización reciba de las influencias que la rodean. En tal caso es cierto que los sentimientos y las convicciones y todos los actos del hombre serian el resultado de combinaciones puramente materiales; y que este por consiguiente no seria responsable de cuanto quisiese ú obrase, dado que careceria enteramente de libertad, y estaria llevado al ejercicio de sus facultades con la misma fuerza irresistible que los cuerpos abandonados á sí mismos se precipitan hácia el centro de gravedad.

Espanto causa que una teoría con la cual se pretende arreglar el mundo, se inaugure con tan tristes auspicios como son la negacion del espíritu del hombre, la negacion de su libertad, la negacion de su responsabilidad, la proclamacion solemne de que no somos mas que un puñado de materia organizada, y de que todos nuestros pensamientos, nuestras voluntades, nuestros actos, no son mas que funciones necesarias sobre las cuales nada tenemos que ver, nada podemos; no siéndonos dado otra cosa que entregarnos á sus impulsos como el péndulo á sus oscilaciones. Espanto causa el reflexionar lo que seria el mundo si llegase á dominar tan funesta doctrina: no solo se destruirian las ideas de virtud y de vicio, que ni siquiera son concebibles en faltando la libertad; no solo desaparecerian las nociones de bien y de mal moral que fueran absurdas, si se las aplicase á la materia organizada; no solo desaparecerian todas las esperanzas y hasta los pensamientos de una vida futura, sino que hasta la presente perderia de una vez todo lo que tiene de bello y de sublime.

¿Qué son las ideas, si se supone que no tienen su asiento en un espíritu inmortal, y que no son mas que el pro-

ducto de la organizacion de la materia? Los sentimientos mas puros, mas hermosos, mas elevados, ¿en qué se convierten desde el momento que llegásemos á figurárnoslos á manera de funciones de un órgano corpóreo? El hombre entero pierde su íntima naturaleza, no es á nuestros ojos nada de lo que era antes, desde que le consideramos sin mérito ni desmérito, sin virtud ni vicio, sin responsabilidad de sus actos, sin libre albedrío, sin alma. Entonces ya no es una criatura á imágen y semejanza de Dios, ya no tiene altos destinos á que llegar, ya no tiene arduas empresas que acometer: mísera porcion de materia organizada, parte imperceptible de ese universo en medio del cual se encuentra arrojado, sin saber por quién ni para qué, hállase condenado á sufrir las duras condiciones de su existencia, arrastrándose como vil gusano sobre ese monton de polvo que se le ha señalado por morada. Sometido á las leyes de inexorable necesidad, nada puede hacer, ni para mudar su suerte, ni para mejorarla; sus acciones, su voluntad, sus pensamientos, sus sentimientos, sus instintos, todo cuanto es y todo cuanto tiene, todo depende de la organizacion que le ha cabido en suerte, y de las circunstancias que le han rodeado. Si ejerce un acto que le parezca virtuoso, y que deje en el fondo de su alma la purísima satisfaccion de haber cumplido con su deber, ha de desechar aquella idea que tanto le halaga, como vana ilusion contraria á la verdadera filosofia: ya que el acto que le pareciera virtuoso, no es mas que un producto de su organizacion material, no ha contraido ningun mérito ejerciéndole, no ha cumplido con ningun deber, porque es un absurdo hablar de deberes y de méritos, aplicándolo á operaciones que dimanen de la organizacion de la materia.

La humanidad, si por desgracia pudiese llegar á tener un solo dia estas horribles convicciones, se sentiria degradada de repente: su frente se abatiria al suelo como la de los brutos, el corazon cesaria de latir con nobleza, apagarase la luz del entendimiento, relajárase la energia de la

voluntad, y abandonado el hombre á los instintos mas brutales abdicaria el hermoso titulo de rey de la creacion.

Pero en vano es que la ceguera del orgullo se empeñe obstinadamente en excogitar extravagantes sistemas para destruir lo indestructible. El sentimiento de la libertad está en el fondo de nuestra conciencia; en vano intentaríamos sofocarle; una voz interior nos clama que somos libres; antes de obrar experimentamos que podemos dejar de obrar; cuando hacemos una cosa, sentimos que podríamos hacer otra; y si alguna vez nos proponemos ejercer adrede el libre albedrío, hallamos que no tiene límites, desde el acto mas juicioso hasta el mas extravagante y ridículo.

La responsabilidad de nuestros actos es evidente en igual grado. Cuando hemos obrado bien, sentimos un placer indecible, emanado de una aprobacion interior de lo que acabamos de ejecutar: la accion virtuosa deja en nuestra alma una impresion en extremo agradable, como la flor que al abrir su capullo exhala un suavísimo aroma. Al contrario, cuando nos hemos apartado de nuestro deber, cuando hemos cometido una accion fea, ó hemos dejado de ejercer otra á que estábamos obligados, el remordimiento brota al instante en el fondo de nuestro corazon: una voz íntima que sale de lo mas recóndito de nuestra alma nos reprende con lenguaje severo; en vano nos excusamos á los ojos de los demás, en vano apelamos á fugios para disculparnos en nuestra propia conciencia, en vano huimos de nosotros mismos para no escuchar esa voz que nos importuna y aflige; ella nos persigue en medio de nuestras distracciones, de nuestros placeres, de nuestra disipacion insensata; ella nos persigue de dia y de noche, en la vigilia y en el sueño, en la salud y en la enfermedad, en la dicha y en el infortunio, y de continuo nos dice: «has obrado mal.»

Pero sigamos á M. Owen en sus desatentadas teorías. La felicidad, segun él, *la verdadera felicidad, producto de la educacion y de la salud*, consiste en el deseo de aumentar

los goces de nuestros semejantes y de enriquecer los conocimientos humanos, en la asociacion con seres simpáticos, en la ausencia de la supersticion, en la benevolencia, en la caridad, en el culto de la verdad, en el uso completo de la libertad individual. ¿Qué significa ese conjunto de palabras, cuando vienen en pos de los funestos principios que acabamos de combatir? ¿Qué es la benevolencia, qué es la caridad en seres cuya naturaleza no es mas que un poco de materia organizada? ¿Qué será el culto de la verdad, qué el uso completo de la libertad individual, si esta libertad no existe, si todos los actos del hombre son producto de irresistible necesidad? Así se procura encubrir la pobreza y falsedad de las ideas con nombres pomposos y brillantes; así se quiere alucinar á los incautos amontonando expresiones que carecen de sentido en la teoria á que se aplican. Siendo tan grosero, tan errado, tan malo todo lo que ha existido hasta aquí, ¿cómo es que les usurpais á los antiguos sistemas sus ideas y hasta sus palabras? ¿Quién os ha enseñado á pronunciar la benevolencia, la caridad, el culto de la verdad, el uso de la libertad individual, sino ese mismo sistema á quien ingratos despreciáis? ¡Ah! es que en el vuestro os seria preciso forjar un nuevo idioma, idioma que si expresase exactamente vuestras doctrinas seria un cúmulo de absurdidades y degradacion, que no os atreveriais á ofrecer á los ojos de ningun hombre que no hubiese perdido totalmente el sentimiento de la dignidad propia. Así cuando hablais de caridad, del deseo del bien de los semejantes, estas palabras tan bellas en el antiguo sistema, ó no significan nada en el vuestro, ó significan ideas repugnantes y desconsoladoras.

Segun vuestras doctrinas, el hombre que tiene benevolencia, y que la realiza con actos benéficos, no practica nada noble, nada laudable, no merece que el favorecido le agradezca los favores, pues que haciendo el bien ejecuta lo que no puede menos de ejecutar; obedece á una necesidad irresistible, obra lo mismo que la lluvia que por

el impulso de su gravedad cae sobre una tierra agotada y la humedece y fertiliza. Analizad bien estas ideas: formad conforme á ellas vuestro diccionario, y atreveos á estampar en él las palabras de benevolencia y caridad.—J. B.

EL SOCIALISMO.

ARTÍCULO 4.º

CONTINÚA EL EXÁMEN DE LAS TEORÍAS DE ROBERTO OWEN.

Segun M. Owen la ciencia social abraza el conocimiento de las leyes de la naturaleza, la teoria mas exacta de la produccion y de la distribucion de las riquezas, el perfeccionamiento de la humanidad, y el método del gobierno. ¿Cuál será la religion de semejante sistema? Nada menos que *la religion de la caridad*, religion que se muestra muy reservada sobre todo lo que excede nuestros conocimientos, pero que sin embargo admite un Dios criador, eterno, infinito. Es de sospechar que esta profesion de fe es una vana fórmula, un hipócrita homenaje tributado á la creencia de la generalidad de los hombres, que se llenarian de horror si se les predicase el ateísmo puro. Así es que cuando se trata de rendir culto á este Dios, criador, eterno é infinito, el fundador del sistema *racional*, no establece otra adoracion que *esta ley instintiva que ordena al hombre el vivir conforme á los impulsos de su naturaleza*, y alcanzar el fin de su existencia. Este fin es la práctica de la benevolencia mutua, y el deseo sin cesar creciente de hacerse felices los unos á los otros, sin distincion de raza, de sangre ni de color. La religion es la *inquisicion de la verdad*, el estudio de los hechos y de las circunstancias que producen el

los goces de nuestros semejantes y de enriquecer los conocimientos humanos, en la asociacion con seres simpáticos, en la ausencia de la supersticion, en la benevolencia, en la caridad, en el culto de la verdad, en el uso completo de la libertad individual. ¿Qué significa ese conjunto de palabras, cuando vienen en pos de los funestos principios que acabamos de combatir? ¿Qué es la benevolencia, qué es la caridad en seres cuya naturaleza no es mas que un poco de materia organizada? ¿Qué será el culto de la verdad, qué el uso completo de la libertad individual, si esta libertad no existe, si todos los actos del hombre son producto de irresistible necesidad? Así se procura encubrir la pobreza y falsedad de las ideas con nombres pomposos y brillantes; así se quiere alucinar á los incautos amontonando expresiones que carecen de sentido en la teoria á que se aplican. Siendo tan grosero, tan errado, tan malo todo lo que ha existido hasta aquí, ¿cómo es que les usurpais á los antiguos sistemas sus ideas y hasta sus palabras? ¿Quién os ha enseñado á pronunciar la benevolencia, la caridad, el culto de la verdad, el uso de la libertad individual, sino ese mismo sistema á quien ingratos despreciáis? ¡Ah! es que en el vuestro os seria preciso forjar un nuevo idioma, idioma que si expresase exactamente vuestras doctrinas seria un cúmulo de absurdidades y degradacion, que no os atreveriais á ofrecer á los ojos de ningun hombre que no hubiese perdido totalmente el sentimiento de la dignidad propia. Así cuando hablais de caridad, del deseo del bien de los semejantes, estas palabras tan bellas en el antiguo sistema, ó no significan nada en el vuestro, ó significan ideas repugnantes y desconsoladoras.

Segun vuestras doctrinas, el hombre que tiene benevolencia, y que la realiza con actos benéficos, no practica nada noble, nada laudable, no merece que el favorecido le agradezca los favores, pues que haciendo el bien ejecuta lo que no puede menos de ejecutar; obedece á una necesidad irresistible, obra lo mismo que la lluvia que por

el impulso de su gravedad cae sobre una tierra agotada y la humedece y fertiliza. Analizad bien estas ideas: formad conforme á ellas vuestro diccionario, y atreveos á estampar en él las palabras de benevolencia y caridad.—J. B.

EL SOCIALISMO.

ARTÍCULO 4.º

CONTINÚA EL EXÁMEN DE LAS TEORÍAS DE ROBERTO OWEN.

Segun M. Owen la ciencia social abraza el conocimiento de las leyes de la naturaleza, la teoria mas exacta de la produccion y de la distribucion de las riquezas, el perfeccionamiento de la humanidad, y el método del gobierno. ¿Cuál será la religion de semejante sistema? Nada menos que *la religion de la caridad*, religion que se muestra muy reservada sobre todo lo que excede nuestros conocimientos, pero que sin embargo admite un Dios criador, eterno, infinito. Es de sospechar que esta profesion de fe es una vana fórmula, un hipócrita homenaje tributado á la creencia de la generalidad de los hombres, que se llenarian de horror si se les predicase el ateísmo puro. Así es que cuando se trata de rendir culto á este Dios, criador, eterno é infinito, el fundador del sistema *racional*, no establece otra adoracion que *esta ley instintiva que ordena al hombre el vivir conforme á los impulsos de su naturaleza*, y alcanzar el fin de su existencia. Este fin es la práctica de la benevolencia mutua, y el deseo sin cesar creciente de hacerse felices los unos á los otros, sin distincion de raza, de sangre ni de color. La religion es la *inquisicion de la verdad*, el estudio de los hechos y de las circunstancias que producen el

bien y el mal: *amarse, gobernarse bien, vivir felizmente, hé aquí lo que es agradable á Dios.* De una teoría materialista, natural era que descendiese una moral también materialista; natural era que despues de haber hecho consistir el hombre en una organizacion material, no se hablase de premios ni castigos en la otra vida, no se mentasen las esperanzas y los temores que llegan mas allá del sepulcro. Si el hombre no era mas que un puñado de polvo, era muy justo que se le dejase pegado al polvo, que no se le hablase de porvenir despues de la muerte, ya que esta muerte no era otra cosa que un soplo que desbarataba esa organizacion endeble.

La ciencia del gobierno, en el sistema de M. Owen, consiste en fijar sobre bases racionales la naturaleza del hombre y las condiciones requeridas para la dicha; así un gobierno racional debe proclamar desde luego la libertad absoluta de la conciencia, *la abolicion de toda recompensa y de toda pena, origen de nuestras desigualdades sociales, en fin la completa irresponsabilidad del individuo*, ya que se le supone esclavo de sus actos. En el sistema del reformador, si el hombre obra mal, no lo debemos achacar á él, sino á las circunstancias fatales de que está rodeado. Un culpable no es mas que un enfermo, y si su enfermedad llega á ser peligrosa para los demás, ábrase un hospital para las *moralidades dolientes*. Cuando las circunstancias que rodean al hombre sean tales que no le inspiren sino bien, las enfermedades de esta clase serán muy raras; y cuando se ofrecen, *el gobierno racional proveerá á ellas por medio de un Charenton ó de un Bedlam.*

El principio con que se destruye la libertad humana, y por consiguiente toda clase de responsabilidad, trae por precision consigo la doctrina de que el culpable es un enfermo, y no otra cosa. En efecto, si suponemos que las acciones del hombre no dimanen del libre albedrío, sino de impulsos naturales á los que sea imposible resistir, tendremos que el ladrón, el homicida y todo linaje de criminales, no cometerán sus atentados con verdadera delibera-

cion, y si solo obedeciendo á una ley de su naturaleza. De tal suerte que quien clava el puñal en el seno de su hermano ó de su padre, no hace mas que seguir el impulso á que le lleva su organizacion particular atendidas las circunstancias que le rodean; y no estará mas en su mano el no arrojarle á semejantes actos, que el experimentar una impresion dolorosa si recibe una contusion ú otro daño en un miembro de su cuerpo.

Parece imposible que á la faz del mundo civilizado se propalen doctrinas, que á mas de estar en abierta oposicion con el sentido íntimo, con el grito de la conciencia, con el consentimiento del género humano, con las leyes y costumbres de todos los países, tienden á desencadenar de tal suerte las pasiones y abrir la puerta á todos los delitos; y lo singular es que una doctrina que ha sido en todas épocas la enseña de sectas pervertidas se nos presente como una invencion maravillosa, como indefectible panacea para curar todos los males de la humanidad, como fecundo semillero de prosperidad y ventura.

En todos tiempos se ha reconocido que de los hombres los unos son mas inclinados al bien ó al mal que los otros: la diferencia de índoles y caracteres es cosa ya tan conocida y tan generalizada, que en todos los idiomas se encuentran palabras que explican esta diversidad; pero el buen sentido del humano linaje ha distinguido siempre entre una inclinacion mas ó menos decidida hácia un género de actos y la verdadera demencia. En el que adolecia de la primera, aun cuando le fuera difícil abstenerse de ellos, se reconocía la libertad de no cometerlos, y por lo tanto se le imputaban á culpa; cuando al segundo, totalmente destituido de la razon, se le consideraba como un bruto que obedecía á instintos ciegos, cuya mala tendencia no comprendía, y cuyo impulso no le era posible resistir. Pero declarar de una vez que todos los hombres se hallan en este último caso, es proclamar la demencia universal; y el humano linaje tiene indisputable derecho á rechazar este ultraje sobre la frente del que se lo arroja.

Con tan bella teoría bien se deja entender lo que sería la sociedad ideada por Owen; los hombres seguros de que no habian de recibir premio ni castigo no tendrían ni estímulo para el bien, ni freno para el mal; el que se le antojase robar las alhajas de su compañero, asesinar á su amigo, violentar á una doncella, incendiar una casa, ó perpetrar otros actos semejantes, estaba cierto que cuando mas se le consideraría como un enfermo atacado de inclinacion al robo, al asesinato, á la violacion ó al incendio; y como quiera que absteniéndose de cometer con frecuencia dichos atentados podría persuadir fácilmente que su enfermedad no es peligrosa, y que el exceso á que ha llegado no ha sido mas que un accidente pasajero, hasta le sería dable evitar que se le encerrase por mucho tiempo en un Charenton ó en un Bedlam.

Sin embargo, y á pesar de tamaña evidencia de los pésimos resultados que consigo traerian tan desolantes doctrinas, M. Owen se lisonjea de que con ellas se podría crear un paraíso sobre la tierra, y organizar una sociedad donde los hombres se convirtiesen en ángeles. El principio de esta sociedad debiera ser la *vida comun*, en la que trabajando cada individuo segun sus medios é industria, estuviese provisto de cuanto hubiese menester. En la comunidad, la educacion debiera ser la misma para todos, invariable, uniforme, dirigida de tal suerte que no hiciera nacer sino sentimientos verdaderos y libres en su emision, conformes sobre todo á las leyes evidentes de nuestra naturaleza. Bajo tales condiciones, y con la ayuda de estas circunstancias, la propiedad individual llegaria á ser inútil; y la igualdad perfecta, la comunidad absoluta, fueran las solas reglas posibles de la sociedad.

M. Owen cree que en seguida se podrán abolir todos los signos de riqueza personal; y que la comunidad reemplazará á la familia. Cada una de estas comunidades constará de dos ó tres mil individuos que se dedicarán á industrias combinadas, agrícolas y fabriles; de manera que puedan satisfacer á sus necesidades mas esenciales. Las diversas

comunidades se enlazarán entre sí y formarán un congreso; en cada comunidad *no habrá mas que una jerarquía que será la de las funciones, y esta dependerá de la edad*. Hasta los quince años el individuo recibirá educacion, pero en pasando de ellos entrará en el orden de los trabajadores; los agentes mas activos de la produccion serán los jóvenes de veinte á veinte y cinco años; los de veinte y cinco á treinta cuidarán de la distribucion y conservacion de la riqueza social; los hombres de treinta á cuarenta tendrán el cargo de cuidar del movimiento interior de la comunidad; y los de cuarenta á sesenta arreglarán las relaciones de esta con las otras de los alrededores; y por fin un consejo de gobierno presidirá á este conjunto material, intelectual y moral.

Hasta ahora se habia creído que era sumamente peligroso soltar el freno á las pasiones; y en todos los países del mundo, bajo todas las formas de gobierno, bajo todas las religiones, bajo todos los sistemas filosóficos que no estuviesen faltos de sentido comun, se habia conceptuado como de indeclinable necesidad el reprimir esos impulsos ciegos que tienden á una satisfaccion momentánea, que miran á lo presente, sin dar una ojeada al porvenir; que nos llevan á un objeto sin pensar en el resultado que su goce nos puede acarrear, que nos inducen á llenar el deseo sin atender á las consideraciones de decoro, de deber, ni á nada de cuanto se encierra en el nombre de moralidad. La represion habia sido juzgada como indispensable, porque la experiencia está manifestando que si damos rienda suelta á esos impulsos, nos degradan, nos envilecen, nos igualan con los brutos, acaban con todas nuestras riquezas, con nuestra salud y hasta con la existencia misma. La facultad que tiene el hombre de resistir á estos impulsos, la libertad que posee de contrariarlos, habia sido considerada siempre como una de sus dotes características, como uno de los beneficios con que le favoreciera el Criador levantándole sobre la esfera de los irracionales. Quien hallándose tentado por una pasion vehemente, que

le inducía á un acto criminal, hacia un esfuerzo para dominarla y seguir el camino de la virtud, era mirado como un héroe, era propuesto como sublime modelo que deberían imitar los demás. Aquel era el hombre por excelencia: aquel habia mostrado en todo su grandor la dignidad humana: aquel habia usado noblemente de su razon y de su voluntad: aquel habia correspondido á los designios del Supremo Hacedor, cuando formándole á imagen y semejanza suya, quiso que la conducta de esta elevada criatura no fuese regida por los ciegos instintos á que obedecen los brutos, sino por la razon destello de la divinidad, hermosísima luz que nos manifiesta el bien y el mal, que nos guia por el sendero de la vida sin que nos fuerce á seguirle, dejando en nuestra mano el que si nos place escojamos el de la perdicion y de la muerte. De esta doctrina sublime, único dogma del hombre, brotaban las ideas de virtud, de cumplimiento de los deberes; la abnegacion, el desprendimiento, la paciencia en los trabajos, la fortaleza en las adversidades, la serenidad en las tribulaciones, la heroica resignacion á perder todos los bienes y hasta la salud y la vida, antes que empañar la conciencia con un acto reprehensible. En una palabra, con el antiguo sistema se concibe la humanidad con todo lo que tiene de bello, de sublime y de grande; el hombre, si bien sujeto á defectos y miserias, es todavía una criatura noble, que lleva en su frente el sello que le imprimiera el Criador; su felicidad no está en los goces de la tierra, su destino final no se halla en este mundo, es un ilustre proscrito que alejado de su patria pasa algunos dias de luto y de dolor en este valle de infortunio, pero que en el fondo de su corazon abriga la esperanza de volver á su tierra natal y de disfrutar la inefable dicha que allá le está reservada. Hijo del cielo se dirige hácia el cielo; si se aparta de este camino es por un extravío lamentable del cual le remuerde la conciencia: criado para gozar de Dios, no se satisface su corazon con los placeres de la tierra; y sintiendo en medio de ellos un hondo vacío, un malestar inexplicable,

conoce que solo le es dado alcanzar la felicidad en la vida futura, cuando le será concedido unirse con su Criador sumergiéndose en un piélago de amor y de luz.

Toda esta belleza, toda esta sublimidad, son vanas ilusiones segun el sistema de Owen; todas estas virtudes de abnegacion, de desprendimiento, de resignacion, de fortaleza, de heroica resistencia á todo linaje de pasiones, todo ese conjunto que nos revela nuestra dignidad, y cuyo solo nombre nos conforta y agranda, todo esto desaparece desde que se nos niega la libertad, se nos declara que obedecemos á impulsos irresistibles, se nos incita á que dejemos de forcejar contra ellos, á que nos abandonemos sin reserva á esos instintos que nos llevan á gozar hoy sin pensar en el dia de mañana, desde que se pretende hacernos creer que así viviremos conforme á las leyes de nuestra naturaleza, que así no romperemos la armonia de la creacion, que así nos haremos agradables á Dios, rindiéndole el único culto que le es debido.

Para todos los hombres que sientan latir en su pecho un corazon noble, estas doctrinas dejan de ser peligrosas de puro ofensivas á la dignidad humana; porque el débil mortal, si bien sujeto á muchas miserias, no abdica con facilidad los nobles títulos de su origen; y en medio de su decaimiento se asemeja á los hijos de ilustre prosapia que en medio de su abatimiento se complacen en recordar lo distinguido de su cuna, y en hacer notar que conservan todavía el lenguaje y los modales que cumplen á su hidalgo nacimiento. Nó: la humanidad no vuelve la vista hácia ese porvenir con que le brinda M. Owen; si viera que se acerca, léjos de abalanzarse hácia él lanzaria un grito de horror; como el infeliz que viviendo en la luz del dia, se le intima que va á ser sepultado en una cárcel tenebrosa.

Si tal es el sistema de Owen considerado bajo el aspecto de dignidad y de moralidad, no es mas lisonjero por lo tocante á los resultados económicos. Establece la vida comun cimentándola sobre la expansion de todas las pasiones, y cabalmente ese género de vida es insostenible sin

la represion de ellas. En el cristianismo se ha visto realizada de una manera sublime; pero ¿cómo? basándola sobre la abnegacion, sobre el desprendimiento, sobre la mortificacion de la carne, sobre la abdicacion de la propia voluntad, ofreciéndose el individuo en holocausto, ya sea como víctima de penitencia en la soledad del retiro, ya consagrándose todo enteró al socorro de los necesitados, al consuelo de los afligidos, al rescate de los cautivos, á la instruccion de la infancia, á la conversion de los pecadores, á la propagacion de la fe del Crucificado entre los pueblos sentados en las tinieblas y sombras de la muerte.

Así se concibe la vida comun, así se concibe la posibilidad de que las pasiones, los intereses de los individuos, declarándose en abierta lucha no engendren primero el desórden, y no produzcan luego el trastorno y el caos; así se concibe la vida comun, porque los intereses individuales desaparecen, las pasiones se amortiguan y se comprimen, todo está regido por un pensamiento comun, todo está absorbido por un pensamiento comun, todo subordinado al santo fin que se propusiera el fundador, todo gobernado por una voluntad á la cual es un deber sagrado el obedecer.

Pero dejad en pié los intereses individuales, dejad las pasiones en todo su vigor y energía, abandonad ese conjunto de fuerzas á sus impulsos naturales, y vereis como se chocan vivamente, como se destruyen unas á otras, sin producir esa armonía con que se lisonjeaba el soñador reformista.

Ahogado el sentimiento individual, absorbido el hombre en la comunidad, quedaria el alma sin resorte y por consiguiente vegetara en la inaccion á no tener en sí misma motivos superiores que le comunicaran movimiento. ¿Creéis por ventura que ese religioso á quien veis desprendido de todo interés propio, de toda voluntad propia, dejándose manejar por otro como un cadáver, creéis por ventura, que no abriga en el íntimo de su corazon un fondo de vida, de energía, que hace llevaderos los trabajos,

agradables las mas penosas tareas, fáciles las mas arduas empresas? En su semblante, en sus modales, en sus palabras, no descubris al individuo, no veis sino al miembro de la sociedad á que pertenece; pero penetrad en su alma, oidle cuando derrama en la expansion de la amistad ó en las efusiones del entusiasmo el fuego santo que lleva escondido en su pecho; allí notareis que al desprendimiento de los bienes de la tierra ha sucedido un inmenso deseo de los bienes celestiales, que al amor mundanal ha sucedido el amor divino, que á los placeres sensuales han sucedido los dulcísimos goces de amar á Dios, de amar á sus semejantes, de ofrecer su vida en holocausto para complacer al Señor y hacer la felicidad de los prójimos.

¿Dónde están esos móviles en la sociedad excogitada por Owen? Allí se pretende que desaparezca tambien el individuo, que desaparezca la familia, que todo se absorba en la comunidad; pero ¿cómo? por un refinamiento de egoismo, por un refinamiento del sentimiento individual, perdiendo todo temor de que pueda faltar lo necesario para la subsistencia, con la seguridad de que los trabajos de los demás socios proveerán con abundancia á cuanto sea menester hasta para los placeres de la vida, sea cual fuere el grado de la intensidad con que él se dedique á la tarea que le corresponde.

¿Cuál seria la consecuencia natural de un estado semejante? La pereza, la indolencia mas cumplida, el total abandono á los malos instintos, á todo linaje de pasiones, pudiendo asegurarse que en el breve tiempo que durar debiera una sociedad de esta clase, habria la mas repugnante injusticia en la distribucion de los productos, pues que los muchos perezosos y malos se aprovecharian de los sudores de los pocos laboriosos y buenos.

El ensayo hecho por el mismo Owen en la América debiera haberle enseñado estas verdades. Lo acontecido en New-Harmony no es un caso excepcional, sino un ejemplo de lo que por necesidad se verificaria en todos tiempos y países. M. Owen empeñado en no reconocer los vicios ra-

dicales de su sistema, achaca el mal éxito de su tentativa á los elementos de que se componia su colonia; mas no advierte que el mismo mal que se halló en ella se encontraria en todas las otras en grado mas ó menos intenso; y que si bien suponiendo una reunion de hombres mas inteligentes y morigerados los inconvenientes no serian por de pronto tan graves, el maligno gérmen se desarrollaria á la sombra de la misma institucion, y léjos de mejorarse los individuos de que constaria la comunidad, se irian maleando cada dia mas, hasta parar á un estado que les imposibilitaria de continuar reunidos.

El quejarse de los hombres, de su mala índole, de su falta de instruccion y educacion, de sus perversas inclinaciones, de sus hábitos viciosos, es empeñarse en resolver el problema, sin contar con uno de sus datos mas esenciales; porque precisamente en todas las reformas en que se trata de plantear una nueva organizacion social, es menester contar con los hombres tales como son en sí, no como nosotros deseáramos que fuesen.

Aun cuando el sistema de Owen fuese muy racional y muy justo, bastaria que exigiese una preparacion imposible para que debiera ser mirado como una utopia irrealizable. Mas no está el mal en exigir una preparacion en los espíritus de todo punto imposible, sino en que para prepararlos se comienza echándolos á perder, destruyendo el sentimiento de la propia dignidad, negando la libertad, la responsabilidad, la conciencia, anonadando á todo el hombre moral, desenvolviendo todas las pasiones, inspirando amor á los goces, persuadiendo de que nuestro mas alto destino es pasar aquí en la tierra una vida agradable y placentera; en una palabra, quitando todos los estímulos que pueden conducir al bien, quebrantando todos los frenos que pueden retraer del mal, y dejando al hombre abandonado al impetu de sus pasiones, sin norte, sin guia, como bajel desmantelado en medio de las tempestades del Océano.

Esta breve reseña analítica que acabamos de hacer de

las doctrinas de Owen, es una confirmacion de lo que hemos sentado al principio, de que los hombres que contemplan la sociedad, prescindiendo de las luces de la religion cristiana, se extravian lastimosamente, no solo en lo que toca al origen de nuestros males, sino tambien en lo relativo á sus remedios; son pésimos filósofos cuando se proponen explicar las causas del malestar del linaje humano, y muy miserables hombres de gobierno cuando intentan destruir la organizacion existente y reemplazarla con otra nueva que allá en sus sueños excogitaran. —J. B.

BARCELONA.

ARTÍCULO 3.º

SE DESVANECE UN ERROR SOBRE LAS CAUSAS DE SUS REVUELTAS.

Despues de habernos ocupado de la parte material de Barcelona, justo es que fijemos nuestra atencion en la política, social y moral. Desde luego salta á los ojos que esta ciudad se halla en circunstancias muy excepcionales con respecto á las demás poblaciones importantes de España. Basta pasar de ella á Zaragoza, Valencia, Granada, Sevilla ó Madrid, para palpar la diferencia. Al verla con sus numerosas fábricas, sus repletos almacenes, sus magnificas tiendas, sus elegantes edificios; al notar los hábitos de aseo en todas las clases; al observar el espíritu de trabajo y de adelanto que las domina, diríase que Barcelona no pertenece á España, sino que es una importacion que se nos ha hecho de Bélgica ó de Inglaterra, célebres por las

dicales de su sistema, achaca el mal éxito de su tentativa á los elementos de que se componia su colonia; mas no advierte que el mismo mal que se halló en ella se encontraria en todas las otras en grado mas ó menos intenso; y que si bien suponiendo una reunion de hombres mas inteligentes y morigerados los inconvenientes no serian por de pronto tan graves, el maligno gérmen se desarrollaria á la sombra de la misma institucion, y léjos de mejorarse los individuos de que constaria la comunidad, se irian maleando cada dia mas, hasta parar á un estado que les imposibilitaria de continuar reunidos.

El quejarse de los hombres, de su mala índole, de su falta de instruccion y educacion, de sus perversas inclinaciones, de sus hábitos viciosos, es empeñarse en resolver el problema, sin contar con uno de sus datos mas esenciales; porque precisamente en todas las reformas en que se trata de plantear una nueva organizacion social, es menester contar con los hombres tales como son en sí, no como nosotros deseáramos que fuesen.

Aun cuando el sistema de Owen fuese muy racional y muy justo, bastaria que exigiese una preparacion imposible para que debiera ser mirado como una utopia irrealizable. Mas no está el mal en exigir una preparacion en los espíritus de todo punto imposible, sino en que para prepararlos se comienza echándolos á perder, destruyendo el sentimiento de la propia dignidad, negando la libertad, la responsabilidad, la conciencia, anonadando á todo el hombre moral, desenvolviendo todas las pasiones, inspirando amor á los goces, persuadiendo de que nuestro mas alto destino es pasar aquí en la tierra una vida agradable y placentera; en una palabra, quitando todos los estímulos que pueden conducir al bien, quebrantando todos los frenos que pueden retraer del mal, y dejando al hombre abandonado al impetu de sus pasiones, sin norte, sin guia, como bajel desmantelado en medio de las tempestades del Océano.

Esta breve reseña analítica que acabamos de hacer de

las doctrinas de Owen, es una confirmacion de lo que hemos sentado al principio, de que los hombres que contemplan la sociedad, prescindiendo de las luces de la religion cristiana, se extravian lastimosamente, no solo en lo que toca al origen de nuestros males, sino tambien en lo relativo á sus remedios; son pésimos filósofos cuando se proponen explicar las causas del malestar del linaje humano, y muy miserables hombres de gobierno cuando intentan destruir la organizacion existente y reemplazarla con otra nueva que allá en sus sueños excogitaran. —J. B.

BARCELONA.

ARTÍCULO 3.º

SE DESVANECE UN ERROR SOBRE LAS CAUSAS DE SUS REVUELTAS.

Despues de habernos ocupado de la parte material de Barcelona, justo es que fijemos nuestra atencion en la política, social y moral. Desde luego salta á los ojos que esta ciudad se halla en circunstancias muy excepcionales con respecto á las demás poblaciones importantes de España. Basta pasar de ella á Zaragoza, Valencia, Granada, Sevilla ó Madrid, para palpar la diferencia. Al verla con sus numerosas fábricas, sus repletos almacenes, sus magnificas tiendas, sus elegantes edificios; al notar los hábitos de aseo en todas las clases; al observar el espíritu de trabajo y de adelanto que las domina, diríase que Barcelona no pertenece á España, sino que es una importacion que se nos ha hecho de Bélgica ó de Inglaterra, célebres por las

calidades que acabamos de enumerar. Nada se encuentra en ella que no contraste vivamente con la dejadez, la ociosidad, el desaseo que ofenden en otras poblaciones de la Península: todo allí es orden, regularidad, y cuanto indica un pueblo muy adelantado en los ramos industrial y mercantil, y que hace cada día nuevos esfuerzos para progresar mas y mas en su prosperidad.

Durante la revolucion que nos aflige desde 1833, ha representado Barcelona un papel muy diverso del de las otras ciudades, ya sea entrando de lleno en las ideas revolucionarias, ya sea contrariándolas con mas energía que en otros puntos: esto no carece de causas que conviene examinar.

Es claro que una ciudad que se hallaba en situacion diversa de las otras en lo relativo á la organizacion social, debia ofrecer en la parte política particularidades características; pues como quiera que las nuevas ideas se introduzcan y arraiguen mas ó menos en un país y produzcan efectos varios, segun la disposicion en que encuentran á los pueblos, es evidente que siendo la situacion de Barcelona enteramente excepcional, excepciones debieron tambien resultar al presentarse en España las innovaciones políticas.

Ante todo debemos advertir que cómo es ya bien conocido por otros escritos que llevamos publicados, estamos muy distantes de la opinion de aquellos que sostienen que el espíritu del provincialismo propiamente dicho vive todavía en Cataluña; y que esto es el origen de las diferencias políticas que en la misma se observan, cuando se la compara con las demás provincias del reino. El principado de Cataluña, así como el resto de España, excepto Navarra y las Provincias Vascongadas, se ha encontrado sometido durante mucho tiempo al poder nivelador de los monarcas de Castilla para que pueda conservar el apego á los antiguos fueros, y la afición á las leyes que de largos años cayeron en desuso, y por consiguiente en olvido.

Así es que en todas las revueltas que hemos sufrido des-

de 1808, se ha visto uniformidad admirable así en el bien como en el mal en las que han agitado puntos los mas distantes, y que nada habian tenido de comun en idioma, en leyes y en costumbres. Cataluña no ha sido una excepcion de esta regla, y si Barcelona se ha desviado algun tanto de la misma, no ha sido por espíritu de provincialismo propiamente dicho, sino por efecto de otras causas que nada tenian que ver con los antiguos fueros del Principado.

Una de las señales mas evidentes de que las excepciones que ha presentado Barcelona no eran efecto del provincialismo, está en el mismo carácter de los trastornos que repetidas veces la han perturbado. Generalmente hablando los movimientos de esta ciudad se han verificado en pro de la revolucion, lo que no hubiera podido suceder de esta manera, si los elementos que la agitaban hubiesen sido restos del antiguo provincialismo. En tal caso mas bien descollara el afecto á las ideas y costumbres de nuestros padres, que no el entusiasmo por las que se nos habian importado de nuevo, y léjos de que Barcelona fuera el foco de la revolucion se hubiera unido á la causa que mas sostenedores encontraba en los habitantes de la montaña. Para quien haya visto de cerca las cosas, y tenido ocasion de observar la profunda mudanza que ha experimentado Barcelona desde 1808, ni refutacion merece siquiera la opinion de que las revueltas de que con tanta frecuencia ha sido víctima, hayan dimanado de espíritu de provincialismo, de pensamientos de independencia, de inveterados odios contra Castilla, de deseo del restablecimiento de los antiguos fueros, de tendencia decidida á recobrar lo que le habian arrebatado lentamente los monarcas, y muy en particular Felipe V despues de la guerra de sucesion.

Estas son conjeturas que oidas en el extranjero, ó bien en la otra extremidad de España, pueden hacer alguna ilusion, á causa de que miradas las cosas desde léjos no carecen de visos de verdad. En efecto, quien no haya observado de cerca el origen y el curso de los acontecimien-

tos, ni conocido el estado actual de las ideas y costumbres de Barcelona, ni adquirido noticia de los resortes que en los últimos tiempos se han empleado para conmoveerla, convendrá fácilmente en que está lleno de solidez y exactitud el discurso siguiente: «El principado de Cataluña disfrutaba en tiempos no muy remotos un conjunto de fueros, privilegios y libertades, que le aseguraban una organización social y política muy diferente de la del resto de España. Ese pueblo se había manifestado en todas épocas celosísimo defensor de sus leyes y costumbres, no teniendo reparo en hacer frente á los mismos reyes, en hablarles con tono altanero, y hasta en resistirles con las armas en la mano, si alguna vez se propasaban á infracciones de lo que habían jurado en las Cortés catalanas en el acto de su reconocimiento. La historia nos ofrece abundantes pruebas del calor, del entusiasmo, de la tenacidad con que se defendían en el Principado los antiguos fueros y libertades, bastando la guerra de 1640 para darnos una idea del punto á que podía llegar la exasperación de los catalanes, cuando veían atacado ó amenazado lo que amaban mas que sus haciendas y sus vidas. Sojuzgados por las armas de Castilla, sometidos á condiciones duras, no perdieron sin embargo su afición á lo que habían poseído durante largos siglos, y continuaron disfrutándolo mas ó menos segun les permitían las circunstancias. Asi es que al sobrevenir la guerra de sucesion á principios del siglo pasado, se desplegó en Cataluña el espíritu de provincialismo tan vivo, tan osado, tan enérgico como en las épocas anteriores, echándose de ver que ni los desastres de la guerra de 1640, ni la compresion que habían sufrido despues, ni las precauciones tomadas sucesivamente por el gobierno de Madrid, habían producido el efecto deseado para amalgamarlos y confundirlos en la unidad de la monarquía.

»Si bien es verdad que Felipe V destruyó de una vez casi todos sus fueros, y que desde su elevación al trono cayó en desuso la celebracion de Cortés, no obstante el Principado se avenía mal con semejante situación, y mordía

el freno que se le había impuesto en nombre de la victoria. Este freno se ha roto al introducirse en España la revolucion, y Cataluña aprovechando esta coyuntura tan favorable, ha soñado de nuevo en su independencia, ha sentido despertarse en el fondo de su corazón sus inveterados odios contra el gobierno de Castilla; y de aquí es el haberse prestado tan fácilmente á separarse de él, ora adhiriéndose al grito levantado en otras partes, ora poniéndose denodadamente á la cabeza de los pronunciamientos, y siempre figurando en todos como uno de los centros mas activos, mas exaltados de propaganda revolucionaria. Estos elementos que preponderaban en Cataluña, natural era que se hiciesen sentir con mas fuerza en la capital; y de aquí es que por necesidad ha debido ser esta un foco de insurrecciones contra el gobierno de Madrid, haciéndose sobre manera difícil el sujetarla á un orden regular y estable, que por mas beneficioso que le fuera, se halla en abierta oposición con sus inclinaciones mas fuertes y arraigadas. De este modo se explican los fenómenos que han podido causar extrañeza á la Europa, que habrán parecido anomalías extravagantes, sin embargo de que eran efectos necesarios de la misma naturaleza de las cosas.»

Hé aquí unas reflexiones que estampadas en un periódico extranjero, parecerian fundadas y juiciosas, y que reunirían tales apariencias de verdad, tal acompañamiento de datos históricos, tal analogía de los sucesos antiguos con los modernos, tal encadenamiento de los hechos presentes con los pasados, que no dejarían de convencer á muchos de los que hasta teniendo pretensiones de imparciales, desinteresados y profundos examinadores del origen, carácter y tendencias de los acontecimientos, prestan crédito á lo que les dice un escritor cualquiera, y se dejan sorprender por sofismas, que conducen á resultados diametralmente opuestos de los que descubre quien, no fiándose en la autoridad ajena, observa por si mismo las cosas con el debido detenimiento. Y á la verdad ¿no puede de-

cirse que el precedente discurso abunda de apariencias de solidez? Ciertamente; pero en la realidad, analizado en presencia de los hechos ¿es por ventura otra cosa que una mezcla informe de proposiciones falsas y verdaderas, una amalgama de hechos positivos con hechos supuestos; una serie de raciocinios donde á lo mejor se corta el hilo cuya continuacion es menester para probar aquello de que se trata; un cuadro donde se desfiguran totalmente las ideas y costumbres actuales, pasando por alto las causas que las han formado tales como se hallan al presente, y que por lo mismo hace concebir una opinion enteramente equivocada á quien se pague de apariencias de verdad y buen juicio? No cabe duda.

Para convencer mas y mas de lo que acabamos de decir, presentaremos algunas reflexiones que desvanecen totalmente los argumentos que se aducen en pro del supuesto provincialismo, y que manifiestan el vicio de los raciocinios en apariencia tan concluyentes.

No puede negarse que Cataluña disfrutaba aun en el siglo diez y siete, de fueros, privilegios y libertades que le daban una organizacion social y política especial, y que estando muy en oposicion con el sistema que regia en otros puntos de España, no le permitia amalgamarse con los demás pueblos bajo el cetro de los monarcas de Castilla. En situacion mas ó menos análoga se hallaban Valencia, Aragon, Navarra y las Provincias Vascongadas. Pero es indudable tambien que desde el reinado de Fernando é Isabel anduviéronse quebrantando las resistencias que oponian las provincias á la unidad de la monarquía, y que ora por medios violentos, ora por suaves, ora por desuso, los reyes procuraban enflaquecer y disminuir esa muchedumbre de fueros y privilegios que á cada paso salian al encuentro á la accion del poder central, no dejándole obrar con desembarazo y soltura. Por lo tocante al Principado, ya se echó de ver por el mal éxito de la insurreccion de 1640, que no le era dable conservar de sus antiguos fueros sino aquello que tuviesen á bien tolerarle los reyes de

Castilla. En los sesenta años que trascurrieron desde aquella época hasta el advenimiento de la dinastía de Borbon, fueron desapareciendo continuamente las antiguas leyes de Cataluña, no solo por efecto de la postracion en que debió caer despues de haber hecho esfuerzos tan colosales como estériles para defenderlas y conservarlas, sino tambien porque no pudo menos de participar Cataluña de aquel marasmo en que se sumergió la nacion entera durante los últimos años de Felipe IV y el tristemente célebre reinado de Carlos II.

Al principiár la guerra de sucesion entre la casa de Borbon y la de Austria, parece que todavia se desplegó en Cataluña el espíritu de provincialismo de una manera bastante fuerte para hacerle representar un papel importante en la encarnizada contienda. No negaremos que una de las causas que sostuvieron la energia catalana en aquella prolongada y desastrosa lucha fuera ese espíritu de provincialismo que hacia de ella una nacion aparte, interesándola por honor y por orgullo en cuanto creia que afectaba mas ó menos directamente sus intereses, é induciéndola á prescindir del partido á que pudieran inclinarse las demás provincias de España. Mas si reflexionamos sobre aquella guerra veremos que la contienda estaba no entre la monarquía y los fueros, sino entre dos dinastías rivales, y por lo mismo el pensamiento dominante de los catalanes no era á la sazón la defensa de sus antiguas libertades, sino la de una rama á la cual creian asistida de mejor derecho, y que tenia á su favor el ser la que habia reinado en España desde la madre de Carlos V, D.^a Juana la Loca. Por manera que este hecho mas bien indicaria que los catalanes comenzaban á avenirse mejor con la monarquía castellana, supuesto que arrostraban tan costosos sacrificios por defender la rama austriaca que hasta entonces habia ocupado el trono. Lo que adquiere tanto mas peso si se recuerda que en 1702 Felipe V habia reunido Córtes en Barcelona y jurado los fueros y privilegios conforme á la antigua costumbre, lo que parece debia

tranquilizar á los catalanes sobre la conducta que en adelante observaría el monarca recién venido.

Como quiera, lo cierto es que el Principado tomó un empeño muy decidido en favor de Carlos de Austria, y que por efecto de la victoria de la casa de Borbon se halló Cataluña sometida á la dura condicion de los pueblos conquistados. Ya por este motivo, ya por la política centralizadora que nuestros monarcas heredaron de Luis XIV, y que se avenia mejor con las tendencias y las necesidades de la época, desaparecieron completamente los antiguos fueros; y la antes libre é independiente Cataluña, que por espacio de muchos siglos habia formado una nacion aparte aun contando el tiempo en que habia estado unida á la corona de Castilla, se vió reducida por el fundador de la dinastía de Borbon á la misma línea de las provincias sobre las cuales habia pasado ya el poder nivelador de los reyes.

El provincialismo, que venia enflaqueciéndose de mucho tiempo atrás, no pudo resistir á tan duro golpe, y los restos que de él pudieron quedar en las tradiciones y costumbres del país, fueron desvaneciéndose durante el siglo xviii. A fines del mismo se habia verificado en el centro de Europa una revolucion colosal que afectó mas ó menos á las demás naciones; y si bien la España generalmente hablando rechazó de todo corazon las funestas innovaciones que en el reino vecino se habian ensayado en el órden religioso, social y político, no obstante no dejó de sentirse entre nosotros el sacudimiento que era consiguiente, hallándonos tan inmediatos el cráter del volcan que arrojaba en todas direcciones espantosos torrentes de encendida lava. Desde entonces las ideas tomaron otra direccion, ya sea que se encaminasen por el sendero revolucionario, ya que se aprestasen á la defensa para defender la antigua organizacion religiosa y política.

A un sacudimiento de esta naturaleza no podian sobrevivir los gérmenes amortiguados de provincialismo: ya no se trata de esta ó aquella práctica, reducida á una ó á muy

pocas ciudades, de esta ó aquella ley vigente en un país muy limitado, de este ó aquel privilegio concedido á determinadas corporaciones. La cuestion se habia colocado mas alto: estaban en peligro la religion, la monarquía, la antigua sociedad en masa, con sus creencias, sus costumbres, sus leyes, sus instituciones; se habia declarado la guerra á todo lo existente, no para introducir livianas reformas, sino para destruirlo del todo y levantar sobre sus ruinas un edificio enteramente nuevo. Claro es que en semejante crisis debió de olvidarse lo accesorio para pensar en lo principal; y así es que desde aquella época data una direccion de ideas que en nada se parece á la antigua; notándose en el pensamiento hasta de los mismos conservadores, mas amplitud, mas universalidad, y tomando todas las cuestiones un interés cosmopolita que no solo no puede circunscribirse á una provincia ó á una nacion, sino que abarca al género humano.

Con esta revolucion en las ideas, que afectó profundamente las costumbres, acabaron de disiparse los restos de localidad en Cataluña, si algunos quedaban en la memoria de sus moradores: en la memoria decimos, porque para quien conozca el estado actual del Principado es indudable que la inmensa mayoría del pueblo, ni recuerdos conserva de las instituciones políticas que formaban el orgullo de sus mayores.

Creemos haber desvanecido completamente esas vulgaridades que se han propalado en España y en el extranjero sobre el supuesto espíritu de provincia y proyectos de independencia abrigados por los catalanes. Debiera haber bastado atender al origen y al carácter de las revoluciones de Barcelona en estos últimos años para disipar un error que se halla en tan fragante contradiccion con los hechos, ó no permitirle siquiera que naciese: bastaba reflexionar quiénes eran los hombres de la revolucion, cuál la bandera que en ella se levantaba, cuáles las ramificaciones que comunmente tenia con otros puntos de la península para deducir desde luego que los motines no eran producto de

nada de lo antiguo, que eran un achaque enteramente nuevo, que era una dolencia de un miembro que pertenecía á un cuerpo atacado de grave enfermedad y que por consiguiente participaba de la mala disposición y corrompidos humores que afectaban mas ó menos á todos los otros miembros.

Ya hemos reconocido desde un principio que Barcelona se hallaba en un estado excepcional, y que por efecto de esto el daño fué mucho mayor, y los síntomas mucho mas alarmantes; pero sostenemos al mismo tiempo que esto no dimanaba del provincialismo propiamente dicho, que las causas del mal no eran antiguas sino muy modernas, y que empeñarse en discurrir de otra manera es buscar muy léjos un origen que se encuentra á las inmediaciones del observador.

Conviene no olvidar estas verdades, porque de este olvido podrian dimanar errores de grave trascendencia en la conducta del Gobierno, que tal vez cree ser conducente trabajar en que desapareciese un fenómeno que es una sombra vana, que no existe en realidad. Pensando descargar golpes sobre el provincialismo seria de temer que no los descargase sobre la provincia. Por lo tocante á la explicación de las causas que crearon para Barcelona una situación excepcional, nos reservamos señalarlas en otro artículo. — J. B.

POLEMICA RELIGIOSA.

CARTA UNDÉCIMA Á UN ESCÉPTICO EN MATERIAS DE RELIGION.

Mi estimado amigo: tengo particular complacencia en que su apreciada de V. me exima ahora para siempre de hablarle de la filosofía alemana y de la francesa que es una imitación de ella. Ya tenia un presentimiento de que su

juicio de V. naturalmente recto, amante de la verdad y enemigo de abstracciones no habia de avenirse muy bien con ese lenguaje simbólico y esos pensamientos fantásticos con que esos buenos alemanes han engalanado la filosofía sin duda en los ratos de ocio que les habrá proporcionado en abundancia su clima de escarchas y de niebla. Extraña usted con razon que esta filosofía haya podido cundir en Francia donde los espíritus propenden mas bien al extremo opuesto, es decir á un positivismo sensual y materialista. Yo creo que esto ha sido una especie de necesidad, supuesto que habiéndose desacreditado tan completamente la filosofía volteriana, érales preciso á los que querian echarla de filósofos cubrirse con un manto mas grande y majestuoso; y como quiera que no tenían ganas de seguir á los buenos escritores que les habian precedido en su mismo país, menester fué dirigir las miradas allende del Rhin y traer con gran ostentación en medio de un pueblo caprichoso y novelero los sistemas de Schelling y Hegel, como portentosos inventos que hubiesen hecho progresar de una manera admirable al ingenio humano. Por lo demás, si he de decir francamente lo que pienso, opino que el genio francés no se acomodará bien con la filosofía alemana, que descubrirá lo que hay en su fondo, á saber, el panteísmo; y que sin detenerse mucho en sutilizar y cavilar sobre la *sustancia universal y única* llegará pronto á la última consecuencia que es el puro ateísmo sin los ambages de palabras misteriosas. En deduciendo este resultado, observará que nada se le dice de nuevo sobre lo que le enseñaran sus filósofos del siglo pasado. Desdeñará, pues, esta filosofía que se apellida nueva como un plagio de otra envejecida y caduca, y entonces será preciso andar en busca de otros manantiales de ilusión, para dar pábulo, siquiera por algun tiempo, á la curiosidad de las escuelas y á la vanidad de los maestros. Esta es la historia del entendimiento humano, mi querido amigo; recorra V. sus páginas, y notará desde luego que el fenómeno que nosotros presenciarnos es la reproducción de lo

nada de lo antiguo, que eran un achaque enteramente nuevo, que era una dolencia de un miembro que pertenecía á un cuerpo atacado de grave enfermedad y que por consiguiente participaba de la mala disposición y corrompidos humores que afectaban mas ó menos á todos los otros miembros.

Ya hemos reconocido desde un principio que Barcelona se hallaba en un estado excepcional, y que por efecto de esto el daño fué mucho mayor, y los síntomas mucho mas alarmantes; pero sostenemos al mismo tiempo que esto no dimanaba del provincialismo propiamente dicho, que las causas del mal no eran antiguas sino muy modernas, y que empeñarse en discurrir de otra manera es buscar muy léjos un origen que se encuentra á las inmediaciones del observador.

Conviene no olvidar estas verdades, porque de este olvido podrian dimanar errores de grave trascendencia en la conducta del Gobierno, que tal vez cree ser conducente trabajar en que desapareciese un fenómeno que es una sombra vana, que no existe en realidad. Pensando descargar golpes sobre el provincialismo seria de temer que no los descargase sobre la provincia. Por lo tocante á la explicación de las causas que crearon para Barcelona una situación excepcional, nos reservamos señalarlas en otro artículo. — J. B.

POLEMICA RELIGIOSA.

CARTA UNDÉCIMA Á UN ESCÉPTICO EN MATERIAS DE RELIGION.

Mi estimado amigo: tengo particular complacencia en que su apreciada de V. me exima ahora para siempre de hablarle de la filosofía alemana y de la francesa que es una imitación de ella. Ya tenia un presentimiento de que su

juicio de V. naturalmente recto, amante de la verdad y enemigo de abstracciones no habia de avenirse muy bien con ese lenguaje simbólico y esos pensamientos fantásticos con que esos buenos alemanes han engalanado la filosofía sin duda en los ratos de ocio que les habrá proporcionado en abundancia su clima de escarchas y de niebla. Extraña usted con razon que esta filosofía haya podido cundir en Francia donde los espíritus propenden mas bien al extremo opuesto, es decir á un positivismo sensual y materialista. Yo creo que esto ha sido una especie de necesidad, supuesto que habiéndose desacreditado tan completamente la filosofía volteriana, érales preciso á los que querian echarla de filósofos cubrirse con un manto mas grande y majestuoso; y como quiera que no tenían ganas de seguir á los buenos escritores que les habian precedido en su mismo país, menester fué dirigir las miradas allende del Rhin y traer con gran ostentación en medio de un pueblo caprichoso y novelero los sistemas de Schelling y Hegel, como portentosos inventos que hubiesen hecho progresar de una manera admirable al ingenio humano. Por lo demás, si he de decir francamente lo que pienso, opino que el genio francés no se acomodará bien con la filosofía alemana, que descubrirá lo que hay en su fondo, á saber, el panteísmo; y que sin detenerse mucho en sutilizar y cavilar sobre la *sustancia universal y única* llegará pronto á la última consecuencia que es el puro ateísmo sin los ambages de palabras misteriosas. En deduciendo este resultado, observará que nada se le dice de nuevo sobre lo que le enseñaran sus filósofos del siglo pasado. Desdeñará, pues, esta filosofía que se apellida nueva como un plagio de otra envejecida y caduca, y entonces será preciso andar en busca de otros manantiales de ilusión, para dar pábulo, siquiera por algun tiempo, á la curiosidad de las escuelas y á la vanidad de los maestros. Esta es la historia del entendimiento humano, mi querido amigo; recorra V. sus páginas, y notará desde luego que el fenómeno que nosotros presenciarnos es la reproducción de lo

mismo que vieron los siglos anteriores. No es poco el provecho que de aquí sacan los hombres religiosos, pues que contemplando la versatilidad del entendimiento humano comprenden mucho mejor la necesidad de una guía en medio de los extravíos é ilusiones.

Casi me ha sorprendido el argumento que V. me propone contra la verdad de nuestra Religion, fundándose en que contrariamos con nuestras doctrinas uno de los sentimientos mas indelebles y al propio tiempo mas inocentes que se abrigan en nuestro pecho; el amor propio. Me han hecho gracia las cláusulas en que V. desenvuelve sus ideas; las razones en que las apoya, ciertamente serian muy fuertes si no estribasen en una suposicion falsa y por lo mismo no fueran como edificio sin cimiento. «Yo no sé, dice V. en su apreciada, qué espíritu misantrópico reina entre los católicos que todo lo cubre de negra tristeza. Vds. no quieren que se hable de nada terreno; no permiten que se piense en las cosas de este mundo; anonadan, por decirlo así, el universo entero, y cuando lo tienen sacrificado todo á su tétrico sistema, cuando han logrado dejar al hombre aislado en espantosa soledad, quieren que él se revuelva contra sí propio, que se niegue, que se anonade también á sí mismo, que se despoje de sus sentimientos mas íntimos, que se aborrezca, haciendo un esfuerzo cruel contra los mas vivos instintos de su naturaleza. ¡Pues qué! ¿Dios Criador será contrario de Dios Salvador? Dios que nos ha comunicado el amor de nosotros mismos, que lo ha escrito en nuestras almas con caracteres indelebles, ese mismo Dios cuando obra como dicen Vds. en el orden de la gracia ¿se complacerá en obrar contra sí mismo como autor de la naturaleza? Estas son cosas que yo no he podido comprender nunca; y difícil se me hace el creer que V. consiga disiparme las tinieblas que en esta parte me impiden conocer la verdad. Bien se me alcanza que V. se me ha de descolgar con un elocuente sermón sobre la miseria y la iniquidad del hombre; sobre los justos motivos que tenemos para profesarnos un odio

santo; pero desde luego le prevengo á V. que esa santidad yo no puedo desealarla, que por mas débil y vano y malo que me conozca, yo no puedo menos de quererme, y que comparando mi nada con la elevacion de los querubines, mas aficion me siento, mas amor á mi menguado ser, que no hácia aquellas elevadas inteligencias que diz que rayan muy alto allá en las jerarquias celestiales.» El tono de seguridad con que V. se expresa, me hace entender que tiene V. aquí algo mas que dudas, pues segun parece abraza verdaderas convicciones; y no lo extraño, supuesto que estriba V. en un principio falso, que lo da por cierto, y sobre él levanta el edificio de sus discursos. Algunas palabras que habrá leído V. en ciertos libros místicos las ha tomado V. al pie de la letra; y de aquí el achacar á la religion doctrinas que ella no profesa.

¿Quién le ha dicho á V. que el cristianismo condena el amor propio, entendiendo esta condenacion en un sentido riguroso? Hé aquí el vacío que ha dejado V. en sus racionios: no se ha cuidado de asegurarse bien del principio en que los apoyaba, y así creyendo construir sobre base sólida, ha formado como suele decirse un castillo en el aire. No es la primera vez que esto le acontece á la religion, pues sucede muy á menudo que para combatirla se forman fantasmas, y contra ellos se pelea llamándolos hijos de la religion, cuando esta nada tiene que ver con las creaciones del pensamiento del mismo que la ataca. No quiero yo decir que V. haya procedido en esta parte de mala fe; estoy seguro que padece una equivocacion la cual reconocerá tan pronto como yo se la ponga de manifiesto; y esto me lisonjeo de poder lograrlo á pesar de lo que V. dice de que ha de ser difícil disipar las tinieblas que le impiden el conocimiento de la verdad. Por lo que toca á descolgarme con el elocuente sermón sobre la miseria y la maldad del hombre me parece que debiera V. vivir tranquilo, cuando hartas pruebas le tengo dadas de que no soy aficionado á declamaciones de ninguna clase. Pero vamos al punto de la dificultad.

Es falso que la religion nos prohiba el amarnos á nosotros mismos; y tan falso es, que antes al contrario uno de sus preceptos fundamentales es este mismo amor. Para vencerle á V. no necesito mas que el catecismo. Creo que no se le habrá olvidado todavía aquello de que debemos amar al prójimo como á nosotros mismos, en lo cual está consignado de la manera mas explícita el precepto del amor que cada cual debe profesarse á sí propio. Este amor se da por modelo del que debemos tener á los prójimos: y claro es que el precepto seria contradictorio si se nos prohibiese ese mismo amor que ha de servir de dechado y como de norma para arreglar el que debemos profesar á los demás.

¿Sabe V. que aquel principio que corre muy válido en el mundo de que la caridad bien ordenada comienza por sí mismo, está expresamente consignado en todos los tratados teológicos que se han escrito sobre la caridad? En ellos se explica el orden que esta debe seguir segun son diferentes las relaciones con los objetos á que se extiende, y siendo el primero y principal Dios, el segundo somos nosotros mismos.

Por de pronto ya ve V. que quedan desbaratados todos sus raciocinios, ya que he negado redondamente el principio en que estribaban, aduciendo en pro de mi negacion pruebas tan claras y sencillas que V. no podrá desechar; sin embargo quiero ampliar mas y mas mis ideas sobre este punto, haciendo de ellas aplicaciones que le dejen á V. cumplidamente satisfecho.

Otra vez volveremos al catecismo: en él se nos dice que el hombre es criado para amar y servir á Dios en esta vida y gozarlo en la eterna bienaventuranza. Ahora bien: todos nuestros actos tienen por fin: Dios y nuestra felicidad eterna. Quien desea ser eternamente feliz, ¿no se ama á sí mismo? Quien tiene la obligacion de trabajar toda su vida para alcanzar esta felicidad, ¿no tiene la obligacion tambien de amarse muchísimo á sí mismo? ó mejor diré, ¿estas dos obligaciones no se refunden en una sola? El cris-

tiano tiene por dogma de fe que esta vida es un tránsito para la otra; si desprecia lo terreno, si no hace caso de las vanidades del mundo, es porque todo es pasajero, todo es nada en comparacion de la dicha que tiene prometida para despues de su muerte si procura merecerla con sus buenas obras: sus bienes, su salud, su vida, su honra, todo debe perderlo antes que empañar su conciencia con un solo acto que le cerrara las puertas del cielo; pero en esta abnegacion, en ese desprendimiento de sí mismo queda salvo el amor propio bien ordenado, pues se desprecia lo poco para alcanzar lo mucho, se abandona lo terrenal para obtener lo celeste, se deja lo temporal para ganar lo eterno. Por manera que bien examinadas las doctrinas cristianas, se encuentra que hermanan y armonizan de una manera admirable el amor de Dios, el de sí mismo y el del prójimo; y por consiguiente es de todo punto falso que esta inclinacion natural que nos lleva á amarnos á nosotros mismos quede destruida por la religion; es rectificada, bien ordenada, purificada de las manchas que la afean, preservada de los extravíos que pudieran perderla, dirigida al supremo fin, infinitamente santo, infinitamente bueno, que es Dios.

¿Cómo se entiende, pues, esa muerte del amor propio de que están hablando los autores místicos? se entiende la extirpacion de los vicios, el refrenar las pasiones, el guardarnos del orgullo; en una palabra el cuidar de que el amor del hombre sensual no dañe al hombre moral; es hacer que prevalezca lo superior sobre lo inferior; no es matar el amor sino hacerle obrar en un sentido conforme á la ley eterna y altamente provechoso á nosotros mismos: quien se abstiene de una comida á la que se siente incitado por su apetito, si lo hace con el fin de evitarse el daño que de ella teme, ¿podrá decirse por ventura que no se ame, que se aborrezca á sí propio? Se dirá con mucha verdad que se priva de un gusto, pero esta privacion dimana del mismo afecto que tiene á la conservacion de la salud, y por lo mismo procede de este mismo amor propio bien entendi-

do, que le induce á sacrificar lo menos á lo mas, y no le permite dañarse la salud por complacer el apetito del momento. Con este ejemplo tan sencillo, y que presenciarnos todos los dias sin que nos cause ninguna extrañeza, se explican fácilmente las relaciones de las doctrinas cristianas con el amor propio, no siendo necesario mas que extender el mismo principio á objetos elevados, y considerar que la norma que ha dirigido una accion particular es la misma con que se ordena toda la conducta del cristiano.

«¿Pues cómo se dice que nos aborrezcamos á nosotros mismos?» Ese aborrecimiento no se refiere ni puede referirse sino á lo que hay en nosotros de malo, ya sean actos ó hábitos pecaminosos, ya sea ciertas inclinaciones que tienden á apartarnos del camino de la ley de Dios; pero de ninguna manera debemos ni podemos aborrecer nuestra naturaleza en lo que tiene de bueno, en lo que es obra de Dios; antes al contrario debemos amarla, y la prueba de que es así es que debemos aborrecer el mal que haya en ella, y aborrecer el mal de una cosa es desear su bien, es amarla.

Ya sabe V., mi estimado amigo, que de las reglas dadas para la conducta de los cristianos, unas son preceptos, otras consejos; la observancia de las primeras es necesaria para la eterna salvacion, la de las segundas contribuye á hacernos perfectos en esta vida, y á merecernos mas alto grado de gloria en la venidera; mas no nos obliga de tal suerte que si lo omitimos nos hagamos reos de culpa. Esto mismo se aplica á la conducta con respecto al amor propio: por los preceptos estamos obligados á abstenernos de toda infraccion de la ley de Dios, por mas que á ello nos impulsen nuestros apetitos desordenados, así como debemos sacrificar el placer que nos resulta de la satisfaccion de las pasiones, cuando se trate de ejercer un acto expresamente mandado en la ley divina: á sofocar de esta manera el amor propio todos estamos obligados; si no lo hacemos así, tenemos por dogma que no nos será otorgada la vida eterna, antes sí un castigo que no tendrá fin.

Pero hay ciertas abstinencias, ciertas mortificaciones de los sentidos, que no entran en el orden de los preceptos, y pertenecen solo al de los consejos. Estas mortificaciones las vemos practicadas con mas ó menos rigor por las personas que desean caminar hácia la perfeccion, y en algunos santos hallamos la austeridad conducida á tan alto punto que nos asombra y aterra. Mas en estos mismos santos no estaba ahogado el amor bien entendido de sí mismos: se entregaban sin tasa á la penitencia, ya para purificarse cumplidamente de sus faltas, ya tambien para hacerse mas agradables al Señor ofreciéndole en holocausto sus sentidos, su cuerpo, todo cuanto tenian y todo cuanto eran; pero estos hombres extraordinarios ¿se olvidaban por ventura de sí mismos? Se olvidaban sí del hombre sensual, ó mejor diremos, le tenian declarada guerra á muerte, abatiéndole, atormentándole cuanto les era posible; pero la razon de esto se encuentra en que le miraban como enemigo del hombre espiritual, como enemigo temible, altamente peligroso, de quien no convenia fiarse ni un solo instante, á quien no se podia soltar la cadena del cuello sin el riesgo inminente de que se levantara contra su dueño que es el espíritu, y le redujese á esclavitud. Pero la salvacion de su alma, la felicidad eterna en la otra vida, tanto distaban de olvidarla aquellos ilustres penitentes, que antes bien suspiraban incesantemente por ella; ansiaban vivamente que Dios les librase de este cuerpo que lo agravaba; así es que el mayor de sus deseos, era disolverse y estar con Cristo. La vision de Dios, la union con Dios en lazos de inefable amor, era el objeto de sus esperanzas, de sus ardientes deseos, de sus continuos gemidos; así es que no puede decirse que se aborreciesen á sí mismos en toda la propiedad de la palabra; sino que se amaban con amor mas bien entendido que el resto de los mortales.

Con las consideraciones que preceden creo que se habrá convencido V. de que estribaba en una suposicion falsa, y de que si intenta continuar sus ataques contra la religion considerándola como contraria al amor propio, le será

preciso argumentar sobre otros principios. En efecto, desvanecido completamente el error en que V. vivía de que la religion cristiana nos prohíbe amarnos á nosotros mismos, y probado hasta la última evidencia que no solo no nos lo prohíbe, sino que muy al contrario nos lo manda; solo le resta á V. un camino, que es probar que la religion entiende de una manera equivocada el amor propio, y que proponiéndose dirigirle y purificarle, le sofoca y le mata. Pero ¿sabe V. en qué terreno se habrá colocado entonces la cuestion? ¿Sabe V. que considerada bajo este punto de vista nada tiene que ver con lo que estábamos discutiendo hasta aquí, y que se trata nada menos que de examinar si los preceptos y consejos del Evangelio son justos, son santos, son prudentes? No creo que V. se atreva á entablar disputa sobre una verdad generalmente reconocida hasta por los mas violentos enemigos del cristianismo. Ellos niegan sus dogmas, se burlan de sus ceremonias, se rien de su jerarquía, desprecian su autoridad, la consideran como un mero sistema filosófico despojándolo de todo carácter sobrenatural y divino; pero en llegando á su moral, todos están acordes en que es pura, en que es admirable, sublime, en que es superior á la de todos los legisladores antiguos y modernos, en que se halla en íntima armonía con la luz de la razon, con los mas nobles y bellos sentimientos que se albergan en nuestra alma, en que es la única digna de reinar sobre la humanidad y de dirigir los destinos del mundo; de suerte que cuando entregados á sus vanos pensamientos forjan allá en su mente cristianismos reformados ó religiones totalmente nuevas, todos adoptan como modelo de su moral lo enseñado en el Evangelio, y aun cuando quizás en el fondo de su corazon profesen con respecto á la moral misma, doctrinas degradantes y altamente funestas, no se atreven por lo comun á exponerlas en público, y se deshacen en elocuentes elogios de la dulzura, de la santidad, de la elevacion de las máximas salidas de la boca de Jesucristo.

Se hallará V. pues en grave conflicto, si se propone di-

rigir sus ataques sobre este punto; y así es que me atreveré á darle un consejo que bien lo han menester la mayor parte de los que inculpan á la religion, y es, que al juzgar alguno de sus dogmas ó máximas no se deje V. llevar de esa ligereza que falla sobre los objetos de la mayor importancia, sin haberse tomado la pena de examinarlos con la debida atencion: y que reflexione que lo que han creído y enseñado y practicado tantos hombres eminentes en talento y sabiduría, sin duda debe de estar muy fundado, y no es fácil que venga al suelo con cuatro observaciones, que por ingeniosas, no dejan de ser extremadamente fútiles. Créame V.: cuando se le ocurran argumentos de esta clase que con tanta facilidad le parecen derribar alguna verdad religiosa, suspenda V. el juicio; no se precipite; medite, ó lea ó consulte; que bien pronto echará de ver que el invencible Aquiles no tiene mas fuerza que la que le suministra una suposicion falsa, ó un raciocinio mal trabado. No dudo que se habrá V. convencido de que si con el tiempo se resuelve á volver al seno de la religion podrá V. amarse á sí mismo. Entretanto viva V. seguro del afecto de este su S. S. y amigo. — J. B.

(Número de la Revista correspondiente
á 7 de setiembre de 1844.) (1)

BARCELONA.

ARTÍCULO 4.º

RÁPIDA OJEADA SOBRE LAS REVUELTAS DE BARCELONA
DESDE 1833,
Y EXÁMEN DE SUS CAUSAS.

Situada Barcelona á las orillas del mar, á las inmediaciones de Francia, y siendo además un punto muy visitado por toda clase de extranjeros, natural es que participase mas que otras poblaciones de España de la influencia de las ideas y costumbres que habian adquirido mucha pujanza y extension en otros países de Europa, y particularmente en el reino vecino. Hallándose además esta ciudad muy adelantada en industria y comercio, y sintiéndose con irresistible tendencia á progresar mas y mas en dichos ramos á causa del conjunto de circunstancias favorables que en otro lugar hemos señalado, debió suceder que entrase mas fácilmente en el movimiento que arrebatava á los de-

(1) En esta fecha se publicaron cuatro números de una vez.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL D

más pueblos, supuesto que en la industria y en el comercio hay no solo la fabricacion y trasporte de los efectos manufacturados, sino que tambien sirven de vehículo para la circulacion y propagacion de las ideas y costumbres.

La experiencia de todos los tiempos ha enseñado que los pueblos industriales y mercantiles se contagian presto con las enfermedades morales de los otros; que renuncian con menos trabajo á sus tradiciones y á sus hábitos; que el sello de su nacionalidad se altera con el roce continuo, y que situados á veces á muy poca distancia de comarcas no sometidas á semejante influencia, son tan diferentes de los moradores de ellas que los hombres parecen de países y de siglos muy distantes. Fácil seria aducir muchos ejemplos históricos de esta verdad, y comprobarla además con la experiencia que á cada paso se nos ofrece á la vista; pero bien podremos dispensarnos de semejante tarea, cuando cada cual podrá por sí mismo asegurarse de ello, harlo mejor de lo que pudiéramos enseñárselo nosotros con dilatados escritos: basta dar una mirada á un punto donde se haya desarrollado mucho la industria y el comercio, y volver en seguida los ojos hácia otro donde no se haya verificado esta circunstancia, aun suponiendo igualdad en el número de la poblacion y en el desarrollo de la prosperidad respectiva. El pueblo industrial y mercantil contrasta tan vivamente con el agrícola, que la diferencia se presenta demasiado de bulto para que sea preciso buscarla, ni aun posible el dejar de verla.

Claro es, pues, que hallándose Barcelona en estas circunstancias, y reuniéndolas en mas alto punto que otra ciudad cualquiera de la Península, debió ser una de las poblaciones que mas pronta y vivamente se resintieron del espíritu disolvente del siglo.

Para mayor desgracia permanecieron los franceses en ella durante la guerra de la independendencia; y si bien es verdad que muchos de sus habitantes abandonaron sus hogares para correr los peligros y participar de las glorias

de la causa nacional, tambien es cierto que no todos pudieron hacerlo así, y que quedaron huellas que no fué fácil borrar. Desde 1814 á 1820 andaba cundiendo el daño de las ideas innovadoras en toda la Península, porque aquel gobierno ni era poderoso á impedir el mal, ni hábil para dirigir el movimiento que tan vivamente se habia declarado hácia un orden de cosas diferente. Así es que cuando en 1820 se proclamó la Constitucion se echó de ver que se habian propagado bastante en Barcelona las ideas revolucionarias, realizándose allí escenas que no es menester recordar porque son demasiado recientes para que hayan podido olvidarse.

En aquella época ya no sucedió en la capital del Principado lo que en otras poblaciones importantes de España, donde la mayoría se decidió abiertamente por el antiguo orden de cosas, sufriendo á duras penas la opresion en que la tenian las facciones apoyadas en el centro del gobierno, pero manifestándose con estrépito y algazara tan pronto como el ejército francés vino en socorro de Fernando VII para restablecer la monarquía absoluta. En Barcelona aun despues de la entrada de los franceses, el partido realista no pudo hacer demostraciones públicas que indicasen popularidad, y tuvo que resignarse á obrar de oficio, á causa de que la mayoría de la poblacion estaba en sentido contrario á la situacion creada por la victoria de los realistas.

La compresion que sufrió la opinion pública en aquella ciudad durante los diez años, contribuyó mas bien al aumento de las ideas innovadoras que no á su disminucion: y para formar concepto del estado de los ánimos en 1832 es suficiente recordar el frenético entusiasmo con que fué recibido el general Llauder; el furor con que fué arrojado el conde de España, y la alegría sin tasa á que se entregaba la capital á cada paso que daba el gobierno hácia un orden de cosas que prometiera la caida del sistema absoluto y la inauguracion del representativo.

La reforma, ó sea la revolucion, era en aquella época

popular en Barcelona; no era solo la hez del pueblo la que tomaba parte en el bullicio, eran tambien las clases acomodadas, eran las personas mas ricas, así de la clase de propietarios como pertenecientes á la industria y al comercio. Los literatos y todas las profesiones científicas participaban generalmente del movimiento; por manera que si bien en la ciudad había no pocos que miraban con desconfianza el giro que iban tomando las cosas y auguraban desgracias para el porvenir, no obstante se veían precisados á ocultar sus temores en el fondo de su pecho, y no se atrevían á manifestar su opinion sino en las expansiones de la amistad y de la confianza.

Cuando sobrevinieron los desastres de 1835, el incendio de los conventos, el asesinato del general Basa, el furor contra el general Llauder, poco antes objeto de tan solemne ovacion, y el desbordamiento universal de las ideas y pasiones revolucionarias, todavía era mucha la popularidad que disfrutaban en Barcelona las medidas extremadas; y no son pocos los que actualmente se avergüenzan de haberse complacido en el fondo de su corazon en los horribles crímenes de aquellos dias de infausta memoria, ya que de una manera mas ó menos directa no contribuyeran á consumarlos.

Sin embargo preciso es confesar que el horror de aquellos dias aterró á los tímidos, desengañó á los sencillos é incautos é inspiró serias reflexiones á cuantos no teniendo bastante valor para retroceder en el camino del mal, conservaban empero la honradez necesaria para no poder constituirse defensores de atentados que escandalizaban á la culta Europa, y lastimaban todos los sentimientos de humanidad. Desde entonces comenzó la desercion de las banderas salpicadas con sangre inocente. La revolucion continuó su estrepitosa carrera con sus instintos feroces, sus pasiones insaciables, su inextinguible sed de oro y de maldad. Pero en cambio resultó que la dura lección había escarmentado á muchos, que cada dia iba escarmentando á otros, y que así dispersándose en diferentes direcciones

los antes ardientes partidarios de la enseña revolucionaria, se fueron creando los elementos que á no tardar constituyeron un nuevo partido.

Cuando no las convicciones, el interés propio había de traer semejante trasformacion; pues todos los que no deseaban medrar en las revueltas, y sí conservar sus fortunas y sus vidas, debían pensar seriamente en poner algun dique que los resguardara contra ese torrente devastador, cuya impetuosa avenida habían provocado ellos mismos.

Esta es la ley de todas las revoluciones; siendo de notar que un período semejante se vió tambien en la francesa, con la diferencia de los nombres y con la diversidad de circunstancias, que por necesidad acarrearán á los partidos modificaciones muy trascendentales.

Así como Barcelona se había encontrado en situacion excepcional que la hacia mas adicta á la revolucion, así tambien cuando comenzó á formarse en ella el partido conservador, se halló en circunstancias muy diferentes de las de otras capitales de España. En estas, la masa de las clases bajas, ó no se había interesado en la cuestion política, ó había mostrado simpatías en favor de la causa de D. Carlos; por lo que aconteció que el partido liberal no sintió tan pronto los efectos de la division intestina, ni la urgente necesidad de que los que se habían puesto á la cabeza de la revolucion tratasen de enfrenarla para conservar sus haciendas y sus vidas. En ningun punto de España se hallaba esa masa totalmente dispuesta á favor de las ideas revolucionarias como en Barcelona; en ninguna parte era tan fácil que los tribunales se viesen rodeados de un pueblo numeroso que secundara sus designios; en ningun punto existían á mas de las clases inferiores, esa muchedumbre de artesanos que alucinados tambien por las ideas revolucionarias, favorecian mas ó menos directamente la propagacion y los efectos de lo que, andando el tiempo, les había de costar tantas pérdidas, tanto malestar y sobresaltos.

De aquí resultó que la fracción del partido liberal que se propuso resistir al torrente devastador, en vez de ser mirado como debía, es decir, como un conjunto de hombres que con el desengaño de lo pasado y el temor del porvenir, habían sentido la necesidad de modificar sus opiniones y templar su conducta, fué considerado como una reunión de aristócratas traidores á la causa que antes abrazaran y defendieran, enemigos del pueblo, hostiles á toda reforma, y que solo habían intentado contribuir á los primeros disturbios para satisfacer designios particulares, abandonando en seguida á los azares de la suerte al crecido número de ciudadanos que en pos de ellos se había comprometido.

El acaloramiento producido por los desastres de la guerra civil, los estrepitosos excesos á que en todas partes se entregaba la revolución, el desbocamiento de la prensa, la debilidad del gobierno supremo, y cuantas causas contribuyen á exaltar los ánimos y desencadenar las pasiones, obraban de una manera muy particular sobre Barcelona, motivando el que la división entre las dos fracciones del partido liberal fuese cada día mas marcada é incapaz de avenimiento. Para comprender los agigantados pasos que en la capital del Principado habían dado las ideas conservadoras, basta recordar el cambio realizado en ella por el baron de Meer en 1837 con el desarme total de la milicia, y su reorganización mas adaptada á la conservación del orden público. Semejante paso que pudo darse en octubre de 1837, y que mereció la aprobación y sincera adhesión de lo mas distinguido de la capital, hubiera sido poco menos que imposible en 1835, aun cuando supusiéramos que hubiese tratado de realizarla otro general de firmeza y energía de carácter iguales á las que distinguen al mencionado jefe. En 1835 la revolución era todavía muy popular, contaba no solo con el apoyo de las clases mas numerosas, sino tambien de las medias, y de no escasa porción de las altas; así fué estéril é impotente la decisión del infortunado Basa, que sin duda no estuvo escaso de valor y

osadía, ya que se atrevió á arrostrar con tamaña serenidad el puñal de los asesinos.

El desarme de la milicia hecho por el baron de Meer, la organización de la nueva, la situación política de la ciudad, y demás medidas que siguieron á aquellos actos, hicieron que la fracción que no quería cejar en el camino revolucionario se irritase mas y mas, y procurase derribar á sus adversarios por cuantos medios estaban á su alcance. Ya en mayo del propio año se había trabado en las calles sangrienta lucha entre los sostenedores de la autoridad y los perturbadores del orden público; había corrido la sangre, y la discordia sellada con sangre es mucho mas difícil de apaciguar.

Desde entonces ya no hubo otro medio para entenderse que apelar unos y otros á las armas; bien que todos los esfuerzos de los revolucionarios no produjeron ningun resultado hasta que encontrando algun apoyo en el gobierno de Madrid dominado ya por Espartero, consiguieron la caída del baron de Meer, y prepararon la victoria que tan cumplida les proporcionó el General en jefe de los ejércitos reunidos con el auxilio de cien mil bayonetas.

El mas completo exclusivismo, la intolerancia, la dureza en las palabras, la exageración en la conducta, las personalidades mas repugnantes, los insultos mas crueles, las amenazas continuas, las persecuciones, constituyeron el estado habitual de Barcelona despues de 1840; enardeciéndose mas y mas las pasiones al primer amago que inspirara recelos á los amigos de aquel orden de cosas, y provocándose movimientos cuyo tremendo carácter y espantosas tendencias no es necesario recordar.

Así la contemplaban asombradas las demás poblaciones de España, no comprendiendo cómo era posible aquella exasperación que ellas no conocían. Y era que la revolución había corrido en Barcelona sus fases con mas rapidez que en los otros puntos de la Península, por lo mismo que había comenzado allí con mas ímpetu, desarrollándose en mayor escala y obrado con mas brio; y era que Barcelona,

víctima de los mayores males, habia sentido mas pronto la necesidad de remediarlos; y era que para Barcelona habia sonado mucho antes que para otras ciudades, la hora del desengaño y del arrepentimiento: la revolucion se sentia débil, y por esto veia peligros en todas partes, y se hacia mas violenta y cruel.

Tenemos una prueba de esto en que el pronunciamiento de julio de 1840 en favor de Espartero, anduvo ya muy escaso de popularidad, sin que se lograra excitar el entusiasmo, ni interesar siquiera en favor del nuevo poder con la victoria conseguida en setiembre y octubre, cuando imitando los demás pueblos de la Península el movimiento de Barcelona, se logró condenar á la emigracion á la Reina Madre, y ensalzar al mando supremo al soldado de fortuna.

La impopularidad de que estamos hablando, se manifestó bien claramente en aquellos dias de funesta memoria, bastando para convencerse de los enemigos que tenia en Barcelona la situacion creada en 1.º de setiembre, el atender á la conducta observada por la Junta revolucionaria de octubre de 1841, cuando la insurreccion de O'Donnell en la ciudadela de Pamplona y las otras que le sucedieron en diferentes puntos, revelaron el peligro en que se hallaban tanto el poder del Regente, como el predominio de aquellos que con él habian identificado su causa. No es posible que se lleve á tan alto punto la exageracion y la violencia á no sentirse quien la ejerce profundamente débil. El que es fuerte, el que se ve rodeado de las simpatías populares, el que cuenta con el apoyo de la mayoría de los ciudadanos influyentes, no ha menester abandonarse á tales extremos, que si á veces producen un efecto momentáneo contribuyen sobre manera al descrédito del partido en cuyo nombre y favor se está obrando.

En los acontecimientos de noviembre de 1842 se presentó tan de bulto la indicada verdad, que era imposible dejar de conocerla á no empeñarse en cerrar los ojos á la luz. En 1841 se pretendia legitimar ó disculpar la marcha

adoptada por la Junta, con la necesidad que habia de defender la Regencia de Espartero y la situacion creada por el pronunciamiento de setiembre. En 1842 se hizo el movimiento contra Espartero, desaparecieron de la escena muchos de los hombres que figuraban en las revoluciones de otras épocas, y la Junta creada á consecuencia de los sucesos del 15 de noviembre á pesar de estar compuesta de personas de poca categoria, y algunas de ellas enteramente desconocidas del público, pudo observar una conducta sumamente templada é inofensiva con respecto á las personas y á las propiedades.

¿De dónde la diferencia? de que en 1841 los que promovian la revolucion para sostener á Espartero se llenaban de espanto al echar una mirada en derredor, al encontrarse destituidos de simpatías populares y amenazados por adversarios poderosos, cuando no fuera por otra causa, por su excesivo número. La Junta de noviembre de 1842, si bien veia en muchos frialdad y desconfianza, si bien notaba que no eran pocos los que temian que el pronunciamiento se malograra, acarreándose á la ciudad desgracias estériles, no obstante observaba que la inmensa mayoría de la poblacion participaba del pensamiento dominante del levantamiento que era la caida de Espartero; y es así que pudo obrar con desembarazo, sin temor de ser contrariada por la mayoría de los ciudadanos que deseaban vivamente que se derribase el poder tan profundamente aborrecido. Esta es la causa porque la Junta observó una conducta tan mesurada, no permitiéndose atropellamientos de ninguna clase.

El pronunciamiento de junio acabó de evidenciar la ninguna simpatía que tenian en Barcelona, Espartero y la situacion política por él representada y sostenida. Las bombas de diciembre no habian ahogado la exasperacion popular; antes al contrario, la habian llevado á mas alto punto, haciendo que se preparase á estallar con mas tremenda explosion á la primera oportunidad que la brindara con algunas esperanzas de triunfo.

El desesperado esfuerzo de los partidarios de la revolución durante la insurrección centralista, no alcanzó á recabar que la mayoría de Barcelona se interesase en su favor. La emigración mas asombrosa que se viera jamás, probó que la opinión habia sufrido un cambio profundo, y que era imposible hacerla volver atrás para tomar parte en motines y frastornos. Y no sirve el alegar que todavía se encontraron algunos miles de brazos que tomaron las armas en defensa de la bandera levantada el día 2 de setiembre, que se sostuvieron firmes por espacio de tres meses, y no se rindieron al general Sanz antes de haber visto que el movimiento no era imitado en las demás provincias, y que era sofocado en todas partes donde llegó á estallar; pues que en una ciudad tan populosa donde se hallan en tan crecido número las familias que quedan sin pan en el momento que se cierran las fábricas, es imposible que la necesidad no obligue á muchos á tomar parte en una causa que les es del todo indiferente. Añádase á esto que en tales casos acuden al punto de la insurrección una multitud de aventureros de fuera, deseosos de aprovecharse de los disturbios, y se tendrá sencilla y fácilmente explicado por qué se pudo formar un cuerpo suficiente para cubrir las murallas, y hacer desde allí frente á las tropas de los alrededores. Además, si no olvidamos que en el sinnúmero de familias emigradas se contaban muchísimos de la clase de jornaleros, si tenemos en cuenta que los enemigos de aquella revolución salieron desde luego de la ciudad á esperar el desenlace de los acontecimientos, en vez de impedir su desarrollo, resultará mas claro que la luz del día que el movimiento era altamente impopular, y que si nació y pudo medrar por algun tiempo poniendo en alarma á la nación, todo fué debido á ciertas causas que no es oportuno examinar y que con el tiempo señalará la historia.

De estas consideraciones se infiere cuál es el estado actual de Barcelona, y cuáles las causas que lo han producido. El orden tiene allí numerosos partidarios; mejor di-

remos, la población en masa está en favor de él; pudiendo asegurarse, que mientras haya al frente del Principado autoridades civiles y militares de intención recta y carácter firme, no se turbará la tranquilidad pública y se hará imposible la repetición de las escenas que por espacio de tantos años han escandalizado á la España y á la Europa.

Con la nueva situación han nacido nuevas necesidades á que es preciso atender, si se desea cuidar no solo de lo presente sino tambien precaverse contra los riesgos del porvenir. De esto nos ocuparemos en otro artículo.— J. B.

INSTRUCCION PRIMARIA.

Uno de los primeros cuidados que han de ocupar á los gobernantes, y á todos los que teniendo alguna influencia directa ó indirecta sobre la sociedad se interesan por el bien de sus semejantes, es sin duda la instrucción primaria. Si esta se halla arreglada, si presiden á la misma la religión y la moral, resultarán los hombres mas instruidos y menos viciosos, porque la generalidad de ellos no se forma con el estudio de elevadas ciencias, ni está destinada á carreras literarias, sino que viviendo en una condición modesta conservan en el resto de sus días lo que se les ha enseñado en la primera edad, sin que tengan ocasion de añadir al caudal de sus luces otra cosa que las lecciones de la experiencia.

Es mas difícil de lo que á primera vista pudiera parecer el que los maestros sean á propósito para desempeñar su misión. Quien no haya examinado las cosas de cerca fácilmente se persuadirá que el enseñar á leer y escribir, el dar algunas nociones elementales de la religión y de la moral, el instruir en los rudimentos de la aritmética y otras cosas por este tenor, son tareas al alcance de cual-

El desesperado esfuerzo de los partidarios de la revolución durante la insurrección centralista, no alcanzó á recabar que la mayoría de Barcelona se interesase en su favor. La emigración mas asombrosa que se viera jamás, probó que la opinión habia sufrido un cambio profundo, y que era imposible hacerla volver atrás para tomar parte en motines y frastornos. Y no sirve el alegar que todavía se encontraron algunos miles de brazos que tomaron las armas en defensa de la bandera levantada el día 2 de setiembre, que se sostuvieron firmes por espacio de tres meses, y no se rindieron al general Sanz antes de haber visto que el movimiento no era imitado en las demás provincias, y que era sofocado en todas partes donde llegó á estallar; pues que en una ciudad tan populosa donde se hallan en tan crecido número las familias que quedan sin pan en el momento que se cierran las fábricas, es imposible que la necesidad no obligue á muchos á tomar parte en una causa que les es del todo indiferente. Añádase á esto que en tales casos acuden al punto de la insurrección una multitud de aventureros de fuera, deseosos de aprovecharse de los disturbios, y se tendrá sencilla y fácilmente explicado por qué se pudo formar un cuerpo suficiente para cubrir las murallas, y hacer desde allí frente á las tropas de los alrededores. Además, si no olvidamos que en el sinnúmero de familias emigradas se contaban muchísimos de la clase de jornaleros, si tenemos en cuenta que los enemigos de aquella revolución salieron desde luego de la ciudad á esperar el desenlace de los acontecimientos, en vez de impedir su desarrollo, resultará mas claro que la luz del día que el movimiento era altamente impopular, y que si nació y pudo medrar por algun tiempo poniendo en alarma á la nación, todo fué debido á ciertas causas que no es oportuno examinar y que con el tiempo señalará la historia.

De estas consideraciones se infiere cuál es el estado actual de Barcelona, y cuáles las causas que lo han producido. El orden tiene allí numerosos partidarios; mejor di-

remos, la población en masa está en favor de él; pudiendo asegurarse, que mientras haya al frente del Principado autoridades civiles y militares de intención recta y carácter firme, no se turbará la tranquilidad pública y se hará imposible la repetición de las escenas que por espacio de tantos años han escandalizado á la España y á la Europa.

Con la nueva situación han nacido nuevas necesidades á que es preciso atender, si se desea cuidar no solo de lo presente sino tambien precaverse contra los riesgos del porvenir. De esto nos ocuparemos en otro artículo.— J. B.

INSTRUCCION PRIMARIA.

Uno de los primeros cuidados que han de ocupar á los gobernantes, y á todos los que teniendo alguna influencia directa ó indirecta sobre la sociedad se interesan por el bien de sus semejantes, es sin duda la instrucción primaria. Si esta se halla arreglada, si presiden á la misma la religión y la moral, resultarán los hombres mas instruidos y menos viciosos, porque la generalidad de ellos no se forma con el estudio de elevadas ciencias, ni está destinada á carreras literarias, sino que viviendo en una condición modesta conservan en el resto de sus días lo que se les ha enseñado en la primera edad, sin que tengan ocasion de añadir al caudal de sus luces otra cosa que las lecciones de la experiencia.

Es mas difícil de lo que á primera vista pudiera parecer el que los maestros sean á propósito para desempeñar su misión. Quien no haya examinado las cosas de cerca fácilmente se persuadirá que el enseñar á leer y escribir, el dar algunas nociones elementales de la religión y de la moral, el instruir en los rudimentos de la aritmética y otras cosas por este tenor, son tareas al alcance de cual-

quiera, y que basta una diligencia regular para adquirir maestros excelentes. Sin embargo, la experiencia está mostrando todos los días que léjos de ser así se tropieza con muchas dificultades, y que el fruto que de las escuelas se saca no es ni de mucho el que fuera de desear.

El enseñar á un niño exige mas laboriosidad, mas tino y discrecion del que comunmente poseen los destinados á esta carrera. No acudiendo á escuelas donde ellos puedan formarse antes de tomar sobre sí el cargo de formar á los demás, proceden frecuentemente á la ventura, siguiendo cada cual el método que le parece mas bien, ó que mejor se adapta á sus ideas y carácter. De lo que resulta que se convierten muchas escuelas en lugares de reunion de niños donde se llora, se grita, se lee, se escribe; donde todo se hace menos aprender.

Aun cuando el maestro no tuviese mas que un niño de que ocuparse fuérale menester ser muy discreto y entendido para hacerle progresar sin perder tiempo. ¿Qué será, pues, habiendo muchos, tal vez hasta centenares á cargo de un maestro y un ayudante? ¿Cuánto cuidado, cuánto método, cuánto tacto y paciencia no les será preciso emplear si quieren enseñar de manera que se aprovechen así los mas aventajados como los de menores alcances; así los de índole apacible y dócil, como los tercos y obstinados; así los de atención y laboriosidad, como los distraidos y perezosos?

En nuestro juicio una de las cosas que no debe olvidar nunca el maestro de instruccion primaria es que la infancia se distingue por dos calidades muy notables, y que segun como se proceda con respecto á ellas los resultados serán muy provechosos ó muy estériles, muy buenos ó muy malos. Estas calidades son: 1.^a facilidad de recibir toda clase de impresiones: 2.^a dificultad de comprender muchas cosas á un tiempo. El niño puede compararse á una tabla rasa cubierta con una capa de pasta muy blanda donde es suficiente tocar muy ligeramente para que quede la huella del cuerpo que la ha tocado; puede de otro lado

compararse con un frasco de cuello muy angosto que si se le quiere llenar de una vez el licor se derrama y apenas entran en él algunas gotas, cuando al contrario si se hubiese andado despacio en la operacion se hubiera podido llenar del todo sin perder el licor que á él se destinaba.

Estas dos calidades si las tuvieran presentes continuamente los maestros podrian adelantar mucho mas en la enseñanza y producir mejores efectos en el corazon de los niños. La facilidad con que estos reciben toda clase de impresiones hace ante todo indispensable el mas escrupuloso cuidado en las doctrinas y en los hechos concernientes á la religion y á la moral. La experiencia de cada día nos está enseñando que el hombre se resiente toda su vida de las impresiones recibidas en la primera infancia, y si nos fuera dable seguir el hilo de muchas vidas encontraríamos un asombroso encadenamiento que conduce al individuo por la carrera del vicio ó de la virtud, del crimen ó del heroismo, y cuyo primer eslabon arranca de los ejemplos que se ofrecieron á sus ojos, ó de las palabras que oyeron en la escuela ó en el hogar doméstico. *Quo semel est imbuta recens servabit odorem testa diu*, habia dicho el poeta, y esta imágen que expresa una verdad importante debiera recordarnos la delicada solicitud con que es necesario evitar que no entre en el tierno vaso licor venenoso ó corrompido para que no conserve mientras exista el mal olor con que se le haya infectado.

Fuera de desear que los maestros de primera educacion no solo profesasen principios religiosos y morales, sino que tambien los pusiesen en práctica, es decir, que sería menester buscar para estos destinos hombres sinceramente morigerados, porque de otra suerte no es posible que los niños no presencién repetidas veces escenas que los escandalicen. Quien no está adherido de corazon á las creencias religiosas podrá aparentar religiosidad por interés propio, por consideracion á los demás, y quizás hasta por el deseo de que los otros, sobre todo los de tierna edad,

no se aparten de la fe que él tiene perdida. Mas como la verdad es el estado normal del hombre, y la ficción continuada no es posible, resulta que á lo mejor se olvidan esta clase de actores de que están representando su papel, y hablan ú obran conforme á sus erradas doctrinas. El niño que casi siempre tiene fija la vista sobre sus superiores, que recoge con avidez las palabras que ellos pronuncian tal vez sin advertir lo que dicen, que observa todos los actos de las personas que ejercen sobre él alguna autoridad, y que además tiene una fuerte inclinación á referir todo lo que oye y á imitar lo que ve, considera como de poca importancia lo que ha llegado á notar que es reputado como de escaso valer por aquellos á quienes respeta; así como venera profundamente lo que ha visto venerado por las personas que le gobiernan. Una expresión, un gesto que se le escapará al maestro en el acto de enseñar la doctrina cristiana ó la práctica de algun acto religioso, bastará quizás para hacer brotar en aquellas almas tiernas un pensamiento maligno que despues se convertirá en duda ó en desventura impiedad. En vano procurará estar sobre sí, quien ha de aparentar continuamente fe que no tiene, y veneración y acatamiento á objetos que desprecia; en vano para encubrir el estado de su conciencia afectará tal vez un celo y entusiasmo que está muy léjos de experimentar; en la misma exageración de sus palabras y acciones dará que sospechar á los alumnos dotados de alguna penetración; si esto no acontece, vendrá un momento de descuido que se hará notar tanto mas cuanto será mas vivo el contraste.

Por estas razones seria de desear que la primera educación no estuyese únicamente á cargo de personas que no tengan en ello otro objeto que el ganar su subsistencia; porque el interés, si bien es muy sagaz para proporcionar recursos al individuo que por él se mueve, pudiendo por cierto tiempo comunicar actividad y hasta apariencias de celo, no obstante es flojo cuando cesan de correr peligro los bienes materiales que forman su objeto, y difícilmente

se hace capaz de practicar un sistema por tiempo muy dilatado si esto exige sacrificios algo penosos. Y estos sacrificios los exigen ciertamente las tareas de la primera educación, pues no cabe oficio mas molesto y que demande mas asiduidad y paciencia, á no ser el cuidado de los enfermos. En Francia y otros países se ha conocido esta verdad, y así es que se protegen y fomentan aquellos institutos religiosos que tienen por objeto la educación é instrucción de los niños pobres. La clase menesterosa es la que mas necesita este auxilio, porque escaseando de recursos para estimular el interés individual de los maestros, le es preciso enviar á sus hijos á la escuela sin poderles proporcionar ninguno de aquellos medios de que en tales casos acostumbran valerse las familias acomodadas.

Se ha reconocido ya generalmente que los hospitales no pueden ser bien atendidos no estando encomendados á la caridad personificada en alguna institución religiosa; se ha reconocido que el interés del salario es insuficiente para ejercer sobre el corazon aquel influjo constante y eficaz que es indispensable para someterse á un tenor de vida fatigoso y repugnante; se ha reconocido que la abnegación que para esto se ha menester no puede dimanar de consideraciones puramente mundanas, sino que es indispensable que nazca de la Religión que tan decididamente señorea todos los resortes del corazon humano. La instrucción primaria es ciertamente una de esas tareas fatigosas y repugnantes, y por esto vemos que el catolicismo sumamente pródigo para acudir á todas las necesidades, no olvidó fundar institutos cuyo objeto fuese la educación é instrucción de los niños de la clase pobre. ®

En el estado actual de la sociedad es tanto mas indispensable valerse de este recurso, cuanto que es sumamente difícil encontrar el número suficiente de maestros que con la correspondiente idoneidad reúnan las creencias religiosas y una conducta moral y ajustada. Tal es el vértigo de las ideas, tal la corrupción de costumbres, tal la disipación que lleva distraídos los ánimos de la juventud, que

es sumamente peligroso, que quien está encargado de ilustrar el entendimiento y formar el corazón de la infancia, emprenda quizás muchas veces esta angusta tarea, después de haber hecho alarde de incredulidad y escepticismo y de haberse entregado á los excesos de una vida relajada. Semejante daño no se experimenta si el individuo pertenece á un instituto religioso; porque sometido á una regla invariable, sujeto á la voluntad del superior, vigilado por sus propios compañeros, se ve en la necesidad de observar una conducta arreglada, aun cuando á ello no le impulsase el deber de la conciencia. El niño se acostumbra desde su más tierna edad á considerar el oficio del maestro como una cosa hermanada con la Religión, aprende á un mismo tiempo lo que interesa saber según la carrera á que se destina, y se va ejercitando en las santas prácticas que después le quedan como otros tantos hábitos de los cuales ó no se desprende nunca, ó no se olvida de tal suerte que le sea difícil volver á ellos cuando ha pasado el hervor de la inexperta mocedad.

La otra calidad de los niños, á saber, la dificultad de comprender muchas cosas á un tiempo, indica cuán necesario es que se emplee en la enseñanza un método sumamente sencillo, pues que jamás se cuidará lo bastante de remover los obstáculos que detienen la marcha de una inteligencia que da los primeros pasos.

Generalmente hablando parecen que se cultiva demasiado la memoria de los niños y se cuida poco de desarrollar su comprensión. Se los acostumbra á decorar muchas páginas de una tirada, se los hace estudiar para este efecto largas horas, se estimula su amor propio con la emulación, con la esperanza de premio ó el temor de castigo, para que no falte ni una sola sílaba á la lección que han de recitar, y entre tanto no se procura despertar su inteligencia y se la deja ociosa y atontada.

¿Cuántos son los niños que os dirán el catecismo de un extremo á otro, y no obstante son incapaces de explicar con acierto el sentido de una sola línea? En prueba de es-

to, desviaos en las preguntas del orden en que las han encontrado en el libro, servíos de otras palabras precisándolos de esta suerte á mudar también ellos las suyas, y notareis que á una pregunta le aplican una respuesta enteramente disparatada tomada al acaso de otro lugar del catecismo, dando así á entender que recitan por pura rutina, y que se ha llenado de palabras su imaginación, mas no de ideas su entendimiento.

¿Créese por ventura que los niños á la edad de ocho ó nueve años, no son capaces de formarse ideas claras y exactas de muchos objetos, con tal que les sean presentados con la sencillez y buen orden correspondientes? ¿Por qué al propio tiempo que se les hace decorar el catecismo, no se les podría presentar en pocas palabras y en pequeño número de lecciones la historia de la Religión, y obligarlos á referirla ellos mismos, prescindiendo de los términos del libro que les sirviese de texto? No se nos diga que esto es imposible, porque á cada paso oímos á un niño refiriendo historietas pertenecientes, ó á él, ó á sus compañeros, ó á su familia, ó á otra conocida, ó al pueblo en que vive; cada día los estamos oyendo que narran con admirable puntualidad y quizás con notable viveza y colorido, lo que oyeron contar de las apariciones de un muerto, de los secretos de una bruja, ó las travesuras de un duende; ¿por qué, pues, no se les podría enseñar á conocer el encadenamiento de la historia de la Religión, de suerte que empezando desde la creación del mundo reuniesen en breve cuadro la caída del hombre, el diluvio universal, la vocación de Abraham, la historia de Moisés, los prodigios de la salida de Egipto, la peregrinación por el desierto, la entrada en la tierra de promisión y los principales acontecimientos del pueblo escogido, haciendo notar su origen, los medios admirables de que Dios se valía para hacerle conducir á su destino, el objeto que se propuso Dios en la vocación del primer Patriarca, lo que figuraba el pueblo de Israel con su religión, sus leyes y sus costumbres, el íntimo enlace que todo tenía con la venida del

Salvador, cómo se pasó de la ley antigua á la ley nueva, fundándose la Iglesia católica en que felizmente vivimos, y finalmente todo cuanto se refiere á la debida inteligencia de los dogmas y de la moral de nuestra Religion sacrosanta? Todas estas cosas las aprende el niño de memoria, pero las recita sin saber lo que dice, y por consiguiente no las sabe. Para que pudiera afirmarse que las ha aprendido realmente, seria menester que fuese capaz de referir una parte cualquiera de esta historia, no necesitando valerse de las mismas palabras que halló en el libro, sino empleando otras que le ocurriesen, como lo verifica cuando refiere sucesos que no ha aprendido por rutina, sino porque los ha oido contar ó los ha visto por sí mismo.

Con este trabajo se lograria precaver el olvido que tan fácilmente destruye el fruto de los sudores de maestros y discipulos; lo que se entiende bien, difícilmente se borra de la memoria; lo que se sabe literalmente sin comprender el sentido, es poco menos que imposible el retenerlo; además que aun cuando se retenga, ¿qué vale el estar la cabeza llena de palabras y vacía de ideas?

Lo que acabamos de decir con respecto á la enseñanza del catecismo y de los elementos de la historia de la Religion puede extenderse á todos los objetos en que se instruya á los niños; el ejercicio de su inteligencia sobre lo mismo que han aprendido de memoria debiera extenderse á los principios de buena crianza, á las reglas de aritmética, á las de leer y escribir; en una palabra, á todo aquello en que se les ocupa.

Mas esto debiera hacerse no olvidando nunca lo que mas arriba hemos hecho notar sobre la dificultad que experimentan los niños en comprender muchas cosas á un tiempo; fuera preciso tener sumo cuidado en presentarles las cosas por partes, y con orden á propósito para auxiliar la inteligencia y la memoria. No se crea por esto que con dicha sencillez sea incompatible la exactitud de las ideas; antes al contrario, de esta exactitud son compañeras naturales la sencillez y la claridad. Cuanto mas exacta es la

idea que expresa un objeto, cuanto mas exacta es una palabra que expresa una idea, tanto mayor es la claridad de una y otra. La confusion lleva consigo la oscuridad; lo que está mal deslindado jamás se presenta bien claro.

El entender no solo las cosas sino tambien la razon de ellas, se juzga comunmente tarea superior á la comprension de los niños, y esto acarrea que no se les enseñe la razon de nada de lo que practican ó aprenden; bien que á decir verdad esta errada costumbre tambien proviene en gran parte de la ignorancia de los maestros. ¿Qué inconveniente habria, por ejemplo, en que al enseñar los principios de aritmética se procurase hacer comprender á los niños con observaciones claras y sencillas la razon de la regla que practican? Semejante descuido produce el fastidio que naturalmente engendran tareas en que se procede del todo á oscuras, y hace además que se olvide con tanta facilidad lo que se ha aprendido con mucho trabajo. Ateniéndonos al mismo punto que hemos indicado, todos sabemos lo que comunmente suele decirse, de que nada se olvida con tanta prontitud como la aritmética; y no es raro ver muchachos que habian adelantado bastante en ella, y que sin embargo ni aun recuerdan las cuatro reglas fundamentales. Y esto ¿por qué? Porque se les ha enseñado la rutina de la numeracion sin hacerles notar las razones que explican su hermoso mecanismo; se les ha enseñado á practicar las reglas de sumar, restar, multiplicar y dividir sin explicarles por qué los datos se colocan de esta ó de aquella manera, por qué se hacen con ellos estas ó aquellas operaciones. De suerte que en no teniendo el niño una memoria tal que pueda retener exactamente todas las reglas, que es felicidad poco comun, no sabe á dónde volverse tan pronto como ha perdido de vista los casos en que se ejercitó en la escuela.

No es verdad que la aritmética si llega á comprenderse, no solo su práctica, sino tambien la razon de sus reglas, sea tan fácil de olvidarse como ordinariamente se cree; al contrario, sus principios son tan claros, las consecuencias

que de estos dimanar son tan sencillas en sí y tan evidentemente enlazadas con los axiomas, que una vez se haya fijado la atención sobre estos objetos y se haya ilustrado la inteligencia con algunas aplicaciones á ejemplos variados, se clavan fuertemente en la memoria las reglas principales, y si alguna vez se olvidan basta una ligera reflexión de quien las ha de emplear para que se renueven desde luego.

Aclaremos esta materia con algunos ejemplos sumamente sencillos. Notamos á cada paso que un niño á quien se propone un problema de sumar ó restar en que los sumandos ó los términos de sustracción contengan un número desigual de guarismos, si no se lo escribimos en el orden conveniente, se equivoca con mucha facilidad colocando los guarismos de distintos órdenes en una misma columna. ¿De qué dimana ese error? Minana de que en su cabeza hay la mayor confusión de ideas, ó mejor diremos, no hay ninguna idea sobre el motivo por el cual el primer guarismo de la derecha que expresa las unidades se ha de colocar debajo del otro guarismo de la derecha que expresa cantidades de un mismo orden. De suerte que si en un caso en que uno de los sumandos contenga tres guarismos y el otro dos, haceis que las decenas del uno caigan debajo de las centenas del otro, y las unidades debajo de las decenas, de manera que los guarismos de ambos formen columna, no á la derecha, sino á la izquierda, y le preguntais si de aquel modo estaria bien asentada la regla, ú os responderá afirmativamente, ó al menos si no cae en este error advirtiéndole la simple inspección de la figura el trastorno de la colocación, no acertará á señalar la razón de esta diferencia, siéndole preciso contentarse con decir que en la escuela no lo enseñan así.

Todos sabemos por experiencia la confusión que nos causó en nuestra tierna edad la multiplicación y división de los números denominados. No podía uno formarse idea de lo que venia á ser aquello de multiplicar varas, y piés, y pulgadas por pesos fuertes, reales y maravedises; aque-

lla combinación de cantidades tan disparatadas que nada tenían que ver entre sí, dejaba el entendimiento sumamente confuso; y si bien se aprendía maquinalmente la regla se olvidaba tan pronto como se dejaba de practicarla. No sucedería así teniéndose el cuidado de dar una idea bien clara de lo que son los números denominados, y del motivo por que se los combina en diferentes operaciones para obtener resultados de que á cada paso necesitamos en los negocios comunes de la vida. Con el tiempo la experiencia va enseñando la razón de estas reglas, y así es que los que se ejercitan mucho en las mismas, al fin adquieren con el uso el conocimiento que han menester para no equivocarse groseramente aplicando á un caso la regla que corresponde á otro totalmente diverso. No obstante no dejan de cometerse graves errores, y además siempre hay el inconveniente de ser preciso que pasen años hasta que se adquiere dicho conocimiento, cuando si se observa un buen método es muy fácil que los niños al salir de la escuela no necesiten esperar mas para resolver con acierto los casos que se les vayan presentando.

¿Qué confusión no producen en el entendimiento del niño las reglas de los quebrados? No es raro oír á personas adultas que jamás han podido comprender dichas reglas, que se les olvidan muy fácilmente, y que en ofreciéndoseles una cuenta donde entren quebrados ya no saben cómo salir del paso, y que tienen que valerse del auxilio de un amigo.

Y ¿es por ventura que la inteligencia de los quebrados sea tan difícil como suele decirse? Ciertamente que no: ocupaos en explicar bien su naturaleza, fijad luego las ideas sobre lo que expresan el numerador y el denominador, asentad los principios en que se funda la variación que el quebrado sufre por las alteraciones de uno cualquiera de sus dos términos, y entonces no costará trabajo, ni aun á las inteligencias mas medianas, el comprender la razón de todas las reglas que se dan para las operaciones sucesivas.

Con estos ejemplos se echa de ver que el secreto de ahorrar tiempo y fatiga, no es adelantar mucho de una vez haciendo practicar al niño crecido número de reglas en pocos días, para que mil veces vuelva sobre ellas y otras mil no las entienda. Estamos persuadidos que si se trabaja algo más en el desarrollo de la inteligencia de los niños, no recargando demasiado su memoria, sin dejar por esto de ejercitarla lo suficiente, se obtendrían resultados mucho más sólidos y provechosos. Una inteligencia desarrollada á tiempo produce mejores frutos, no solo porque le queda más espacio en el brevísimo trecho de vida que nos ha sido otorgado, sino también porque desenvolviéndose sus facultades intelectuales al par que las físicas, se evita el inconveniente de que las pasiones absorban la razón, y con el crecimiento del cuerpo permanezca como adormecida y sepultada el alma.

Es cierto que así para el espíritu como para el cuerpo no conviene una precocidad excesiva, y que es menester en la educación de la niñez recordar aquella máxima de que el tiempo no respeta nada de aquello en que no ha tenido parte; pero esta consideración muy fundada y prudente en nada se opone al desarrollo suave y oportuno que estamos aconsejando. Deseamos únicamente que se destierren de las escuelas esos métodos rutinarios en que todo se hace maquinalmente, en que el niño encajonado como una pieza en un gran cuerpo sufre la compresión que le fastidia de sus tareas sin reportar ni de mucho el debido provecho. Queremos que las escuelas de instrucción primaria al paso que sirvan para comunicar á los niños las nociones propias de su edad, sean también un semillero de ideas más aventajadas y de orden superior, no precisamente porque estas se las deban enseñar los maestros, sino por lo que pueden contribuir con métodos oportunos á desenvolver aquellas tiernas inteligencias que esperan para desplegarse el calor de otra inteligencia más formada, como la flor que abre su capullo al tocarla los rayos del sol.

Pocas materias hay que exijan tan severa vigilancia de parte de las autoridades como la instrucción primaria. Conviene emplear todos los medios á propósito para procurarse buenos maestros; pero es preciso no contentarse con poseerlos, es menester cuidar de que asegurados en sus destinos no se entreguen á la indolencia perdiendo el público los frutos que pudiera sacar de su idoneidad. Esta carrera es de suyo tan pesada, se halla en esfera de tan poca consideración social, es tan modesta la gloria que acarrea y tan escasos los recursos que proporciona, que es muy fácil que los que á ella se dedican aflojen en breve del primitivo ardor con que la emprendieron, si no temen continuamente el ojo vigilante de la autoridad ó de las comisiones que la representan, si no saben que á más de las visitas ordinarias y de pura solemnidad, puede ser sorprendido por otras en que se inquiera diligentemente cuál es el estado de la escuela, y se observe minuciosamente hasta qué punto llega el celo del maestro, y si procura realmente el adelanto de los discípulos, ó si solo trata de cubrir su responsabilidad con el menor trabajo posible.

En España no faltan leyes, no faltan instituciones para todo; la desgracia está en que aquellas no se observan, y estas se quedan sin obrar, amortiguadas, adormecidas, sin producir ningún resultado hasta que su inutilidad las hace caer en desuso, y el desuso acarrea el olvido. Lástima causa que cuando en otros países se ha llevado tan adelante el importantísimo ramo de la instrucción primaria, haya estado entre nosotros tan descuidada, sea tan reducido el número de las escuelas y estas disten mucho de llegar á la perfección en que las tienen otras naciones. Y no es que nos falten medios para obtener lo mismo que ellas han obtenido, sino que por efecto de un fatal concurso de circunstancias, y también por esa especie de pereza habitual que se ha hecho hereditaria, no hemos cuidado de mejorar los métodos, ni de informarnos siquiera de los adelantos de nuestros vecinos, y sobre todo, no he-

mos pensado en aprovechar los muchos recursos de que disponíamos para el efecto, si hubiésemos acertado á dar la competente direccion á fondos é instituciones que podían fecundar el país haciendo su propio bien, y asegurando su conservacion y mejora.

En la actualidad no puede negarse que se ha despertado en España un vivo movimiento que lleva los espíritus hácia un porvenir mas animado y brillante. Sean cuales fueren las causas que lo hayan producido, lo cierto es que existe, y lo que conviene es explotarlo en beneficio de la ilustracion, de la moralidad y del bienestar. Si el Gobierno impulsa vivamente el planteo de escuelas de instruccion primaria, y las mejoras de las existentes, encontrará sin duda apoyo y eficaz cooperacion en el país que se va convenciendo cada dia mas de que por una parte conviene salir de la agitacion revolucionaria entrando en el camino de los adelantos útiles, y de otra es indispensable satisfacer las exigencias del espíritu del siglo poniéndonos al nivel de las demás naciones, si queremos labrar nuestra prosperidad interior y ocupar en el congreso europeo el rango que nos pertenece.

Mas al propio tiempo que aplaudimos este progreso, tambien deseamos que se procure aliarle íntimamente con la religion y la moral, para evitar las consecuencias desconsoladoras que estamos presenciando en otros países donde el aumento de la instruccion ha llevado consigo el aumento de la inmoralidad, donde en la estadística de la corrupcion y del crimen figuran en número mucho mayor los instruidos que los ignorantes. Triste luz del entendimiento la que solo sirve para la perversidad del corazón. Preferimos la cándida sencillez hermoscada con la virtud á la instruccion prostituida al vicio. — J. B.

BARCELONA.

ARTÍCULO 5.º

CONSIDERACIONES GENERALES

SOBRE LOS EFECTOS DEL DESARROLLO DE LA INDUSTRIA EN LAS SOCIEDADES MODERNAS.

Si las complicaciones que han hecho sumamente difícil la posicion de Barcelona en los últimos años se hubiesen limitado al orden meramente político, fueran bastante á remediar el daño medidas puramente políticas; mas como quiera que no ha sucedido así, y que por motivo del desarrollo industrial y mercantil, se han presentado en mayor ó menor escala algunos de los problemas que abruma á las demás naciones que se hallan en este caso, ha resultado que afectándose el orden social, la herida que ha recibido la tranquilidad pública ha sido mas grave, y los elementos de discordia pueden contar con mas larga duracion, dado que su vida y su fuerza estriba en la misma organizacion industrial que no es posible destruir y no muy fácil de modificar.

La disension entre fabricantes y trabajadores que tan ruidosamente estalló en ciertas épocas, es síntoma mas alarmante á los ojos de todo hombre pensador, y que conozca las tendencias de semejante fenómeno, que los mayores disturbios promovidos con intento ó pretexto de obtener mayor grado de libertad. En efecto; observándose el mismo hecho con mas ó menos semejanza en los demás países donde la industria se ha desarrollado, claro es que sería un error atribuirle á causas puramente locales, y no

mos pensado en aprovechar los muchos recursos de que disponíamos para el efecto, si hubiésemos acertado á dar la competente direccion á fondos é instituciones que podían fecundar el país haciendo su propio bien, y asegurando su conservacion y mejora.

En la actualidad no puede negarse que se ha despertado en España un vivo movimiento que lleva los espíritus hácia un porvenir mas animado y brillante. Sean cuales fueren las causas que lo hayan producido, lo cierto es que existe, y lo que conviene es explotarlo en beneficio de la ilustracion, de la moralidad y del bienestar. Si el Gobierno impulsa vivamente el planteo de escuelas de instruccion primaria, y las mejoras de las existentes, encontrará sin duda apoyo y eficaz cooperacion en el país que se va convenciendo cada dia mas de que por una parte conviene salir de la agitacion revolucionaria entrando en el camino de los adelantos útiles, y de otra es indispensable satisfacer las exigencias del espíritu del siglo poniéndonos al nivel de las demás naciones, si queremos labrar nuestra prosperidad interior y ocupar en el congreso europeo el rango que nos pertenece.

Mas al propio tiempo que aplaudimos este progreso, tambien deseamos que se procure aliarle íntimamente con la religion y la moral, para evitar las consecuencias desconsoladoras que estamos presenciando en otros países donde el aumento de la instruccion ha llevado consigo el aumento de la inmoralidad, donde en la estadística de la corrupcion y del crimen figuran en número mucho mayor los instruidos que los ignorantes. Triste luz del entendimiento la que solo sirve para la perversidad del corazón. Preferimos la cándida sencillez hermoscada con la virtud á la instruccion prostituida al vicio. — J. B.

BARCELONA.

ARTÍCULO 5.º

CONSIDERACIONES GENERALES

SOBRE LOS EFECTOS DEL DESARROLLO DE LA INDUSTRIA EN LAS SOCIEDADES MODERNAS.

Si las complicaciones que han hecho sumamente difícil la posicion de Barcelona en los últimos años se hubiesen limitado al orden meramente político, fueran bastante á remediar el daño medidas puramente políticas; mas como quiera que no ha sucedido así, y que por motivo del desarrollo industrial y mercantil, se han presentado en mayor ó menor escala algunos de los problemas que abruma á las demás naciones que se hallan en este caso, ha resultado que afectándose el orden social, la herida que ha recibido la tranquilidad pública ha sido mas grave, y los elementos de discordia pueden contar con mas larga duracion, dado que su vida y su fuerza estriba en la misma organizacion industrial que no es posible destruir y no muy fácil de modificar.

La disension entre fabricantes y trabajadores que tan ruidosamente estalló en ciertas épocas, es síntoma mas alarmante á los ojos de todo hombre pensador, y que conozca las tendencias de semejante fenómeno, que los mayores disturbios promovidos con intento ó pretexto de obtener mayor grado de libertad. En efecto; observándose el mismo hecho con mas ó menos semejanza en los demás países donde la industria se ha desarrollado, claro es que sería un error atribuirle á causas puramente locales, y no

ver en él un resultado del aumento mismo de la industria.

Las innumerables obras que se han publicado y continúan publicándose en Francia, en Alemania, en Bélgica, en Inglaterra y en los Estados- Unidos sobre lo que se apellida la organización del trabajo, los generosos esfuerzos que están haciendo los escritores amantes de la humanidad para resolver el difícil problema que aquí se envuelve, los desatentados proyectos á cuya explanation se han arrojado cabezas descabelladas, la atención que dispensan á este negocio los gobiernos mas ilustrados, las ruidosas crisis que de vez en cuando sobrevienen perturbando el orden público, son datos que prueban hasta la evidencia que la organización de la industria tal como ahora se halla en Europa, deja todavía mucho que desear y ofrece gravísimos inconvenientes que en muchos casos hacen nacer la duda de si hubiera sido mas provechoso á la humanidad y al buen orden de las sociedades, que el mencionado desarrollo no hubiese sido tan repentino.

Reflexionando sobre las causas de este mal, salta desde luego á los ojos que una de ellas es el que se han descubierto los medios de producir y acrecentarse esta producción indefinidamente, sin que al propio tiempo se haya encontrado el arte de hacer la distribución de los productos de la manera conveniente, ni haberse establecido un sistema capaz de hacer frente á las apremiadoras necesidades que consigo trae una multiplicación excesiva, ó al menos de ponerle coto previniendo el incremento desmesurado sin lastimar la razón, la justicia, la moral, ni la conveniencia pública.

La economía política, muy adelantada como ciencia puramente material, lo está muy poco como social. Ha desenvuelto magníficas teorías sobre el modo con que se producen las riquezas y sobre la manera con que tienden á distribuirse, pero estas riquezas las ha mirado como un simple producto de la inteligencia y de la fuerza, sin la debida relación al hombre de quien dimanar y á cuyo bienestar y felicidad deben destinarse. No negaremos que para crear

la ciencia económica y levantarla á la altura reclamada por su importancia, sea menester por razones de buen método separar las consideraciones sociales de las materiales; mas tambien es indudable que aquellas deben ser el complemento de estas, y que el ocuparse mucho de las segundas sin pensar en las primeras seria formar un cuerpo de doctrina estéril para el bien de la humanidad, y muy incompleto bajo el aspecto científico.

Nada de cuanto se refiere al hombre puede decirse suficientemente desenvuelto hasta que abarca las relaciones físicas y morales, y atiende á todas las condiciones favorables ó adversas á que con respecto á aquel punto está sometida la humanidad. La ciencia que produce un mal mezclado con el bien que acarrea, está obligada, por decirlo así, á trabajar incesantemente en remediarlo, depurando el beneficio de los elementos malignos que en alguna manera le hacen dañoso. De la propia suerte que el médico inventor de un específico para curar una enfermedad atiende cuidadosamente, no solo á los buenos efectos sino tambien á los malos, y se ocupa no menos en atenuar estos que en aumentar aquellos.

Uno de los inconvenientes mas graves que se han ofrecido para que pudiese lograrse cumplidamente el saludable objeto de que hablamos, ha sido el que el desarrollo de la industria y el adelanto de la ciencia económica han coincidido con esa época de enflaquecimiento de las ideas religiosas y morales, y han tenido que marchar al lado del materialismo ó del escepticismo. Desde el momento que el hombre es considerado como un simple producto de la naturaleza, sin diferencia de los demás, sino por una organización mas perfecta y delicada, no es extraño que en tratando de él con respecto al trabajo se le mire como una máquina que conviene manejar del modo mas útil, sin que sea preciso atender á su conservación, sino por el beneficio que de ella se espera ó por el daño que de su pérdida se teme. Muy al contrario, cuando se considera al hombre como dotado de un espíritu inmortal y creado

para destinos mas altos de los que caben sobre la tierra, cuando el cuerpo, y todo lo que á él pertenece, es considerado con sujecion á los intereses del alma, entonces no se piensa jamás en los adelantos materiales sin que ocurran al propio tiempo los intelectuales y morales reclamando participacion y preferencia, y oponiéndose si es necesario, al mismo progreso material en lo que tenga de in-moral ó de envilecedor del espíritu.

Apenas hay escritor de nota que se haya ocupado de semejantes materias de algunos años á esta parte, que no convenga en la necesidad de ensanchar la esfera de la ciencia económica, dedicándose no solo al estudio de la produccion y distribucion de las riquezas bajo el punto de vista puramente material, sino tambien extendiendo la mirada á lo que reclaman esas necesidades de la triste humanidad condenada al parecer á ver aumentar su miseria á proporcion que se multiplican sus títulos de esplendor y gloria; todos convienen en que es preciso poner coto á esa degradacion de los espíritus que tan de hulto se presenta allí donde no se piensa en otra cosa que en producir riquezas, esa espantosa inmoralidad que se desenvuelve en los grandes centros manufactureros, afeando su brillo y hermosura como una llaga asquerosa en el semblante de un jóven gallardo y apuesto.

A pesar de esa tendencia consoladora que cada dia va dominando mas y mas en el órden científico, no se experimentan los saludables efectos que son de desear, y el mal léjos de disminuirse se desarrolla con alarmante rapidez. La Inglaterra que, á las necesidades que consigo trae un desarrollo de la industria tan asombroso como el suyo, reúne la circunstancia de una organizacion social muy á propósito para acrecentarlas, siente mas que otro pueblo del mundo ese dolor, esa congoja, por decirlo así, que no le consiente disfrutar tranquila de su deslumbrante prosperidad, ni gozarse placentera en el aspecto de sus máquinas y de sus vapores, cada dia mas activos, mas numerosos, mas fecundos en toda clase de manufacturas.

Todos sus hombres de Estado, todos sus publicistas, todos sus filósofos siguen con ansiosa mirada el progreso de este mal, y se afanan en excogitar medios para atajarle. El sistema que mas en boga se halla en la actualidad, y que mas probabilidades tiene de ser ejecutado, es el de la colonizacion en grande escala, desahogándose de esta suerte al país del exceso de poblacion que le abruma, y proporcionándose la industria nuevos desagües donde pueda descargarse algun tanto de la sobreabundancia de sus productos. No hace mucho tiempo que un escritor distinguido de la Gran Bretaña y hombre práctico en los negocios ha publicado un extenso trabajo sobre este particular, no contentándose con vagas generalidades, sino detallando el plan con que se debería ejecutar el proyecto de colonizacion, calculando los gastos que consigo traeria á proporcion de la escala en que se realizase, los beneficios materiales que desde luego se podrían reportar de los nuevos establecimientos, explicando los medios preparatorios de que se debiera echar mano para que los recién llegados á la colonia no se encontrasen faltos de comodidades para emprender sus tareas, y fijarse en el terreno sin desvío ni repugnancia.

El escritor despues de haber desarrollado su plan, en cuya exposicion se conoce que ha estudiado á fondo la materia, concluye con una exclamacion que nos pareció revelar el espíritu elevado de donde salia, y la gravedad del mal cuya vista la arrancaba: *¡Inglaterra á tus bajezas; levántate y cumple los destinos de la Providencia!*...

Es ciertamente un espectáculo desconsolador el que ofrece una gran nacion que se ha encumbrado al mas alto punto de grandor y poderío, agobiada con el peso mismo de su prosperidad material, y amenazada de espantosos trastornos, si no acude al remedio de los males que esta situacion le acarrea. Es ciertamente desconsolador y que inspira reflexiones profundas y aflictivas sobre los destinos de la humanidad en esta tierra de infortunio, el asistir á la desolante escena de un gran pueblo que se ve precisa-

do á abandonar sus hogares y á marchar en busca de nuevos países para encontrar un bocado de pan con que satisfacer el hambre, y un pedazo de lienzo para cubrir la desnudez. Concíbese fácilmente que las hordas de los bárbaros multiplicadas sin tasa en los bosques del Norte, y careciendo de la inteligencia necesaria para aumentar la producción de los medios de subsistencia proporcionalmente á las nuevas necesidades, abandonaran sus nieves y escarchas y se arrojasen sobre el Mediodía en busca de climas mas feraces donde encontrar pudieran el alimento que no alcanzaban á suministrarles sus enmarañadas selvas; pero no hubiera sido creíble á no verlo como lo estamos viendo, que numerosas generaciones nacidas en un país altamente civilizado, en un país donde los medios de multiplicar los productos de la naturaleza y del arte han sido llevados á la mayor perfección, se viesen forzadas por extrema necesidad á tomar la dura resolución de abandonar el suelo de la patria.

Opinan algunos que planteándose otros sistemas en que no solo se atiende á la producción de las riquezas sino tambien á su distribución mas universal y equitativa, se alcanzará mejorar de tal suerte la condición de la humanidad que desaparezcan totalmente la carestía y miseria que ahora la están afligiendo. No dudamos que pueden introducirse importantes mejoras, así en la organización del trabajo, como en la creación de establecimientos destinados á acudir al socorro de los necesitados; pero creemos que en esta vida no es posible llegar á una perfección en que se obvian todos los inconvenientes y remedien todos los males. *Pobres tendreis siempre con vosotros*, dijo el Divino Fundador de nuestra religion sacrosanta, y esta profecía se ha cumplido hasta ahora, y se cumplirá en el porvenir.

Debemos ciertamente procurar que se disminuya tanto como posible sea el número de los infortunados, debemos trabajar en que la desgracia que sea inevitable sea menos dura y esté mas rodeada de alivio y consuelo; pero no con-

viene que nos hagamos ilusiones lisonjeándonos con esperanzas que no se han de realizar. Posible fuera que corriendo en pos de vanas sombras descuidásemos la realidad, y que haciendo esfuerzos estériles para improvisar mejoras insubsistentes, atrasásemos con la injusticia ó la imprudencia lo mismo que nos propusiéramos acelerar.

En nuestro concepto, la naturaleza de la industria tal como ahora existe, tiende por necesidad al aumento de los pobres. Porque, si no nos engañamos, á la producción de este triste efecto contribuyen dos causas: 1.ª la acumulación de la riqueza en pocas manos, ó sea la desigualdad de la distribución: 2.ª la facilidad de multiplicarse la población; y estas dos causas acompañan el estado actual de la industria. No será difícil probarlo.

Lo primero que en esta materia se ocurre es que sustituida á la acción del hombre la fuerza de las máquinas, y elevadas la construcción y uso de estas á la perfección en que las vemos y en la que andan progresando, se sigue que la industria se ha limitado por necesidad á la acción de los agentes inanimados, y que por lo mismo ha inutilizado en parte, y va inutilizando cada dia mas la acción humana. Esto produce naturalmente la disminución del trabajo, y por consiguiente del único medio de subsistencia en que está librada la vida de los pobres. Este argumento que se ha producido ya muchas veces y que á cada paso se oye repetir, no es el mas fuerte que hacerse puede, ni es tal su solidez y exactitud que no sea dable contestar á él con muchas apariencias de verdad. En efecto, si las máquinas reemplazan la acción del hombre, en cambio perfeccionan y abaratan los productos de la industria, con lo cual el pobre con menos medios que antes alcanza á procurarse lo que ha menester. Dicho fenómeno lo estamos palpando en la revolución que ha hecho en los trajes la industria algodonera suministrando medios de vestirse con mas comodidad, elegancia y baratura de lo que jamás habria podido suceder con el uso exclusivo del lino, seda y lana. Además la perfección de las máquinas multiplica tambien las

clases de industria; así es que de medio siglo á esta parte se cuentan muchas especies de ella que antes no existian; de lo que resulta que los brazos que por una parte deja ociosos los emplea de otra, bastando para gozar de esta compensación el que se tenga el debido cuidado de que las mudanzas no sean demasiado repentinas, preparándose lenta y suavemente la traslación á otro destino de los brazos que el nuevo invento va á dejar desocupados. Confesamos que estas reflexiones atenuan en nuestro juicio la fuerza de la dificultad; y que si otra no se pudiese objetar á las máquinas, no distaríamos de creer que con la experiencia se llegara á remediar el mal, compensándose por un lado lo que se hubiese perdido por otro. Así las causas que hacen que el aumento de las máquinas contribuya por necesidad al aumento de los pobres, nos parecen ser las dos que arriba hemos señalado. Expondremos brevemente los motivos en que se funda nuestra opinion.

Acumulacion de la riqueza, ó sea mayor desigualdad en la distribucion de los productos. En el estado actual de la industria de los ramos en que han llegado las máquinas á una gran perfeccion, se han hecho imposibles los establecimientos pequeños. El solo planteo de un vapor exige mayores desembolsos que el de muchas fábricas donde poco antes se trabajaban, bien que con menos perfeccion, las mismas manufacturas. Quien conciba, pues, semejante idea, es preciso que cuente con crecidos capitales, y que quien no reuna esta última circunstancia no pueda ni siquiera pensar en tamaña empresa. De esto resulta que el número de los amos ha de ser mucho mas limitado; y como quiera que los dueños de las fábricas han de percibir el interés del capital invertido, la parte que se concepte necesaria para indemnizarlos del riesgo, y el valor que represente la inteligencia y el trabajo que empleen en el planteo y direccion de la fábrica, tenemos que siendo crecido el capital, no escaso el riesgo, mucho el trabajo de la direccion, y combinándose estas tres circunstancias en una persona, hay tres factores que elevan el producto, es

decir, la parte que corresponde al dueño, á una cantidad muy alta. Añádase á esto que el dueño no siempre se satisface con la ganancia que justa y equitativamente le pertenece, que no pocas veces procura explotar su situacion del mejor modo que puede sin atender á ninguna consideracion de moralidad, y que solo se propone aumentar rápidamente su fortuna aun cuando sea á expensas del sudor de sus semejantes; y tendremos que esa fuerza absorbente se levanta á un grado inconcebible atrayendo á sí la mayor parte de los productos y dejando al pobre no mas que lo indispensable á fin de que no le falten las fuerzas para continuar en el trabajo. Y como ya hemos hecho notar que el sistema de las grandes máquinas estrecha el número de los que pueden figurar como dueños, tenemos que por necesidad ese gran desarrollo de la industria crea poderosos focos absorbentes que se enderezan á aumentar la desigualdad de las riquezas. Este fenómeno que las razones aducidas dejan fuera de duda, se confirma con la experiencia que nos ofrecen los países manufactureros donde al lado de la miseria mas repugnante y desconsoladora, se levantan colosales fortunas que dejan muy atrás las de los mayores propietarios territoriales.

A esto se nos dirá que los grandes establecimientos manufactureros no pertenecen por lo comun á un solo individuo, sino que toman parte en ellos una porcion de capitalistas, ya sea que se forme una verdadera sociedad, ya sea que encargándose uno solo á su cuenta y riesgo, se obligue á satisfacer un interés fijo por los fondos que se le hayan proporcionado. Así se consigue que el beneficio no sea todo en favor de una sola persona, y se impide que no se acumulen demasiado las riquezas. No negaremos el hecho que se nos acaba de objetar, y que si él no existiese la acumulacion sería mucho mas rápida y la desigualdad de la distribucion haría mas chocante; pero esto solo prueba que pueden hacerse suposiciones en que el mal sería mucho mayor, mas no que ya en la actualidad no sea grave en extremo. Siempre resulta cierto que los estableci-

mientos en donde se fija la propiedad son en menor número á proporcion del de los habitantes y de la escala de los productos, lo cual hace que la perfeccion de la industria cree una porcion de grandes centros absorbentes que por necesidad contribuyen á que se aumente la desigualdad de la riqueza.

Y á la verdad ¿qué representan unos cuantos socios interesados en cada establecimiento en comparacion de la muchedumbre que queda excluida del beneficio? Además que esta clase de empresas son de suyo tan importantes que á ellas no se aventuran con facilidad los capitalistas pequeños; y así es que estas sociedades suelen estar formadas de hombres muy ricos que destinan á aquel punto la sobrante que no les ha sido posible emplear en objetos exclusivamente propios. Así resulta que el beneficio tiende naturalmente hácia los capitalistas mas poderosos y por tanto se endereza necesariamente á producir el triste efecto que llevamos indicado.

La facilidad de multiplicarse la poblacion. La estadística enseña que en las clases manufactureras la multiplicacion se verifica en grado mucho mayor que en las agrícolas. En cualquier punto donde se establecen fábricas, se nota desde luego el aumento de la poblacion, y en algunas partes se verifica este fenómeno con una rapidez sorprendente. Las causas de esto no son difíciles de adivinar. El labrador para fundar su familia ha menester casa propia ó arrendada, tierras mas ó menos extendidas y un capital mas ó menos cuantioso para procurarse los animales é instrumentos que necesita para el cultivo de sus campos. Nada de esto se improvisa; es preciso emplear á veces largo tiempo para adquirirlo, de lo que resulta que en las clases agrícolas no es ni de mucho tan fácil la multiplicacion de los matrimonios, que estos se realizan en edad mas adelantada, y que los no favorecidos con las circunstancias indispensables para establecerse, ó difieren mucho mas el matrimonio ó no lo contraen nunca. En las clases industriales sucede todo lo contrario. El jóven de diez y siete

años se halla á menudo en la misma situacion que el trabajador de cincuenta; su capital son sus brazos; la casa para habitar la encontrará hoy mismo en proporcion al dinero de que pueda disponer segun sea su salario; en cuanto á las eventualidades del porvenir que pudieran retraerle de cargar con nuevas obligaciones, sabe que jornalero es hoy, y jornalero ha de ser toda su vida; que los mismos medios de que dispone actualmente serán los de que disponga despues de algunos años; y por lo que toca al peligro en que se halla de que le falte el trabajo y que por lo mismo no tenga con que alimentar á su familia, es un peligro comun á todos los de su clase, sea cual fuere su edad, y por tanto no le retrae de contraer matrimonio. Así vemos que los enlaces se verifican en edad muy temprana, con extremada ligereza, y con tanta mayor facilidad cuanto son menores los negocios que se han de arreglar y los intereses que se han de combinar ó transigir. Atiéndose únicamente al impulso de la naturaleza, y añadiéndose que la mayor proximidad de los sexos enciende las pasiones, y la inmoralidad les quita todo freno, se origina una multiplicacion desmesurada á cuya rapidez no puede alcanzar el consiguiente aumento de los productos que se necesitan para proveer de medios de subsistencia. De aquí el pauperismo, plaga cruel de las sociedades modernas, y que amarga terriblemente el placer que causa la vista de su pujante prosperidad y prodigiosos adelantos.

De las consideraciones que preceden se infiere con toda evidencia que el desarrollo industrial que se está verificando se encamina á la creacion de una nueva aristocracia, donde resalte la desigualdad de una manera harto mas chocante que en la de los tiempos antiguos. Al rededor de los castillos feudales vivian los infelices vasallos sumidos en la pobreza y miseria, contemplando el esplendente lujo y los voluptuosos regalos de que rebotaba la morada de su señor; y devoraban en silencio la amargura de que siendo el fruto de sus sudores lo que alimenta-

ba la riqueza del castillo, les cabia á ellos no mas que lo indispensable para no perecer de hambre, y lo que recibian andaba todavia acibarado no pocas veces con el desprecio y la ignominia. Ahora en rededor de un establecimiento fabril, que por su extension y magnificencia se aventaja en mucho á los castillos feudales, moran tambien un crecido número de infelices, que apenas alcanzan á ganar el sustento necesario. Trabajando quizás todo el día en manufacturar las telas mas exquisitas andan cubiertos de harapos que no les guardan del rigor de la intemperie; y al salir de una sala inmensa destinada al trabajo, van á sepultarse durante la noche en un subterráneo húmedo y mal sano, donde les espera el llanto de su mujer y de sus tiernos hijos. — *J. B.*

POLEMICA RELIGIOSA.

CARTA DUODÉCIMA Á UN ESCÉPTICO EN MATERIÁS DE RELIGION.

EL EVANGELIO Y LAS PASIONES.

Mi estimado amigo: el método que va siguiendo V. en la discusión epistolar que hemos entablado, me va manifestando una verdad, que si bien ya la tenía conocida me la hace V. mucho mas evidente; hablo de la poca firmeza y exactitud en la moral de que adolecen generalmente los que no están fundados sobre el sólido cimiento de la religion. Con mucha verdad se ha dicho que la moral sin dogma era justicia sin tribunales. Óyeseles á Vds. ponderar y ensalzar con entusiasmo la sublime doctrina de Jesucristo en todo lo concerniente á la conducta del arreglo del

hombre; confiesan que nada hay superior ni igual entre los filósofos antiguos y modernos; reconocen que nada hay que añadir ni quitar; todo esto con una sinceridad y una expresion de buena fe, que no le dejan á uno duda de que si rechazan los dogmas de la religion cristiana, al menos abrazan con conviccion filosófica la moral que ella nos enseña. Cuando hé aquí que á lo mejor, hablando de puntos de alta importancia, se disparan de improviso con la exposicion de una doctrina que no puede conciliarse con la moral del Evangelio, pues que se halla en abierta oposicion con lo que ella prescribe. Así me ha sucedido con la última de V., en la cual despues de resignarse á abandonar la trinchera en que se habia hecho fuerte pretendiendo que nuestra religion se empeñaba en luchar con lo mas íntimo de la naturaleza, con prohibir como cosa mala el amor propio, me viene modificando su argumento, pero en realidad proponiéndose un objeto semejante.

Dice V. que está de acuerdo conmigo en que la religion no destruye, sino que rectifica el amor propio, y no tiene V. inconveniente en reconocer que las objeciones de su carta anterior estribaban en un supuesto falso. No obstante, deseando no abandonar el terreno sin combatir, se empeña V. en sostener que la manera con que la religion rectifica el amor propio es demasiado dura, y contraria por demás á los instintos de la naturaleza. Aqui tiene su aplicacion lo que le estaba diciendo poco antes, á saber, que los hombres irreligiosos caen con frecuencia en una contradiccion patente, alabando de una parte la moral de Jesucristo y atacándola por otra sin consideracion ni miramiento. V. pertenece al número de aquellos que se glorian de reconocer la santidad de la moral evangélica, y sin embargo no tienen reparo en condenarla por lo que prescribe con respecto á las pasiones. Y ¿sabe V. que el declarar una moral mala, ó inútil, ó inaplicable en lo relativo á las pasiones, es condenarla poco menos que en su totalidad? ¿No ha advertido V. que la mayor parte de los

ba la riqueza del castillo, les cabia á ellos no mas que lo indispensable para no perecer de hambre, y lo que recibian andaba todavia acibarado no pocas veces con el desprecio y la ignominia. Ahora en rededor de un establecimiento fabril, que por su extension y magnificencia se aventaja en mucho á los castillos feudales, moran tambien un crecido número de infelices, que apenas alcanzan á ganar el sustento necesario. Trabajando quizás todo el día en manufacturar las telas mas exquisitas andan cubiertos de harapos que no les guardan del rigor de la intemperie; y al salir de una sala inmensa destinada al trabajo, van á sepultarse durante la noche en un subterráneo húmedo y mal sano, donde les espera el llanto de su mujer y de sus tiernos hijos. — *J. B.*

POLÉMICA RELIGIOSA.

CARTA DUODÉCIMA Á UN ESCÉPTICO EN MATERIÁS DE RELIGION.

EL EVANGELIO Y LAS PASIONES.

Mi estimado amigo: el método que va siguiendo V. en la discusión epistolar que hemos entablado, me va manifestando una verdad, que si bien ya la tenía conocida me la hace V. mucho mas evidente; hablo de la poca firmeza y exactitud en la moral de que adolecen generalmente los que no están fundados sobre el sólido cimiento de la religion. Con mucha verdad se ha dicho que la moral sin dogma era justicia sin tribunales. Óyeseles á Vds. ponderar y ensalzar con entusiasmo la sublime doctrina de Jesucristo en todo lo concerniente á la conducta del arreglo del

hombre; confiesan que nada hay superior ni igual entre los filósofos antiguos y modernos; reconocen que nada hay que añadir ni quitar; todo esto con una sinceridad y una expresion de buena fe, que no le dejan á uno duda de que si rechazan los dogmas de la religion cristiana, al menos abrazan con conviccion filosófica la moral que ella nos enseña. Cuando hé aquí que á lo mejor, hablando de puntos de alta importancia, se disparan de improviso con la exposicion de una doctrina que no puede conciliarse con la moral del Evangelio, pues que se halla en abierta oposicion con lo que ella prescribe. Así me ha sucedido con la última de V., en la cual despues de resignarse á abandonar la trinchera en que se habia hecho fuerte pretendiendo que nuestra religion se empeñaba en luchar con lo mas íntimo de la naturaleza, con prohibir como cosa mala el amor propio, me viene modificando su argumento, pero en realidad proponiéndose un objeto semejante.

Dice V. que está de acuerdo conmigo en que la religion no destruye, sino que rectifica el amor propio, y no tiene V. inconveniente en reconocer que las objeciones de su carta anterior estribaban en un supuesto falso. No obstante, deseando no abandonar el terreno sin combatir, se empeña V. en sostener que la manera con que la religion rectifica el amor propio es demasiado dura, y contraria por demás á los instintos de la naturaleza. Aqui tiene su aplicacion lo que le estaba diciendo poco antes, á saber, que los hombres irreligiosos caen con frecuencia en una contradiccion patente, alabando de una parte la moral de Jesucristo y atacándola por otra sin consideracion ni miramiento. V. pertenece al número de aquellos que se glorian de reconocer la santidad de la moral evangélica, y sin embargo no tienen reparo en condenarla por lo que prescribe con respecto á las pasiones. Y ¿sabe V. que el declarar una moral mala, ó inútil, ó inaplicable en lo relativo á las pasiones, es condenarla poco menos que en su totalidad? ¿No ha advertido V. que la mayor parte de los

preceptos de la moral se rozan con el arreglo y represion de las pasiones? Si pues la del Evangelio no sirve para ellas ¿para qué servirá?

Afirma V. que los preceptos evangélicos son duros en demasía por oponerse á irresistibles instintos de la naturaleza; y por lo que toca á alguno de sus consejos, se adelanta V. á decir que dificilmente se le persuadirá que sean conformes á la razon y á la prudencia. Asienta V. por principio que el secreto de dirigir las pasiones es dejarles respiradero para evitar la explosion, añadiendo que el olvido de esta máxima es uno de los defectos capitales de que adolece la moral del Evangelio. No lleva V. á mal que se declaren culpables los actos que inducirian la perturbacion en las familias, y aun aquellos que tienden á multiplicar la poblacion encargando á la caridad pública el fruto de la incontinencia; pero no puede persuadirse que el rigor se haya de llevar hasta el punto de prohibir el mismo pensamiento, declarando culpable á los ojos de Dios aquel que admitiera la liviandad en su corazon, por mas que se abstenga de todo cuanto repugne á la naturaleza ó pueda acarrear algun daño á la familia y á la sociedad. Dejando aparte la discusion á que bajo muchos aspectos podria dar lugar la objecion de V., y ciñéndonos al punto de vista de la prudencia que es el que V. encarece principalmente, sostengo que la moral del Evangelio es tan profundamente sábia y cuerda en su pretendida dureza, que seria mucho mas dura si se amoldase á las doctrinas de V. Extravagante asercion ha de parecer esta que acabo de emitir, y no obstante me lisonjeo de poderla apoyar con tales razones que se vea V. precisado á suscribir á mi dictámen.

Ya que V. parece aficionado al estudio del corazon, me atreveré á preguntarle, si en el supuesto de haberse de prohibir un acto, es mas difícil alcanzar la obediencia prohibiendo tambien el deseo, ó dejándole campeare libremente. Tengo por seguro que es harto mas fácil lograr que el hombre evite aquello que no puede ni desear, que

no el que siéndole permitido el deseo haya de abstenerse de la obra. Se ha dicho muy bien que del pensamiento á la ejecucion va tan poca distancia como de la cabeza al brazo, y la experiencia está enseñando todos los dias que quien ha concebido deseos vehementes de poseer un objeto, deja con mucha dificultad de emplear los medios para lograrlo. Cabalmente en la materia de que estamos tratando se ciega de tal modo la razon, y preponderan de tal suerte las pasiones, que el que se deja arrastrar por ellas se degrada y embrutece, olvidando lastimosamente su honor, sus bienes, su salud y hasta su vida. Y con una pasion semejante, ¿cree V. que la prudencia aconseja permitir el deseo y prohibir la ejecucion? Afirma V. sin vacilar que es dura la prohibicion que se extiende al deseo, sin advertir que solo en el sistema de V. hay la verdadera crueldad, pues que se pone al hombre en el tormento de Tántalo haciendo correr á las inmediaciones de sus sedientos labios, aguas frescas y cristalinas que no se le permite probar. Reflexione V. maduramente sobre estas observaciones y se convencerá que la verdadera dureza está en la moral de V. y nó en la del Evangelio; que en la de V. bajo la apariencia de indulgente suavidad se pone en verdadera tortura al corazon; y que en la del Evangelio con una severidad prudente y oportuna se procura á las almas virtuosas la tranquilidad y la calma. El hombre que sabe no serle lícito deleitarse ni siquiera en un pensamiento malo, lo rechaza con fuerza desde el momento que se le ocurre, y así no da lugar á que la pasion se exalte y le ciegue; el que creyese no haber pecado sino en la ejecucion procuraria complacer las inclinaciones de la naturaleza, engañándose á sí mismo con la esperanza de que el placer del pensamiento y del deseo no le arrastraria hasta cometer el acto; pero desde el momento que la razon y la voluntad hubiesen abdicado su soberanía, aun cuando fuese con la condicion expresa de que no se les habia de llevar mas allá de lo que permitieran los deberes, fuéales imposible contener las pasiones turbulentas

que engreidas con la primera concesion no cederian hasta satisfacerse cumplidamente.

Una diferencia capital existe entre la religion cristiana y los filósofos que bajo distintos nombres la combaten: aquella asienta por principio que es preciso atajar las pasiones en su cuna, creyendo que será tanto mas fácil dirigiirlas ó sujetarlas cuanto menos incremento se les haya dejado tomar, mientras estos se conducen por la regla de que conviene permitir que las pasiones, aun las de tendencias mas aviesas, se desenvuelvan hasta cierto punto, en el cual afirman que es necesario detenerlas. Y ¡cosa notable! así se portan los filósofos que no disponen de otros medios para dominar el corazon que estériles discursos cuya impotencia se manifiesta siempre que se hallan en lucha con una pasion algo vehemente; y la religion obra en sentido contrario, ella que abunda de medios eficacisimos para obrar sobre el entendimiento y la voluntad, y señorear al hombre entero. La religion fundada por el mismo Dios se atiende á una regla prudente, estimando mas la precaucion del mal, que nó el tener que remediarlo, procurando curarlo cuando es pequeño por ahorrar la dificultad de hacerlo cuando sea grande; y el débil mortal se atreve á soltar el dique á las aguas afirmando que conviene dejarlas correr libres, y que basta el que cuando lleguen al limite que él les prefija se les diga: « de aquí no pasareis, y aquí quebrantareis el orgullo de vuestras olas. »

Yo no sé si se habrá convencido V., mi estimado amigo, con las razones que acabo de alegar en defensa de la moral del Evangelio y en contra del sistema filosófico. Como quiera, no podrá V. negarme que estas consideraciones no son para despreciadas, dado que se fundan en la misma naturaleza del hombre y en lo que nos está enseñando la experiencia de todos los dias. Lo que hemos aplicado á la pasion mas turbulenta y peligrosa de las que afligen á los miseros humanos, puede decirse de todas las demás, bien que de ella se verifica de una manera particular aquello de no hay mas remedio que la fuga. Sentencia

profundamente sábia y prudente, que advierte al hombre que no comience á perder el dominio sobre sí mismo, porque quizás no le seria fácil encadenar las pasiones una vez hubiese llegado á soltarlas.

Sucede con el individuo lo propio que con la sociedad: si el poder supremo, cuyo cargo es gobernar, principia á ceder á las exigencias de los que deben obedecer, estas van cada dia en aumento, la autoridad se degrada á proporcion que pierde terreno, hasta que al fin se llega á una completa anarquía ó se apela á una reaccion violenta para recobrar lo perdido y restablecer derechos que jamás se debieran haber abdicado. Las leyes de orden tienen una analogía singular, aun en sus aplicaciones á cosas de naturaleza muy diferente; pudiera decirse que es una misma ley sin mas modificaciones que las absolutamente indispensables para atender á la especie del sugeto que por ellas se ha de regir.

He dicho que cuanto acababa de afirmar sobre la pasion voluptuosa era tambien aplicable á las demás; y voy á hacerle sentir á V. atacándole por la parte mas sensible que es la de filantropía, ya que Vds. los filósofos no pueden tolerar que se ponga en duda su ardiente amor á la humanidad. Están Vds. encareciendo continuamente el precepto de fraternidad universal, que segun la religion de Jesucristo enlaza á todos los hombres como miembros de una misma familia. Infírese de dicho mandamiento la prohibicion de no dañar al prójimo, y segun nuestros principios no solo no podemos dañarle, pero ni aun tener este deseo; por manera que pecamos con solo complacernos en nuestro corazon en un pensamiento de venganza.

Ahora bien, aplicando al caso presente la teoria de V. resultará que debe condenarse por sobrado dura la moral cristiana en esta parte, y para seguir los consejos de una suave prudencia será preciso contentarse con declarar que es malo el cometer un acto que dañe á nuestros hermanos, pero no lo es el deseo, si nos limitamos á él. Así la bella fraternidad de Vds. se podrá expresar de esta suer-

te: «Hombres, no os causeis daño ni de obra, ni de palabra, porque con esto faltariais á las reglas de la sana moral, y ofenderiais al Dios que os ha criado, nó para que os perjudiqueis mutuamente, sino para que vivais en pacífica armonía. Hasta aquí llega la obligacion, pero en entrando en el santuario de vuestro interior sois dueños de desear á los demás hombres todo el mal que os pluguiere, seguros de que con ello no cometeréis ninguna falta, pues que Dios no es tan duro que haya querido no solo prohibir los hechos, sino tambien el pensamiento y el deseo.» ¿No le parece á V. que el precepto de la caridad, de la fraternidad universal, es cosa curiosa y peregrina si le explicamos de esta manera? Y sin embargo es evidente que de esta suerte lo explica V., no habiendo yo hecho otra cosa que reunir las partes del sistema para que se notara mas vivamente el contraste.

El vicio radical de dicho sistema es poner en desacuerdo lo interior con lo exterior, es suponer que conviene limitar las obligaciones morales á los actos externos, es establecer una especie de moral civil que en último análisis vendria á parar á una jurisprudencia puramente humana, sin otro objeto que impedir el que se perturbase la tranquilidad pública. A este resultado conducen las doctrinas de V.; y nada extraño es que así sea, puesto que es muy natural que en desterrando á Dios del mundo, ó no admitiendo religion alguna, es decir, quitando la influencia divina sobre los actos del hombre, queden estos considerados en el orden puramente externo, y no tengan importancia á los ojos del filósofo sino en cuanto son capaces de producir algun bien exterior ó de causar algun mal. Quitando Vds. á Dios, ó lo que viene á parar á lo mismo, destruyendo la religion, destruyen tambien la conciencia, destruyen al hombre interior, y reducen toda la moral á una combinacion de utilidades bien calculadas.

Estas consecuencias le serán á V. desagradables, y no me cabe duda que hará un esfuerzo por rechazarlas; mas para evitar disputas le ruego á V. que vuelva á seguir el

hilo del raciocinio que me ha conducido á ellas, pues estoy cierto que haciéndolo así con imparcialidad y buena fe, no podrá menos de reconocer que mis palabras nada tienen de falso ni hiperbólico.

Entre tanto, y para hacerle sentir mas y mas los errores é inconvenientes de la doctrina que V. abraza con tanta seguridad, voy á hacer una aplicacion de ella al mismo precepto de fraternidad, no considerado en su parte prohibitiva, sino en la preceptiva. Dando por sentado que el mal está únicamente en los actos externos, deberemos convenir tambien en que la bondad de las acciones estará tambien en lo exterior: así ejerceremos un acto laudable haciendo bien al prójimo, mas no deseádoselo. Y ¿sabe V. á dónde nos conduce este principio? ¿Sabe V. que nada menos se logra con él que destruir de un golpe esa fraternidad universal tan encarecida por la filantropía de los filósofos? ¿Qué es el amor que se limita á los actos exteriores? ¿Es verdadero amor el que no está en el corazón? ¿No es esto lo mismo que nos está indicando el lenguaje cuando distingue entre la beneficencia y la benevolencia, es decir, entre hacer el bien y el desearlo? Así la primera como la segunda, ¿no son virtudes muy loables? Quien no puede ser benéfico por faltarle los medios necesarios, ¿no es muy laudable que sea benévolo, esto es, que tenga deseos de hacer el bien, ya que no le sea posible realizarlo? Quien hace el bien ¿no lo desea antes de ponerlo en práctica? Es decir, el hombre benéfico ¿no es antes benévolo? ¿y no es benéfico por lo mismo que es benévolo? Yo no sé si V. mirará las cosas bajo este punto de vista, pero de mí sabré decirle que considero tan enlazados el deseo y el acto que se me presentan como cosas de un mismo orden, y como que la una es complemento de la otra. Mas diré limitándome á la beneficencia; cuando me figuro á un hombre que hace el bien por un motivo cualquiera, pero que al mismo tiempo no abriga en su corazón un afectuoso deseo que le impulsa á estos actos, es decir, cuando veo la beneficencia separada de la benevo-

lencia, ó no concibo allí un acto de virtud, ó por lo menos la encuentro manca, despojada de los mas bellos adornos que la hacian agradable y encantadora.

Ya ve V., mi querido amigo, que la religion cristiana no anda tan desacertada en entrometerse en los actos internos, en extender sus mandamientos y prohibiciones hasta con respecto á lo mas recóndito que ejecutamos en el fondo de la conciencia; y que el tacharla de dura por este procedimiento, es dar por el pié no solo á la moral religiosa sino tambien á la enseñada por la luz de la razon. Así se enlazan las cosas que parecen mas distantes; así se encadenan las verdades con tan estrecha intimidad, que quien se atreve á negar una, se ve forzado á desechar muchas otras, que él tal vez respeta y venera con toda sinceridad y acatamiento. De estas consideraciones desearia yo que sacase V. una consecuencia que le he indicado ya varias veces, y que no me cansaré de repetirle, y es la importancia de que al examinar las cuestiones religiosas no nos empeñemos en aislarlas demasiado, pues que corremos peligro de mutilar la verdad, y una verdad mutilada es un error. Los incrédulos y los escépticos incurrirán casi siempre en este defecto; toman un dogma, un precepto moral, una práctica, una ceremonia de la religion, la separan de todo lo demás, la analizan prescindiendo de todas las relaciones que tiene con otros dogmas, preceptos, prácticas ó ceremonias; no miran el objeto sino por un lado, y de esta manera consiguen que la ceremonia parezca ridícula, que la práctica sea irracional, que el precepto sea cruel, que el dogma sea absurdo. No hay orden de verdades que no venga al suelo si de este modo se las examina; porque entonces no se las considera como son en sí, sino como las ha arreglado allá en su mente el antojo del filósofo. En tal caso se crean fantasmas que no existen, se huye el cuerpo á los verdaderos enemigos para pelear con otros imaginarios, con lo cual es poco peligroso el entrar en la lucha partiendo de un tajo descomunales jayanes.

En la parte moral, mayormente en lo que tiene mas intimas relaciones con los sentimientos mas dulces y seductores, no es difícil alucinar á los incautos ofreciéndoles como una expansion inocente lo que es un veneno mortífero. Así por ejemplo, en la dificultad que V. me propone en su apreciada ¿qué cosa mas conforme á los instintos de la naturaleza, á los mas suaves impulsos del corazon que la doctrina por V. sustentada? « ¡Qué! decia V., ¿no basta prohibir los actos que podrian producir malos resultados á la sociedad, á la familia, ó al individuo, que sea preciso penetrar hasta lo interior del alma y allí complacerse en atormentar el corazon, obligándole á abstenerse hasta de aquellas exhalaciones, que mas bien que crímenes deberán ser á los ojos de Dios inocentes desahogos de la naturaleza? Mientras el mal no se consume ¿á quién daña el deseo? ¿Es posible que el Criador pueda ofenderse de los actos mas inofensivos de su criatura? » Hé aquí lo que se apellidan golpes sentimentales, y que son argumentos decisivos para las almas candorosas y ardientes, que están ansiosas de una doctrina que excuse sus debilidades, aflojando algun tanto la austeridad de la moral que aprendieron en el catecismo. Pero hé aquí tambien lo que se llaman sofismas peligrosos que á nada conducen para el bienestar y consuelo de aquellos en cuyo favor se hacen, y que antes al contrario los extravian y corrompen de una manera lastimosa. « ¡Qué! se podria replicar imitando el propio tono, ¿sereis tan crueles que permitais arrimar á los labios sedientos el fresco y sabroso licor, y no consentais probarlo? ¿Sereis tan crueles que solteis la rienda á la pasion en las regiones interiores y no le dejéis un desahogo en lo exterior? ¿Sereis tan crueles que desencadeneis las tempestades en el fondo del corazon, que allí conserveis á este agitado y combatido por todos lados, sin dejar que el desahogo le alivie de sus penas, y que extendiéndose la borrasca se haga menos intensa y dolorosa? O cerrad enteramente la puerta al daño, ó permitidle el remedio: no pongais de tal suerte en lucha al hombre interior

con el exterior, al corazón con las obras; ya que de humanos os preciais, procurad que no sea tan cruel vuestra mentida indulgencia.»

Por lo que toca al otro punto de si Dios puede indignarse por los actos interiores de su criatura: «¡Qué! podríamos decir, si relaciones hay entre Dios y el hombre, si el Criador no ha abandonado á su criatura, si la mira todavía como digno objeto de sus cuidados ¿no es claro, no es evidente que el entendimiento y la voluntad, es decir, lo mas precioso que hay en el hombre, lo que le hace capaz de conocer y amar á su Hacedor, lo que le ensalza sobre los brutos, lo que le levanta á una esfera que le constituye rey de la creación, no es aquello, repetiremos, lo que debe suponerse que es objeto de la solicitud del Supremo Hacedor, y que no atiende á los actos exteriores sino en cuanto emanan del santuario de la conciencia donde se complace en ser conocido, amado y adorado? ¿Qué es el hombre si prescindimos de su interior? ¿Qué es la moral si no la aplicamos al entendimiento y á la voluntad? ¿Es fundada, es razonable siquiera, una doctrina que aparentando sobreabundancia de sentimientos de humanidad, y blasonando de dignidad é independencia, mata tan desapiadadamente al hombre en lo que tiene de mas independiente y mas digno?»

Persuádase V., mi querido amigo, de que no hay verdad, no hay dignidad en nada de lo que se opone á la religión; que lo que á primera vista parece mas noble y generoso es en realidad bajo y degradante; y á propósito de sentimientos filantrópicos, guárdese V. de esas inspiraciones repentinas que se le ofrecerán como argumentos decisivos, y que examinados á la luz de la religión y hasta de la sana filosofía, no son mas que raciocinios infundados, ó bien que estribando sobre principios erróneos conducen á establecer el predominio del cuerpo sobre el espíritu, y á desencadenar sobre la tierra las pasiones voluptuosas. Interin vea V. en qué puede complacerle este su amigo y S. S. — J. B.

BARCELONA.

ARTÍCULO 6.º

RELACIONES ENTRE FABRICANTES Y TRABAJADORES.

Las calamidades que hemos descrito en el artículo anterior no alligen todavía á Cataluña. A pesar de que es mucho ya su desarrollo industrial, y de que ha comenzado ya á establecerse en él las máquinas de última invención, todavía el país puede alimentar la población que contiene; todavía los jornales están pagados suficientemente para que el trabajador pueda vivir con algun desahogo; todavía no existe desnivel entre el valor de los medios de subsistencia y el salario, y por lo mismo no experimentamos los males que están sufriendo otros países. Si una que otra vez se presentan estos inconvenientes es por breve tiempo y en reducido espacio, mas bien como síntomas que indican la aproximación de una enfermedad, que no su verdadera existencia.

Los fabricantes de Cataluña se encuentran, pues, en situación mas ventajosa que los de Francia, Bélgica é Inglaterra; y la razón, la moral, la humanidad y su propio interés exigen que no la dejen sin provecho. En la actualidad las circunstancias políticas favorecen la causa del orden y no permiten desmanes de ningun género á los trabajadores; los amos, lejos de explotarlas en beneficio propio, deben cuidar mucho de manifestar con sus palabras y sus obras, que cuando levantaban la voz en favor del orden, era con el designio de disfrutar sus fortunas y de mejorarlas por medios legítimos y humanos, haciendo el bien del

con el exterior, al corazón con las obras; ya que de humanos os preciais, procurad que no sea tan cruel vuestra mentida indulgencia.»

Por lo que toca al otro punto de si Dios puede indignarse por los actos interiores de su criatura: «¡Qué! podríamos decir, si relaciones hay entre Dios y el hombre, si el Criador no ha abandonado á su criatura, si la mira todavía como digno objeto de sus cuidados ¿no es claro, no es evidente que el entendimiento y la voluntad, es decir, lo mas precioso que hay en el hombre, lo que le hace capaz de conocer y amar á su Hacedor, lo que le ensalza sobre los brutos, lo que le levanta á una esfera que le constituye rey de la creación, no es aquello, repetiremos, lo que debe suponerse que es objeto de la solicitud del Supremo Hacedor, y que no atiende á los actos exteriores sino en cuanto emanan del santuario de la conciencia donde se complace en ser conocido, amado y adorado? ¿Qué es el hombre si prescindimos de su interior? ¿Qué es la moral si no la aplicamos al entendimiento y á la voluntad? ¿Es fundada, es razonable siquiera, una doctrina que aparentando sobreabundancia de sentimientos de humanidad, y blasonando de dignidad é independencia, mata tan desapiadadamente al hombre en lo que tiene de mas independiente y mas digno?»

Persuádase V., mi querido amigo, de que no hay verdad, no hay dignidad en nada de lo que se opone á la religión; que lo que á primera vista parece mas noble y generoso es en realidad bajo y degradante; y á propósito de sentimientos filantrópicos, guárdese V. de esas inspiraciones repentinas que se le ofrecerán como argumentos decisivos, y que examinados á la luz de la religión y hasta de la sana filosofía, no son mas que raciocinios infundados, ó bien que estribando sobre principios erróneos conducen á establecer el predominio del cuerpo sobre el espíritu, y á desencadenar sobre la tierra las pasiones voluptuosas. Interin vea V. en qué puede complacerle este su amigo y S. S. — J. B.

BARCELONA.

ARTÍCULO 6.º

RELACIONES ENTRE FABRICANTES Y TRABAJADORES.

Las calamidades que hemos descrito en el artículo anterior no alligen todavía á Cataluña. A pesar de que es mucho ya su desarrollo industrial, y de que ha comenzado ya á establecerse en él las máquinas de última invención, todavía el país puede alimentar la poblacion que contiene; todavía los jornales están pagados suficientemente para que el trabajador pueda vivir con algun desahogo; todavía no existe desnivel entre el valor de los medios de subsistencia y el salario, y por lo mismo no experimentamos los males que están sufriendo otros países. Si una que otra vez se presentan estos inconvenientes es por breve tiempo y en reducido espacio, mas bien como síntomas que indican la aproximacion de una enfermedad, que no su verdadera existencia.

Los fabricantes de Cataluña se encuentran, pues, en situacion mas ventajosa que los de Francia, Bélgica é Inglaterra; y la razon, la moral, la humanidad y su propio interés exigen que no la dejen sin provecho. En la actualidad las circunstancias políticas favorecen la causa del orden y no permiten desmanes de ningun género á los trabajadores; los amos, léjos de explotarlas en beneficio propio, deben cuidar mucho de manifestar con sus palabras y sus obras, que cuando levantaban la voz en favor del orden, era con el designio de disfrutar sus fortunas y de mejorarlas por medios legítimos y humanos, haciendo el bien del

trabajador y consultando á un mismo tiempo sus propios intereses. Es preciso no olvidar que una conducta dura y desapiadada sembraría en las clases pobres el odio contra las ricas, y produciría encono y rencor contra las autoridades sostenedoras de la tranquilidad pública, pues que fueran miradas sin culpa suya como cómplices del daño que se hiciera sufrir á los trabajadores á la sombra del régimen vigente.

Ya hace mucho tiempo que dirigiéndonos á los ricos de Barcelona compendiábamos en pocas palabras la conducta que debían observar con respecto á los pobres: *hacerlos buenos y hacerles bien*. Hacerlos buenos, esto es, trabajar por todos los medios posibles en que se extendiese y arraigase la moralidad; hacerles bien, es decir, manifestar en su favor sentimientos de humanidad, desprendimiento en los casos en que el trabajador se halle en algun agobio, y por otra parte seguir un sistema templado y razonable, que arregle de tal modo las relaciones que no salga dañada la justicia ni aun la equidad; y que antes al contrario se conozca que el dueño se presta sin dificultad á algunos sacrificios, que siendo compatibles con la conservacion y aumento de su fortuna, aligeren algun tanto la situacion del pobre que, por mas buena que se la suponga, es siempre harto desgraciada.

Lo que decíamos en aquella época, cuando los amos no encontraban en la autoridad todo el apoyo que hubieran deseado, se lo repetiremos ahora con mucha mas claridad; porque acostumbramos guardar el lenguaje severo para el tiempo de la prosperidad de aquel á quien nos dirigimos, y nos agrada emplearlo mesurado y suave cuando se encuentra en situacion desventajosa ó ahogada. En nuestro concepto el medio eficaz de oponerse á los inconvenientes que para los amos puedan traer las asociaciones de los operarios es salir al encuentro de las necesidades á cuya satisfaccion se las destina. Sin duda que lo mas sencillo y mas breve es echar mano de la fuerza, resistir con el auxilio de ella á cuanto directa ó indirectamente se encami-

ne á imponer condiciones á los amos, no parar la atencion siquiera en las causas que produzcan la inquietud y el mal estar, y empeñarse en no ver los males ó en no remediarlos despues de vistos; pero la razon y la experiencia enseñan que semejante sistema es poco á propósito para consolidar una situacion, y que léjos de extirpar los gérmenes de discordia no hace mas que multiplicarlos y avivarlos.

Las asociaciones en los trabajadores, suponiendo que estén destituidas de todo carácter político, lo que es absolutamente indispensable si no se quiere que peligre continuamente la tranquilidad pública, pueden proponerse dos objetos: 1.º el socorro mutuo en sus necesidades: 2.º la combinacion para evitar que los amos no rebajen demasiado los jornales, ó no extiendan excesivamente el trabajo. Por lo tocante á lo primero el mejor medio de destruir semejantes asociaciones es dejarlas sin objeto; y esto ¿cómo se logra? Haciendo que el trabajador esté seguro del socorro el dia que por falta de trabajo ó por enfermedad, no pueda ganar su subsistencia. Y cuando esto decimos no queremos significar que este socorro se lo den los amos, bien que siempre les aconsejaremos la beneficencia por los infelices, sino que les proporcionen por medio de las instituciones convenientes el logro de lo mismo que intentaban con la asociacion. A cada socio se imponia el sacrificio de contribuir con una cantidad determinada, y con la suma que se recogia se formaba el fondo para sufragar á las necesidades; ¿por qué no se ha de obtener el mismo resultado con las cajas de ahorros? El trabajador cuando hallara la debida seguridad no solo de la conservacion de lo que hubiese entregado en depósito, sino tambien del reembolso, con mas los intereses que se reputen justos y proporcionados, mas querrá naturalmente entenderse con la caja de ahorros, que no con otra asociacion cualquiera. Por de pronto experimentará la ventaja de no haber de distraerse de sus trabajos ó diversiones para acudir á juntas en este ó aquel dia; no tendrá necesidad de indisponerse con nadie, por dar el voto á esta ó aquella persona,

ú opinar en contra de lo que se intentase ejecutar. En la caja de ahorros verá una institución no solo autorizada sino protegida por el gobierno, dirigida por personas cuya independencia y probidad las pondrá á cubierto de toda sospecha de malversacion de caudales y sometida por fin á reglas que hagan imposible ningun desperdicio, ya por la variedad y carácter de los que en ello intervienen, ya tambien por la publicidad á que en tiempos prefijados debieran someterse los administradores con la rendicion de cuentas que manifiesten los ingresos y salidas de la caja.

Es evidente que por este medio puede lograrse todo lo que se podria esperar de una asociacion: cuando esta carezca de objeto nadie pensará en establecerla: si á alguno se le ocurre este pensamiento encontrará muy pocos que quieran tomar parte en él; y si uno y otro se verificare, el gobierno podrá decir con razon: «no quiero que os asociéis, pues estando ya cumplido el objeto que decís proponer, sospecho que abrigáis segundas intenciones cuya realizacion puedo y debo impedir.»

De lo dicho se infiere la necesidad de que todos los que tienen algo que perder procuren que la institucion de la caja de ahorros se arraigue en el país, que inspire confianza á todas las clases, y que sobre todo los pobres se aficionen á deponer en ella lo que hayan podido reunir despues de satisfechas las atenciones imprescindibles. Es preciso no olvidar que esta es una institucion naciente, que como tal es flaca; y por lo mismo conviene rodearla de todo el prestigio que ha menester para granjearse crédito, é infundir seguridad á los interesados.

No es tan fácil obviar el segundo inconveniente, es decir, el que los amos no aumenten demasiado el trabajo, ó no limiten el salario mas de lo que es justo; ó bien que los trabajadores no se entreguen á exigencias injustas. Las oscilaciones de la industria son tantas que no es posible asentar una regla general en esta materia; y además, el derecho de propiedad es tan sagrado que es preciso andar con mucho tiento en tocar á él, aun cuando sea con miras de

humanidad ó de conveniencia pública. Parécenos no obstante que no es tan ardua la tarea que sea necesario desistir de acometerla: si no se remediase todo el daño al menos se evitaria una parte; y á proporcion que la experiencia andaria mostrando las ventajas y los inconvenientes, se podrian introducir las mejoras compatibles con la justicia y aconsejadas por la prudencia. Nos permitiremos algunas indicaciones generales que puedan dar alguna luz sobre este particular.

La relacion entre el trabajo y el salario depende en gran parte del estado de la industria, porque cuanto mayor sea el beneficio que esta produzca al fabricante tanto mas crecido podrá ser el salario. Además, cuanto mayor sea el número de los trabajadores menguará el valor del jornal, por la sencilla razon de que la abundancia acarrea baratura. Segun sean mas ó menos altos los precios de subsistencia, y sobre todo de los alimentos de primera necesidad, podrá el trabajador vivir con diferente salario, basándole en un tiempo lo que en otro seria insuficiente. De estas consideraciones resulta la dificultad de establecer una regla general, y las oscilaciones á que está sujeto el valor del salario independientemente de la voluntad de fabricantes y trabajadores, pues que la variacion proviene de la misma naturaleza de las cosas. Mas no puede negarse que del conjunto de las expresadas circunstancias y de otras que deben tenerse presentes atendiendo á las necesidades y costumbres del país, nace el que por ciertas temporadas se fije una relacion entre el trabajo y el salario. Claro es que cuando una condicion de los trabajadores fuese general, su misma generalidad indicaria que el daño no dimanaba de la mala voluntad de los fabricantes, sino del mismo estado de la industria. Pero si uno ó pocos fabricantes se apartan de la regla á que los demás se conforman, licito es sospechar que tratan de oprimir á los trabajadores, aprovechándose del sudor del pobre sin atender á lo que reclaman la justicia y la humanidad. ¿Cómo hacerle entrar en razon? Dificil es ejecutarlo por medios obligatorios, pues

que en todo caso siempre tiene el recurso de decir, que le precisan á observar esta conducta circunstancias particulares que no debe revelar á nadie, y añadir que no conoce ni en los trabajadores, ni en los otros fabricantes, ni en el gobierno, el derecho de arreglarle los intereses de su casa; y que así como él es dueño de despedir á los operarios siempre que lo crea conveniente, también pueden estos despedirle á él si se conceptúan perjudicados. Esto en rigurosa justicia; mas como todos los hombres estiman en algo su buena reputación, y no les agrada ocupar un lugar desventajoso entre los de su misma clase, no dudamos que surtiría buenos efectos un tribunal de paz, que compuesto de fabricantes y trabajadores estuviese encargado de resolver amistosamente las cuestiones que se ofrecieran sin que pudiera ejercer ninguna coacción sobre los que no quisieran someterse á su fallo. Este tribunal procediendo sobre un reglamento que podría formarse previamente, y compuesto de individuos elegidos por los mismos interesados con arreglo á las bases que se creyeran prudentes, debería estar presidido por la autoridad, no para que le comunicase fuerza coactiva, sino con el fin de que le diese prestigio, y hasta pudiera hacerle respetar, si por los desmanes de los litigantes se viera alguna vez en compromiso.

El sistema de elección de los individuos que deberían componer dicho tribunal y el reglamento á que habría de conformarse en sus procedimientos, sería menester que fuesen objeto de detenida meditación; bien que como se estarían palpando las ventajas y los inconvenientes, no serían irremediables los errores cometidos en el acto del planteo, pues que sucesivamente se podrían hacer las enmiendas y mejoras aconsejadas por la experiencia.

La base de elección podría ser de varias maneras, pero siempre se habría de salvar el principio de que los interesados tuviesen parte en ella. Sin embargo, deberían tomarse las oportunas precauciones para que no se introdujesen los abusos de que son tan susceptibles semejantes ac-

tos, y no se corriese el peligro de turbarse por ellos la tranquilidad pública. Quizás podría adoptarse el sistema de que en cada establecimiento fabril de un número de trabajadores que se fijase, se eligiese un compromisario reuniéndose con los electores de dicha fábrica los de otras de menor número situadas á poca distancia, para lo cual podría dividirse la ciudad en distritos. La elección debería verificarse sin admitirse discusiones de ninguna clase, y hacerse de manera que distribuyéndose en muchas horas, no llegase á reunirse nunca un número considerable. Como estas elecciones deberían ser por precisión turbulentas en caso de ser concurridas, quizás podría establecerse que no tomasen parte en ellas sino los que llegasen á cierta edad, pues que así se lograría el doble objeto de que los electores no fuesen en número tan crecido y por otra parte menos propensos á excederse del que son por lo común los jóvenes inexpertos.

En cuanto á los fabricantes, claro es que siendo mucho menor su número el sistema electoral ofrecería muchos menos inconvenientes; por lo que nos abstendremos de descender á pormenores que mas bien sentarian en un reglamento que en un artículo de una Revista.

Fácilmente se alcanzará que así los fabricantes como los trabajadores estarían interesados en elegir personas de inteligencia y probidad, pues que unos y otros pondrían en manos de ellos una autoridad conciliadora, que si bien no tendría derecho de obligar á la ejecución de sus fallos, fuera no obstante atendida en muchos casos, si quiera por consideración á los mismos que la habrían constituido.

Los trabajadores deberían disfrutar el derecho de nombrar para sentarse en el tribunal de paz á las personas que bien les pareciese, sin distinción de ninguna clase; porque hasta que hubiesen cobrado confianza en la nueva institución las restricciones que limitasen el círculo de los elegibles serían miradas por ellos como insidiosas y encaminadas únicamente á que el tribunal estuviese todo com-

puesto de ricos. Dejándoles la latitud que desearan, es probable que si no desde luego, al menos despues de alguna experiencia procurarian ellos mismos buscar personas acomodadas que tuviesen garantias de acierto en su inteligencia y práctica en esta clase de materias, y que además por la independencia de su posicion no fueran sospechosas de cohecho.

Repetimos que conviene pensar sériamente en este negocio; que conviene disipar la odiosidad entre pobres y ricos; que conviene no fiarse en situaciones pasajeras; que la ciudad debe pensar en constituirse por sí misma en tal estado que si en el porvenir le caben en suerte autoridades menos firmes y bien intencionadas, si el país vuelve á encontrarse envuelto en turbulencias políticas, sea posible evitar los desastres de que en los últimos años ha sido víctima Barcelona. No olvidemos que la situacion de España está muy léjos de ser satisfactoria, que el horizonte está muy léjos de presentarse bien claro: no lo esperemos todo del gobierno; contemos con nuestros esfuerzos; que de abandonarnos hoy á excesiva confianza podríamos arrepentirnos mañana.

POLÉMICA RELIGIOSA.

CARTA DÉCIMOTERCIA Á UN ESCÉPTICO EN MATERIAS DE RELIGION.

Mi estimado amigo: Ya veo yo que es empeño inútil el de obligarle á V. á una discusion seguida sobre los dogmas de la religion y los principios en que se fundan, pues que fiel á su sistema de no atenerse á ningun sistema, y guardando inviolablemente la regla de su método, que es no observar ninguno, revolotea como mariposa de flor en flor, de suerte que cuando le creia uno engolfado en alguna

question capital y decidido á continuar por largo tiempo el ataque empezado contra uno de los puntos de las murallas de la ciudad santa, levanta de improviso los reales, se apesenta en otro campo, y desde allí amenaza abrir nueva brecha esperando que yo acuda á defender el punto atacado, para luego dirigirse á otra parte y fatigarme inútilmente sin obtener el resultado que deseo. Pero digo mal cuando afirmo que me he fatigado inútilmente; porque si bien es verdad que no me ha sido posible hasta ahora apartarle á V. de su error, porque se ha resistido siempre á sujetarse al trabajo de una discusion sostenida con el debido orden y encadenamiento, me lisonjeo no obstante de que habré logrado desvanecerle á V. algunas preocupaciones, que sin duda le habrian obstruido el paso en el camino de la fe, si es que algun dia ilustrado su entendimiento por inspiraciones superiores, movido su corazon por la gracia del Señor, se resuelve á emprenderle con seriedad, rompiendo las trabas que le detienen, y saliendo del infeliz estado en que se encuentra, en que espero no le ha de sorprender la hora de la muerte.

Disimulándome V. el preámbulo que quizás calificará de inoportuno y que yo considero como inoportunidad saludable, voy á responder á las dificultades que me propone sobre una de las virtudes mas encarecidas por la religion cristiana. Alégrome en gran manera de que hayamos salido de las disputas que eran objeto de la carta anterior; porque si bien versaba sobre asunto muy trascendental y de altísima importancia, la materia era de suyo tan delicada y vidriosa, que es preciso andar siempre midiendo las palabras y en busca de expresiones, que dejando traslucir la verdad cubran con tupido velo cuanto pudiera ofender las buenas costumbres y las delicadas consideraciones debidas al pudor. Al fin la humildad es cosa sobre la cual es licito hablar sin rodeos, no habiendo el peligro de que una palabra poco mesurada haga salir los colores al rostro.

Algo volteriano está V. cuando habla de la virtud de la

puesto de ricos. Dejándoles la latitud que desearan, es probable que si no desde luego, al menos despues de alguna experiencia procurarían ellos mismos buscar personas acomodadas que tuviesen garantías de acierto en su inteligencia y práctica en esta clase de materias, y que además por la independencia de su posición no fueran sospechosas de cohecho.

Repetimos que conviene pensar seriamente en este negocio; que conviene disipar la odiosidad entre pobres y ricos; que conviene no fiarse en situaciones pasajeras; que la ciudad debe pensar en constituirse por sí misma en tal estado que si en el porvenir le caben en suerte autoridades menos firmes y bien intencionadas, si el país vuelve á encontrarse envuelto en turbulencias políticas, sea posible evitar los desastres de que en los últimos años ha sido víctima Barcelona. No olvidemos que la situación de España está muy lejos de ser satisfactoria, que el horizonte está muy lejos de presentarse bien claro: no lo esperemos todo del gobierno; contemos con nuestros esfuerzos; que de abandonarnos hoy á excesiva confianza podríamos arrepentirnos mañana.

POLÉMICA RELIGIOSA.

CARTA DÉCIMOTERCIA Á UN ESCÉPTICO EN MATERIAS DE RELIGION.

Mi estimado amigo: Ya veo yo que es empeño inútil el de obligarle á V. á una discusión seguida sobre los dogmas de la religion y los principios en que se fundan, pues que fiel á su sistema de no atenerse á ningun sistema, y guardando inviolablemente la regla de su método, que es no observar ninguno, revolotea como mariposa de flor en flor, de suerte que cuando le creia uno engolfado en alguna

cuestion capital y decidido á continuar por largo tiempo el ataque empezado contra uno de los puntos de las murallas de la ciudad santa, levanta de improviso los reales, se apesenta en otro campo, y desde allí amenaza abrir nueva brecha esperando que yo acuda á defender el punto atacado, para luego dirigirse á otra parte y fatigarme inútilmente sin obtener el resultado que deseo. Pero digo mal cuando afirmo que me he fatigado inútilmente; porque si bien es verdad que no me ha sido posible hasta ahora apartarle á V. de su error, porque se ha resistido siempre á sujetarse al trabajo de una discusión sostenida con el debido orden y encadenamiento, me lisonjeo no obstante de que habré logrado desvanecerle á V. algunas preocupaciones, que sin duda le habrían obstruido el paso en el camino de la fe, si es que algun dia ilustrado su entendimiento por inspiraciones superiores, movido su corazón por la gracia del Señor, se resuelve á emprenderle con seriedad, rompiendo las trabas que le detienen, y saliendo del infeliz estado en que se encuentra, en que espero no le ha de sorprender la hora de la muerte.

Disimulándome V. el preámbulo que quizás calificará de inoportuno y que yo considero como inoportunidad saludable, voy á responder á las dificultades que me propone sobre una de las virtudes mas encarecidas por la religion cristiana. Alégrome en gran manera de que hayamos salido de las disputas que eran objeto de la carta anterior; porque si bien versaba sobre asunto muy trascendental y de altísima importancia, la materia era de suyo tan delicada y vidriosa, que es preciso andar siempre midiendo las palabras y en busca de expresiones, que dejando traslucir la verdad cubran con tupido velo cuanto pudiera ofender las buenas costumbres y las delicadas consideraciones debidas al pudor. Al fin la humildad es cosa sobre la cual es lícito hablar sin rodeos, no habiendo el peligro de que una palabra poco mesurada haga salir los colores al rostro.

Algo volteriano está V. cuando habla de la virtud de la

humildad, y le aplica irónicamente el dictado de *sublime* que los cristianos nos complacemos en tributarla. Segun parece, se ha formado V. ideas muy equivocadas sobre la naturaleza de dicha virtud, pues que llega á asegurar que por mas que lo desease le seria imposible el ser humilde á la manera que lo exigen los libros de mística, por la sencilla razon de que no cree permitido el engañarse á si mismo, y de que aun cuando se esforzase en ello tampoco le seria dable conseguirlo. Gana de reir me ha dado el que V. se imagine haberme propuesto una dificultad insoluble con aquello de que no le es posible persuadirse que sea el mas estúpido entre los hombres, pues que está viendo tantos otros que evidentemente no poseen los pocos ó muchos conocimientos que á V. le han proporcionado la educacion y la instruccion, ni tampoco que sea el mas perverso entre los mortales, supuesto que ni roba, ni asesina, ni comete otros actos á que se arrojan algunos de sus semejantes; y que sin embargo, si escuchamos la doctrina de los místicos, esta es la perfeccion de la humildad y á ella llegaron los Santos mas distinguidos, mas adelantados en esta virtud. No tengo tampoco inconveniente en que V. no se encuentre de humor para andarse, como dice, por esas calles haciendo del loco con el fin de que los demás le desprecien, y tener así ocasion de ejercer la humildad; pero lo que extraño es que tales argumentos los repunte V. por invencibles, y que cante de antemano la victoria, intimándome que ó es preciso tragar los absurdos que de estas máximas y ejemplos resultan, ó condenar las vidas de grandes Santos y echar al fuego las obras de los místicos mas afamados. Paréceme que el dilema no es tan perfecto que no deje salida; antes creo que ni será preciso devorar absurdos, ni tampoco entregarse al repugnante oficio del ama de D. Quijote y del cura de su lugar.

Usted que se precia de caballeroso, creo que no estará reñido con Santa Teresa de Jesus, á quien si reputa por ilusa, al menos no podrá dejar de tributarle el merecido elogio por sus eminentes virtudes, por su alma cándida,

su bellissimo corazon, su talento claro y penetrante, y su pluma tan amable como sublime. A esta Santa ya sabe V. que algo se le alcanzaba de achaque de virtudes cristianas, y que con lo mucho que habia meditado y leído, y consultado además con hombres sabios, ó como ella dice, grandes letrados, debia de saber en qué consistia la humildad, y cómo era entendida y explicada esta virtud en el seno de la Iglesia católica. Y ¿cree V. que la Santa pensaba que para ser humilde era preciso comenzar engañándose á si propia? Apostaría yo que V. no acierta en la definicion que da de la humildad; definicion admirable, y que, preciso me es decirlo, parece excogitada á propósito para contestar á las dificultades de V. Refiere la Santa que no comprendia por qué la humildad era tan agradable á Dios, y que discurriendo un dia sobre este punto alcanzó que era así, porque *la humildad es la verdad*. Ya ve V. que no se trata de engaño, y que tan distante está de obligarnos á él la humildad, que antes bien con ella disipamos el engaño; porque su mérito mas sólido, el título por el cual es agradable á Dios, es el ser verdad.

Desenvolveré en pocas palabras esa hermosa sentencia de Santa Teresa de Jesus; y no necesitaré mas que esta luminosa observacion de la Santa para hacerle comprender á V. lo que es la humildad, en sus relaciones con nosotros mismos, con Dios y con el prójimo.

¿Está en oposicion con la virtud de la humildad el que conozcamos las buenas dotes naturales ó sobrenaturales con que Dios nos ha favorecido? Nó, antes al contrario, revuelva V. todas las obras de los teólogos escolásticos y místicos, y á todos los encontrará de acuerdo en que dicha virtud no se opone á semejante conocimiento. Quien experimenta á cada paso que comprende con mucha facilidad cuanto lee ú oye, que le basta fijar su meditacion sobre las cuestiones mas abstrusas para que se le presenten desde luego claras y despejadas, no hay inconveniente en que se halle interiormente convencido de que Dios le ha dispensado este señalado favor; mas diremos, le es im-

posible dejar de abrigar esta convicción que tiene por objeto un hecho que está presente á su ánimo y de que le asegura su conciencia propia, como que es una serie de actos que acompañan de continuo su existencia, que constituyen su vida intelectual, aquella vida íntima de que estamos tan ciertos como de la existencia de nuestro cuerpo. ¿Podrá V. figurarse que Santo Tomás estuviese persuadido de que era tan ignorante como los legos de su convento? San Agustín ¿era posible que creyese que conocía tan poco la ciencia de la religión como el último del pueblo á quien la explicaba? San Jerónimo que tan aventajados conocimientos poseía en las lenguas sábias, y en cuanto es menester para interpretar atinadamente la Sagrada Escritura, ¿diremos que en su interior no estaba penetrado de que poseía mas que medianamente el griego y el hebreo, y de que sus investigaciones con que se remontaba hasta las fuentes de la erudición habian sido del todo infructuosas? Nó; no dicen los cristianos tales disparates. Una virtud tan sólida, tan hermosa, tan agradable á los ojos de Dios no puede exigir de nosotros tamañas extravagancias; no puede exigir que cerremos los ojos para no ver lo que es mas claro que la luz del dia.

Bien entendida la humildad trae consigo el claro conocimiento de lo que somos, sin añadir ni quitar nada; quien tenga sabiduría puede interiormente reconocerlo así, pero debe al propio tiempo confesar que la ha recibido de Dios, y que á Dios se debe el honor y la gloria. Debe reconocer tambien que esta sabiduría si bien levanta mucho mas su entendimiento que el de los ignorantes, ó de los menos sabios que él, le deja sin embargo muy inferior á los demás sabios que se le aventajan en extension y profundidad. Debe al propio tiempo considerar que esta sabiduría no le da derecho para despreciar á nadie, pues que teniéndola por especial beneficio de Dios, de la misma manera la hubieran poseido los otros si el Criador se hubiese dignado otorgársela. Debe considerar que este privilegio no le exime de las flaquezas y miserias á que está sometida la humani-

dad, y que cuantos mas sean los favores con que Dios le haya distinguido, cuanto mas claro sea el entendimiento para conocer el bien y el mal, tanta mas estrecha cuenta deberá dar á Dios que de tal suerte le ha hecho objeto de su bondadosa munificencia. Quien tenga virtudes no hay inconveniente en que lo reconozca así, confesando al propio tiempo que son debidas á particular gracia del cielo; que si no comete las maldades á que se arrojan otros hombres es porque Dios le tiene de su mano; que si hace el bien y evita el mal por medio de la gracia, esta gracia le ha sido concedida por Dios; que si por su misma índole está inclinado á ciertos actos virtuosos, causándole horror los vicios opuestos, esa índole le ha venido tambien de Dios; en una palabra, tiene motivo para estar contento, mas no para engreirse, supuesto que sería injusto atribuyéndose lo que no le pertenece y defraudando á Dios la gloria que le corresponde.

Oiga V. sobre este particular al gran Santo, al hombre que tan alto se levantó en todas las virtudes cristianas, especialmente en la de la humildad; á S. Francisco de Sales; y vea V. como no solo conviene en que es lícito reconocer los bienes que nosotros tenemos, sino tambien en que es permitido y muchas veces saludable, el fijar sobre ellos la atención, el pararse detenidamente á considerarlos.

« Pero tú desearás, Filotea, que te conduzca mas adelante en la humildad; porque lo que de ella hasta aquí he tratado, mas parece sabiduría que humildad. Paso pues adelante: muchos no quieren ni se atreven á pensar y considerar en particular las gracias y mercedes que Dios les ha hecho, temerosos de dar en la vanagloria y complacencia, en lo cual ciertamente se engañan: porque como dice el grande Doctor Angélico, el verdadero medio de llegar al amor de Dios es la consideración de sus beneficios, porque cuanto mas los conociéremos, tanto mas le amaremos; y como los beneficios particulares mueven mas particularmente que los comunes, así tambien deben ser considerados mas atentamente. Es cierto que nada nos puede humi-

llar tanto delante de la misericordia de Dios como la muchedumbre de sus beneficios: ni nada nos puede humillar tanto delante de su justicia como la multitud de nuestras maldades. Consideremos lo que ha hecho por nosotros, y lo que nosotros hemos hecho contra él, y como consideramos por menudo nuestros pecados, consideremos así por menudo sus gracias. No hay que temer que el conocimiento de lo que ha puesto en nosotros nos desvanezca, con tal que atendamos á esta verdad, que cuanto hay bueno en nosotros, no es nuestro. ¿Los mulos, dime, dejan de ser torpes y hediondas bestias porque estén cargados de muebles preciosos y olores de príncipes? ¿Qué tenemos nosotros bueno, que no hayamos recibido? Y si lo hemos recibido ¿por qué nos queremos ensoberbecer? (Ad Cor. 4, 7.) Al contrario, la viva consideracion de las mercedes recibidas nos hace humildes, porque el conocimiento engendra el reconocimiento; pero si viendo los beneficios que Dios nos ha hecho nos llegase á inquietar cualquiera suerte de vanidad, el remedio infalible será recurrir á la consideracion de nuestras ingratitudes, de nuestras imperfecciones y de nuestras miserias. Si consideramos lo que hacíamos cuando Dios no estaba con nosotros, conoceremos que lo que hacemos cuando nos acompaña no es de nuestra industria ni de nuestra cosecha. Alegrarémonos verdaderamente y regocijarémonos porque tenemos algun bien; pero glorificaremos solo á Dios como autor de él. Así la Santísima Virgen confesó que Dios obró cosas grandes; pero esto fué por humillarse y engrandecer á Dios: Mi alma, dice, engrandece al Señor, porque ha hecho en mí cosas grandes. (Luc. 1, 46, 49.)» (San Francisco de Sales, introduccion á la vida devota, parte 3.^a, cap. 3.^o)

No cabe testimonio mas concluyente en favor de la doctrina que andaba exponiendo; ya ve V. que no se trata de engañarse á sí mismo, sino de conocer las cosas tales como son en sí. «Entonces, me objetará V., ¿cómo es que los grandes Santos digan á boca llena que son los mayores pecadores del mundo, que son indignos de que la tierra

los sostenga, que son los mas ingratos entre los hombres?» Entienda V. el verdadero sentido de estas palabras; advierta que andan acompañadas de un sentimiento de profunda compuncion; que son pronunciadas en momentos en que el espíritu se anonada en presencia del Criador; y echará V. de ver que son susceptibles de interpretacion muy razonable. Aclaremoslo con un ejemplo. Cuando Santa Teresa de Jesus decia que era la mayor pecadora de la tierra, ¿deberemos pensar que ella creyese ser culpable de los delitos de las mujeres mas perdidas, cuando le constaba muy bien la pureza de su cuerpo y alma, cuando sabia los inefables beneficios con que el Señor la estaba favoreciendo? Claro es que nó. Mas diré, ¿debemos suponer que se creyese con un solo pecado mortal en la conciencia? Es cierto que nó; pues del contrario no se hubiera atrevido á recibir el augusto Sacramento del Altar, que sin embargo recibia con tanta frecuencia y con tales éxtasis de gratitud y de amor. Ahora bien: la Santa no ignoraba que en el mundo habia muchas personas culpables de pecados graves y gravísimos á los ojos de Dios, ella era la primera en deplorarlo y en rogar al cielo que se dignase mirar á aquellos desgraciados con ojos de misericordia; luego cuando aseguraba que era la mujer mas pecadora de la tierra no podia entenderlo en un sentido rigoroso tal como V. parece quererlo interpretar. ¿Qué significaba pues? hélo aquí muy sencillamente. Asistamos á una de las escenas que se representaban en su espíritu, y comprenderemos perfectamente el sentido de las palabras que son para V. piedra de escándalo. Puesta en presencia de Dios con fe viva, con caridad ardiente, con el corazon contrito y humillado; examinaria los recónditos pliegues de su corazon, y observaria de vez en cuando algunas ligeras imperfecciones que no habian sido consumidas todavia por el fuego del divino amor; recordaria tambien los tiempos pasados en los que, no obstante de ser ya muy virtuosa, no habia entrado de lleno en el camino sublime que la condujo á la altura de santidad que hacia de ella un ángel sobre la tier-

ra. Se ofrecerian á su memoria las faltas leves en que habia incurrido, la poca prontitud en seguir las inspiraciones del cielo, y comparado todo con los beneficios naturales y sobrenaturales de que el Señor la habia llenado, y medido todo con su viva fe, con su inflamada caridad, con aquella íntima presencia de Dios que la tenia fuera de esta vida mortal, y la hacia morar en regiones superiores, veria en toda su negrura la fealdad del pecado aun venial, consideraria la ingratitud de que se hiciera culpable no prestándose desde luego con mucho mas ardor del que lo hiciera á los llamamientos del Señor; y entonces puesta en parangon la santidad de su alma con la santidad divina, su ingratitud con los beneficios de Dios, su amor con el amor que Dios le manifestaba, se anonadaria en presencia del Altísimo, perderia de vista el bien que en sí tenia, y fijos únicamente los ojos en su debilidad y miseria, exclamaria que era la mas pecadora entre las mujeres, que era la mas ingrata entre todas las criaturas. ¿Qué encuentra V. aquí de irracional y de falso? ¿Se atreverá V. á condenar la expansion de un corazon humilde que anonadado en presencia del Señor reconoce sus defectos, y considerándolos con toda viveza, exclama que son los mayores pecados del mundo? ¿No ve V. aquí mas bien la expresion de una caridad ardiente, que palabras de engaño?

Si quisiera valerme de un lenguaje a filosofado, le diria á V. que la humildad cristiana es lo mas á propósito para formar verdaderos filósofos; si es que la verdadera filosofía ha de consistir en hacernos ver las cosas tales como son en sí, sin añadir ni quitar nada. La humildad no nos apoca, porque no nos prohibe el conocimiento de las buenas dotes que poseamos, solo nos obliga á recordar que las hemos recibido de Dios, y este recuerdo léjos de abatir nuestro espíritu lo alienta, léjos de debilitar nuestras fuerzas las robustece, porque teniendo presente cuál es el manantial de donde nos ha venido el bien, sabemos que recurriendo á la misma fuente con viva fe y rectitud

de intencion, manarán de nuevo copiosos raudales para satisfacernos en todo lo que necesitemos. La humildad nos hace conocer el bien que poseemos, pero no nos deja olvidar nuestros males, nuestras flaquezas y miserias: nos permite conocer el grandor, la dignidad de nuestra naturaleza y los favores de la gracia, pero no consiente que exageremos nada, no consiente que nos atribuyamos lo que no tenemos, ó que teniéndolo nos olvidemos de quien lo hemos recibido. La humildad, pues, con respecto á Dios nos inspira el reconocimiento y la gratitud, nos hace sentir nuestra pequeñez en presencia del Ser infinito.

Con respecto á nuestros prójimos, la humildad no nos permite exaltarnos sobre ellos exigiendo preeminencias que no nos corresponden; nos hace afables en el trato, porque haciéndonos conocer nuestras flaquezas nos vuelve compasivos para con las que sufren los demás, y conservando nuestro corazon exento de envidia que siempre acompaña á la soberbia, hace que respetemos el mérito donde quiera que se halle, y que lo reconozcamos francamente, tributándole el debido homenaje, sin el mezquino temor de que pueda salir perjudicada nuestra gloria.

Ya que acabo de pronunciar la palabra *gloria*, desearia saber si V. lleva tambien á mal que la humildad no nos permita saborearnos en las alabanzas de los hombres y nos inspire sentimientos superiores á ese humo que desvanece á tantas cabezas. Si así fuere, como no lo dudo, me bastará una reflexion para convencerle á V. de su error. ¿Le parece á V. bien todo lo que hace al hombre mas grande? Creo que no tendrá reparo en decirme que sí. Pues bien, el mismo mundo mira como un héroe á aquel que haciendo acciones dignas de alabanza, no se para en ella, la menosprecia, y al sentir el fragante aroma pasa sin detenerse, con la cabeza llena de pensamientos elevados, con el corazon henchido de sentimientos generosos; el mundo, pues, hace justicia á los despreciadores de la vanidad humana, es decir, á los que practican actos de verdadera humildad: no quiera V. ser menos justo que el

mundo. ¿Desea V. una contraprueba de lo que acabo de decir? Héla aquí: los que no son humildes buscan la alabanza; y ¿sabe V. lo que se adquieren, tan pronto como se trasluce su afán? El ridículo y la burla. Cuando deseamos parecer bien á los ojos del mundo, si no somos humildes en realidad, lo aparentamos; porque en lo exterior damos á entender que no hacemos caso de la alabanza; y si se nos tributa, la resistimos diciendo que es inmerecida. Vea V., mi estimado amigo, cuán sábia, cuán noble, cuán sublime es la religión cristiana, pues en la virtud que tanto abatimiento parece traer consigo, está encerrado el secreto de adquirir gloria sólida aun entre los hombres: estos la ofrecen gustosos á quien la merece y no la busca; pero desprecian y ridiculizan al que la solicita. Tanta es la fuerza de las cosas que la misma soberbia para saciar su sed de gloria se ve precisada á negarse á sí misma, á cubrirse con el manto de la humildad; así se verifica aun en la tierra aquella sentencia de la Sagrada Escritura: «Quien se exalta será humillado, y quien se humilla será exaltado.»

Basta por hoy de humildad; creo que con lo dicho hasta aquí se quedará V. bien convencido de que para ser verdaderamente humilde conforme al espíritu de la religión cristiana, no necesita V. ni andarse haciendo el loco por las calles, ni creer que es digno de ser llevado á presidio ó al cadalso, ni tampoco que no tiene mas conocimientos de ciencias y literatura que el que no sabe deletrear. Si alguna vez encuentra V. en las vidas de los Santos algun hecho que no pueda V. explicar por las reglas arriba establecidas, recuerde V. que nosotros no tenemos inconveniente en decir que hay cosas que son mas bien para admiradas que para imitadas; y además, no quiera V. juzgar por consideraciones mundanas, lo que marcha por caminos desconocidos al comun de los mortales. Esto es lo que nosotros llamamos misterios y prodigios de la gracia, y que Vds. los filósofos apellidaran exaltacion y exageracion del sentimiento religioso. Entre tanto espera ocasiones de complacerle á V. este su afectísimo y S. S. — J. B.

EL SOCIALISMO.

ARTÍCULO 5.º

LA UTOPIA DE TOMÁS MORO.

Entre los filósofos que se han distinguido en la Europa moderna por sus ideas reformadoras de la sociedad, figura un nombre ilustre en los anales de la Iglesia y en los fastos del humano linaje; ya que ilustres son en todos tiempos y países la sabiduría, la virtud y el heroísmo. Hablamos de Tomás Moro, de ese gran canceller de Inglaterra que selló con su sangre generosa su adhesión á la fe, y que se atrevió á resistir á la tiranía de Enrique VIII anteponiendo los deberes de su conciencia á su fortuna, á los atractivos de su alta categoría y á su propia existencia. Quien marcha impávido al cadalso por no hacer traición á la causa de Dios; quien obedece primero á este que á los hombres, ofreciendo su vida en un patíbulo, si al mismo tiempo ha hablado sobre la sociedad manifestando ideas nuevas, planes de reforma que afectarían profundamente los sistemas actuales, y mucho mas hubieran afectado los que regian en su tiempo, bien merece que nos ocupemos de lo que dijo y de lo que pensó, supuesto que á un hombre de esta clase debemos considerarle como profundamente instruido en la ciencia de la religión, é incapaz de ponerse en desacuerdo con las doctrinas de la Iglesia.

Importa tanto mas el examinar las ideas de Tomás Moro cuanto que los enemigos de la verdad podrían aprovecharse de su nombre para dar á entender que condenando las

mundo. ¿Desea V. una contraprueba de lo que acabo de decir? Héla aquí: los que no son humildes buscan la alabanza; y ¿sabe V. lo que se adquieren, tan pronto como se trasluce su afán? El ridículo y la burla. Cuando deseamos parecer bien á los ojos del mundo, si no somos humildes en realidad, lo aparentamos; porque en lo exterior damos á entender que no hacemos caso de la alabanza; y si se nos tributa, la resistimos diciendo que es inmerecida. Vea V., mi estimado amigo, cuán sábia, cuán noble, cuán sublime es la religión cristiana, pues en la virtud que tanto abatimiento parece traer consigo, está encerrado el secreto de adquirir gloria sólida aun entre los hombres: estos la ofrecen gustosos á quien la merece y no la busca; pero desprecian y ridiculizan al que la solicita. Tanta es la fuerza de las cosas que la misma soberbia para saciar su sed de gloria se ve precisada á negarse á sí misma, á cubrirse con el manto de la humildad; así se verifica aun en la tierra aquella sentencia de la Sagrada Escritura: «Quien se exalta será humillado, y quien se humilla será exaltado.»

Basta por hoy de humildad; creo que con lo dicho hasta aquí se quedará V. bien convencido de que para ser verdaderamente humilde conforme al espíritu de la religión cristiana, no necesita V. ni andarse haciendo el loco por las calles, ni creer que es digno de ser llevado á presidio ó al cadalso, ni tampoco que no tiene mas conocimientos de ciencias y literatura que el que no sabe deletrear. Si alguna vez encuentra V. en las vidas de los Santos algun hecho que no pueda V. explicar por las reglas arriba establecidas, recuerde V. que nosotros no tenemos inconveniente en decir que hay cosas que son mas bien para admiradas que para imitadas; y además, no quiera V. juzgar por consideraciones mundanas, lo que marcha por caminos desconocidos al comun de los mortales. Esto es lo que nosotros llamamos misterios y prodigios de la gracia, y que Vds. los filósofos apellidaran exaltacion y exageracion del sentimiento religioso. Entre tanto espera ocasiones de complacerle á V. este su afectísimo y S. S. — J. B.

EL SOCIALISMO.

ARTÍCULO 5.º

LA UTOPIA DE TOMÁS MORO.

Entre los filósofos que se han distinguido en la Europa moderna por sus ideas reformadoras de la sociedad, figura un nombre ilustre en los anales de la Iglesia y en los fastos del humano linaje; ya que ilustres son en todos tiempos y países la sabiduría, la virtud y el heroísmo. Hablamos de Tomás Moro, de ese gran canceller de Inglaterra que selló con su sangre generosa su adhesión á la fe, y que se atrevió á resistir á la tiranía de Enrique VIII anteponiendo los deberes de su conciencia á su fortuna, á los atractivos de su alta categoría y á su propia existencia. Quien marcha impávido al cadalso por no hacer traición á la causa de Dios; quien obedece primero á este que á los hombres, ofreciendo su vida en un patíbulo, si al mismo tiempo ha hablado sobre la sociedad manifestando ideas nuevas, planes de reforma que afectarían profundamente los sistemas actuales, y mucho mas hubieran afectado los que regian en su tiempo, bien merece que nos ocupemos de lo que dijo y de lo que pensó, supuesto que á un hombre de esta clase debemos considerarle como profundamente instruido en la ciencia de la religión, é incapaz de ponerse en desacuerdo con las doctrinas de la Iglesia.

Importa tanto mas el examinar las ideas de Tomás Moro cuanto que los enemigos de la verdad podrían aprovecharse de su nombre para dar á entender que condenando las

doctrinas de algunos innovadores, condenamos también las de uno de los ornamentos más brillantes de la Iglesia católica.

Creemos poder demostrar que las opiniones de Tomás Moro nada tienen de común con las de Saint-Simon, Fourier ó Owen, y que si bien habría mucho que decir sobre algunos pasajes de su obra, se conoce no obstante que aun cuando supone que prescinde de la religion cristiana, no perdía de vista la luz que de ella podía recibir en la resolución de los intrincados problemas que se le iban ofreciendo.

La publicación de la famosa *Utopía* de Tomás Moro á principios del siglo xvi, es un fenómeno que indica á las claras el movimiento de los espíritus en dicha época; y que demuestra cuán falsamente han afirmado los protestantes y los incrédulos, que sia la revolución religiosa promovida por Lutero el entendimiento humano hubiera permanecido en las tinieblas y en la esclavitud. En este notabilísimo escrito se echan de ver miras tan elevadas, sentimientos tan generosos, tal deseo de mejorar la suerte del humano linaje, que es asombroso el que un hombre de aquellos tiempos viera con tanta claridad los altos problemas sociales y se arroja á emitir sus ideas con tanta libertad.

Ya desde entonces condenaba el ilustre canciller en sus escritos, así la vagancia como el exceso del trabajo á que están alternativamente sujetos los pobres de nuestro tiempo. Está á cargo de los magistrados sifograntos, decía, cuidar y reconocer que no haya vagamundos, sino que cada uno esté cuidadosamente ocupado en su ministerio. No comienzan su labor muy de mañana, ni trabajan continuamente hasta muy entrada la noche, ni se fatigan con incesante molestia como las bestias, porque es infelicidad más que de esclavos la de los que perpetuamente han de estar trabajando, como sucede á los que viven fuera de Utopia.

Señalaba como uno de los medios más á propósito para aumentar la riqueza, y tener la abundancia de todas las cosas

para las necesidades y comodidades de la vida, el que no hubiese en la sociedad muchos brazos improductivos que consumiesen el fruto del trabajo de los laboriosos. Quejándose de que casi todas las mujeres y otras muchas clases permaneciesen en la ociosidad, y de que fuera tan reducido el número de los que se ocupaban en la producción de las cosas necesarias, añadiendo, que si los que se emplean en artes inútiles y los holgazanes que pasan sus días en el ocio y en la flojedad, se ocuparan en obras de provecho, poco tiempo bastara para abundar de todas las cosas necesarias á la subsistencia y al regalo. «En otras repúblicas, decía, aunque sean prósperas y florecientes y nadie tema morir de hambre, procuran no obstante más sus comodidades particulares que la conveniencia pública.»

.....
«¿Atréverase alguno á comparar la equidad de otra gente con la igualdad de la república de Utopia? ¿Qué justicia es esa que un noble ó un plebeyo usurero, ú otro que ó no se emplea en nada, ó cuyos servicios son poco necesarios, se adquiere con la ociosidad el vivir con esplendor y regalo, y un esclavo, un hombre del campo, ó un oficial que trabajando de día y de noche con tal fatiga que no pudiera tolerarla un bruto, gane escasamente el alimento que se proporcionan con menos incomodidad los animales, que ni andan tan cansados, ni los atormenta el temor de que pueda faltarles lo que necesitan? Al infeliz jornalero lo escaso de su trabajo y el recuerdo de que ha de pasar la vejez en la pobreza le agujonea y aflige: el salario es tan tenue que apenas le basta para el sustento, y así no le es posible ahorrar algún caudal que le ayude á pasar días menos desgraciados, cuando la ancianidad haya quebrantado sus fuerzas. ¿Por ventura no es ingrata é injusta aquella república que desperdicia grandes dádivas y caudales en los que se llaman nobles, en los artifices de cosas vanas, en los bufones, en los inventores de deleites superfluos, y en otros objetos por este tenor, no mirando

con la debida benignidad y solicitud á los agricultores y artesanos, sin los cuales no puede conservarse la república? Desagradecida, abusa de los trabajos que pudieran serle de provecho, olvidando los afanes que á sus autores costaran; y sin acordarse de tamaño beneficio, cuando estos se hallan en necesidad, despues de haber pasado largos años con graves enfermedades, los recompensa dejándoles morir en extrema pobreza. Y ¿qué diremos de los ricos que se quedan con el salario de los pobres, no solamente con violacion y engaño, sino tambien con el pretexto de las leyes? Así, lo que antes parecia injusto, como era el no retribuir á los que habian hecho algun bien y servicio á la república, se excusa con el establecimiento de leyes nuevas, disfrazando con el nombre de justicia la ingratitud y la perversidad. Estas invenciones de los ricos, so color del bien público se convierten en leyes, los hombres dañinos se reparten entre ellos con insaciable codicia las cosas que debian proveer á la subsistencia de todos.»

«Revolved en vuestro ánimo lo que sucede en un año estéril en que millares de personas mueren de hambre llanamente me atreveré á afirmar, que si al fin de aquella carestia se manifestasen los graneros de los ricos se hallaria tanto trigo que repartido entre los infelices, ni uno solo hubiera perecido de necesidad. Fácilmente pudiera haberse proveido al sustento de todos, si el dinero inventado para nuestro bien no hubiese servido á estorbar el remedio de los males. No me cabe duda de que tambien los ricos sienten y entienden así estas cosas, y que no ignoran cuánto mejor fuera la condicion en que no se careciese de nada necesario, librándose de innumerables daños, que no el vivir ellos con riquezas tan abundantes y muchas supérfluas. Yo tengo por cierto que el respeto debido á la autoridad de Jesucristo, el cual con su sabiduría y bondad pudo aconsejar aquello que era mejor, hubiera sometido el mundo á estas leyes, si no se hubiera opuesto la soberbia que no estima en tanto los bienes pro-

prios como los ajenos deleitándose en afligir á los pobres.»

«Esta quisiera ser tenida por diosa, aun cuando no hubiese miserables en el mundo á quienes pudiera mandar, y de quienes pudiera triunfar resplandeciendo con las desdichas ajenas, y haciendo alarde de su poder y riquezas, con lo cual aflige y aumenta la miseria y la necesidad.»

Por lo tocante á la organizacion de su república vamos á dar una idea á los lectores, que sin duda se complacerán en las miras grandiosas, y sentimientos apacibles de aquella alma tan hermosa y elevada. Mas no esperen encontrar aquí los proyectos inmorales de Saint Simon, Fourier ú Owen; muy al contrario el insigne canceller, al paso que se proponia presentar el bosquejo de una nueva república en nada parecida á las existentes, respetaba sin embargo los eternos principios de la moral; y léjos de soltar la rienda á las pasiones, y de esparcir la semilla de todos los vicios como lo han hecho los innovadores de nuestros tiempos, solo trataba de hacer mas felices á los hombres refrenando sus malas inclinaciones y llevándolos por el camino de la virtud.

En la isla de Utopia tiene cincuenta y cuatro ciudades, todas iguales en idioma, leyes é instituciones, y construidas bajo un mismo plan. Las mas cercanas están á veinte y cuatro mil pasos; pero ninguna tan apartada de las otras que un peon no pudiese andar el camino en una jornada. La capital se llama Amauroto, está sentada en medio de la isla, y á ella concurren cada año tres ciudadanos expertos y ancianos de las ciudades subalternas.

Ninguna ciudad tiene de término mas de veinte mil pasos en contorno, excepto las que están mas desviadas, exigiéndolo así la situacion en que se encuentran con respecto á otras. Los labradores se consideran mas bien como usufructuarios que como señores de las tierras. Cada familia rústica consta á lo menos de cuarenta personas á quienes se les señala un padre y madre de familia de ade-

lantada edad y costumbres venerables: formándose con cada treinta cortijos una especie de distrito que tiene designado su jefe.

Los ciudadanos salen sucesivamente al campo para ocuparse de la labranza, y cada año vuelven á la ciudad veinte individuos de cada una de las familias agrícolas, despues de haber residido dos años en las alquerías. Mas no queda por esto ningun vacío, porque salen otros tantos de la ciudad para reemplazarlos. Así logran que nadie ignore el arte de labrar los campos, que todos se acostumbren á la fatiga de estos trabajos, dejando al propio tiempo en libertad de continuar dedicados á la agricultura á los que gusten de ella. Todos los instrumentos de labranza los suministra el magistrado de la ciudad, sin que le cuesten nada al que los recibe. Y es de notar que en llegando el tiempo de la siega los directores de la labranza avisan á los magistrados del número de brazos que se han menester, los que saliendo de la ciudad un día sereno, dan cima á la faena en pocas horas, poniendo el grano á cubierto de todo contratiempo.

Todos los años eligen un magistrado para cada treinta familias; en su lengua antigua le llamaron Sifogranto, y en la moderna Filarco. Estos filarcos están sometidos de diez en diez á otro magistrado superior, que antiguamente apellidaban Tranivoro, y ahora Protofilarco. Los sifograntos son en número de doscientos, y prestan juramento de que elegirán en votacion secreta por príncipe á uno de cuatro que propusiere el pueblo, y al que ellos juzgaren mas conveniente. La dignidad de príncipe es vitalicia, á menos que no venga en sospecha de que quiere tiranizar el Estado. Los tranivoros consultan con el príncipe cada tres dias, á no ocurrir algun negocio que exija se junten con mas frecuencia, y no toman ninguna determinacion sin que la hayan discutido tres dias antes: á veces se tratan tambien los negocios en las juntas generales de toda la isla.

Es costumbre en el senado el no entablar discusion so-

bre un asunto el primer dia que se le propone; evitándose de esta manera el que cada cual se arroje á decir incon sideradamente lo primero que se le ocurre, y que despues se obstine en defender su dictámen, mas bien por vergüenza de abandonarlo, que por miras de utilidad pública.

No se permiten juegos de dados, y solo usan dos muy parecidos al ajedrez; el uno es una batalla en que los de una parte despojan á los de la opuesta, y el otro tiene un objeto altamente moral, pues que es una especie de escuadron en que los vicios pelean contra las virtudes, y se opone cada vicio á la virtud correspondiente, trabándose entre los dos la lucha, y manifestándose en los medios que emplean lo que da en realidad el triunfo á la virtud sobre el vicio y los ardides con que aquella se defiende de los ataques de este.

Las ciudades se componen de familias, los hijos y los nietos viven bajo el gobierno y obediencia del mas anciano, á no ser que la mucha edad le haya enflaquecido la razon, que en tal caso le sucede el inmediato. Si alguna familia está falta de individuos, se los prestan las otras. Cuando la poblacion se multiplica demasiado, envian el sobrante á otras ciudades donde escasee; y si toda la isla rebosa de gente fundan colonias en las tierras inmediatas.

Cada ciudad se divide en cuatro cuarteles, y en medio de cada uno de estos hay una plaza donde se hallan todos los productos de la tierra y de las artes. Todo padre de familias se lleva lo que necesita para sí y los suyos, sin dar dinero ni otra recompensa. Las reses muertas las ponen en lugar donde se puedan lavar bien: y es notable que no permiten que ningun ciudadano se ocupe en degollar, desollar ni cortar, porque temen que con esta costumbre no se vuelvan crueles é inhumanos, perdiéndose poco á poco el horror á estos actos, que siempre encierran algo de atroz y repugnante. Así es que solo los esclavos están encargados de estas ocupaciones.

Los ciudadanos tienen mesa comun, y es curioso el sistema que se sigue en estos banquetes. Cada barrio tiene

unas salas públicas donde moran los sifograntos, y á cada uno de estos se le señalan treinta familias, acomodándose quince de ellas á cada lado de la mesa. A horas señaladas los dispenseros acuden á la plaza para proveerse de lo necesario, bien que es preciso que aguarden á que el dispensero del hospital haya tomado lo que haya menester para las necesidades y regalo de los enfermos.

En cada ciudad hay cuatro hospitales públicos; están á las inmediaciones de ella, pero fuera de las murallas; son tan grandes, que al verlos cualquiera diría que el edificio es un pueblo. La buena disposición de las salas, la abundante provision de todo lo necesario, la solicitud y caridad del servicio, la asistencia de médicos doctos, en una palabra, la reunion de cuantas circunstancias se pueden desear, hace que los enfermos quieran mas pasar á ellos que no continuar en su propia casa.

En llegando la hora de comer ó de cenar las familias son llamadas á son de trompeta; y si algunos quieren llevarse alguna refaccion de la plaza á su casa, nadie se lo prohíbe porque conceptúan que quien lo hace es porque lo necesita.

La asistencia en las comidas públicas no es obligatoria, pero nadie se excusa de acudir: porque consideran que es cosa indecente el comer aparte, y además, porque en las salas comunes que llaman tinelos, encuentran manjares tan abundantes y regalados, que difícilmente los podrían disfrutar en sus casas. Durante la comida se lee un breve rato algun escrito moral; pero teniendo el cuidado de que no llegue á causar fastidio. Despues de la lectura los ancianos suscitan conversaciones agradables, y procuran que hablen los mancebos, para que abriéndose estos mas francamente con la libertad de la mesa, se eche de ver cuáles son su índole y disposiciones. No se crea sin embargo que sea permitida la licencia, antes al contrario, están tomadas todas las precauciones para evitar los excesos. En la mesa principal situada á la cabecera de la sala, está el sifogranto con su mujer, á su inmediacion dos de

los mas ancianos, y van siguiendo mezclados los de diferentes edades, de suerte que los mozos no puedan decir ni hacer cosa que no lo vea alguno de edad provecta; lo-grándose de esta manera que el respeto y autoridad de los mayores evite los excesos á que podrian entregarse los jóvenes, si no tuviesen testigos que pusieran coto á su fogsidad y destemplanza.

Cuidan de tal manera que la sed del oro no corrompa los corazones, que han procurado hacer que cayera en desprecio este metal, así como la plata, con la extrañeza de fabricar de barro y vidrio las vajillas, y destinando los metales preciosos á los usos mas inmundos. De oro y de plata labran los grillos y cadenas para prision y castigo de los esclavos. Los zarcillos de las orejas, los anillos y cabestrillos de oro son marcas de ignominia.

En cuanto á los diamantes, carbunclos y todo linaje de perlas, solo los hacen servir para engalanar á los niños; pero en llegando estos á mayor edad, se avergüenzan de esas preciosidades, y las dejan como juguetes impropios. Así es que cuando los embajadores de Anemolio fueron allá recamados de oro, adornados de sortijas y cadenas de gran precio, los utopianos los miraban como esclavos, y los niños al verlos pasar tocaban á sus madres y les decian: «madre, madre, ved ese simple que usa perlas y joyas como si fuera niño.» Los embajadores llegaron al fin á conocer la extrañeza que causaban á los utopianos y dejaron su primitivo engreimiento. «Maravillábanse los de Utopia, dice aqui Tomás Moro con notable dignidad, que hubiese algun hombre cuerdo á quien entretenga el deleite del vano resplandor de una piedrecilla, pudiendo mirar la hermosura y belleza de los astros, y sobre todo del sol; de que hubiese hombre tan vano que se imaginase mas noble porque viste de paño mas delgado y costoso, cuando es cierto que la mas delgada lana tuvo su principio y se crió en la oveja: tambien se maravillaban que en todas partes se haga tanta estimacion de cosa tan inútil como de su naturaleza es el oro, y de que le aprecien hasta tal

punto que el mismo hombre á cuyo servicio está destinado el metal, sea estimado en menos que él, de suerte que hay persona tan pesada como el plomo, y que no tiene mas sentido que un tronco, que á la necesidad reúne la maldad, y sin embargo tiene por esclavos á otros sábios y honrados, solo porque á él le cupo en suerte el tener gran cantidad de escudos.... A mas de esto se maravillan y abominan de la locura de aquellos que á los que conocen ricos, aun cuando no les deban nada, ni estén ligados con ellos por ninguna obligacion, solo por ser ricos los honran tanto que no falta sino que los veneren como á dioses; y esto conociéndolos tan escasos, miserables y avarientos, hasta saber con certeza que de tan grandes tesoros no les han de socorrer con un maravedí.» — J. B.

EL SOCIALISMO.

ARTÍCULO 6.º

LA UTOPIA DE TOMÁS MORO.

(Conclusion.)

No hace consistir Tomás Moro la felicidad del hombre en la satisfaccion de las pasiones, como lo han hecho los novadores irreligiosos; no prescinde de la inmortalidad del alma y de los premios y castigos que le están reservados en la otra vida: explicando los principios de la filosofia moral entre los utopianos, afirma que los fundamentos de ella son que el alma es inmortal, nacida por la bondad de Dios para ser feliz, y que á la virtud y al vicio les está reservado el premio ó el castigo. Combate con mucha solidez el principio que pretende afianzar la moral

sin ningun freno por lo que se espera ó teme despues de esta vida, diciendo: Seguir las dificultades y asperezas de la virtud, no solo huyendo de lo suave de la vida sino voluntariamente abrazando y sufriendo pesares, cuando de ello no se espera ningun fruto, afirman los utopianos ser locura; porque si despues de acabada la vida no se consigue premio, ¿de qué sirve haberla pasado miserablemente?

Definen la virtud diciendo que consiste en vivir segun la ley natural, y que para solo esto fuimos criados por Dios, siguiendo el verdadero camino aquel que conforma sus apetitos á la razon. Finalmente enseñan que esta misma razon inflama á los hombres en el amor y veneracion de Dios, á quien somos deudores del ser que tenemos, y de que seamos capaces de alcanzar la dicha.

Se ha inculcado al autor de la Utopia por haber presentado á su isla imaginaria poseyendo esclavos, extrañándose algunos de que no desterrase este uso tan poco conforme con la suavidad de costumbres que se proponia retratar; mayormente cuando en su tiempo ya el cristianismo habia llevado las cosas á tal punto que en casi toda la Europa se habia efectuado la emancipacion, y se mejoraba señaladamente el sistema feudal. No obstante, si se lee con reflexion el capitulo donde el ilustre canciller trata de los esclavos, se verá, que así en cuanto al origen de ellos, como por lo tocante al modo de tratarlos, la esclavitud en la isla de Utopia es de tal clase que apenas desdora el país en que se halla establecida.

En primer lugar dice que los utopianos no reducen á la esclavitud á los prisioneros de guerra, ni aun á aquellos que la comenzaron. Ese estado degradante tampoco se trasmite en Utopia de padres á hijos, y no compran á ninguno que esté en servidumbre en otras naciones. De esta suerte ciegan los tres manantiales de esclavitud que son la guerra, el nacimiento y la venta. ¿Á quienes, pues, tienen por esclavos? Á los que han sido condenados á ello por algun delito, sea que este castigo se les haya impues-

punto que el mismo hombre á cuyo servicio está destinado el metal, sea estimado en menos que él, de suerte que hay persona tan pesada como el plomo, y que no tiene mas sentido que un tronco, que á la necesidad reúne la maldad, y sin embargo tiene por esclavos á otros sábios y honrados, solo porque á él le cupo en suerte el tener gran cantidad de escudos.... A mas de esto se maravillan y abominan de la locura de aquellos que á los que conocen ricos, aun cuando no les deban nada, ni estén ligados con ellos por ninguna obligacion, solo por ser ricos los honran tanto que no falta sino que los veneren como á dioses; y esto conociéndolos tan escasos, miserables y avarientos, hasta saber con certeza que de tan grandes tesoros no les han de socorrer con un maravedí.» — J. B.

EL SOCIALISMO.

ARTÍCULO 6.º

LA UTOPIA DE TOMÁS MORO.

(Conclusion.)

No hace consistir Tomás Moro la felicidad del hombre en la satisfaccion de las pasiones, como lo han hecho los novadores irreligiosos; no prescinde de la inmortalidad del alma y de los premios y castigos que le están reservados en la otra vida: explicando los principios de la filosofia moral entre los utopianos, afirma que los fundamentos de ella son que el alma es inmortal, nacida por la bondad de Dios para ser feliz, y que á la virtud y al vicio les está reservado el premio ó el castigo. Combate con mucha solidez el principio que pretende afianzar la moral

sin ningun freno por lo que se espera ó teme despues de esta vida, diciendo: Seguir las dificultades y asperezas de la virtud, no solo huyendo de lo suave de la vida sino voluntariamente abrazando y sufriendo pesares, cuando de ello no se espera ningun fruto, afirman los utopianos ser locura; porque si despues de acabada la vida no se consigue premio, ¿de qué sirve haberla pasado miserablemente?

Definen la virtud diciendo que consiste en vivir segun la ley natural, y que para solo esto fuimos criados por Dios, siguiendo el verdadero camino aquel que conforma sus apetitos á la razon. Finalmente enseñan que esta misma razon inflama á los hombres en el amor y veneracion de Dios, á quien somos deudores del ser que tenemos, y de que seamos capaces de alcanzar la dicha.

Se ha inculcado al autor de la Utopia por haber presentado á su isla imaginaria poseyendo esclavos, extrañándose algunos de que no desterrase este uso tan poco conforme con la suavidad de costumbres que se proponia retratar; mayormente cuando en su tiempo ya el cristianismo habia llevado las cosas á tal punto que en casi toda la Europa se habia efectuado la emancipacion, y se mejoraba señaladamente el sistema feudal. No obstante, si se lee con reflexion el capitulo donde el ilustre canciller trata de los esclavos, se verá, que así en cuanto al origen de ellos, como por lo tocante al modo de tratarlos, la esclavitud en la isla de Utopia es de tal clase que apenas desdora el país en que se halla establecida.

En primer lugar dice que los utopianos no reducen á la esclavitud á los prisioneros de guerra, ni aun á aquellos que la comenzaron. Ese estado degradante tampoco se trasmite en Utopia de padres á hijos, y no compran á ninguno que esté en servidumbre en otras naciones. De esta suerte ciegan los tres manantiales de esclavitud que son la guerra, el nacimiento y la venta. ¿Á quienes, pues, tienen por esclavos? Á los que han sido condenados á ello por algun delito, sea que este castigo se les haya impues-

to en la misma isla, sea que, perteneciendo á otro país, hayan sufrido en él la misma pena. Así, estos esclavos, mas bien deben ser considerados como condenados á presidio; por lo cual los tienen en prisiones, tratándolos con dureza, ocupándolos continuamente en trabajar para que de esta suerte expien sus crímenes. Hállase allí, dice, otra suerte de servidumbre que es cuando algun extranjero pobre y de baja condicion, elige él mismo someterse á servir. Á los de esta calidad los tratan benignamente y los tienen por poco menos que ciudadanos, excepto que les cargan algo mas de trabajo; pero si alguno quiere marcharse, lo que sucede raras veces, no le detienen contra su voluntad, ni lo despiden sin galardón.

Un lunar se encuentra en dicha obra relativo al suicidio, pues que refiere una costumbre de los utopianos que de ningun modo se puede excusar. Despues de haber dicho que los enfermos son asistidos con gran caridad, y que no se deja sin emplear ningun medio que pueda contribuir al restablecimiento de la salud, dice, que si alguno padece enfermedad prolija, le entretienen conversando con él y aligeran cuanto pueden sus padecimientos; mas, que si la enfermedad es incurable, y continuamente dolorosa, los sacerdotes y el magistrado confortan al paciente, procurando persuadirle que, supuesto que ya se halla inepto para los oficios de la vida, molesto á los demás y pesado á sí mismo, no quiera alimentar la maligna enfermedad, y que antes bien no dude en morir, ó quitándose él propio la vida, ó dejándose matar. Claro es que esta doctrina es insostenible en buena moral; y si bien Tomás Moro solo la presenta como una costumbre de una república que no existe, creemos que hubiera hecho mejor en no ofrecer á los lectores semejante ficcion, que puede infundir sospechas de si él creia tal vez, que esta clase de suicidios eran permitidos. Si así opinó, padeció un error, sin duda involuntario; ya que al fin de su vida manifestó tanto heroísmo en defensa de la verdad, arrojando por no abandonarla los horrores de un suplicio.

En cuanto al suicidio perpetrado sin el consentimiento de los sacerdotes y del magistrado, aun cuando mediare enfermedad, dice que los utopianos lo consideran como un crimen, pues no dan sepultura al cuerpo del culpable y le arrojan á una laguna.

Las mujeres no disfrutan en Utopia la libertad que quieren concederles los reformadores irreligiosos. Hállase establecida en aquel país la monogamia, y si alguno antes del matrimonio comete algun acto deshonesto, queda perpetuamente privado de contraerle, y es castigado además con gravísimas penas. Por lo tocante al divorcio, dice que no puede tener lugar en Utopia sino por el adulterio ú otra molestia insufrible; bien que añade que para este efecto se necesita permiso del senado, y que este lo otorga con mucha dificultad, para que no se conciba fácilmente la esperanza de apartarse de su cónyuge. Aquí es menester advertir que se trata de un pueblo donde no ha llegado la luz del cristianismo, con lo cual se disipará la extrañeza que esta costumbre pudiera causar.

El adulterio es castigado con penas severas, y hasta la provocacion á la lujuria para hacerse reo del castigo; pareciéndoles, dice, que la voluntad determinada á pecar, aun cuando no llegue á efectuarlo, no debe quedar impune.

Es curioso ver á un escritor de principios del siglo xvi, cuando el espíritu militar se hallaba todavía en mucho auge, cual pinta la guerra como cosa indigna de hombres, cual se esfuerza en persuadir que es falsa la gloria que en ella se adquiere, diciendo que los utopianos léjos de considerarla como verdadera gloria, la reputan por grande infamia. Es notable lo que refiere de los habitantes de Utopia, quienes no apelan á las armas sino en caso de extrema necesidad; esto es, para defender sus tierras, ó vengar graves injurias, ó acudir al socorro de sus amigos, siendo particular el que emprendan la guerra mas airadamente que nunca, para exigir satisfaccion de los agravios sufridos por los negociantes en países extraños. En pocas obras de

aquel tiempo se encontrará, que uno de los principales motivos de hacer la guerra sea el vengar ofensas que se hayan hecho á viajeros particulares, que recorrian los países extranjeros para hacer su negocio.

La suavidad que se ha introducido en la guerra en los últimos tiempos, la auguraba ya Tomás Moro. No saquean, dice, ni talan la tierra del enemigo, ni ponen fuego á los sembrados, antes procuran con el mayor cuidado posible que no se echen estos á perder hollándolos los peones y los caballos; pues consideran que tambien pueden servir para su provecho. No ofenden á nadie que vaya desarmado, si no es espía; amparan las ciudades que se les rinden, y no saquean las conquistadas, exceptuando las casas de aquellos que querian impedir la rendicion, á cuyos dueños quitan la vida reduciendo á los demás á esclavitud.

Supone que en Utopia hay varias religiones, adorando unos el sol, otros la luna, otros las estrellas errantes, otros á hombres insignes en virtud; pero la mayor parte y mas sábia, dice, no reverencia ninguna de estas cosas; antes juzga que hay una divinidad oculta, eterna, inmensa, inefable, la cual con su poder, mas no con dimension corpórea, se extiende por todo el universo. A ese Dios le llaman padre; de él reconocen que vienen todas las cosas; á él le miran como causa de todos los aumentos y mudanzas; á él le reconocen como fin de todo cuanto existe, y solo á él le rinden honores divinos. Los demás, bien que adoran cosas diversas, concuerdan tambien en que hay un sumo Dios criador de todas las cosas, y que todas las conserva con su providencia.

La tolerancia religiosa es una de las costumbres de Utopia: bien que no se permite á nadie el sostener que las almas mueren con los cuerpos, que no hay premios y castigos en la otra vida, y que el mundo es gobernado por el acaso. Los que á tal extremo de error llegaren, son tenidos por peores que los brutos; no se los cuenta en el número de los ciudadanos, creyendo que nada puede esperarse de ellos, y que antes bien es de suponer que despre-

ciarán las buenas costumbres y las instituciones mas respetables. No los admiten á los honores, ni les dan ningun puesto en la república, antes los consideran como ineptos para todo. Este es el único castigo que les aplican; les prohíben además el disputar sobre esto, especialmente en presencia del vulgo; y exhortan á los sacerdotes á que conferencien con ellos, esperando que semejante locura deberá ser vencida por la razon.

Tienen en grande estima la felicidad de las almas en la otra vida: no lloran á los muertos, y miran como agüero muy malo si alguno teme el dejar la vida, considerando que este temor puede dimanar del mal estado de la conciencia, y porque además opinan, que no es agradable á Dios el que no corramos voluntariamente hácia él cuando se digna llamarnos. Si ven morir á alguno de esta manera se entristecen mucho, lo entierran sin pompa, y ruegan á Dios que perdone aquella flaqueza. Al que muere con alegría y buena esperanza, no le lloran: encomiendan su alma á Dios y le hacen las exequias con gozo. Levantan una gran columna donde esculpen las alabanzas del difunto, y en volviendo á sus casas relatan las virtudes que le adornaban, recomendando la muerte placentera en que acaba de espirar. Conceptuan que semejante conmemoracion estimula á los vivientes, y es un culto muy agradable á los difuntos; pues creen que estos se hallan presentes á dichas pláticas, pensando que no serian felices si no pudiesen ir donde les pluguiera, y que fueran ingratos si no desearan volver á ver á sus amigos con quienes se hallaban unidos en vida con recíproco amor. Opinan que en los muertos no se disminuye la caridad, sino que mas bien se aumenta; y así es que se figuran que andan entre los vivos; y con su auxilio acometen ardientemente todo linaje de empresas. Esta presencia de los difuntos los induce tambien á guardarse de cosas malas aun en secreto.

Por la breve reseña que acabo de presentar sobre la Utopia de Tomás Moro se echa de ver la distancia que va de sus doctrinas (aun cuando supone una república en que no

se conoce la verdadera religion), á las monstruosidades de aquellos que no viendo en el hombre mas que cuerpo y pasiones, prescinden de todo principio religioso y moral, desprecian la tradicion de los siglos, y no atienden en la reorganizacion de la sociedad, sino á las inspiraciones de su orgullo. Es preciso desengañarse: esta diferencia existirá siempre entre el filósofo religioso y el impío: por mas que aquel se abandone á los sueños de su imaginacion, por mas que dé rienda suelta á la inventiva de su ingenio, siempre resultarán mucho mas razonables sus sistemas, siempre se echará de ver que el uno anda sin guia, á merced de sus caprichos, mientras el otro procede ilustrado por una antorcha sobrenatural que no le deja extraviar completamente, aun cuando á él parezca que camina conducido tan solo por la luz de la razon. — J. B.

VERDADERA IDEA DEL VALOR,

ó
REFLEXIONES SOBRE EL ORIGEN, NATURALEZA
Y VARIIDADES DE LOS PRECIOS.

Valor: hé aqui una de aquellas palabras que todo el mundo usa, que nadie determina, y en cuya aplicacion es tanto mas difícil el acierto cuanto mayor es la ignorancia de su verdadero sentido, y la inadvertencia con que se la emplea. No se ha observado bastante una muy notable particularidad que á cada paso ofrece el lenguaje, y es, que á pesar de que parezca abandonado al capricho, á la ignorancia, á la inadvertencia, y en fin á cuanto es á propósito para echarle á perder del todo, ó al menos para quitarle toda presuncion de exactitud, tiene sin embargo las mas de las veces un admirable fondo de buen sentido y no pocas de finísimo discernimiento. Sobre todo cuando se trata

de aquellas palabras que son, por decirlo así, la moneda mas corriente de la sociedad, á causa de sus enlaces y puntos de contacto con todo linaje de objetos, hállase depositado en ellas ese buen sentido, esa razon tan exacta y profunda, como sencilla y exenta de cavilaciones, que el Autor de la naturaleza se ha complacido en derramar sobre las sociedades de un modo tan general, tan sabio y oportuno, como poco apreciado.

En tratándose de señalar el verdadero sentido de una palabra, determinando á punto fijo los lindes de su extension, y los objetos y relaciones á que se destina, es menester tomar esta palabra, sola, aislada de cuanto pueda oscurecer ó confundir su significado: empezar examinando el sentido mas usual en sus aplicaciones mas naturales y sencillas, observar luego las demás, y haciéndolo de esta manera, se descubre casi siempre una fina gradacion de significaciones, muy variadas sí, pero enlazadas en su tronco por una ramificacion espontánea.

Difícil es concebir, á no haberlo probado por experiencia, la claridad, la distincion, la exactitud que de este exámen reciben las ideas; pues el exámen y análisis de las palabras, es al mismo tiempo un exámen y análisis de las ideas. Hállase por lo comun en las palabras muy generales la expresion de alguna idea matriz donde van á tomar su origen todas las otras; y cuestiones hay en que determinada esta con toda precision, se aclaran, se ordenan, se eslabonan con una facilidad admirable las demás: sintiendo entonces el entendimiento toda la extension y fuerza de aquel principio: *sigillum veri simplex; la sencillez es el carácter de la verdad.*

Á no seguir este camino, apenas es posible entrar jamás en un conocimiento profundo de las cosas: y se corre mucho riesgo de edificar aéreos sistemas, en vez de establecer sólidas verdades. Tomamos por lo comun las ideas científicas de las definiciones que encontramos en los autores: un nombre respetable, un tono magistral y decisivo, una deslumbrante claridad, una apariencia de análisis,

se conoce la verdadera religion), á las monstruosidades de aquellos que no viendo en el hombre mas que cuerpo y pasiones, prescinden de todo principio religioso y moral, desprecian la tradicion de los siglos, y no atienden en la reorganizacion de la sociedad, sino á las inspiraciones de su orgullo. Es preciso desengañarse: esta diferencia existirá siempre entre el filósofo religioso y el impío: por mas que aquel se abandone á los sueños de su imaginacion, por mas que dé rienda suelta á la inventiva de su ingenio, siempre resultarán mucho mas razonables sus sistemas, siempre se echará de ver que el uno anda sin guia, á merced de sus caprichos, mientras el otro procede ilustrado por una antorcha sobrenatural que no le deja extraviar completamente, aun cuando á él parezca que camina conducido tan solo por la luz de la razon. — J. B.

VERDADERA IDEA DEL VALOR,

ó
REFLEXIONES SOBRE EL ORIGEN, NATURALEZA
Y VARIADADES DE LOS PRECIOS.

Valor: hé aqui una de aquellas palabras que todo el mundo usa, que nadie determina, y en cuya aplicacion es tanto mas difícil el acierto cuanto mayor es la ignorancia de su verdadero sentido, y la inadvertencia con que se la emplea. No se ha observado bastante una muy notable particularidad que á cada paso ofrece el lenguaje, y es, que á pesar de que parezca abandonado al capricho, á la ignorancia, á la inadvertencia, y en fin á cuanto es á propósito para echarle á perder del todo, ó al menos para quitarle toda presuncion de exactitud, tiene sin embargo las mas de las veces un admirable fondo de buen sentido y no pocas de finísimo discernimiento. Sobre todo cuando se trata

de aquellas palabras que son, por decirlo así, la moneda mas corriente de la sociedad, á causa de sus enlaces y puntos de contacto con todo linaje de objetos, hállase depositado en ellas ese buen sentido, esa razon tan exacta y profunda, como sencilla y exenta de cavilaciones, que el Autor de la naturaleza se ha complacido en derramar sobre las sociedades de un modo tan general, tan sabio y oportuno, como poco apreciado.

En tratándose de señalar el verdadero sentido de una palabra, determinando á punto fijo los lindes de su extension, y los objetos y relaciones á que se destina, es menester tomar esta palabra, sola, aislada de cuanto pueda oscurecer ó confundir su significado: empezar examinando el sentido mas usual en sus aplicaciones mas naturales y sencillas, observar luego las demás, y haciéndolo de esta manera, se descubre casi siempre una fina gradacion de significaciones, muy variadas sí, pero enlazadas en su tronco por una ramificacion espontánea.

Difícil es concebir, á no haberlo probado por experiencia, la claridad, la distincion, la exactitud que de este exámen reciben las ideas; pues el exámen y análisis de las palabras, es al mismo tiempo un exámen y análisis de las ideas. Hállase por lo comun en las palabras muy generales la expresion de alguna idea matriz donde van á tomar su origen todas las otras; y cuestiones hay en que determinada esta con toda precision, se aclaran, se ordenan, se eslabonan con una facilidad admirable las demás: sintiendo entonces el entendimiento toda la extension y fuerza de aquel principio: *sigillum veri simplex; la sencillez es el carácter de la verdad.*

Á no seguir este camino, apenas es posible entrar jamás en un conocimiento profundo de las cosas: y se corre mucho riesgo de edificar aéreos sistemas, en vez de establecer sólidas verdades. Tomamos por lo comun las ideas científicas de las definiciones que encontramos en los autores: un nombre respetable, un tono magistral y decisivo, una deslumbrante claridad, una apariencia de análisis,

una falsa limpieza de lenguaje, son bastantes á dar por el suelo con nuestro espíritu de despreocupacion y de independencia, y adoptamos ciegamente la falsa explicacion de una idea, sobre la cual se cimenta no pocas veces todo un sistema científico; si el uso comun contraría nuestra afeccion le rechazamos como infundado y poco razonable; y cuando notamos que á pesar de nuestra filosofía va siguiendo el mundo su ordinario curso sin alterar su lenguaje, nos quejamos de la rutina, de la preocupacion de que á nuestro ver están plagados todos los demás hombres.

Errado el principal punto de vista, es imposible que todo cuanto tiene relacion con él, no se nos presente alterado, desfigurado y confundido; y como por lo comun nos cuesta tanto trabajo el desprendernos de nuestras concepciones, mayormente si hemos llegado á persuadirnos de que hay en ellas algo de nuevo é importante, doblegamos el principio sentado hasta que se ajuste á todas las proposiciones secundarias, y á cuantas aplicaciones queremos excogitar.

Prévias estas consideraciones entremos en la explicacion de la palabra que forma el objeto del presente discurso.

El valor de una cosa es susceptible de aumento ó disminucion, es comparable con el de otras, y este aumento ó disminucion de los valores, y la relacion que se conoce por medio de la comparacion, son cosas que pueden estimarse mas ó menos aproximadamente; pues que tal estimacion la hacemos á cada paso en todos nuestros planes y proyectos, en todos nuestros contratos, y puede decirse que casi en todas nuestras acciones. Para formar juicio apreciativo de un objeto, necesitamos siempre escoger un punto de comparacion; sin él es imposible que podamos establecer nada con respecto á una cosa. Es esto tan indispensable como poco advertido; y para hacerlo conocer y sentir, observaremos que este punto de comparacion le llevamos de continuo con nosotros, mismos en todos los

juicios que formamos, variando estos y las palabras que los expresan, en variando el punto de comparacion á que se refieren. Algunos ejemplos harán palpables el sentido y verdad de estas reflexiones.

Para darnos á entender mejor, asentaremos antes dos proposiciones que parecen paradoja, y son las siguientes: *Nada hay grande sino lo infinito, nada hay pequeño sino la nada; todo es grande excepto la nada, todo es pequeño excepto lo infinito.* No trato de apelar á sutilezas, y sí únicamente al sentido comun, al lenguaje mas usual, mas vulgar. Un enorme peñasco es muy grande: y ¿cuándo? y ¿cómo? cuando se le comparan las piedras que hay en torno de él; pero considerada la extensa cordillera de montañas en que se halla engastado, el peñasco se convierte en una cosa pequeña; y si calculais la longitud, la elevacion ó la masa de las montañas, no reparareis siquiera en él; lo despreciareis como cantidad insignificante. Si se calcula la mole de la tierra, entonces las inmensas cordilleras se convierten en un átomo; á su vez queda el globo reducido á una cantidad muy pequeña si se compara con el espacio encerrado en el sistema planetario; y el mismo sistema planetario no es mas que un punto si se considera la inmensidad del Universo. Un reducido estanque de agua es nada en parangon con el Océano; y es muy grande si se toma por punto de comparacion una pequeñísima gota de líquido: esta gota de líquido es un mar de grande extension para los insectos que solo se descubren con el auxilio de finísimo microscopio, y estos imperceptibles insectos tienen una gran mole, si se comparan con las pequeñísimas partes que entran en la formacion de sus miembros. Este ejemplo, bastante por sí solo á sugerir muchos otros, prueba hasta la evidencia la necesidad que tenemos de un punto de comparacion para formar juicio de un objeto en que se aprecie la cantidad; y hé aquí por qué siempre que queremos fijar las ideas, andamos en busca de una medida.

Y ¿cuál podemos escoger para apreciar el valor de las cosas? antes es necesario saber qué es valor. Destutt-Traci

ha dicho que la medida del valor de las cosas era el trabajo que costaba, y como el trabajo debía también tener su valor, ha añadido que el trabajo tiene dos valores: uno natural y necesario y de consiguiente fijo en cuanto lo consiente la naturaleza de la cosa, otro convencional, eventual y variable. Para explicar en qué consiste el primero, observa que todo ser animado empleado en el trabajo, durante este, tiene que satisfacer algunas necesidades; si ellas no se satisfacen, el trabajo cesará; de consiguiente su trabajo representa la suma de los medios necesarios para satisfacerlas; y esta suma es la medida natural y necesaria del valor del trabajo. El segundo valor es la utilidad que produce el trabajo. Estas ideas que se presentan tan claras, tan limpias y analíticas, parece que nada dejan que desear; así es mirando solo la corteza de los objetos; pero profundizando más sobre el particular se verá hasta la evidencia que Destutt-Traci se equivocó completamente. No quiero decir que no haya en sus ideas algo digno de notarse, y que no columbrara por lo menos el buen camino, pero no pasó de aquí; y así es que tomando un sendero errado, confundió verdades preciosas con errores y hasta con absurdos.

Observando el significado usual, y aun el etimológico de la palabra *valor*, notaremos, que en ella y en todas cuantas ó proceden de la misma ó dimanar de comun raíz, se halla siempre envuelta con esta ó aquella forma, la idea de provecho, utilidad, aptitud, poder para alguna cosa. Exáminese su significación en el origen latino, y considérese luego el mismo en nuestra lengua. «Eso vale, eso no vale, no vale para nada, mas me vale, valimiento, válido, inválido, hombre de valer, valiente, valeroso,» hé aquí la misma raíz extendida á cosas de órdenes bien diferentes, y siempre encerrada en ella la idea de utilidad, provecho, aptitud, poder para alguna cosa: es decir relación de un medio á un fin, enlace de este con aquel.

Esta idea se presenta por de pronto vaga, tal vez confusa, y sin embargo es preciosa, llena de luz; es tosca, solo

falta desbastarla. El análisis en que voy á entrar, me conducirá á la proposición siguiente:

El valor de una cosa es su utilidad. Entiendo aquí por utilidad la aptitud de la cosa para satisfacer nuestras necesidades; y en la palabra necesidades encierro las naturales, las facticias, las verdaderas, las aparentes, las grandes, las pequeñas, comprendiendo por consiguiente entre ellas, las comodidades, gustos, placeres, caprichos, etc.

Para poner la cuestión en el terreno más sencillo, pregunto ¿cómo apreciamos el valor de los alimentos? ¿Qué cosas entran en consideración para determinar nuestro juicio? La sanidad, el sabor, el olor, su vista, todo en relación con nuestra utilidad. Dos individuos han de hacer un cambio de ellos; ¿qué mirarán? la salud, la edad, el gusto, el capricho y otras cosas semejantes. Se ha de juzgar cuál de dos comidas se aventaja á otra; ¿á qué se atenderá? ¿á lo que acabo de decir ó á lo que cuesta? Si el que ha cuidado de aparejarla, hubiese desempeñado mal su tarea, expendiendo una suma considerable, grandes fatigas y trabajos, y la comida no fuese tan útil como otra menos costosa, ¿podría pretender la preferencia del valor de la suya, alegando sus trabajos y dispendios? Y sin embargo según Destutt-Traci el valor natural y necesario de la comida sería el trabajo que cuesta; idea falsa, absurda, rechazada por el buen sentido, y que sacada del terreno científico, y arrojada en medio de alegres convidados no podría menos de sufrir satírico gracejo.

Fácil sería aplicar las mismas consideraciones á los vestidos, y á cuanto está sujeto á evaluación; pero cualquiera alcanzará la extensión de que es susceptible la aplicación de estas ideas. En este punto el error fundamental está en confundir el *coste* con el *valor*; palabras que significan ideas muy diferentes; ideas que á veces andan en proporción, á veces en suma discrepancia: ideas que en la complicación de las relaciones sociales, tienen á menudo cierta delicada dependencia, la cual puede traer consigo gran confusión y dar lugar á equivocaciones capitales; y seguramente que

por no haber andado bastante curioso ó bastante atinado en deslindarlas el indicado autor, cayó en un error tan notable. Y cuenta que esta es una de las ideas mas fundamentales de la economía política, y será difícil caminar sin tropiezo en no teniendo por guía una clara inteligencia de este punto.

Cuán diferente sea el *coste del valor* y por consiguiente cuán falso el decir que el valor natural y necesario de todas las cosas y del trabajo, sea lo que cuesten, no lo ha de decir la ciencia, sino el lenguaje comun, vulgar, el buen sentido de cualquier hombre, el instinto de un niño.

Hé aquí una cosa que me *cuesta mucho* y no *vale nada*; dice muy naturalmente cualquiera que haya empleado infructuosamente su trabajo ó dinero; y sin embargo en habiendo mucho trabajo debería haber mucho valor *necesario y natural*, si nos atuviéramos á las definiciones del nombrado economista. Imposible parece asentar una proposición que esté en contradicción mas manifiesta con las nociones mas sencillas, con el lenguaje mas usual y vulgarizado. Seguiríase de aquí que el trabajo de un hombre que hubiese ideado ó hecho una máquina de que pudiera reportar grandes beneficios, tendría igual valor natural y necesario que el trabajo de otro que se hubiera ocupado el mismo tiempo con igual fatiga é iguales gastos en construir un artefacto de despreciable importancia.

¿Qué es riqueza? Todo lo que es á propósito para satisfacer nuestras necesidades; así lo dice el mismo autor; el mas rico es el que tiene cosas de mas valor, luego la medida del valor depende de la utilidad. Es cierto que un ser animado tiene necesidades y que estas se han de satisfacer durante el trabajo; es cierto que los medios necesarios para ello, ó han de ser producto del mismo trabajo ó se ha de llenar de otra manera el vacío; pero ¿qué tiene que ver esto para constituir el valor de la cosa trabajada ni del trabajo? Dígase que es una condicion precisa si ha de durar el trabajo, el satisfacer las necesidades del ser animado que trabaja, si se quiere que continúe el trabajo, y se dirá una

verdad clara y sencilla; pero si se pasa á medir el valor de las cosas por la suma de estas necesidades, se dirá una cosa falsísima, y que podría muy bien calificarse con términos mas duros.

No negaremos que en algunos casos el coste del trabajo contribuya al aumento del valor de la cosa; pero es accidental siempre y nunca depende de aquí el verdadero valor de ella.

Para poner en claro tan complicada materia, recordaremos lo que llevamos ya asentado, á saber: que la medida única del valor de una cosa, es la utilidad que proporciona; y extendiendo y aplicando esta definicion quedará todo en un punto de vista luminoso.

Si la utilidad *es la única medida* del valor de una cosa, ¿cómo es que vale mas una piedra preciosa que un pedazo de pan, que un cómodo vestido, tal vez que una saludable y grata vivienda? No es difícil explicarlo: siendo el valor de una cosa su utilidad, ó aptitud para satisfacer nuestras necesidades, cuanto mas precisa sea para la satisfaccion de ellas tanto mas valor tendrá; débese considerar tambien, que si el número de estos medios aumenta, se disminuye la necesidad de cualquiera de ellos en particular; porque pudiéndose escoger entre muchos no es indispensable ninguno. Y hé aquí por qué hay una dependencia necesaria, una proporcion entre el aumento y disminucion del valor, y la carestía y abundancia de una cosa. Un pedazo de pan tiene poco valor, pero es porque tiene relacion necesaria con la satisfaccion de nuestras necesidades, porque hay mucha abundancia de pan; pero estrechad el círculo de la abundancia, y crece rápidamente el valor, hasta llegar á un grado cualquiera; fenómeno que se verifica en tiempo de carestía, y que se hace mas palpable en todos géneros entre las calamidades de la guerra en una plaza acosada por muy prolongado asedio. Entonces podrá valer un pan una onza de oro, diez, diez mil si el hambre llega á su máximo; y ¿por qué? porque se aumenta la relacion que tiene aquel pan con la satisfaccion de la prime-

ra necesidad; el valor del oro entonces decae rápidamente, y puede llegar á reducirse á la nada; y ¿por qué? porque pasa á ser inútil, porque no sirve, *no vale* para satisfacer nuestras necesidades; y si algun valor le queda es por la eventualidad que hay de que, pasado el asedio, podrá ser útil, podrá valer para el propio objeto.

De todo lo asentado hasta aquí se deduce que el valor de un objeto consiste en la dependencia que de dicho objeto tiene la satisfaccion de nuestras necesidades; y por consiguiente cuanto mas *capital* sea esta necesidad, y cuanto mas *urgente*, y además cuanto mas *preciso* sea en particular el objeto para satisfacerla, tanto mas será el valor de él: por manera que podría decirse hablando matemáticamente, que el valor está en razon compuesta de la directa de la importancia de la necesidad y de su urgencia, y de la inversa de la abundancia de los medios de satisfacerla.

Atendida la naturaleza de las cosas en general, y la de la sociedad, es evidente que estos *factores*, importancia, urgencia y abundancia de medios, estarán sujetos á muchas variaciones; y que además habiendo de apreciarse estos factores en resultado final por el juicio de los hombres, resentiránse por precision del clima, de la estacion, del estado de la sociedad, de las disposiciones particulares de ciertas clases é individuos, y de la veleidad, de los caprichos, de las modas, y de mil otras circunstancias imposibles de enumerar en su totalidad, pero muy fáciles de notar para ensartar de ellas, si necesario fuere, una larga cadena. Y hé aquí lo que sucede puntualmente, porque así debe suceder.

Vamos ahora á ver si es dable poner en igual grado de claridad la relacion que hay entre el coste y el valor. Es innegable que se han de satisfacer las necesidades del ser animado que se emplea en un trabajo; y fácilmente se alcanza que esto ha de influir en el coste. Para deslindar bien las ideas observaré que esta verdad, palpable como es, está sin embargo mal presentada; pues se ofrece como un

principio general lo que no es mas que la aplicacion á un caso particular. Necesario es mantener al jornalero, pero necesario es tambien mantener al buey que arrastra el arado, al mulo que hace girar una palanca, al caballo que tira de un coche; así como es necesario tambien reparar la parte que se va consumiendo ó menoscabando de una máquina, cubrir, digámoslo así, las necesidades de la máquina. Por manera que si bien se observa, generalizando esta verdad, diremos que para que se pueda trabajar es menester conservar el instrumento, ó hablando con mas generalidad y exactitud, *para que continúe la produccion del efecto es menester conservar la causa*. Mirada bajo este aspecto la proposicion se presenta mas limpia, mas clara y sencilla; crúzase con menos embarazos y consideraciones determinadas, es susceptible de aplicacion mas fácil y extensa, se presta mejor á las observaciones, y haciendo entrar el trabajo del hombre en la línea de las otras causas, simplifica mucho la cuestion y evita errores y equívocas.

Pero no basta esto para dar á las ideas toda la claridad de que necesitan y son susceptibles; sino que se ha de observar además, que no es suficiente atender á la conservacion de una causa, sino que es preciso proporcionársela, si no se la tiene á la mano, y en muchos casos es preciso hasta producirla. Errariase por tanto si no se llevaba en cuenta el coste que esto puede traer consigo; y se prescindiria en la ciencia, de consideraciones de que el hombre mas rudo no se olvida en la práctica. Necesítanse animales para el transporte, v. g., y no solo es preciso atender á la conservacion de ellos, sino que es menester cuidar de su reproduccion; de manera que en último resultado todos los gastos que ha ocasionado la cria, es necesario que de un modo ú otro figuren en el cálculo. Necesítase agua para el movimiento de una máquina, no está inmediata, es necesario conducirla de cierta distancia; esto ocasionará gastos que han de entrar en la cuenta.

Si ha de haber efecto es necesario que exista la causa,

que esta se *aplique* y además que se *conserva*: hé aquí lisa y brevemente expresado lo que hay en la materia: pasemos adelante.

No es menos evidente que quien ha de aprovecharse del efecto es menester que cuide de la *produccion, aplicacion y conservacion de la causa*; ó que al menos reintegre al que cuida de ello. Y no tratamos de la cosa bajo el aspecto de equidad y justicia, porque, como se ha podido notar, de proposito hemos prescindido de toda clase de consideraciones morales; hablamos de la *necesidad* entrañada por la misma naturaleza física de las cosas. Porque bien claro es que quien necesita pan y ni quiere cuidar de labrar la tierra, de sembrar, cultivar y recoger el grano, ni moler el trigo, ni amasar la harina, ni cocer el pan; si se empeña además en no querer satisfacer á otros que por él se tomarian esa pena, se ha de quedar sin comer, y de buen ó mal grado se verá precisado á entrar en razon acosado por el hambre.

Sentadas estas verdades que de puro sencillas y fundadas en la experiencia cotidiana, apenas pueden apellidarse teoria, descendamos á la piedra de toque de la aplicacion; así percibiremos mas claramente la fecundidad y verdad de ellas, viendo como se hermanan con lo que á cada paso nos ofrece el trato comun de la sociedad.

Necesitase al año, para cubrir las necesidades de un país, una cierta cantidad de tejidos, de esta ó aquella clase. Supongamos para mayor sencillez que toda la elaboracion se haya de hacer en el mismo país. ¿Qué sucederá? Es necesario procurarse las primeras materias, prepararlas, fabricarlas, y ponerlas en estado y lugar en que estén á disposicion del comprador, que las necesita. ¿Qué es lo que ha de satisfacer el comprador, para que pueda proporcionarse la porcion de tejido que necesita? Todo cuanto ha costado el ponerle la tela en la mano; y ¿por qué? porque si no se puede atender á todo lo que se necesita para que tenga á la mano la materia primera, la materia primera no se tendrá; si no se puede atender á todo lo que se necesi-

ta para la construccion, conservacion y movimiento de las máquinas que sirven á la fabricacion, y al arreglo, conducción y colocacion de las piezas, las piezas no se hallarán en la tienda ó almacén, y el que necesita el tejido no le encontrará cuando lo busque. Es preciso pues que se someta el comprador á pagar la cuota que le corresponde para cubrir todo esto; y desde entonces correrá de su cuenta, en proporcion á su gasto, la cria y manutencion de todos los animales que en ello se emplean, deberá pagar tambien sus arreos, deberá alimentar á los jornaleros y á sus familias, cubriendo al menos sus mas precisas necesidades, deberá tambien contribuir á conservar y engrandecer un poquito ó tal vez mucho la cómoda vivienda de los fabricantes, deberá mantener en arreglado aseo y comodidad á sus familias, deberá costear el lujo y los caprichos del comerciante que abarca en grande las empresas, y deberá mantener, al menos en modesta decencia, al artista que ha construido las máquinas: no podrá olvidarse tampoco del contingente que le toca para que el sabio que ha suministrado la idea no sufra algun desvanecimiento, de puro ayunar, y se vea por consiguiente obligado á cesar en su provechosa tarea.

¿Pero todas estas consideraciones no constituyen el valor en su mismo coste? No: y para palparlo supongamos que se presenta en el mercado una remesa de géneros de igual perfeccion, pero á menor precio, por razon del mayor adelanto de la fabricacion de los nuevos competidores; desde luego los primeros tendrán que acomodarse al precio de los segundos, so pena de no vender nada; y sin embargo el género les cuesta á ellos lo mismo; pero ni á sus propios ojos tendrá el mismo valor; y dirán naturalmente: esta competencia nos cuesta tanto de pérdida. Y ¿por qué? porque ellos entonces ya no son necesarios, las necesidades se pueden satisfacer de otra manera menos costosa, y todo el mundo se reiria, si debiendo hacerse una paga en género, pretendiese uno de ellos contarle al antiguo precio, solo porque á él le cuesta lo mismo que antes. Otro

ejemplo: hay una grande escasez de tela de tal clase, que tendrá tal calidad, supongamos un excelente y difícil color: hay un tintorero que por casualidad descubre un ingrediente muy barato, que con aplicacion muy sencilla produce perfectamente el deseado color. ¿Cuánto valen sus telas? como las otras: ¿cuánto le cuestan? casi nada: luego no hay necesaria conexion entre lo que cuesta una cosa y lo que vale. Hay un artista que con la mayor facilidad ejecuta maravillas: ¿cuánto valen? es claro que tanto y mas que las obras de los otros; ¿y cuánto le cuestan á él? nada: un juego, un pasatiempo. Pero se nos dirá: si no le cuestan á él, ya cuestan á los compradores, y aquí está el valor: ¿qué aberracion! ¿Por qué lo pagas tan caro, comprador? — Porque es muy bueno y lo vale. — ¿Veis como el coste es hijo del valor, y como existe el valor antes del coste? — ¡Oh! no es que lo valga, sino que él exige esto. — Pues ¿por qué lo pagas? ¿por qué no te vas con otro? — Porque no lo hallo tan bueno. — Es decir que si lo tenias ya no lo cambiarías con los otros. — Cierto. — Pues entonces cuando dices mas bueno quieres decir que ya de suyo vale mas; pues que para hacer el cambio pedirías una compensacion. — J. B.

EL SOCIALISMO.

ARTÍCULO 7.º

Reflexionando sobre el origen, naturaleza y efectos de los sistemas excogitados por Saint-Simon, Fourier y Owen se echa de ver la sinrazon con que algunos han atribuido á tamaños delirios alguna influencia saludable. Los tres asientan como principio fundamental de sus teorías la libertad de las pasiones, ó mejor diremos su satisfaccion,

condenando no solo las augustas doctrinas del Evangelio, sino tambien las de los mas distinguidos filósofos de la antigüedad. Aquel célebre dicho *sustine et abstine*, que tan profunda sabiduría encierra, es rechazado como insensato y nocivo por los modernos reformadores; el sufrimiento y la abstinencia es segun ellos una infraccion de las leyes de la naturaleza; es obrar contra los designios del Criador; es romper la armonía del Universo, que debiera resultar de la ilimitada expansion de todos los sentimientos, de la completa satisfaccion de todas las pasiones. Luis Reybaut en su obra titulada *Estudios sobre los reformadores contemporáneos*, conviene en que esta libertad concedida á todo linaje de inclinaciones, es altamente destructiva de toda moral y funesta al bienestar de la sociedad; pero entre tanto se permite decir que el cristianismo habia llevado demasiado léjos la lucha entre la razon y las pasiones, convirtiendo el desinterés en ascetismo y martirizando el cuerpo sin provecho del alma; bien que añade que hallando esta exageracion su correctivo en nuestros mismos instintos, no exponia la humanidad á una decadencia. Esta observacion nos presenta la religion cristiana exagerando el principio de la resistencia de la parte superior á la inferior, y por consiguiente enseñando una doctrina falsa, porque la verdad exagerada deja de ser verdad. No podemos, pues, permitir que pase sin ser refutada semejante afirmacion, la cual no tiene otro fundamento que el poco conocimiento del carácter y tendencia de la moral evangélica.

Para la inteligencia de lo que vamos á explicar conviene tener presente la diferencia entre los preceptos y los consejos: aquellos obligan á todo cristiano, estos nó; la observancia de los primeros es necesaria para alcanzar la vida eterna, la de los segundos lo es únicamente para llegar á la perfeccion: si quieres entrar en la vida, dijo Jesucristo, observa los mandamientos; si quieres ser perfecto, vete, vende todo lo que tienes y dalo á los pobres y sígueme. En los mandamientos, es decir, en la ley que

ejemplo: hay una grande escasez de tela de tal clase, que tendrá tal calidad, supongamos un excelente y difícil color: hay un tintorero que por casualidad descubre un ingrediente muy barato, que con aplicacion muy sencilla produce perfectamente el deseado color. ¿Cuánto valen sus telas? como las otras: ¿cuánto le cuestan? casi nada: luego no hay necesaria conexion entre lo que cuesta una cosa y lo que vale. Hay un artista que con la mayor facilidad ejecuta maravillas: ¿cuánto valen? es claro que tanto y mas que las obras de los otros; ¿y cuánto le cuestan á él? nada: un juego, un pasatiempo. Pero se nos dirá: si no le cuestan á él, ya cuestan á los compradores, y aquí está el valor: ¿qué aberracion! ¿Por qué lo pagas tan caro, comprador? — Porque es muy bueno y lo vale. — ¿Veis como el coste es hijo del valor, y como existe el valor antes del coste? — ¡Oh! no es que lo valga, sino que él exige esto. — Pues ¿por qué lo pagas? ¿por qué no te vas con otro? — Porque no lo hallo tan bueno. — Es decir que si lo tenias ya no lo cambiarías con los otros. — Cierto. — Pues entonces cuando dices mas bueno quieres decir que ya de suyo vale mas; pues que para hacer el cambio pedirías una compensacion. — J. B.

EL SOCIALISMO.

ARTÍCULO 7.º

Reflexionando sobre el origen, naturaleza y efectos de los sistemas excogitados por Saint-Simon, Fourier y Owen se echa de ver la sinrazon con que algunos han atribuido á tamaños delirios alguna influencia saludable. Los tres asientan como principio fundamental de sus teorías la libertad de las pasiones, ó mejor diremos su satisfaccion,

condenando no solo las augustas doctrinas del Evangelio, sino tambien las de los mas distinguidos filósofos de la antigüedad. Aquel célebre dicho *sustine et abstine*, que tan profunda sabiduría encierra, es rechazado como insensato y nocivo por los modernos reformadores; el sufrimiento y la abstinencia es segun ellos una infraccion de las leyes de la naturaleza; es obrar contra los designios del Criador; es romper la armonía del Universo, que debiera resultar de la ilimitada expansion de todos los sentimientos, de la completa satisfaccion de todas las pasiones. Luis Reybaut en su obra titulada *Estudios sobre los reformadores contemporáneos*, conviene en que esta libertad concedida á todo linaje de inclinaciones, es altamente destructiva de toda moral y funesta al bienestar de la sociedad; pero entre tanto se permite decir que el cristianismo habia llevado demasiado léjos la lucha entre la razon y las pasiones, convirtiendo el desinterés en ascetismo y martirizando el cuerpo sin provecho del alma; bien que añade que hallando esta exageracion su correctivo en nuestros mismos instintos, no exponia la humanidad á una decadencia. Esta observacion nos presenta la religion cristiana exagerando el principio de la resistencia de la parte superior á la inferior, y por consiguiente enseñando una doctrina falsa, porque la verdad exagerada deja de ser verdad. No podemos, pues, permitir que pase sin ser refutada semejante afirmacion, la cual no tiene otro fundamento que el poco conocimiento del carácter y tendencia de la moral evangélica.

Para la inteligencia de lo que vamos á explicar conviene tener presente la diferencia entre los preceptos y los consejos: aquellos obligan á todo cristiano, estos nó; la observancia de los primeros es necesaria para alcanzar la vida eterna, la de los segundos lo es únicamente para llegar á la perfeccion: si quieres entrar en la vida, dijo Jesucristo, observa los mandamientos; si quieres ser perfecto, vete, vende todo lo que tienes y dalo á los pobres y sígueme. En los mandamientos, es decir, en la ley que

obliga á los cristianos, está contenido el amor de Dios, el del prójimo, la prohibicion de tomar el nombre de Dios en vano, de robar, de matar, de infamar, de cometer adulterio. ¿Hay aquí por ventura preceptos atormentadores de los cuales se pueda con verdad decir que nos martirizan? Los mandamientos que por su parte ha añadido la Iglesia, como el asistir ciertos dias al santo sacrificio de la misa, el abstenerse en otros de estos ó aquellos alimentos, el disponer las comidas de esta ó aquella manera, pero todo de suerte que no dañe á la salud ni perjudique notablemente nuestros intereses: estos preceptos, repetimos, tan suaves y llevaderos, ¿pueden por ventura calificarse de martirio? Es cierto que el cristiano debe mantenerse puro no solo en obras, sino tambien en palabras y pensamientos; es cierto que debe procurar ajustar su vida entera á la ley divina, sin desviarse de ella por consideraciones mundanas; pero ¿no es esto mismo lo que nos está prescribiendo hasta la razon natural? la filosofia puramente humana ¿no nos enseña tambien que no hay buena moral en el acto que se opone á la ley de Dios, que es reprehensible lo que está en contradiccion con la ley eterna? Y hasta ahora nadie ha dicho que por este motivo la filosofia exagera: nadie ha pensado en tratarla de verdugo de nuestro cuerpo. Las molestias que por esta causa se ocasionan á este, son muy ligeras; y si se comparan la salud y el bienestar que resultan de una conducta moral, con las enfermedades y otros males que dimanar del desenfreno de las pasiones, bien se puede afirmar, que aun bajo el aspecto puramente material y atendiendo únicamente á las ventajas corporales, sale muy gananciosa la virtud, y paga muy caros el vicio los goces de algunos momentos.

Demostrado ya que no hay tal martirio, tratándose de la observancia de solos los preceptos, veamos lo que sucede con los consejos. Es indudable que en ellos está contenida la represion de las inclinaciones mas fuertes y seductoras, la abstinencia de los placeres mas vivos, el sufrimiento de padecimientos muy duros, la resignacion á las humilla-

ciones mas repugnantes, y que bajo este concepto puede decirse que son un verdadero martirio del cuerpo y tambien del corazon. Pero no es verdad que este martirio sea sin provecho del alma; antes este provecho es uno de los principales objetos; pues que si el cuerpo es atormentado, no lo es por un odio ciego é irracional, sino para que no se levante contra el espíritu y no le arrastre por el camino de la maldad, como y tambien para ofrecer á Dios un sacrificio en expiacion de placeres culpables. Léanse las vidas de los santos mas señalados por su penitente austeridad, y se verá que todos sus deseos se encaminaban á preservarse del pecado, á purificar mas y mas su espíritu y hacerle avanzar en el sendero de la perfeccion, y que para ello procuraban desasirse de todo lo terreno, olvidándolo todo, despreciándolo todo, no recordando otra cosa sino que tenian una alma que salvar y un Dios á quien amar y servir.

La penitencia tan lójos estaba de ser inútil á las almas, que antes bien era un valladar contra las tentaciones del mundo, la astucia del demonio y las seducciones de la carne: con ella se sufocaban las pasiones que pegan el corazon á la tierra, se desenvolvian, elevaban y purificaban los sentimientos que levantan el espíritu á Dios, se avivaba la fe, se sostenia la esperanza, se inflamaba la caridad, y adquiria el espíritu aquella fuerza y energia que le hacian capaz de resistir todos los ímpetus de la carne, y de pasar sobre la tierra una vida de ángel.

Por mas que sea agradable á Dios este género de virtud en que se sacrifica enteramente el cuerpo al espíritu para ofrecer luego el alma á Dios limpia, sin mancha de ninguna clase, purificada de todas las afecciones terrenales; es claro que Jesucristo al establecer sobre la tierra su ley santísima, y al dar á los hombres sus consejos sublimes, preveía que serian pocos los que lo dejasen todo sin reservarse nada, y le siguiesen á él por el camino de tan dura austeridad, entregándose á todas las privaciones que les habia recomendado como el mas alto grado de santi-

dad á que podian llegar. Es claro que preveía la debilidad del mayor número de los hombres, y que por tanto sabia tambien que sería incomparablemente mayor el de los cristianos que se contentarian con observar los preceptos, que no el de los que seguirian los consejos; es claro que sabia que aun entre los mismos fervientes imitadores de la vida de dolor, de ignominia y abstraccion que pasó sobre la tierra, serian muy pocos los que pusieran en planta dichos consejos con la severidad, fortaleza y santo heroísmo de que algunos cristianos que veneramos sobre los altares nos han ofrecido ejemplo. Mas diremos: algunos de sus consejos fueron dados evidentemente con esta prevision, pues que es cierto que no queria Jesucristo que el mundo dejase de multiplicarse, y por lo mismo cuando aconsejaba la virginidad entendia que su consejo no habia de ser tomado por el mayor número de los fieles. Hasta la vida comun que hacian los discípulos al principio, dejó de ser posible como práctica universal, tan pronto como la Iglesia se extendió considerablemente. ¿Quién se atrevería en la actualidad á proponer que los fieles en todas las partes del mundo viviesen bajo semejante regla? ¿Cabe por ventura imaginar, siendo tanta la extension de la Iglesia, tan numerosos sus hijos, tan complicadas las necesidades de estos, tan variadas y discordes las relaciones que entre sí tienen, tan diferentes los climas, las leyes, los usos y costumbres; cabe imaginar, repetimos, el que todos vendan cuanto tengan, y lo lleven á los piés de un apóstol para hacer un fondo comun del cual se sustenten todos los hermanos?

Teniendo presentes estas consideraciones, se echa de ver con toda claridad que el martirio del cuerpo por medio de la penitencia, esa abstraccion del espíritu que le levanta sobre todas las cosas mundanales, que no le deja darlas una mirada sino para despreciarlas y abandonarlas, aquel desprendimiento que no se reserva nada para sí, y que todo lo espera de la limosna, ó mejor diremos del cuidado de la Providencia; esas virtudes que admiramos en

los Pablos, en los Antonios, en los Hilariones, en los Franciscos, en los Domingos, en los Cayetanos, en los Ignacio y otros santos eminentes, debieron ser como modelos rarísimos que conservasen en la tierra el fuego sagrado, que perpetuasen la imitacion de la vida de Jesucristo entre la tibieza de los cristianos, como allá en la antigüedad vemos que de vez en cuando enviaba el Señor sus profetas para recordar al pueblo de Israel el beneficio de haberle sacado de la tierra de Egipto y de la casa de esclavitud y anunciarle la venida de Aquel que habia de ser la esperanza de las gentes. Jesucristo al establecer su Iglesia sacrosanta, no olvidó ni olvidar pudo en su infinita sabiduría, que eran hombres los que la habian de componer, sujetos á muchas miserias, con el entendimiento ofuscado, la voluntad torcida y el corazon inclinado al mal desde la adolescencia; no pudo olvidar que se necesitaba el poder de su gracia, no solo para hacerlos andar por el estrecho sendero de la perfeccion evangélica, sino tambien para encaminarlos por las vias de una moral pura, apartándolos de la corrupcion en que estaba sumido el universo antes de que viniese la plenitud de los tiempos, y hacer que se decidiesen á tomar sobre sus hombros un yugo suave y una carga ligera.

Luego el achacar á la religion cristiana el que exagera la virtud del desprendimiento, el suponer que haya de ser corregida por la fuerza de los instintos y de las pasiones, es no comprenderla, es prescindir de las miras del Divino Fundador de la Iglesia, es suponer que él se lisonjeó con esperanzas irrealizables, es decir que desconoció la humanidad y que se empeñó en sujetarla á condiciones incompatibles con su existencia; es sobre todo desconocer que esa misma alteza de perfeccion predicada por Jesucristo puede muy bien existir segun las circunstancias, sin ese martirio del cuerpo que nos asombra en algunos santos penitentes, bastando para ello una circuncision de corazon con la cual se arranquen todas las afecciones mundanas y se le purifique en el crisol del amor de Dios;

es desconocer que con esa alteza de perfeccion es conciliable el cuidado de los negocios humanos, si á ello es llamada la persona por razon de su estado, y que puede ser muy agradable á Dios una vida en que haya pocas horas disponibles para la oracion, en que no sea dable entregarse á grandes austeridades; es no recordar aquella máxima que está escrita en el sagrado texto y practicada por los santos, de que la caridad se hace toda para todos para ganarlos á todos. La religion cristiana, pues, no necesita del correctivo de las pasiones; esto es trastornar monstruosamente las ideas; ella es quien debe corregirlas, y en la parte en que puede decirse que la embarazan y resisten, no hay falta de prevision en el Divino Fundador que todo lo hizo con número, peso y medida.

Los sistemas de los modernos reformadores estableciendo un principio diametralmente opuesto al de la moral de Jesucristo, han asentado por base de sus teorías insensatas el que la felicidad del individuo y de la sociedad dependian del ilimitado desarrollo de todas las pasiones. Jesucristo enseñó que la mayor altura de perfeccion estaba en desasirse de todo para seguirle por el camino del cielo, y los novadores afirman que el máximo del bien está en la satisfaccion de todas las pasiones, en pegarse á la tierra como un reptil inmundo, sin levantar jamás la cabeza para dar una mirada á las regiones de la inmortalidad. La tierra es un destierro, dijo Jesucristo; la tierra es nuestra patria, dicen ellos: la vida es un viaje, dijo Jesucristo; la vida es nuestro término, dicen ellos: el goce material es dañoso al espíritu, dijo Jesucristo; el goce material santifica el espíritu, dicen ellos: aprended de mi que soy manso y humilde de corazón, dijo Jesucristo; dad rienda suelta á la ira y al orgullo, dicen ellos: santificaos haciendo penitencia, dijo Jesucristo; santificaos en el placer, dicen ellos.

Los hombres teniendo á la vista esos modelos de sublime austeridad y heróico desprendimiento, oyendo sin cesar la predicacion de los preceptos mas puros, y consejos

mas elevados, todavía se pierden lastimosamente por el camino del vicio y de la maldad, arrastrados por la violencia de las pasiones; ¿qué será, pues, si en lugar de proponerles semejantes ejemplos y de imbuirles en tales preceptos y consejos, se comienza por quitar el freno á todas las pasiones, por estimular la sed de los goces, por excitar mas y mas esa inquietud febril que lleva al hombre de placer en placer, aun á riesgo de perder su fortuna, su honor y su misma existencia?

Diez y ocho siglos han trascurrido desde la aparicion del cristianismo: esta religion santa se ha encontrado en medio de pueblos de diferentes leyes, usos y costumbres, de diverso grado de civilizacion y cultura, desde la infancia hasta la decrepitud, y sin embargo ha sido suficiente para todas las necesidades, ha podido hacer adelantar á los atrasados, y detener al borde del precipicio á los que se hallaban en él, y esto sin abandonar sus dogmas, sin apartarse de su moral, sin renunciar las prácticas y ceremonias de su culto; ha sabido acomodarse á la variedad de las circunstancias, sin que en ninguna de ellas haya dado pruebas de impotencia ó imprevision. ¿Por qué hemos de creer, pues, que no será capaz de hacer lo mismo ahora, cuando el progreso de las artes y de las ciencias ha modificado profundamente las sociedades modernas, creando necesidades que anteriormente no existieran? Una religion que es toda luz, toda verdad, toda amor, ¿cómo seria incompatible con ningun adelantamiento y perfeccion del estado social? ¿Puedese, por ventura, imaginar algo superior á su enseñanza, con respecto á Dios y al hombre? El origen y destino del humano linaje, ¿puede excogitarse mas alto de lo que nos le presentan los dogmas del cristianismo? Tocante á la moral ¿cabe encontrar nada mas puro, mas sencillo y sublime que el compendiar toda la ley y los profetas en el amor de Dios y del prójimo? — J. B.

LAS SOCIEDADES BÍBLICAS

Y LA

ENCÍCLICA DEL PAPA.

Todos los periódicos religiosos así nacionales como extranjeros, han dado lugar en sus columnas á la Encíclica de Su Santidad contra las sociedades bíblicas, y así mal pudiéramos nosotros dispensarnos de imitar este ejemplo, en una publicacion destinada á la defensa de la Iglesia católica y de los mas altos intereses de la sociedad. Antes de insertarla emitiremos algunas observaciones que nos ha sugerido su lectura.

El protestantismo proclamando el derecho de exámen hasta en materias dogmáticas, y la inspiracion privada en la inteligencia de la Sagrada Escritura, estableció principios disolventes que tarde ó temprano habian de acabar con la religion entre todos los que los profesasen sinceramente, y fuesen además bastante lógicos para deducir sus últimas consecuencias. Dejando aparte el derecho de exámen en cuanto expresa una cosa distinta de la inspiracion particular, nos atendremos únicamente á esta, por estar mas inmediatamente enlazada con el objeto que nos ocupa.

Solo apelando á las contradicciones del espíritu humano, y á la ceguera en que cae cuando se deja dominar por las pasiones ó el fanatismo de secta, es posible explicar cómo se ha podido sostener seriamente que era útil y saludable poner la Biblia en manos de todo el mundo, sin notas ni comentarios; añadiendo que le bastaba al cristia-

no atender á la luz interior que le seria comunicada de lo alto, para comprender perfectamente cuanto está contenido en aquel piélago de insondables arcanos. Para decir esto es necesario no haber meditado jamás sobre la Biblia, ó mas bien no haberla leído nunca; y sin embargo han defendido y defienden semejante error hombres que se han ocupado mucho tiempo en su estudio. Repetidas veces se ha echado en cara á los protestantes la profunda division que entre ellos habia producido la malhadada doctrina de la inspiracion privada, probándoseles que aun con respecto á las palabras mas claras y sencillas del sagrado texto, habian sido muchas y muy varias las interpretaciones dadas por las iglesias disidentes. Mas prescindiendo de esta reflexion fundada en un hecho que los adversarios no pueden negar ni tampoco explicar de una manera satisfactoria, basta dar una ojeada á los Profetas, á los Salmos, al Apocalipsis, para convencerse de que solo es dable alcanzar algun tanto su inteligencia, á quien posea mucho caudal de instruccion, y que además tenga á la vista algunas reglas fijas que solo pueden encontrarse en una autoridad infalible, conservadora de las tradiciones de los antiguos tiempos, é ilustrada por el mismo Dios, cual es la Iglesia católica.

Hasta los libros historiales no dejan de presentar con frecuencia dificultades gravísimas; y por lo tocante á los morales que son los que al parecer debieran siempre tener un sentido liso y llano, no es verdad que estén acomodados en todas sus partes á la inteligencia del vulgo, de manera que este no necesite ninguna explicacion para no caer en gravísimos errores. ¿Qué cosa mas sencilla que el *sermon de la montaña*? y sin embargo, ¿no hay algunos pasajes que leídos por una persona indiscreta, pueden prestarle ocasion para entregarse á extravagancias y hasta crímenes? Sabido es que no han faltado algunos insensatos que no han vacilado en mutilarse por una exageracion y mala inteligencia de las doctrinas religiosas; y sin embargo estos hombres de corazon entusiasta y cabeza ca-

lenturienta, se apoyarian tal vez en aquellas palabras de Jesucristo en que nos dice que si nuestro ojo derecho nos escandaliza, nos lo quitemos y lo arrojemos; y que lo mismo hagamos con nuestra mano derecha cortándola y echándola, si nos sirviere de escándalo; porque es mejor que uno de los miembros perezca que no el que todo el cuerpo vaya al infierno. Claro es que semejante doctrina debe entenderse de la necesidad de apartarnos de los objetos mas queridos y de quebrantar los lazos mas fuertes, cuando se atraviesa el interés de nuestra alma, debiendo anteponer la salvacion eterna á la honra, á la hacienda y aun á la misma vida. Pero á un hombre á quien se ha hecho creer que no necesita el auxilio de nadie para entender perfectamente la Escritura, y cuya fantasía se ha exaltado con la persuasion de que lleva en su interior una luz divina que le aclarará todos los misterios y allanará todas las dificultades, ¿quién le quita que extraviado por semejante error y arrastrado por un loco fanatismo, nose considere obligado á atentar contra sí propio, apoyándose en las palabras del sagrado texto, tomadas al pié de la letra de una manera insensata?

Los teólogos explican en un sentido verdadero y juicio- so aquellas palabras de Jesucristo *non jurare omnino*; pero no falta quien las ha entendido de tal suerte que no quiere jurar ni aun en los tribunales, en ningun caso y por ningun motivo.

Aquel pasaje tan consolador en que Jesucristo nos recuerda el cuidado de la Providencia, hasta con las aves del cielo y los lirios y el heno del campo, para inspirarnos confianza en la bondad divina, quitándonos aquella exagerada solicitud que perturba nuestra tranquilidad y nos arrebatara aquella paz interior que es uno de los encantos de la vida cristiana, ¿no podria ser tambien interpretado en un sentido falso, creyéndose el hombre dispensado de trabajar para ganar su sustento, y autorizado á descuidar los medios de proveer á su subsistencia, lisonjeándose con la esperanza de que el Señor le alimentaria y ves-

tiria como á las aves y á las plantas, cometiendo asi el pecado que se llama tentar á Dios?

Es cierto que el cristiano debe estar animado de un espíritu de paz, que debe evitar en cuanto posible sea los litigios, los cuales siempre acarrean desazones, y no pocas veces perjudican á la caridad fraternal. Pero ¿no exageraria esta doctrina quien dijese que se han de tomar siempre al pié de la letra aquellas palabras de Jesucristo, de que entreguemos hasta la capa á aquel que quiere llevarnos á juicio para quitarnos la túnica? ¿Se deberá dejar á los cristianos sin defensa alguna, y se los obligará á entregar todo lo que tienen al primero que venga suscitándoles un pleito?

Si á tamaños errores pudiera dar ocasion un trozo tan sencillo de la Sagrada Escritura como es el *sermon de la montaña*, ¿qué será si hablamos de otros pasajes, de los cuales se verifica de una manera particular lo que decia San Pedro de las Epístolas de San Pablo, de que hay en ellas algunas cosas dificiles de entender, que los ignorantes y los que no tienen fijeza interpretan en mal sentido, así como las demás escrituras, para su propia perdicion?

A pesar de los palpables inconvenientes y gravísimos daños que trae semejante sistema, los protestantes no solo no han retrocedido á la vista de los precipicios á que con él conducian á sus propias sectas, sino que han organizado las sociedades bíblicas, las que disponiendo de medios colosales y haciendo extraordinarios esfuerzos dignos de mejor causa, procuran difundir la Biblia por toda la redondez del globo, de manera que llegue hasta las últimas clases; convirtiendo en germen de errores y corrupcion, esas páginas enviadas del cielo para luz de los entendimientos y santificacion de las almas. ®

Afortunadamente, la esterilidad de que adolecen todas las sectas separadas de la Iglesia católica hace que el daño no sea tan grave como hubiera sido si el protestantismo entrañara aquella fuerza de propagacion que solo se encuentra en el seno de la verdad; mas no ha dejado por es-

to de producir males de suma trascendencia, y no deja de amenazar con otros todavía mayores. Tamaños peligros no podían ocultarse á la cátedra de San Pedro, que iluminada por el Espíritu Santo manifiesta una sabiduría y prevision superiores á las fuerzas de la flaqueza humana. Así es que hace ya mucho tiempo que varios Papas han combatido las sociedades bíblicas; y el actual Sumo Pontífice Gregorio XVI las condena en su Carta Encíclica dirigida últimamente á todos los Patriarcas, Primados, Arzobispos y Obispos. Este documento es notable no solo por la suprema autoridad de que procede, sino tambien por las noticias históricas que contiene, y por la abundancia de doctrina, solidez y buen juicio con que se manifiesta el pésimo origen y funestísimo objeto de las sociedades bíblicas, y los amañes de que se valen para perturbar las sociedades políticas, al propio tiempo que calumnian y combaten á la Iglesia católica.

No dudamos que la voz del Supremo Pastor excitará mas y mas la vigilancia de los obispos y de todo el clero en un asunto tan importante; que la palabra del Vicario de Jesucristo desengañará completamente á todos los fieles que se hubiesen dejado alucinar por mentidas protestas de amor á la religion y de celo por el bien de la humanidad, en que generalmente no escasean los encargados de propagar la lectura de la Biblia en lengua vulgar sin notas ni comentarios. Ya no son autores particulares los que culpan á las sociedades bíblicas de haber falsificado el sagrado texto, es el mismo Sumo Pontífice quien lo asegura.

Quien se fie pues de semejantes libros no puede ya alegar excusa ninguna; el encargado por el mismo Jesucristo de apacentar las ovejas y los corderos es quien nos avisa de que el pasto es venenoso. — *J. B.*

CARTA ENCÍCLICA

DE NUESTRO SANTÍSIMO PADRE EL PAPA GREGORIO XVI Á TODOS LOS PATRIARCAS, PRIMADOS, ARZOBISPOS Y OBISPOS.

A nuestros venerables hermanos los patriarcas, primados, arzobispos y obispos.

GREGORIO XVI, PAPA.

Venerables hermanos, salud y bendición apostólica.

Entre las principales maquinaciones que en nuestros dias ponen en juego los herejes de diferentes denominaciones contra los que profesan la verdad católica para hacerles perder la santidad de la fe, no tienen ciertamente el último lugar las sociedades bíblicas que, fundadas primero en Inglaterra, han ido extendiéndose por todas partes, y formando como un ejército las vemos conspirar á que se publiquen infinidad de ejemplares de los libros santos traducidos en todas lenguas, á esparcirlos sin distincion alguna entre los cristianos y los infieles, y á inducir

Venerabilibus Fratribus Patriarchis, Primitibus, Archiepiscopis et Episcopis.

GREGORIUS PP. XVI.

Venerabiles Fratres, salutem et apostolicam benedictionem. Inter præcipuas machinationes quibus nostra hac ætate Aetholici diversorum nominum insidari cultoribus Catholicæ veritatis, eorumque animos a sanctitate Fidei avertere connituntur, haud ultimum tenent locum Societates Biblicæ, quas in Angliâ primum institutas, ac longe hinc lateque diffusas, factò veluti agmine in id conspirare conspiciamus, ut Divinarum Scripturarum libros vulgaribus quibusque linguis interpretatos permagno edant exemplarium número, eosque inter Chris-

to de producir males de suma trascendencia, y no deja de amenazar con otros todavía mayores. Tamaños peligros no podían ocultarse á la cátedra de San Pedro, que iluminada por el Espíritu Santo manifiesta una sabiduría y prevision superiores á las fuerzas de la flaqueza humana. Así es que hace ya mucho tiempo que varios Papas han combatido las sociedades bíblicas; y el actual Sumo Pontífice Gregorio XVI las condena en su Carta Encíclica dirigida últimamente á todos los Patriarcas, Primados, Arzobispos y Obispos. Este documento es notable no solo por la suprema autoridad de que procede, sino también por las noticias históricas que contiene, y por la abundancia de doctrina, solidez y buen juicio con que se manifiesta el pésimo origen y funestísimo objeto de las sociedades bíblicas, y los amañes de que se valen para perturbar las sociedades políticas, al propio tiempo que calumnian y combaten á la Iglesia católica.

No dudamos que la voz del Supremo Pastor excitará mas y mas la vigilancia de los obispos y de todo el clero en un asunto tan importante; que la palabra del Vicario de Jesucristo desengañará completamente á todos los fieles que se hubiesen dejado alucinar por mentidas protestas de amor á la religion y de celo por el bien de la humanidad, en que generalmente no escasean los encargados de propagar la lectura de la Biblia en lengua vulgar sin notas ni comentarios. Ya no son autores particulares los que culpan á las sociedades bíblicas de haber falsificado el sagrado texto, es el mismo Sumo Pontífice quien lo asegura.

Quien se fie pues de semejantes libros no puede ya alegar excusa ninguna; el encargado por el mismo Jesucristo de apacentar las ovejas y los corderos es quien nos avisa de que el pasto es venenoso. — *J. B.*

CARTA ENCÍCLICA

DE NUESTRO SANTÍSIMO PADRE EL PAPA GREGORIO XVI Á TODOS LOS PATRIARCAS, PRIMADOS, ARZOBISPOS Y OBISPOS.

A nuestros venerables hermanos los patriarcas, primados, arzobispos y obispos.

GREGORIO XVI, PAPA.

Venerables hermanos, salud y bendición apostólica.

Entre las principales maquinaciones que en nuestros dias ponen en juego los herejes de diferentes denominaciones contra los que profesan la verdad católica para hacerles perder la santidad de la fe, no tienen ciertamente el último lugar las sociedades bíblicas que, fundadas primero en Inglaterra, han ido extendiéndose por todas partes, y formando como un ejército las vemos conspirar á que se publiquen infinidad de ejemplares de los libros santos traducidos en todas lenguas, á esparcirlos sin distincion alguna entre los cristianos y los infieles, y á inducir

Venerabilibus Fratribus Patriarchis, Prælatibus, Archiepiscopis et Episcopis.

GREGORIUS PP. XVI.

Venerabiles Fratres, salutem et apostolicam benedictionem. Inter præcipuas machinationes quibus nostra hac ætate Aetholici diversorum nominum insidiari cultoribus Catholicæ veritatis, eorumque animos a sanctitate Fidei avertere connituntur, haud ultimum tenent locum Societates Biblicæ, quas in Angliâ primum institutas, ac longe hinc lateque diffusas, facto veluti agmine in id conspirare conspiciamus, ut Divinarum Scripturarum libros vulgaribus quibusque linguis interpretatos permagno edant exemplarium numero, eosque inter Chris-

á todos á que los lean sin necesidad de guía ni intérprete alguno. Por manera que, como ya en su tiempo lamentaba S. Jerónimo, el arte de entender las Sagradas Escrituras se hace ya comun á *la habladora vieja, al anciano chocho, al palabrero sofista y á todos* de cualquier condicion que sean con tal que sepan leer, y lo que es aun mas absurdo y casi inaudito, ni aun al pueblo infiel se le niega esa comun inteligencia de los divinos libros.

Pero vosotros, venerables hermanos, no podeis ignorar cuál sea la tendencia de todos estos esfuerzos de las sociedades bíblicas, y sabeis muy bien que el príncipe de los apóstoles, S. Pedro, despues de alabar en las sagradas letras las epístolas de S. Pablo, nos advierte que hay en ellas *algunas cosas difíciles de entender, que los ignorantes y los que no tienen fijeza interpretan en mal sentido asi como las demás escrituras, para su propia perdicion*: y añade en seguida: *vosotros pues, hermanos, que ya sabeis esto, estad sobre aviso, no sea que, engañados por los errores de los insensatos, decaigais de vuestra firmeza*. Debe seros pues evidente que ya des-

tianos juxta atque infideles nullo defectu disseminant, et horum quemlibet ad illos nullo duce legendos alliciant. Ita igitur, quod suo jam tempore lamentabatur Hieronymus (1), et *garrule anui, et deliro seni, et sophistæ verboso, et universis, si modo legere norint, cujusque conditionis hominibus communem faciunt artem Scripturarum sine magistro intelligendarum: immo, quod longe absurdissimum, peneque inauditum est, ne ipsas quidem infidelium plebes ab ejusmodi intelligentiæ communione excludunt*.

Sed vos quidem minime latet, venerabiles Fratres, quorsum hæc Societatum earundem molimina pertineant. Probe enim nostis consignatum in sacris ipsis Litteris monitum Petri Apostolorum Principis, qui post laudatas Pauli Epistolas, esse ait in illis *quædam difficilia intellectu, quæ indocti, et instabiles depravant, sicut et cæteras Scripturas, ad suam ipsorum perditionem*: statimque adjicit: *Vos igitur, fratres, præscientes custodite, ne insipientium errore traductis excidatis a propria firmitate* (2). Hinc

(1) *Epis. ad Paulinum*, § 7, *quæ est Epistola LIII. Tom. I. Op. S. Hieron. edit. Vallarsii.* — (2) *2 Petri III, 16, 17.*

de los primeros tiempos de la Iglesia, fué ya comun á los herejes el arte de repudiar la tradicion y la autoridad de la Iglesia, y alterar con *su mano* las escrituras y corromper *su sentido en su interpretacion*. Ni ignorais tampoco de cuánto cuidado y saber se necesita para trasladar fielmente á otra lengua las palabras del Señor, siendo por lo tanto lo mas fácil del mundo que en esas multiplicadas versiones hechas por las sociedades bíblicas, se cometan multitud de errores por la imprudencia ó mala fe de tantos intérpretes; errores que por largo espacio de tiempo los tiene ocultos en daño de muchos la misma multitud y variedad de las traducciones. Nada empero les importa á esas sociedades el que los que lean esas versiones de la Biblia incurran en estos ó en aquellos errores: lo que les importa es, que los que lean se vayan poco á poco acostumbrando á arrogarse á sí propios el juzgar del sentido de las Escrituras, á despreciar las tradiciones divinas de los Padres conservadas en la Iglesia católica y á repudiar hasta la autoridad docente de la misma Iglesia.

et perspectum vobis est vel a prima Christiani nominis ætate hanc fuisse propriam hæreticorum artem, ut repudiato verbo Dei tradito, et Ecclesiæ Catholicæ auctoritate rejecta, scripturas aut manu interpolarent, aut sensus expositione interverterent (3). Nec denique ignoratis quanta vel diligentia vel sapientia opus sit ad transferenda fideliter in aliam linguam eloquia Domini; ut nihil proinde facilius contingat quam in eorumdem versionibus per Societates Biblicas multiplicatis gravissimi ex tot interpretum vel imprudentia, vel fraude inserantur errores, quos ipsa porro illarum multitudo in varias diu occultat in perniciem multorum. Ipsarum tamen Societatum parum aut nihil omnino interest, si homines Biblia illa vulgaribus sermonibus interpretata lecturi in alios potius quam alios errores dilabantur; dummodo assuescant paulatim ad liberum de Scripturarum sensu judicium sibi metipsis vindicandum, atque ad contemnendas Traditiones divinas ex Patrum doctrina in Ecclesia Catholica custoditas, ipsumque Ecclesiæ magisterium repudiandum.

(3) *Tertullianus, lib. de Præscript. adversus hæreticos, c. 37, 38.*

A este fin los individuos de esas sociedades bíblicas no cesan de calumniar á la Iglesia y á esta Santa Sede como si de muchos siglos ya se esforzara por prohibir al pueblo fiel el conocimiento de las Sagradas Escrituras, cuando antes bien existen muchas é irrefragables pruebas del celo singular con que aun en estos últimos tiempos han procurado los Sumos Pontífices, y bajo la direccion de estos los demás prelados católicos, que reciban los fieles católicos conocimiento mas extenso de la palabra de Dios escrita y no escrita. No á otro objeto tienden en primer lugar los decretos del Concilio Tridentino en los que no solo se encarga á los obispos el que procuren sean explicadas en sus diócesis con mas frecuencia *las Sagradas Escrituras y la divina ley*, sino que además, ampliando lo establecido en el Concilio de Letran, se manda que en todas las iglesias catedrales ó colegiadas de las ciudades y de los pueblos principales, haya una prebenda teologal que se ha de conferir precisamente á sujetos capaces de exponer é interpretar las Sagradas Escrituras. Y respecto á la ereccion de esta

Hunc in finem Bibliotici fidei Socii Ecclesiam Sanctamque hanc Petri Sedem calumniari non cessant, quasi a pluribus jam sæculis fidelem populum a Sacrarum Scripturarum cognitione arcere conetur; quum tamen plurima extant eademque luculentissima documenta singularis studii, quo recentioribus Summi Pontífices, cæterique illorum ductu Catholici Antistites usi sunt, ut Catholicorum gentes ad Dei eloquia scripta et tradita impensius erudirentur. Quo in primis pertinent decreta Tridentinæ Synodi, quibus nedum Episcopis mandatum est, ut *Sacras Scripturas divinamque Legem* frequentius per Diocesim annuntiandam curarent (4), sed ampliata insuper Lateranensis Concilii (5) institutione, provisum, ut in singulis Ecclesiis seu Cathedralibus seu Collegiatis Urbium insigniorumque Oppidorum non deesset Theologalis Præbenda, eademque conferretur omnino personis idoneis Sacræ Scripturæ exponendæ et inter-

(4) Sess. 24, c. 4, de Ref.

(5) Concil. Lateran. anni 1215, sub Innocentio III, cap. 11, quod in corpus juris relatum est, cap. 4 de Magistris.

prebenda con arreglo al Concilio de Trento y á las explicaciones ó lecciones públicas que un canónigo teólogo debia dar al clero y á los fieles, se ha tratado de ello posteriormente en muchos sínodos provinciales, y tambien en el Concilio Romano del año 1725, al cual nuestro predecesor de feliz recordacion, Benedicto XIII, convocó no solamente los obispos de la provincia romana, sino tambien á muchos arzobispos, obispos y demás ordinarios de los lugares que dependen inmediatamente de la Santa Sede. Además el mismo Sumo Pontífice en unas letras apostólicas dirigidas particularmente á la Italia é islas adyacentes, estableció algunas otras cosas para este mismo fin. Por último, venerables hermanos, vosotros mismos que de tiempo en tiempo soleis dar cuenta á la Santa Sede del estado de las cosas sagradas en cada diócesis, sabeis muy bien

pretandæ (6). De ipsa postmodum Theologi Præbenda ad Tridentinæ illius sanctionis normam constituenda, et de lectionibus a canonico Theologo ad Clerum atque etiam ad populum publice habendis actum est in plurimis Synodis Provincialibus (7), necnon in Romano Concilio anni 1725 (8) in quod Benedictus XIII fel. rec. Præcessor noster nedum sacros Antistites Romanæ Provinciæ, sed plures etiam ex Archiepiscopis, Episcopis, cæterisque locorum ordinariis Sanctæ huic Sedi nullo medio subditis convocaverat (9). Idem præterea Summus Pontifex eumdem in finem nonnulla constituit in Apostolicis Litteris, quas pro Italia nominatim Insulisque adjacentibus dedit (10). Vobis denique, venerabiles Fratres, qui de conditione sacrarum rerum in cujusque Diocesi ad Sedem Apostolicam statim temporibus referre (11) consuevistis, ex responsis per

(6) Trid. Sess. 5, c. 1, de Ref.

(7) In Concil. Mediol. I. an. 1365, par. I. tit. 5 de Præb. Theol. — Mediol. V. an. 1579, par. III, tit. 5 quæ ad Beneficior. collat. attin. — Aquensi, an. 1583, tit. de Canonis, — et aliis plurib.

(8) Tit. 1, cap. 6 seqq.

(9) In Litteris indictionis Concilii 24 decembris 1724.

(10) Const. Pastoralis Officii, XIV Kalend. Junii, an. 1725.

(11) Ex Constit. Sixti V. Romanus Pontifex. XIII Kal. Jan. An. 1585 et Const. Bened. XIV. Quod Sancta Sardinensis Synodus, IX Kal. Decemb. 1740. (Tom. 1, Bullar. ejusdem Pontif., et ex instructione, quæ extat in Append. ad dict. tom. 1.)

por las repetidas respuestas que á vuestros antecesores, y aun á vosotros mismos ha dado nuestra Congregacion del Concilio, cuán grato es á esta Santa Sede y cómo acostumbra dar el parabien á los obispos que tienen provistas dichas prebendas en sugetos idóneos que desempeñen bien su oficio, y cuán solícita es al mismo tiempo en excitar y fomentar su celo pastoral si todavía se nota en esto alguna falta.

Por lo que hace á las traducciones de la Biblia en lengua vulgar, hace ya muchos siglos que los obispos han tenido en muchas partes que redoblar su vigilancia, cuando sabian que aquellas versiones se leian en secretos conventículos, ó eran esparcidas con profusion por los herejes, siendo este el motivo de los avisos y precauciones prescritas por nuestro antecesor de gloriosa memoria, Inocencio III, acerca de ciertas reuniones de hombres y de mujeres que, con pretexto de piedad y de leer las Sagradas Escrituras, se celebraban en la diócesis de Metz; y de las

nostram Congregationem Concilii ad Decessores vestros aut ad vos ipsos iterum iterumque datis, perspectum est, quemadmodum Sancta eadem Sedes et gratulari Episcopis soleat si Præbendatos Theologos habeant in publicis sacrarum Litterarum lectionibus munere suo bene fungentes, ut numquam intermittat excitare atque adjuvare pastorales illorum curas, si alicubi res adhuc ex sententia non successerit.

Cæterum ad translata in vulgares linguas Biblia quod attinet, multis jam abhinc sæculis contigerat, ut diversis in locis sacri Antistites majore interdum vigilantia uti debuerint, ubi versiones hujusmodi aut in occultis lectitari conventiculis, aut per hæreticos impensius diffundi animadverterent. Atque huc spectant monita, et cautiones adhibitæ ab Innocentio III gloriæ. Decessore nostro circa laicorum mulierumque cætus sub pietatis obtentu, et legendarum Scripturarum causa secreto habitos in Metensi Diœcesi (12): nec non et peculiare

(12) *In tribus Litteris datis ad Metenses, atque ad illorum Episcopum ex capitul., nec non ad Abbates Cisterciensem, Morimundensem, et de Crista, quæ sunt Epist. 141, 142, lib. II, et Epist. 235, lib. III, in Edit. Balutii*

particulares prohibiciones de las Biblias en lengua vulgar que vemos se hicieron poco despues en Francia y antes del siglo xvi en España. Mas no era esto bastante, y fué menester adoptar nuevas providencias cuando los luteranos y calvinistas, atreviéndose á combatir con una casi increíble multitud de errores la doctrina inalterable de la fe, nada omitian para engañar á los fieles con perversas explicaciones de las sagradas letras y con nuevas traducciones, á cuya multiplicacion y rapidísima propagacion contribuyó muy poderosamente la reciente invencion de la imprenta. Así que en las reglas que redactaron los Padres designados por el Concilio de Trento, que aprobó Pio IV nuestro predecesor, de feliz recordacion, y que están insertas al principio del índice de libros prohibidos, se manda expresamente que la lectura de la Biblia en lengua vulgar solo se permita á aquellos á quienes se juzgue pueda aprovechar para el aumento de la fe y de la piedad. Y esta regla, res-

vulgarium Bibliorum interdictiones, quas sive in Galliis paulo post (13), sive in Hispaniis ante sæculum xvi (14) latas invenimus. Sed ampliore postmodum providentia opus fuit, cum Lutherani Calvinianique Acatholici, incommutabilem Fidei doctrinam incredibili prope errorum varietate oppugnare ausi, nihil intentatum relinquebant ut fidelium mentes deciperent perversis explicationibus sacrarum Litterarum, editisque per suos assecias novis illarum in popularem sermonem interpretationibus; quarum quidem exemplis multiplicandis, et citissime divulgandis inventæ nuper typographicæ artis præsidio juvabantur. Itaque iis in regulis, quæ a Patribus a Tridentina Synodo delectis conscriptæ, et a Pio IV fel. mem. Prædecessore nostro (15) approbatæ, Indicique librorum prohibitorum præmissæ sunt, generali sanctione statutum legitur, ut Biblia vulgari sermone edita non aliis permitterentur nisi quibus illorum lectio ad fidei atque pietatis augmentum profutura judicaretur.

(13) *In Concil. Tolosano, anni 1229, can. 14.*

(14) *Ex testimonio Cardinalis Pacerco in Concilio Tridentino (apud Pallavicinum, Storia del Concil. di Trento, lib. VI, cap. 12).*

(15) *In Constit. Dominici Gregis 24 martii 1564.*

tringida mas luego despues á causa de la constante astucia de los herejes, fué finalmente interpretada por Benedicto XIV que declaró ser permitida la lectura de las traducciones de la Biblia que se publicaran con la *aprobacion de la Santa Sede, ó con anotaciones ó notas tomadas de los Santos Padres de la Iglesia, ó de los intérpretes doctos y católicos.*

Entre tanto no faltaron nuevos sectarios de la escuela de Jansenio que, imitando el lenguaje de los luteranos y calvinistas, no se avergonzaron de censurar esta prudentísima disposicion de la Iglesia y de la Silla apostólica. Segun ellos, á todos y á cada uno de los fieles, en todas partes y en todos tiempos, era útil y aun necesaria la lectura de la Biblia, y por lo tanto ninguna autoridad podía prohibírsela. Semejante audacia de los jansenistas faé vigorosamente condenada en las solemnes decisiones que con aplauso del orbe católico dieron contra sus doctrinas dos Sumos Pontífices de feliz recordacion, Clemente XI en la Constitucion

tur (16). Huic eidem regulæ, nova subinde propter perseverantes hæreticorum raudes cautione constrictæ, ea demum auctoritate Benedicti XIV adjecta declaratio est, ut permissa porro habeatur lectio vulgarium versionum, quæ ab Apostolica Sede approbatæ, aut cum annotationibus desumptis ex sanctis Ecclesie Patribus vel ex doctis Catholicisque Vires editæ fuerint (17).

Non defuere interim novi ex Jansenii schola sectarii, qui hanc Ecclesie Sedisque Apostolicæ prudentissimam œconomiam mutuato a Luteranis Calvinianisque stylo reprehendere non sunt veriti, quasi Scripturarum lectio unicuique fidelium generi omni tempore, atque ubique locorum utilis et necessaria esset, atque ideo nemini posset auctoritati ulla interdicti. Hanc vero Jansenianorum audaciam graviori censura reprehensam habemus in solemnibus judiciis, quæ toto plaudente catholico Orbe contra illorum doctrinas tulerunt bini rec. mem. Summi Pontifices, nimirum Clemens XI in Constitutione Uni-

(16) *In Regulis Indices III et IV.*

(17) *In Addition. ad dict. Regul. IV, ex decreto Congregationis Indicis 17 junii 1737.*

Unigenitus del año 1713 y Pio VI en su Constitucion *Auctorem fidei* de 1794.

Asi pues mucho tiempo antes que se establecieran las sociedades bíblicas, estaban ya prevenidos los fieles por los mencionados decretos contra la mala fe de los herejes, disfrazada con el especioso celo de propagar y generalizar el conocimiento de las sagradas letras. Sin embargo Pio VII, de gloriosa memoria, nuestro predecesor, viendo que esas sociedades nacidas en su tiempo iban en aumento, no dejó de oponerse á sus intentos ya por sus nuncios apostólicos, ya con las cartas y decretos publicados por diferentes congregaciones de cardenales de la S. I. R., ya en fin en sus dos letras pontificias dirigidas á los arzobispos de Gnesne y de Mohiloff. Posteriormente Leon XII, nuestro predecesor de feliz recordacion, combatió los esfuerzos de las mencionadas sociedades bíblicas en su carta encíclica,

genitus anni 1713 (18), et Pius VI in Constit. Auctorem Fidei anni 1794 (19)

Ita igitur antequam instituerentur Societates Biblicæ, jandudum in commemoratis Ecclesie decretis fideles præmuniti fuerent adversus hæreticorum fraudem in specioso illo divinas litteras ad communem usum diffundendi studio latentem. Pius autem VII glor. rec. Præcessor noster, qui societates ipsas suo tempore ortas magnis invalescere auctibus comperit, haud sane abstinuit opponere se illarum conatibus tum per Apostolicos suos nuntios, tum per Epistolas et per decreta a diversis cardinalium S. R. E. Congregationibus edita (20), tum suis duabus Pontificiis Litteris quas ad Gnesuensem (21), atque ad Mohiloviensem (22) archiepiscopos debuit. Subinde Leo XII fel. mem. Decessor noster, ipsa illa Biblicorum sociorum molimina persecutus est in Encyclicis litteris ad omnes catholici Orbis

(18) *In proscriptione propositionum Quesnelli a num. 79 ad 85.*

(19) *In damnatione Proposit. Pseudo-Synodi Pistoriensis, n. 67.*

(20) *Imprimis per Epistolam Congregationis Propagandæ Fidei ad vicarios apostolicos Persiæ, Armeniæ, aliarumque Orientis Regionum datam 3 augusti 1816, et per Decretum de omnibus hujusmodi versionibus editum a Cong. Indicis 23 junii 1817.*

(21) *Die 1 junii 1816*

(22) *Die 4 septembris 1816.*

dirigida á todos los prelados del orbe católico en 5 de mayo de 1824, y lo mismo hizo nuevamente Pio VIII en su encíclica de 24 de mayo de 1829. Nos finalmente que les hemos sucedido aunque con méritos muy inferiores, no hemos dejado de dedicar á este mismo fin nuestra solicitud apostólica, y entre otras cosas hemos cuidado de recordar á los fieles las reglas antes establecidas acerca de las traducciones de la Biblia en lengua vulgar.

Y debemos, venerables hermanos, felicitaros muy mucho porque excitados por vuestra piedad y prudencia y apoyados por las mencionadas cartas de nuestros predecesores, no os habeis descuidado en amonestar á vuestra católica grey, siempre que ha sido necesario, para que se precavan de las asechanzas que les urdian los socios bíblicos. Y el Señor ha bendecido este celo de los obispos, unido á la solicitud de esta Santa Sede, pues advertidos por él muchos católicos incautos que fomentaban imprudentemente las sociedades bíblicas, se han retraido de

Antistites datis die 5 maii an. 1824, idque ipsum denuo fecit novissimus fel. item. record. Præcessor noster Pius VIII in Encyclicæ Epistola edita die 24 maii an. 1829. Nos tandem, qui meritis longe imparibus in hujus locum successimus, haud sane prætermisimus eundem in finem Apostolicam sollicitudinem nostram impendere, atque inter alia curavimus, ut sancitæ olim de vulgaribus Scripturarum translationibus regulæ in fidelium memoriam revocarentur (23).

Est autem cur vobis summopere gratulemur, venerabiles Fratres, quod excitati pietate prudentiaque vestra et supra dictis Decessorum nostrorum litteris confirmati haudquaquam neglexistis commonere ubi opus fuit catholicas oves, ut ab insidiis caverent, quæ sibi a Bibliicis Sociis struebantur. Ex hisce autem Episcoporum studiis cum Supremæ hujus Petri Sedis sollicitudine conspirantibus, benedicente Domino factum est, ut incanti quidam Catholici homines, qui Bibliicis Societatibus imprudenter favebant, perspecta subinde fraude, ad eisdem

(23) In monito adjecto ad Decretum Congregationis Indicii 7 Januarii 1836.

ellas, y el pueblo fiel ha permanecido casi enteramente preservado del contagio que le amenazaba.

Consolábanse sin embargo los sectarios bíblicos con la esperanza de alcanzar gran renombre si con la lectura de sus Biblias en lengua vulgar esparcidas en un sinnúmero de ejemplares por sus misioneros y agentes, y hasta repartiéndolas por fuerza á los que no las querian, llegaban á lograr que los infieles hicieran una profesion cualquiera del nombre cristiano; pero no es dado propagar el nombre cristiano á los hombres que pretenden hacerlo fuera de las reglas establecidas por el mismo Jesucristo; así que nada consiguieron sino poner nuevos obstáculos á los sacerdotes católicos, que enviados á aquellas regiones por la Santa Sede, no perdonaban medio ni fatiga para engendrar nuevos hijos á la Iglesia con la predicacion de la palabra de Dios y la administracion de los sacramentos, dispuestos además á derramar hasta la última gota de su sangre en los mas crueles tormentos por la salvacion de ellos y en testimonio de la fe.

Empero entre estos sectarios, defraudados en sus espe-

recesserint, et reliquus fidelium populus immunis ferme a contagione permanserit, quæ inde illi imminabat.

Ea interim spe tenebantur Sectarii Bibliici, ut magnam se consequuturos laudem non ambigerent ex Infidelibus ad Christiani nominis professionem utcumque inducendis per lectionem sacrorum Codicum vulgari ipsorum lingua editorum, quos ingenti plane exemplarium copia missionariis, seu excursoribus a se destinatis, per illorum regiones distribui, ac vel nolentibus, obtrudi curabant. Sed hominibus Christianum nomen præter regulas a Christo ipso institutas propagare conantibus nihil pene ex sententia contigit, nisi quod potuere interdum nova creare impedimenta Catholicis Sacerdotibus, qui ad gentes ipsas ex Sanctæ hujus Sedis missione pergentes nullis, parcebant laboribus, ut prædicatione verbi Dei, Sacramentorumque administratione novos Ecclesiæ filios parerent, parati etiam pro illorum salute atque in testimonium Fidei sanguinem suum inter exquisita quæque tormenta profundere.

Jam vero inter sectarios illos sua ita expectatione frustratos,

ranzas y despechados al considerar las sumas cuantiosas que habian gastado en publicar sus Biblias y el ningun fruto que habian obtenido, ha habido algunos que han dispuesto sus maquinaciones de un modo nuevo, proponiéndose atacar principalmente y desde luego á los fieles de Italia, y aun á los de nuestra misma ciudad. Sabemos en efecto por datos y noticias que hemos recibido, que en el año próximo pasado se reunieron en Nueva-York (América) muchas personas de diversas sectas y establecieron el día antes de los idus de junio (12) una sociedad con el título de *Alianza cristiana*, que piensan acrecentar con nuevos adeptos y aun con el auxilio de los que ya lo sean de otras sociedades, cuyo objeto comun sea difundir entre los romanos y demás habitantes de Italia el espíritu de libertad religiosa, ó mas bien el insensato indiferentismo en materias de religion. Porque confiesan que desde hace muchos siglos pesan tanto en la balanza del mundo las instituciones de Roma y de Italia, que nada de grande se ha hecho en el orbe sin que haya tenido su principio en esta ciudad madre, si bien no reconocen en la Silla de S. Pedro, esta-

et perdolenti recogitantes animo ingentem pecuniæ vim hæcenus erogatam suis Bibliis edendis nulloque fructu divulgandis, inventi nuper aliqui sunt, qui machinationes suas novo quodam ordine disposuerunt ad Italarum potissimum, nostræque ipsius Urbis civium animos prima veluti aggressionem appetendos. Scilicet ex acceptis modo nuntiis documentisque comperit habemus, plures homines diversarum sectarum Neo-Eboraci in America proximo anno convenisse, pridieque Idus Junias inivisse novam societatem *Fœderis Christiani* nomine nuncupatam, et aliis porro atque aliis ex omni gente sodalibus, seu constitutis in ejusdem auxilium sodalitiis amplificandam; quorum commune cum ipsis consilium sit, ut religiosam libertatem seu potius vesanum indifferentiæ super religione studium Romanis Italisque ceteris infundant. Fatentur enim vero a pluribus retro sæculis tantum orbique ponderis habuisse Romanæ Italiæque gentis instituta; ut nil magnum in orbe processerit, quin factum fuerit ab alma hac Urbe principium quod quidem non ex constituta hæc, disponente Domino, suprema

blecida aquí por disposicion del Señor, el origen de esta preponderancia, sino mas bien en algunos restos de la antigua dominacion romana, conservados por la potestad, usurpadora como ellos la llaman, de nuestros predecesores. Así pues, resueltos á dotar á todos los pueblos con la libertad de conciencia ó mas bien del error, de donde como de su fuente nazca tambien la libertad pública con el incremento de la pública prosperidad, segun ellos la entienden, se persuaden no conseguirán nada si antes no adelantan algo entre los romanos é italianos, de cuya autoridad y trabajos se valdrán luego muy mucho para realizar sus planes en las demás naciones. Y esto piensan conseguirlo fácilmente aprovechándose de la multitud de italianos que viven fuera de Italia esparcidos en diversos países y por toda la tierra, y que regresan luego á su patria en no corto número; á no pocos de los cuales ó por su gusto impregnados en esas nuevas doctrinas, ó corrompidos en sus costumbres, ó agobiados de la miseria, los atraigan sin dificultad á inscribirse en la sociedad ó al menos á venderla sus servicios por el precio que estipulen. A este fin pues, trataron con todo empeño de buscar por do quiera estos

Petri Sede, sed ex quibusdam antiquæ Romanorum dominationis reliquiis, in usurpata, ut dicitant, a Decessoribus nostris potestate permanentibus, derivatum volunt. Quare cum statutum illis sit, populos universos conscientiæ seu potius erroris libertate dotare, ex qua, veluti e suo fonte politica etiam libertas cum publicæ ad ipsorum sensum prosperitatis incrementum dimanet; nihil tamen sibi posse videntur, nisi primum apud Italos Romanosque cives aliquid profecerint, eorum deinceps auctoritate atque studiis penes reliquas gentes magnopere usuri. Atque id facile se assequuturos confidunt, cum tot ubique terrarum Itali sint diversis in locis degentes, indeque in patriam haud levi numero remeantes; quorum non paucos vel novarum rerum studio sua jam sponte incensos, vel corruptos moribus, aut inopia afflictos nullo fere negotio ad nomen Societati dandum, vel saltem ad suam operam pretio illi vendendum alliciant. Eo igitur curas suas converterunt, ut

agentes para introducir aquí y hacer pasar secretamente á manos de los fieles multitud de Biblias falsificadas y traducidas en lengua vulgar, y asimismo que se distribuyan igualmente otros malísimos libros y folletos con los que puedan debilitar en el ánimo de sus lectores la obediencia á la Iglesia y á esta Santa Sede, compuestos dichos libros por los mismos italianos ó traducidos luego de autores extranjeros á nuestro patrio idioma. Entre estos libros se cuenta principalmente la *Historia de la reforma* escrita por Merle d'Aubigné y las *Memorias sobre la reforma en Italia* por Juan Cric. Por lo demás de qué clase sean todos estos libros, podrá colegirse fácilmente con solo saber que segun los estatutos de la sociedad, en las asambleas particulares ó comisiones encargadas de la elección de libros, no ha de haber ni aun dos individuos que sean de una misma secta religiosa.

Tan luego como á Nos llegaron estas noticias no pudimos menos de contristarnos sobre manera al considerar los peligros que no ya en lugares distantes de esta ciudad, sino cerca del centro mismo de la unidad católica están preparando á nuestra santísima religion esos sectarios. Porque

horum manibus undique conquisitis vulgaria corruptaque Biblia huc advehantur et in manus fidellum clanculum ingerantur itemque ut distribuantur una simul pessimi alii libri, libellique ad mentem legentium ad Ecclesie sanctaeque hujus Sedis obsequio abalienandam, Italorum eorumdem ope compositi, aut in patrium sermonem translati ex aliis auctoribus; inter quos *Historiam reformationis* a Merle d'Aubigné conscriptam, et *Memorabilia super reformatione apud Italos* Joannis Cric praecipue designant. Caeterum de toto hoc librorum genere, quale futurum sit vel ex eo intelligi potest, quod Societatis statuto praescriptum fertur circa peculiare sodalium quorundam coetus Librorum delectui destinatos videlicet ut numquam in hos ne duo quidem unius religiosae sectae viri conveniant.

Haec ut primum relata ad Nos sunt, non potuimus equidem non contristari graviter in consideratione periculi, quod nunc per remota ad Urbe loca, sed prope ipsum Catholicae unitatis centrum incolumitati Religionis sanctissimae a sectariis

si bien no puede temerse falte jamás la Silla de S. Pedro en la que Cristo Señor nuestro puso el fundamento de su Iglesia, no por eso debemos dejar de defender su autoridad; y por otra parte la dignidad misma de nuestro supremo apostolado nos recuerda la estrechísima cuenta que el Divino Príncipe de los pastores nos ha de pedir por la cizaña que crezca en el campo del Señor si es que fué sembrada alguna por el hombre enemigo mientras Nos dormíamos, y tambien por la sangre de las ovejas confiadas á nuestro cuidado y que por nuestra culpa pereziesen.

Por tanto, habiendo consultado á algunos cardenales de la S. R. I., y meditado con toda madurez el negocio, hemos determinado de acuerdo con ellos, escribiros á todos vosotros, venerables hermanos, esta carta en la que con autoridad apostólica condenamos de nuevo todas las mencionadas sociedades bíblicas condenadas ya por nuestros antecesores; y además por una decision de nuestro supremo apostolado, reprobamos asimismo *nominatim* y condenamos la nueva citada sociedad de la *Alianza cristiano* fundada el año último en Nueva-York y todas las demás

parari cognovimus. Quamvis enim timendum minime sit ne deficiat umquam Petri Sedes, in qua inexpugnabile Ecclesiae suae fundamentum a Christo Domino positum est, non ideo tamen cessare Nos licet ab illius auctoritate tuenda; et ipso insuper Supremi Apostolatus officio admonemur severissimae rationis, quam repositet a nobis divinus Pastorum Princeps ob successentia in Dominico Agro zizaniam, si quae ab inimico homine nobis dormientibus superseminata fuerint, atque ob creditarum ovium sanguinem quae nostra hic culpa perierint.

Itaque nonnullis S. R. E. Cardinalibus in consilium adhibitis, ac tota rei causa graviter matureque perpensa, ex eorum quoque sententia deliberavimus hanc ad Vos omnes dare Epistolam. Venerabiles Fratres, qua et cunctas supradictas Societates Biblicas dudum a nostris Decessoribus reprobatas Apostolica rursus auctoritate condemnamus; et nostri pariter Supremi Apostolatus iudicio reprobamus *nominatim* et condemnamus memoratam novam societatem *Christiani Foederis* superiore anno Neo-Eboraci constitutam, et alla ejusdem generis soda-

sociedades semejantes que ó se le hayan agregado ya ó en lo sucesivo se le agreguen. Entiendan pues todos que cometen un gravísimo crimen contra Dios y contra su Iglesia, cuantos se inscriban en alguna de esas sociedades ó les presten su apoyo ó las favorezcan y fomenten de cualquiera manera que sea. Confirmamos además y renovamos con autoridad apostólica las mencionadas reglas, tiempo ha establecidas acerca de la publicacion, propagacion, lectura y conservacion de los libros de la Sagrada Escritura, traducidos en lengua vulgar; y respecto de las obras de otro cualquier autor, recordamos á todos que debe estarse á las reglas generales y decretos de nuestros predecesores que se hallan al principio del índice de libros prohibidos; debiénd abstenerse de leer no solamente los libros que en el mismo índice se designan *nominatim*, sino tambien todos los demás de que se habla en las susodichas reglas generales.

A vosotros pues, venerables hermanos, como llamados á tener una parte en nuestra solicitud, os recomendamos eficazmente en el Señor que segun lo permitan ó aconsejen

litla si quæ jam ei accesserint aut in posterum accedent. Hinc notum omnibus sit gravissimi coram Deo et Ecclesia criminis reos fore illos omnes, qui alicui earumdem Societatum dare nomen, aut operam suam commodare seu quomodocumque favore præsumperint. Confirmamus insuper et innovamus Auctoritate Apostolica super memoratas præscriptiones jamdudum editas super editione, divulgatione, lectione et retentione librorum Sacræ Scripturæ in vulgares linguas transiatorum: de aliis vero cujusque Scriptoris operibus in communem notitiam revocatum volumus, standum esse generalibus Regulis et Decessorum nostrorum Decretis, quæ Indici prohibitorum Librorum præposita habentur; atque adeo non ab iis tantum Libris cavendum esse qui nominatim in eundem Indicem relati sunt, sed ab aliis etiam, de quibus in commemoratis generalibus præscriptionibus agitur.

Vobis autem, Venerabiles Fratres, utpote in nostræ sollicitudinis partem vocatis, commendamus in Domino vehementer, ut Apostolicum judicium, et mandata hæc nostra conceditis

las circunstancias de los tiempos y de los lugares, hagais saber y expliqueis á los pueblos confiados á vuestra solicitud pastoral los decretos apostólicos y esta nuestra decision, y que procureis apartar á las ovejas fieles de esa mencionada sociedad de la *Alianza cristiana* y demás sus auxiliares, así como tambien de las sociedades bíblicas y aun de toda comunicacion con ellas. En consecuencia á vosotros toca arrancar de mano de los fieles, así las Biblias traducidas en lengua vulgar contra los sobredichos decretos de los Romanos Pontífices como los demás libros proscritos ó perjudiciales, y procurar por lo tanto que con vuestra autoridad y amonestaciones se *instruyan los fieles de cuál es el pasto saludable de que deban alimentarse y cuál el mortífero de que deban huir*. Entre tanto dedicaos uno y otro día, venerables hermanos, á la predicacion de la divina palabra, bien por vosotros mismos, bien por todos los que tienen en vuestra diócesis la cura de almas, y por los demás eclesiásticos aptos para este cargo; y vigilad especialmente á los que están encargados de enseñar públicamente la Sagrada Escritura, para que desempeñen su encargo

pastorali procurationi vestræ populis annuntietis et explicetis pro loco et tempore, fidelesque oves a prædicta Societate *Fæderis Christiani*, cæterisque eidem auxiliantibus, nec non ab aliis Bibliicis Societatibus, atque ab omni cum illis communicatione avertere connitami. Juxta hæc vestrum quoque erit tum Biblia in vulgarem linguam conversa quæ contra supradictas Romanorum Pontificum sanctiones edita fuerint, tum alios quoscumque proscriptos damnososve libros e fidelium manibus evellere, atque adeo providere ut fideles ipsi monitis et auctoritate vestra *edoceantur quod pabuli genus sibi salutare, quod noxium ac mortiferum ducere debeant* (24). Interim instate quotidie magis, Venerabiles Fratres, prædicationi verbi Dei tum per Vos ipsos, tum per singulos in cujusque Diœcesi animarum Curatores, aliosque Viros Ecclesiasticos ei muneri idoneos; atque advigilate impensius super illos præsertim, qui destinati sunt lectionibus Sacræ Scripturæ publice habendis,

(24) *Ex mandato Leonis XII, edito una cum Decreto Congregationis Indicis 26 martii 1825.*

con toda solicitud y segun la capacidad de los oyentes, y que bajo ningun pretexto se atrevan á interpretar y explicar las divinas letras contra la tradicion de los Santos Padres y el sentir de la Iglesia. Finalmente, así como es propio del buen pastor no solo defender y apacentar á las ovejas que se van con él, sino tambien á las que de él se alejan, así tambien es del vuestro y de nuestro cargo, encaminar todos nuestros esfuerzos á que cuantos se hayan dejado seducir de dichos sectarios ó de los propagadores de malos libros, conozcan mediante la divina gracia su pecado y traten de expiarle con una saludable penitencia. Ni aun deben eximirse de la misma solicitud pastoral sus seductores y aun los mismos principales maestros de la impiedad, pues si bien su iniquidad es mayor, no por eso debemos omitir medio alguno de procurar su salvacion.

Por lo demás, venerables hermanos, encargamos una vigilancia mas exquisita y peculiar contra las asechanzas y tentativas de los socios de la *Alianza cristiana*, á los que de vuestro orden gobiernan las iglesias de Italia ó de otros

ut officio suo ad audientium captum diligenter fungantur, et sub nullo umquam obtentu divinas ipsas Litteras contra Patrum traditionem aut præter Ecclesiæ Catholicæ sensum interpretari et explicare audeant. Denique sicut boni Pastoris proprium est non modo tueri atque enutrire adhaerentes sibi oves, sed eas etiam, quæ in longinqua recesserint, querere ac revocare ad ovile; ita et Vestri Nostrique muneris erit omnes pastoralis studii nervos eo item intendere, ut quicumque ab hujusmodi Sectariis, noxiorumque Librorum propagatoribus seduci se passi sint, gravitatem peccati sui per Dei gratiam agnoscant, et salutaris pœnitentiæ remediis expiare satagant: nec vero abjiciendi sunt ab eodem sacerdotalis sollicitudinis studio seductores illorum, præcipuique ipsi impietatis magistri; quorum etsi major iniquitas sit, non tamen abstinere debemus ab eorum salute, quibus poterimus viis et modis, impensius procuranda.

Ceterum, Venerabiles Fratres, contra insidias et molimina Sociorum *Fœderis Christiani* peculiarem et acriorem imprimis vigilantiam exposcimus ab iis ex vestro Ordine, qui Ecclesias

puntos donde con mas frecuencia concurren italianos, sobre todo en los países vecinos de Italia ó donde hay grandes mercados y puertos, desde donde es mas frecuente el paso á Italia; porque siendo ese el medio con que procuran llevar á cabo sus intentos los sectarios, á él deben dirigirse los esfuerzos de los obispos, especialmente de dichos lugares para que, en union con los nuestros y con el auxilio de Dios, trabajemos en desbaratar todas sus maquinaciones.

No dudamos que nuestra solicitud y la vuestra será auxiliada por la potestad civil, y especialmente por los principes de Italia, ya por su aventajado celo por la conservacion de la Religion católica, ya porque á su prevision no debe ocultarse que interesa muy mucho al bien público que no se desarrollen los planes mencionados de los sectarios, pues es constante, y lo confirma la experiencia de los pasados tiempos, que el camino mas llano, el medio mas fácil de retraer á los pueblos de la obediencia y fidelidad á sus principes, es el indiferentismo religioso propagado con el nombre de libertad religiosa. Y esto ciertamente no lo disimulan los nuevos socios de la *Alianza*

regunt in Italia sitas, aut aliis in locis ubi Itali sæpius versantur, maxime autem in Italiæ confiniis, aut ubicumque emporia portusque extant, unde frequentior in Italiam commeatus est. Cum enim Sectariis ipsis propositum sit inibi ad effectum adducere consilia sua, hinc et Episcopos potissimum eorumdem Locorum alacri constantique studio Nobiscum allaborare oportet illorum machinationibus adjuvante Domino, dissipandis.

Has autem nostras vestrasque curas adjutum iri non dubitamus præsidio Civili Potestatum, imprimis Potentissimorum Italiæ Principum tum pro singulari suo studio Religionis Catholicæ conservandæ, tum quod ipsorum prudentiam minime fugit publicæ etiam rei interesse plurimum, ut supradicta Sectariorum molimina in irritum cadant. Constat enim, diuturnoque superiorum temporum experimento comprobatum est, populis a fidelitate atque obedientia erga suos Principes retrahendis non aliam esse planiorem viam, quam indifferentiam in Religionis negotio a Sectariis sub religiøsæ Libertatis nomine propagatam. Atque id ne dissimulant quidem novi illi sodales

cristiana, los cuales aunque digan son extraños á toda incitacion á guerra y sediciones, confiesan sin embargo que de dejar á todos y á cada cual indistintamente el derecho de interpretar á su arbitrio la sagrada Biblia, y de difundir así en Italia esa omnimoda libertad de conciencia como ellos llaman, resultará naturalmente como una forzosa consecuencia la libertad política de la Italia.

Mas lo que ante todo importa es, venerables hermanos, que levantemos juntamente nuestras manos á Dios y que con las mas fervientes y humildes súplicas le recomendemos nuestra causa y la de todo el rebaño y de su Iglesia, invocando tambien la piadosísima intercesion de S. Pedro, príncipe de los apóstoles, y la de los demás santos, principalmente la de la bienaventurada Virgen Maria á quien se ha dado destruir todas las herejías en el orbe todo.

Por último, en testimonio de nuestra ardentísima caridad os damos, venerables hermanos y demás clero y fieles confiados á vuestro cuidado, os damos con todo el afecto de nuestro corazon la bendicion apostólica.

Dado en San Pedro de Roma el dia siguiente de las nonas de mayo (8) del año 1844, el XIV de nuestro pontificado. — GREGORIO PAPA XVI.

Fœderis Christiani: qui licet sese alienos profiteantur a civilibus seditionibus concitandis: ex vindicato tamen unicuique de plebe Bibliorum interpretandorum arbitrio, diffusaque ita in Italarum gentem omnimoda quam vocant libertate conscientie politicam pariter Italice libertatem sua veluti sponte consequuturam fatentur.

Quod verò primum et maximum est, levemus una simul manus nostras ad Deum, Venerabiles Fratres, eique nostram, totiusque gregis, et Ecclesie sue causam omni, qua possumus, fervidarum precum humilitate commendemus: invocata etiam deprecatione piissima Petri Apostolorum Principis, aliorumque Sanctorum, ac præsertim Beatissimæ Virginis Mariæ, cui datum est cunctas hæreses interimere in universo mundo.

Ad extremum, nostræ pignus ardentissimæ caritatis Apostolicam Benedictionem Vobis omnibus, Venerabiles Fratres, et concreditis curæ vestræ Clericis, laicisque fidelibus effuso cordis affectu peramanter impertimur.

Datum Romæ apud S. Petrum postridie Nonas Maii MDCCLXIV Pontificatus Nostri Anno decimoquarto. — GREGORIUS PP. XVI.

SOBRE LA REVISTA DE LOS INTERESES MATERIALES Y MORALES

DEL SEÑOR D. RAMON DE LA SAGRA.

ARTÍCULO 1.º

En una publicacion que tiene por objeto la sociedad, que lleva por título este mismo nombre, y en la cual se han examinado extensamente las doctrinas de algunos de los principales socialistas modernos, justo es dar una ojeada á la *Revista de los intereses materiales y morales* que está dando á luz en Madrid el Sr. D. Ramon de la Sagra, y que él apellida *periódico de doctrinas progresivas en favor de la humanidad*.

Desde luego convendremos en que es muy útil difundir en España la aficion á esa clase de estudios, y felicitamos al Sr. de la Sagra por las curiosas noticias que proporciona con respecto á la estadística de otros países, por los esfuerzos que hace para recoger datos sobre la de España, y por los cuadros que nos ofrece del triste estado social de algunas naciones que no han sabido conciliar el bienestar del mayor número con el desarrollo industrial y mercantil y la pujanza política. Mas por mucho respeto que nos inspire la persona del Sr. de la Sagra, y por mas que aplaudamos su laboriosidad, no podremos prescindir de hacerle algunas observaciones sobre los artículos que él llama *doctrinales, ó sea de discusion y manifestacion de principios*.

Es verdad lo que asienta el Sr. de la Sagra en el primer artículo de su *Revista* que las sociedades modernas se hallan en un período de agitacion progresiva del cual parti-

cristiana, los cuales aunque digan son extraños á toda incitacion á guerra y sediciones, confiesan sin embargo que de dejar á todos y á cada cual indistintamente el derecho de interpretar á su arbitrio la sagrada Biblia, y de difundir así en Italia esa omnimoda libertad de conciencia como ellos llaman, resultará naturalmente como una forzosa consecuencia la libertad política de la Italia.

Mas lo que ante todo importa es, venerables hermanos, que levantemos juntamente nuestras manos á Dios y que con las mas fervientes y humildes súplicas le recomendemos nuestra causa y la de todo el rebaño y de su Iglesia, invocando tambien la piadosísima intercesion de S. Pedro, príncipe de los apóstoles, y la de los demás santos, principalmente la de la bienaventurada Virgen Maria á quien se ha dado destruir todas las herejías en el orbe todo.

Por último, en testimonio de nuestra ardentísima caridad os damos, venerables hermanos y demás clero y fieles confiados á vuestro cuidado, os damos con todo el afecto de nuestro corazon la bendicion apostólica.

Dado en San Pedro de Roma el dia siguiente de las nonas de mayo (8) del año 1844, el XIV de nuestro pontificado. — GREGORIO PAPA XVI.

Fœderis Christiani: qui licet sese alienos profiteantur a civilibus seditionibus concitandis: ex vindicato tamen unicuique de plebe Bibliorum interpretandorum arbitrio, diffusaque ita in Italarum gentem omnimoda quam vocant libertate conscientie politicam pariter Italæ libertatem sua veluti sponte consequuturam fatentur.

Quod verò primum et maximum est, levemus una simul manus nostras ad Deum, Venerabiles Fratres, eique nostram, totiusque gregis, et Ecclesie suæ causam omni, qua possumus, fervidarum precum humilitate commendemus: invocata etiam deprecatione piissima Petri Apostolorum Principis, aliorumque Sanctorum, ac præsertim Beatissimæ Virginis Mariæ, cui datum est cunctas hæreses interimere in universo mundo.

Ad extremum, nostræ pignus ardentissimæ caritatis Apostolicam Benedictionem Vobis omnibus, Venerabiles Fratres, et concreditis curæ vestræ Clericis, laicisque fidelibus effuso cordis affectu peramanter impertimur.

Datum Romæ apud S. Petrum postridie Nonas Maii MDCCLXIV Pontificatus Nostri Anno decimoquarto. — GREGORIUS PP. XVI.

SOBRE LA REVISTA DE LOS INTERESES MATERIALES Y MORALES

DEL SEÑOR D. RAMON DE LA SAGRA.

ARTÍCULO 1.º

En una publicacion que tiene por objeto la sociedad, que lleva por título este mismo nombre, y en la cual se han examinado extensamente las doctrinas de algunos de los principales socialistas modernos, justo es dar una ojeada á la *Revista de los intereses materiales y morales* que está dando á luz en Madrid el Sr. D. Ramon de la Sagra, y que él apellida *periódico de doctrinas progresivas en favor de la humanidad*.

Desde luego convendremos en que es muy útil difundir en España la aficion á esa clase de estudios, y felicitamos al Sr. de la Sagra por las curiosas noticias que proporciona con respecto á la estadística de otros países, por los esfuerzos que hace para recoger datos sobre la de España, y por los cuadros que nos ofrece del triste estado social de algunas naciones que no han sabido conciliar el bienestar del mayor número con el desarrollo industrial y mercantil y la pujanza política. Mas por mucho respeto que nos inspire la persona del Sr. de la Sagra, y por mas que aplaudamos su laboriosidad, no podremos prescindir de hacerle algunas observaciones sobre los artículos que él llama *doctrinales, ó sea de discusion y manifestacion de principios*.

Es verdad lo que asienta el Sr. de la Sagra en el primer artículo de su *Revista* que las sociedades modernas se hallan en un período de agitacion progresiva del cual parti-

cipan mas ó menos las instituciones y los gobiernos, y que desgraciadamente no se descubre aun que la tendencia de estos corresponda á las necesidades urgentes de aquellas; que se percibe en la marcha de los pueblos mas energia que uniformidad, y que lo mismo pudiera decirse de las doctrinas de los reformadores; que por esta causa la vida social resulta tan vaga é irregular como activa y animada; recomendándose unas veces por sus nobles impulsiones, inspirando otras temor por sus convulsivos sacudimientos; que la autoridad pública participando de los mismos, ya estimula y fomenta, ya reprime y sofoca; que la proteccion lo mismo que la represion no son siempre la consecuencia de un plan premeditado de sabio progreso, cuya direccion debería estarle encomendada; que las contradicciones ofrecidas por la versatilidad de las tendencias son igualmente funestas para el prestigio del poder y la ventura de los pueblos; pero nunca hemos podido entender lo que quiere significar el Sr. de la Sagra cuando á renglon seguido, queriendo dar cuenta del estado de su entendimiento, dice: «meditando sobre estos fenómenos el redactor del futuro periódico llegó al estado de no tener *opiniones* sino *principios* en política. *Sabe ó ignora*, pero no cree ni duda.»

Llámanse principios en una ciencia aquellas verdades fundamentales sobre las que se sienta todo el edificio científico. Estas generalmente son pocas, tal vez una sola; y aun cuando se cuenten algunas, por lo comun pueden reducirse á otra que les sirve de basa. De esta regla no puede exceptuarse la ciencia política; y si el Sr. de la Sagra solo tiene en ella principios, si no se tratase de un hombre tan laborioso y entendido, casi pudiera creerse que no ha meditado mucho sobre la oscuridad de esta ciencia.

En efecto, ¿qué son las opiniones? son aquellas convicciones en pro ó en contra de una doctrina, que si bien se apoyan en razones plausibles, no excluyen del ánimo todo recelo de error, á causa de que militan por la parte opuesta otras no despreciables, y que no carecen de peso

á los ojos de una persona juiciosa. El Sr. de la Sagra dice que en política no tiene opiniones; lo que ha de significar que sus convicciones han adquirido una completa certeza, que no abriga ningun temor de equivocarse, que nada valen en su concepto las razones en que estriban los que piensan de una manera diferente. Esto apenas podemos creerlo de una persona tan entendida que no puede ignorar cuán varios y difíciles son los senderos por los cuales marcha la ciencia política; que no puede ignorar cuán profundamente se hallan divididos los autores que han hablado de semejante materia, cuánto discrepan entre sí en puntos de la mayor importancia los primeros hombres de Estado.

Tampoco comprendemos aquellas otras palabras *sabe ó ignora*, pero no cree ni duda; y confesamos ingenuamente que no atinamos cómo puede hallarse en tal situacion el entendimiento de un hombre que haya estudiado, meditado y observado, como lo ha hecho ciertamente el Sr. de la Sagra. ¿Qué es dudar? es estar el entendimiento indeciso entre dos proposiciones, ya sea por la igualdad de razones que militan en favor de ambas, ya porque en pro de una ni de otra no se presenta ningun motivo bastante á obtener el asenso. El Sr. de la Sagra habrá reflexionado algunas veces sobre la teoría de las formas políticas y su aplicación á diferentes pueblos; y es imposible que no haya vacilado entre la conveniencia de estas, la oportunidad de aquellas, la relacion entre un estado social de una nacion y la clase de gobierno bajo que vivía, ó que se trataba de imponerle; es imposible que la España, la Italia, la Alemania, la Rusia, y demás países del Norte, la Francia, la Inglaterra, las repúblicas de América no le hayan ofrecido numerosos problemas en que habia motivos de dudar. Cuando habrá encontrado razones iguales en pro y en contra de una opinion, ¿qué habrá hecho sino mantener suspenso el juicio á manera de balanza en el fiel? y esto es cabalmente lo que se llama *dudar*.

Uno de los discursos con que inaugura su publicacion

el Sr. de la Sagra es el que lleva por título: *Del principio de la autoridad*. En él, entre algunas pinceladas fieles sobre el decaimiento de las creencias religiosas, se nota bastante exageración, mucha inexactitud y algunos errores. «Hubo un tiempo, dice el Sr. de la Sagra, no muy distante aun de la época presente, en el cual se creía que la autoridad suprema emanaba de la Divinidad. En este sublime atributo estribaba su prestigio, que cuando era ejercido para el mando de las naciones, fué revestido de riqueza y magnificencia como dotes inherentes al respeto y veneración que inspiraba. . . . »

«El prestigio pues que tenía la autoridad era inherente á ella y emanaba solo y exclusivamente de su origen divino. . . . »

«Claro es que con tal sancion religiosa la obediencia resultaba infalible; y si la debilidad humana ó la severidad de la ley y de los preceptos daban origen al delito ó al pecado, ambos habian de ser expiados irremisiblemente, no mediando la misericordia de Dios, ó en esta vida ó en la futura. Pero en ningun caso era concebible la rebelion voluntaria contra los mandatos de la autoridad, y mucho menos la discusion sobre ellos. El negarlos se hubiera reputado acto de demencia; el ponerlos en duda, acto de sacrilegio. El principio de la autoridad reposando en una creencia, era articulo de fe religiosa; y por lo tanto comprendia en sí mismo los infalibles efectos de la obediencia ciega, de la sumision profunda, del respeto y de la veneracion (páginas 13 y 14).» En estos pasajes hay verdad y hay error. Es cierto que se creía que la autoridad suprema emanaba de la Divinidad, y lo creen aun todos los cristianos; pues está expresamente consignado en la Escritura que no hay potestad que no venga de Dios; es cierto que esta sancion religiosa de la autoridad la rodeaba de mucho prestigio y le granjeaba de parte de los pueblos sumision, obediencia y acatamiento; pero es inexacto que en ningun caso fuese concebible la rebelion voluntaria contra los mandatos de la autoridad, y mucho menos la discusion sobre ellos;

es falso que la obediencia resultase *siempre infalible*; y es intolerable exageracion el decir que el negar los mandatos de la autoridad se hubiera reputado acto de demencia, el ponerlos en duda acto de sacrilegio.

Como no podriamos fácilmente persuadirnos que el señor de la Sagra hable de los tiempos antiguos sin haber estudiado su historia y sus doctrinas, nos inclinamos á creer que al decir esto se olvidó de lo que habia leído, y empeñado en el contraste entre una época de fe y otra de incredulidad, recargó excesivamente el cuadro, y dió una existencia real á seres que solo existian en su mente. De otra manera no hubiera podido caer en semejantes exageraciones, confundir tan lastimosamente la sumision á la autoridad política con la sumision á la autoridad religiosa, no distinguiendo entre los diferentes caracteres que se señalaban á la una y á la otra, dimanados del origen, objeto y facultades que á cada una se atribuian, ni tampoco entre la variedad de actos de cada una de ellas, y las gradaciones que se conocian y se enseñaban públicamente, relativas á las obligaciones que de los diferentes mandatos resultaban. A no olvidar lo muchísimo que se ha escrito sobre el principio de autoridad aun en los siglos medios, las doctrinas sumamente latas que en este punto se defendian por los teólogos mas aventajados, aun en aquellas épocas en que estaba mas robusta y pujante la influencia de la Iglesia, á no haber olvidado lo que enseñaban los teólogos y los juristas sobre el origen, objeto y calidades de las leyes, sobre los casos en que se debía obedecerlas, y los en que se podia y aun debía desobedecerlas, sobre su justicia ó injusticia, sobre su conveniencia ó sus daños, sobre los derechos y deberes de los pueblos, sobre las reciprocas obligaciones entre estos y los soberanos, no hubiera podido pintar á la Europa antigua como un conjunto de naciones de ilotas que no se atrevian á pensar para examinar los actos de ninguna autoridad, que vivian abatidos con el entendimiento en tinieblas y la frente en el polvo, sin hacer otra cosa que ponerse de rodillas para

escuchar los mandatos de la autoridad, obediéndolos ciegamente; no hubiera podido decir que «de esta manera fueron gobernados los pueblos y las familias durante siglos, bajo un *régimen absoluto*, fundado en la fe y no en la fuerza, y de consiguiente constituyendo un *despotismo* aceptado voluntariamente como ley providencial y no como institución humana; que bajo esta creencia, *el principio de justicia ó de razon suprema residia tambien en la autoridad, y en todos los actos emanados de ella*; que como tales los acataban y obedecían los pueblos y los individuos, bien fuesen favorables ó contrarios á sus intereses particulares; que el origen superior de donde se suponían emanados, los calificaba de *esencialmente justos*, y la humana razon cedia humilde ante esta manifestacion de un poder incomprendible (páginas 14 y 15).»

Resulta de lo establecido por el Sr. de la Sagra que antiguamente vivieron los pueblos y las familias bajo un *régimen absoluto*, bajo un *despotismo* aceptado voluntariamente, sin examinar nada, sin discutir nada. La autoridad decía *mando*, y los pueblos inclinándose la cabeza contestaban *obedecemos*. No parece sino que no existen en la historia los recuerdos de las Cortes de Castilla, de Navarra, de Aragón, de Valencia, de Cataluña, de los Estados de Francia, de los de Alemania y otros países del Norte, y de Inglaterra; no parece sino que se ha perdido la memoria de las repúblicas de Génova, Pisa, Venecia, Florencia; no parece sino que distan muchísimos siglos de nosotros aquellos tiempos en que la Europa entera disfrutaba de instituciones en que había una incesante comunicación entre las clases representadas por distintos cuerpos y entre todas ellas y la autoridad suprema que las gobernaba; todo se examinaba, todo se discutía; los pueblos alegaban sus fueros, las clases sus privilegios, el poder sus prerogativas; se protestaba contra lo opuesto á la razon y á la justicia; unas veces estas protestas detenían á la autoridad en su camino, otras la obstinacion de esta provocaba insurrecciones abiertas: ora se terminaban los disturbios con transaccio-

nes, ora con la derrota de uno de los contendientes, tal vez con la intervencion del Sumo Pontífice; pero jamás, en ningun tiempo antes de la revolucion religiosa del siglo xvi, en que se proclamó la mal llamada *libertad del pensamiento*, ha existido esa época que nos pinta el Sr. de la Sagra en que el principio de justicia ó de razon suprema residiese en la autoridad de tal suerte que *todos* sus actos fuesen calificados de *esencialmente justos*. ¡Qué error! si los límites de un artículo nos lo permitieran aduciríamos abundantes pruebas de lo que estamos afirmando; mas diremos, con solo acudir á una biblioteca cualquiera, con solo extender la mano á los estantes donde se vieran libros viejos, podríamos indicar numerosos pasajes, tratados enteros, grandes volúmenes, que serian la mas terminante refutacion de lo que con tanta seguridad establece el señor de la Sagra.

Y cuenta que no nos causan ninguna extrañeza las equivocaciones de este escritor, á quien por otra parte apreciamos y respetamos como se merece; son tantos los compañeros que en esta parte tiene, así en España como en el extranjero!... Es indecible la ligereza con que se juzgan los siglos anteriores al xvi, mayormente en lo que toca á las doctrinas. Hay sobre el particular ideas tan extrañas, son tan crasas las equivocaciones, que á no haberlo visto de cerca cotejando lo que se dice con la realidad de los hechos, no es posible concebir cómo se dejan llevar hasta tal extremo hombres de incuestionable talento y acreditada laboriosidad. Por un conjunto de circunstancias que no es oportuno explicar ahora, hay en el fondo de la ciencia europea, en lo que tiene de mas popular y brillante, cierto fondo de errores que se han hecho como hereditarios, y se admiten como verdades inconcusas. La causa de esto se halla principalmente en que muchos de los hombres que mas figuran en el mundo científico y literario, cuando se trata de ciertas materias no consultan sino una clase de libros, que por lo comun no están sobrantes de exactitud é imparcialidad. Como el acudir á las fuentes donde po-

drian informarse completamente, es cosa ajena de sus ocupaciones ordinarias, y los estudios que se verían precisados á hacer son poco conformes á su gusto, prefieren valerse de libros que ó les extractan las doctrinas en trozos incompletos si no truncados adrede, ó les dan cuenta á su modo, ofreciéndoles no el sistema del autor de quien tratan, tal como este lo concibió y explicó, sino alterado y desfigurado, tal como á ellos les ha venido en talante.

La mucha afición á las ciencias sociales y políticas que se ha desplegado en el siglo anterior y en el presente, ha hecho que se hablase frecuentemente de las doctrinas de los católicos sobre el origen del poder, su objeto y facultades. Hablando de estas materias sin consultar directamente las obras de los principales escritores que cuenta la Iglesia, era natural que se padeciesen equivocaciones gravísimas, como en efecto se han padecido. ¡Cuánto no se ha dicho y desbarrado sobre el principio del *derecho divino!* ¡cuánto sobre el *despotismo* enseñado por los católicos, y cuán pocos son los que han estudiado á fondo esas materias pasando muchas horas en la lectura de nuestros teólogos! Los que mas se habrán internado en estas investigaciones habrán creído haber hecho lo bastante consultando la *Política sagrada* de Bossuet, la *Teoría del poder* del vizconde de Bonald, y las obras del conde de Maistre; y sin embargo, á pesar del profundo respeto que tributamos á estos autores, y de la admiración que nos inspiran, todavía nos atreveremos á decir que despues de leídos y conocidos á fondo todos sus trabajos, aun resta mucho que aprender en política en los escritos de Belarmino, de Suarez, de Cayetano, de Santo Tomás de Aquino, y de muchísimos otros teólogos insignes. Mas diremos, no solo resta mucho que aprender, sino que es imposible formarse ideas exactas sobre la marcha de la ciencia política en Europa y sus relaciones con la historia de los grandes acontecimientos, sin estudiar las obras de los teólogos; las cuales por estar escritas en el estilo y lenguaje de su tiempo, no dejan de contener un inestimable caudal de sabiduría y de contri-

buir en gran manera á completar el cuadro de los progresos del espíritu humano, con respecto á las cuestiones mas interesantes de la ciencia política.

La profunda convicción que de mucho tiempo atrás abrigamos sobre la ignorancia y ligereza de que nos hemos lamentado, nos inspiró la idea de un trabajo bastante extenso que disipase los errores sobre este particular, el cual forma parte de la obra que dimos á luz titulada: *El Protestantismo comparado con el Catolicismo en sus relaciones con la civilización europea*. La mitad del tomo tercero y gran parte del cuarto, tienen por objeto dar ideas claras y precisas sobre el *derecho divino*, sobre el origen del poder, sobre sus facultades y objeto, dilucidando estos puntos y manifestando las equivocaciones que en ellos se han padecido, por el prurito de hablar de cosas que no se conocían, lo que acarrea que se achacasen á todos los escritores católicos, doctrinas que ellos jamás habian profesado. Allí están los pasajes de S. Juan Crisóstomo, de S. Agustin, de Santo Tomás de Aquino, de Belarmino, de Suarez, del venerable Palafox, del P. Marquez, del P. Mariana, del Padre Fray Juan de Santa María, de S. Liguori y de otros teólogos ilustres; allí se patentiza con argumentos irrecusables fundados en los textos mismos de los autores, cuán equivocadamente han sido juzgados estos, y con cuánta injusticia los han tratado la ignorancia ó mala fe.

Esto en cuanto á la política: por lo tocante al desarrollo intelectual, á la lucha de la razon con la autoridad, al pretendido estorbo que esta ponía á aquella y otros puntos análogos que tambien indica el Sr. de la Sagra, bien que someramente, inclinándose á las falsas opiniones que por desgracia se han vulgarizado, merced á las causas arriba señaladas, tambien demostramos en el mismo lugar, con el convincente testimonio de los hechos, que habia mucho de inexacto y errado en los juicios que sobre aquellas épocas han emitido algunos escritores cuya nombradía parece haberles asegurado el derecho de afirmar sin probar.

— J. B.

LITERATURA.

OBRAS DE D. JUAN MANUEL DE BERRIOZABAL,

MARQUÉS DE CASA JARA.

En este siglo de escepticismo é indiferencia, en cuyo torbellino parece tan lastimosamente la fe de muchos jóvenes, víctimas de la inexperiencia y del irreflexivo amor á la novedad que acompañan la primavera de la vida, es sumamente grato y consolador encontrarse con uno que reuniendo á sus cortos años esclarecidos títulos, pingüe fortuna, entusiasmo por las bellas letras y dilatados viajes, no se haya dejado contaminar por el emponzoñado aliento de la época, y antes bien conserve en sus escritos y en su corazón, las creencias en todo su vigor, la piedad en toda su ternura. Tal nos parece el distinguido escritor D. Juan Manuel de Berriozabal, marqués de casa Jara; y tal les ha de parecer á cuantos se hayan saboreado con la lectura de sus obras. No se desdeña el Sr. de Berriozabal de escribir en prosa, y aun de ocuparse en traducciones que puedan ser útiles á la religion, pero su afición favorita es la poesía: ha nacido poeta, compuso versos desde su niñez, y componiendo versos descenderá al sepulcro. De muy temprana edad habia ya traducido algunas composiciones de Lamartine que dió despues á luz en 1839, mereciendo su trabajo tanta aceptación que fué luego reimpresso en París, y tambien en otro lugar que no nombraremos, donde se atacó el derecho de propiedad del autor, y lo que quizás le fué mas doloroso, estropeándole lastimosamente muchos versos. Una traduccion semejante era ardua empresa para un mozo de pocos años, pero es menester confesar que el Sr. de Berriozabal no se mostró inferior á su empeño.

No podia escogerse trabajo mas á propósito para un ensayo del talento poético; porque en él se habia de palpar si el traductor sabia mostrarse poeta comprendiendo al poeta; si tenia el sentimiento de la religiosa ternura que respira *El Crucifijo*; si acertaba á expresar el sublime lenguaje del *Angel de la tierra despues de la destruccion del globo*, y hacernos oír el acento de la *Desesperacion* en la boca del mortal que blasfema de la Providencia.

El Crucifijo que por el doble título de su nombre y de su mérito, ocupa dignamente el primer lugar entre las composiciones traducidas, está vertido al español con suavísima unción, y con aquella belleza grave y melancólica, que tan bien asienta á los recuerdos que excita un *Crucifijo*, recogido del seno de una persona querida que acaba de espirar.

¡Imágen de mi Dios, heredamiento
De precio el mas subido,
Que de su yerto labio he recogido
Con su final adíos y último aliento,
Símbolo para mí dos veces santo!
¡Ay, cuántas mi quebranto
Con encendido lloro
Ha bañado tus piés, que amante adoro,
Desde el sacro momento
En que á mis manos trémulas pasaste
Desde el seno de mártir inocente,
Estando tú aun caliente
Con su postrer suspiro que guardaste!
Fugitivo esplendor aun relumbraba
En sus lánguidos ojos de dulzura;
El sacerdote anciano murmuraba
Del dichoso morir el suave canto
De celestial encanto,
Semejante al arrullo de ternura
Con que adormece maternal carifio
Al regalado niño.

De su esperanza pia
En su frente la huella se veía:
En su rostro bañado
De insólita hermosura
Pasajero dolor hubo estampado
Su gracia y el donoso desaliño,
Su majestad la muerte grave y pura.

Del funerario lecho
Un brazo le pendía;
Lánguidamente el otro sobre el pecho
Plegado parecía
Que aun con abrazo estrecho
La dulce imagen de Jesús ceñía.
Su labio se entreabría
Para estrecharle aun; su ánima empero
Entre los santos ósculos ya había
Veloz desaparecido,
Cual perfume ligero,
Que la llama devora aun no encendido.
Todo en su boca frígida dormía,
Los inquietos latidos
Del corazón callaban;
Sus párpados rendidos
Al sueño sepulcral medio caídos
Apenas ver dejaban
Sus ojos de tinieblas circuidos.

En el *Himno del Ángel de la tierra después de la destrucción del globo*, abandona el poeta ese sentimiento de blanda y melancólica ternura y deja que hable la *divina sombra* que no viendo en la tierra

Mas que cenizas, míseros despojos
De un lucero difunto,
Mas que un hueso de fruta pestilente,
Que ha ya roído del gusano el diente,

se expresa con aquel acento de sublime dolor que cumple á un querub, que abandona el lucero confiado un día á su guarda, y que no habiendo podido evitar su destrucción, acata los decretos del Eterno;

Y el vuelo remontando
Desde léjos sacude de sus alas
El polvo vil, y aun otra vez se inclina
Para tornarle á ver.....

La sorpresa del ángel, al mirar el globo reducido á un monton de ceniza fria, está expresada con suma maestría: Lamartine hizo un esfuerzo para levantarse á la altura del celeste espíritu; y el jóven traductor español no se quedó rezagado en el atrevido arranque: el mismo Herrera no desdeñaría por cierto el siguiente pasaje:

¡Y qué! ¿tú eres, tierra inanimada,
Tú eres la que yo vía
¡Ay Dios! aun no hay un día,
Alanzarte inflamada
Del dedo de Jehová como centella,
Del amor y la vida
En la hoguera encendida?
Con ruboroso velo
Admiración y envidia á toda estrella
Cubrió la faz. Tú descendiste al cielo,
Y los astros saltaron
Al punto que te vieron,
Y las olas de azul apaciguaron
Bajo tu peso su bullir bramante,
Y tu globo espumante
Pacíficas mecieron.
¡Sobre tu tierna frente que aun nacía,
La luna, el sol brillaban á porfía!
Con mas grata dulzura
Que tu risueña aurora,
Y mas que el medio día

Resplandeciente y pura
La mirada de Dios centelladora
De la vida inmortal aun te vestia.
¿Cuál es tu destino?... ¡En su semilla ahogados
De cuantos seres inmortales lleno
Debiera estar tu seno!
¿Dó están? ¿Es cierto? ¿Es ya ceniza fria
Lo que en la eternidad vivir debía?

Acongójase el pecho al recorrer las terribles páginas de *La Desesperacion*, y al encontrarnos con *La respuesta de la Providencia*, parécenos que despertamos de un ensueño infernal en la aurora de un hermoso día. Difícil parecia que en el corazón tiernamente religioso del joven traductor se hallase una cuerda que vibrase tan recio, y que con tan bronco sonido imitase el lenguaje de los condenados; lenguaje que penetra hasta el fondo del alma, y que dejaria en ella una impresion funesta, si luego despues que

El hijo de la nada la existencia
Ha maldecido.....

no hablase el Supremo Hacedor defendiendo él propio su causa, y no aterrarse á su débil criatura que blasfemaba lo que no comprendia, diciéndole:

Para ser justo tú tienes un día
Y yo la eternidad.....

La traduccion de *El Hombre á lord Byron*, es tambien propia del terrible genio á quien va dirigida: la siguiente muestra dará á nuestros lectores una idea del desempeño del traductor.

¡Tú, cuyo nombre verdadero el mundo
Ignora todavía, misterioso
Espíritu, mortal, demonio ó ángel,
Cualesquier cosa que tú seas, Byron,
Genio bueno ó fatal, de tus conciertos
La armonia frenética me agrada;
Como me agrada el estallar del rayo
Y de los vientos el feroz rugido

Cuando juntan su voz en las tormentas
De los torrentes al estruendo sordo!
Es tu morada lóbrega la noche,
Tu dominio el horror. Águila adusta,
De los desiertos orgullosa reina,
Así rehuye los floridos prados;
Solo le agradan, como á tí, las rocas,
Que el invierno nevoso ha encanecido
Y que el rayo partió; solo le placen
Solitarias riberas, que el naufragio
De sus despojos pálidos sembrara,
O sanguinosos campos que ennegrecen
Los deplorables restos de un combate;
Y mientras pone el nido entre las flores
Cabe el parlero arroyo Filomena,
Ella salva la horrible de Athos cumbre,
Y en el declive de los agrios montes,
Viendo á sus plantas insondable abismo,
El rudo nido impávida coloca;
De palpitantes miembros rodeada,
De ásperas rocas, donde verdinegra
Gotea sin cesar caliente sangre,
Baña su pecho de inhumano gozo
Con los chirridos lúgubres que arroja
La desvalida presa que sus garras
Oprimen, ahogan, hieren, descuartizan,
Y que aun viva devora su atroz pico;
Y en jubilosa majestad se aduerme
Mecida en alas de la gran tormenta.
Semejante al pirata de los aires
Eres, oh Byron; del despecho insano
Son tu mas dulce música los gritos:
Tu espectáculo el mal, y tú infelice
Víctima el hombre. Cual Satán tus ojos
Han medido el averno; allí tu alma,
Al sumergirse, á la esperanza ha dicho
Un adios eternal.

Quien tan felizmente se había ensayado en traducciones semejantes, bien podía acometer empresas de mayor entidad; y el Sr. de Berriozabal se sintió ya con fuerzas para poner la mano en la recomposicion ó renovacion de un poema épico. Hablamos de la *Cristiada* de Hojeda, publicada por el jóven poeta con el título de *Nueva Cristiada*. La rapidez con que vamos examinando las obras del señor de Berriozabal, no nos permite entrar en cuestiones acerca de las ventajas, inconvenientes y dificultades de semejante trabajo; en el prefacio de su obra las ha tocado el señor de Berriozabal, y creemos que para dar ideas claras sobre el particular nada mas á propósito que sus mismas palabras.

«El Padre Maestro Fray Diego de Hojeda, dominico de Lima, hallándose de regente de los estudios de su convento, compuso en los primeros años del siglo diez y siete, un poema, divino por su objeto, por la admirable maestría de su estructura, por la inmensa erudicion que encierra, por la elevacion de sus pensamientos, por la ardientia poética de sus afectos, por la extension y grandeza de su plan, por sus imágenes altas y atrevidas, y finalmente por su exquisito sabor de mística y de santidad. Empero este grandioso monumento de gloria para su autor, quedó sepultado entre indignas cenizas en esa vandálica inundacion del mal gusto, en que los Góngoras, es decir, los Alaricos y Atilas de la española poesía, redujeron á escombros el floreciente imperio de las letras. Este amenísimo campo assolado con tal barbarie se vió en breve cubierto de malezas, las cuales por mas de una centuria hicieron olvidar las muchas preciosidades que bajo de aquellas ruinas se hallaban soterradas. En aquel tiempo fué moda vivir á oscuras. Sabido es que la aurora que dispó tan ominosas tinieblas, fué la aparicion admirable de Luzan, Cadalso, Moratin, Melendez y otros beneméritos ingenios, cuyos nombres pronunciamos de pocos años á esta parte con poco respeto, con ingratitud: olvidamos lo que les debemos: olvidamos que no es lo mismo conquistar un

reino que aprovecharse de las conquistas de nuestros predecesores: deslumbrados con los relumbrantes vuelos de algunas águilas extranjeras las seguimos con peligro de abrasarnos en los rayos del sol, apartando la vista del gracioso y apacible revoloteo del colorin de Batilo.

»Nadie ignora que con la restauracion del buen gusto salieron del olvido en que yacian algunos de los muchísimos buenos poetas del siglo de oro de la lengua castellana: todos se afanaron por estudiar la docta y castiza antiqüedad del idioma y las bellezas de su poesía en los autores que había ultrajado la generacion anterior; los impresores los desagraviaron haciendo de ellos nuevas ediciones; diéronse á luz diversas colecciones, que si bien carecian del gusto, órden y delicadeza para elegir que en ellas echan de menos los maestros del arte, presentaban el oro como sale de la mina, entremezclado con otras materias no tan dignas de estima ni de valor tan subido. Pero aun dormía Hojeda en el polvo del olvido, ni era llegado el tiempo de su resurreccion; los restauradores de la buena poesía estaban demasiado ocupados en cantar amorcillos profanos, y al otro lado del Pirineo recibía Voltaire el incienso de los ilusos. En otras naciones, principalmente en Alemania, agitaba la inspiracion de Dios los ardorosos pechos de los vates; pero la Francia estaba de por medio. Las modas de esta nacion vecina tarde ó temprano suelen venir á España: aquella se ha levantado del abismo de la impiedad que es una tumba hedionda, ha visto que era inmundó el traje del cinismo y ya lo arroja avergonzada para adornarse del antiguo timbre de muy cristiana: es dicha de su suelo que en él se estén dando un ósculo de paz la religion y las letras. Ya se deja entender que el siglo en que vivimos á pesar de las tempestades que corre la nave del Estado, es mas favorable que el pasado á la reaparicion del grande Hojeda. El hecho lo confirma. En mil ochocientos treinta y tres publicó D. Manuel José Quintana una coleccion de los mejores trozos de nuestros poemas heróicos é insertó en ella diez y siete fragmentos de la *Cristia-*

da, y en el discurso crítico que los precede leemos entre otras cosas lo siguiente: «La parte sobrenatural de estos poemas, ó llámese máquina, que como condicion épica es, según la opinion general, un accesorio preciso en ellos, era en la *Cristiada* la esencia verdadera de su argumento, puesto que en ella todo es maravilloso y divino. Su enlace, pues, y su oportunidad, no era por lo mismo tan difícil aquí como en las fábulas puramente humanas, aunque era á la verdad mucho más arduo su desempeño. Pero no hay duda en que está grandemente concebida en la *Cristiada* esta alta composición en que los hombres, sin saber lo que hacen, persiguen, atormentan y ajustician á su Salvador; en que los espíritus infernales inciertos al principio del gran acto que se prepara, dudan, averiguan, después tratan de impedirlo por medio de equidad y de blandura, y desengañados al fin y furiosos de no poderlo estorbar, acrecientan hasta un punto sobrenatural la rabia y crueldad de los sayones como en venganza de la mengua que van á padecer, mientras que los moradores del cielo conmovidos á un tiempo de dolor, de horror y de maravilla por lo que se consiente á los hombres con el Hijo de su Hacedor, bajan y suben de la tierra al cielo, del cielo á la tierra á suministrar aquí consuelos, allí esperanzas, mas allá firmeza y resignacion, y algunas veces terror y espanto, ya que no se les permiten ni la defensa ni el castigo. Dios en lo alto, inmóvil en sus decretos, llevando á cabo la obra acordada en su mente para beneficio de los hombres, y su Hijo en la tierra prestándose al sacrificio y sufriendo con toda la majestad y constancia de su carácter divino aquel raudal de amarguras y dolores que vierte sobre él la perversidad humana. Así el cielo, la tierra, los ángeles, los demonios, Dios y los hombres todo está en movimiento, todo en accion en este magnífico espectáculo, donde la pompa y brillantez de las descripciones, la belleza general de los versos y del estilo corresponden casi siempre á la grandeza de la intencion y de los pensamientos.» Hasta aquí el Sr. Quintana.

»Quien lea este magnífico bosquejo, se admirará sin duda de que la *Cristiada* no sea el poema más célebre del mundo, ó al menos atribuirá su oscuridad á una causa grave y misteriosa; pero el mencionado crítico desenvuelve este enigma, haciendo una larga enumeracion de los defectos que cometió el grande Hojeda al ejecutar el plan que habia ideado con tan prodigiosa perfeccion; enumeracion que me abstengo de copiar, porque los aficionados pueden verla en el autor que he citado como el único que ha hablado de esto.

»Quisiera yo que no fuesen tan raros como son los ejemplares de la antigua *Cristiada*, pues teniéndola á la vista se me podría disculpar y aun agradecer el atrevimiento de haber derribado con ardor y con brio juvenil aquel viejo y desmedido edificio, que yacia en la soledad y el abandono, para edificar sobre sus mismos cimientos y con el oro hallado entre sus ruinas, otro nuevo palacio más hermoso para el Rey de los cielos. Pudiera haber hecho del todo mía la gloria de esta nueva fábrica construyéndola con el caudal de ideas y con el plan ajeno; pero ¿á qué fin aumentar el número de los plagiarios ocultos que, engalanados con robos, se avergüenzan de decir «esto no es mio?» Tan lejos estoy de semejante ratería, que mi anhelo de engrandecer la memoria de Hojeda ha rayado en un entusiasmo no estéril ni infecundo sino eficaz y activo, para con nueva lozanía levantarle de su sepulcro, y generoso para cederle las flores con que he retejido la corona de su inmortalidad.

»Diré pues lo que he hecho para lograrlo. Copiar en miniatura su cuadro gigantesco. He dado más vida á las fisonomías, rápido movimiento á las figuras, y á la accion más calor, más variedad, más energía, más vuelo. ¿Cómo? conservando en lo posible el grandioso plan del antiguo poema, sus ideas, y hasta sus versos cuando son buenos ó pueden convenir á las nuevas dimensiones del mio; creando imágenes nuevas; retocando y avivando las antiguas; suprimiendo todo lo frío, todo lo difuso, todo lo insípido;

poniendo de mi caudal las pinturas del infierno y los episodios de Pedro y de los milagros contenidos en el canto segundo, quitando algunos otros que con su excesiva monotonía hacían muy pesada su lectura, á pesar de sus grandes bellezas de primer orden, corrigiendo en su mayor parte la versificación ó haciéndola de nuevo. A esto di el título de compendio cuando en 1837 publiqué en París el fruto de mi tarea, y envié aquella edicion algo incorrecta á mi país ardientemente amado, la América meridional. La *Cristiada* habia nacido en el Perú, y despues de mas de dos siglos volvía á presentarse rejuvenecida por un hijo de aquella religiosa república; y así era justicia que á ella volviese lo que por derecho le pertenecía. Algunos ejemplares traídos á España únicamente por regalarlos á varios amigos y no pocos que se repartieron en Francia y en Italia, han granjeado á Hojeda una porcion de admiradores, poetas y no poetas, cuyos elogios no era de esperar que se prodigasen á un trabajo, que si bien se habia acometido con el hervorcillo que abrasa las venas del hombre en la fogosa y entusiasta edad de 22 años, no podia prometer la cordura y discrecion necesarias para poner la mano sin nota de temeridad en un argumento épico. Pero aquí se ha verificado aquella tan sabida sentencia: *Audaces fortuna juvat*; por lo cual me he resuelto á dar al público esta edicion mejorada con los adelantamientos consiguientes que hacerse suelen en la juventud y con las observaciones que de varias personas he podido oír y recoger en estos cuatro años. En literatura y en moral soy de parecer que nadie tiene motivo de avergonzarse por dar á sus obras toda la perfeccion posible, corrigiéndolas una y mil veces. Sé que los frutos de nativa hermosura tienen la belleza de Eva antes de su pecado; pero tambien arrebatan mi imaginacion el maniqueo disoluto hecho doctor de la Iglesia, y la mujer impúdica hecha ángel de los desiertos: Agustín y María la Egipcíaca transformados por su correccion y enmienda de carbones de iniquidad en soles esplendorosos de inmaculada justicia. Aplíquese es-

ta idea á las producciones del ingenio y se la verá confirmada en la presente.»

Dejando pues al juicio de los lectores el fallo sobre las cuestiones literarias que aquí podrian ofrecerse, nos contentaremos con hacer notar algunas de las muchas preciosidades que se encierran en la *Nueva Cristiada*.

Otros poetas españoles se han ocupado en revestir de formas sensibles á los siete pecados mortales, presentándoles en personificaciones á propósito para expresar sus deformidades características; pero mucho dudamos que en esta parte se haya escrito nada superior á las magnificas pinceladas del Sr. de Berriozabal, al pintarnos á Jesus en el huerto de Getsemani con la misteriosa vestidura de las siete fajas.

Con pavoroso manto el firmamento

La noche melancólica cubria

Y con ronco zumbido el vago viento

En la celeste bóveda gemia,

Y lúgubre clamor de sentimiento

Aun el monte mas duro despedia,

Cuando á Getsemani Jesus llegaba,

Y en ondas de dolores se anegaba.

¡Ah, que de pecador tragedia triste

En figura de todos representa,

Y de sus culpas una ropa viste

Tejida en maldicion y vil afrenta!

Intrépido vistióla y no resiste

Ser por ella arrojado en la tormenta:

La vestidura siete fajas tiene

Y culpa grave cada cual contiene.

En la primera está la majestosa

Libre Soberbia, grave y empinada,

En ancha silla de marfil preciosa,

Con régia pompa de ambicion, sentada.

Ciñe su adusta frente nebulosa

Aurea corona de humo vil tiznada,

Y su erguida garganta collar rico,

Y para su altivez el mundo es chico.

La insaciable, tenaz, seca Avaricia,

De tristes ojos y coraje hambriento,

De oro cercada y llena de codicia,

Abre cien bocas, tiende manos ciento.

Con aquellas da paz á la injusticia,

Con estas de su bien busca el aumento;

De sangre de pequeños se mantiene

Y en la ropa el lugar segundo tiene.

Los treinta escudos con que al ciego Judas

Por la sangre de Cristo gratifican,

Están pintados, y con lenguas mudas

Su nefanda maldad allí publican.

¡Oh buen Dios! ¿Que á pagar por él acudas

¡Ay! con tus venas que tu amor explican?

¿Y él que te venda por tan bajo precio?

¡El altísimo Dios en tal desprecio!

Entre lascivos fuegos abrasada

Como el incendio de alquitran terrible,

En la tercera parte dibujada

Se mira la Lujuria incorregible:

Ostentando su faz desvergonzada,

Su mano carnícera, vientre horrible

Y altivo cuello, con inmundada boca

A la encendida juventud provoca.

Con arrugada frente y secos labios,

Lanzando chispas de sus turbios ojos

Y de la boca horrisonos agravios,

Y con las manos prometiendo enojos

Entre Silas, Pompeyos, Julios, Fabios,

Guerras, victorias, armas y despojos,

Está la Ira fatal de brazo fuerte:

Voces da, piedras tira, sangre vierte.

Una mesa riquísima, de flores

Y diversos manjares adornada,

Cercando están valientes comedores

De gesto ufano y vida regalada.

Preciosos vinos, árabes olores

Rodean á la Gula destemplada

Que en los ricos palacios de los reyes

Impone torpes ó brutales leyes.

Sirven de rubias y tendidas hebras

A la Envidia de aspecto formidable,

Ensartijadas hórridas culebras,

Que le ciñen el cuello abominable.

Torva los yerros ve, mira las quiebras

De la gente en virtudes admirable,

É imperceptibles faltas desentierra,

Que el hombre frágil, aunque justo, encierra.

El postrero lugar ocupa ociosa,

Lánguida la Pereza en torpe lecho,

Allí en calientes sábanas reposa

Puestas las manos en el muelle pecho;

Allí sueña, allí duerme lagañosa,

La noche prolongando sin provecho;

Y aunque despierte al retemblar la tierra,

Luego los ojos nuevamente cierra.

Sentimos que el Sr. de Berriozabal cuidase hasta tal punto de la fuerza de la imágen en la descripción de la *Pereza*, que se dejase llevar hasta el mal gusto, permitiéndose el vocablo *lagañosa*; lunar que resalta tanto mas cuanto que se tropieza con él, despues de haber admirado lo magnífico de la versificación y de la poesía. Permítanos el ilustre autor tamaña severidad; bien sabe que en asuntos de crítica, si los trabajos han de ser concienzudos, es preciso dejar aparte las consideraciones de la amistad.

El congreso de los espíritus infernales es tambien un pasaje lleno de poesía. Despues de tantas descripciones como se han hecho de la region de tinieblas y de sus terribles moradores, parecia difícil escribir nada que pudiese llamar la atención; sin embargo el autor de la *Nueva Cristiada* ha encontrado en su imaginación abundantes recursos para hacer su cuadro interesante, realizando además

la fuerza y brío del pensamiento con una versificación tan soberbia que hace resonar á nuestros oídos el fragoso estrépito de las bóvedas del Averno.

Del monarca infernal el furor sube
Recelando que Cristo sea el Verbo:
Torbellinosa la de incendios nube
Mas le devora el corazón protervo:
La frente impía del infiel querube
Surcan mas rayos, y el dolor acerbo
Desgarrándolas vierte en sus entrañas
Todo el raudal de sus atroces sañas.
Una torre de sierpes y alacranes
Sobre sus ígneas crines se encarama;
En sus oídos zumban huracanes
De alarido eternal que ronco brama;
A sus plantas revientan cien volcanes;
Le anega mar de hiel, betun y llama;
Con lanzas de diamante agudas ciento
Está clavado al monte del tormento.
Con la tartárea trompa hondisonante
Sus rugidoras iras sempiternas,
Estremeciendo, en son horripilante,
Las pavorosas, lóbregas cavernas
Llaman al escuadrón centelleante,
Que de las claras bóvedas supernas
Cayó rodando á la mansión de llanto,
Dó le horroriza perdurable espanto.
La hondísima region de la tiniebla
Un mar de sangre espumajosa inunda;
La retronante bóveda de niebla
Fuego devastador llueve iracunda:
Muchedumbre de crímenes la puebla:
La muerte con sus brazos la circunda:
Y de la eternidad la pesadumbre,
Forma su férreo muro y su techumbre.
De Luzbel al acento soberano

De espíritus se junta el bando fiero:
Blandiendo un rayo en su vibrante mano
El altivo dragon llega primero
Que por Jove adoró ciego el romano;
Y el que Apolo fingióse palabrero,
Segundo viene envuelto en lumbre roja
Que cual sol infernal chispas arroja.
Y el que sañudo presidió á la guerra,
Llevando el mástil de un bajel por lanza,
Y á cuyo carro retembló la tierra,
Con ignívoros ojos de venganza,
Que al mas robusto corazón aterra,
Ya del oscuro rey llega á la estancia:
Y el que Chipre adoró por Vénus bella,
Y el que culto exigió de la doncella.
También el diligente mensajero,
Que falso padre fué de la elocuencia,
Alado en piés estuvo allí ligero,
Solemne ostentador de antigua ciencia!
Espíritu en delirios lisonjero,
Gran pintor de fantástica apariencia;
Y el que á sus hijos devoró tirano,
Y el que fingió frenar el mar insano.
Y el oro vil que presidió al becerro
Por Dios tenido, y en crisol forjado,
Efecto pertinaz del loco yerro
Del pueblo de Israel desatinado,
El oro antiguo convertido en hierro,
Y de buey el aspecto conservado,
Bajó dando bramidos pavorosos
Con los dos de Samaria fabulosos.
Ni los Dioses en Méjico temidos
De aquel horrendo cónclave faltaron,
De humana sangre bárbara teñidos
En que siempre sedientos se empaparon:
Ni del Perú los ídolos fingidos
Que en lucientes culebras se mostraron:

Ni Eponamon, indómito guerrero,
Deidad altiva de Arauco fiero.

Junto el Senado con solemne pompa,
La boca, que parece catacumba,
Abre el tremendo rey: cual son de trompa,
Cual airado huracan su aullido zumba:
Tormenta atroz que en trueno bronco rompa,
No con fragor tan hórrido retumba,
Ni terremoto que en tronante guerra
Derrumba montes y desgarrá tierra.

« ¡Príncipes, dice, torcedor agudo
Hoy mas que nunca me traspasa el pecho!
Que Cristo sea el Verbo ¡ay de mí! dudo;
Y ¡oh dolor! ¡oh dolor! que lo es sospecho.
¡Ay de Luzbel! ¡ay de Luzbel sañudo!
¡Ay de Luzbel! ¡ay de Luzbel! ¿Deshecho
Será mi imperio? ¿Cerrará mis puertas
Estando al hombre las del cielo abiertas?

» ¡Mas ay!... ¡Deliro!... Buscaré camino
De saber la verdad: id luego todos
Y notad si es humano ó si es divino
Por estos nuevos y terribles modos.
Si el tronco de Dios excelso vino
Al cieno vil de los terrestres lodos,
Probado con deshonra y con violencia
Inhumana y atroz, tendrá paciencia.

» Volad, y por caminos diferentes
Afrentas procuradle nunca vistas,
Rudas mofas, oprobios indecentes,
A que tú, Cristo, con valor resistas.
Juntad soberbios pechos insolentes,
Manos y almas guerreras y malquistas.
Id presto, furias del estigio lago,
Y haced que sufra carnícero estrago.

» A los unos envidia mordedora
Y á los otros soplad soberbia altiva,
Y al vulgo adulador que en Salen mora,

Lisonja infame y abyeccion nociva.»
Al punto aquella horrificá y traidora
Alada multitud se lanzó activa,
Llevando al Salvador sañosa guerra
Y en vivo infierno convirtió la tierra.

El aire con asombros ofuscaron,
De fantasmas la opaca luz cubrieron,
Con mentiras las almas perturbaron,
De engaños los espíritus hinchieron:
Entre la ruda plebe se mezclaron,
Y en la gente mas noble se ingirieron,
Derramando dó quier iras, furores,
Cual lava los volcanes tronadores.

A mas de las obras indicadas tiene el Sr. de Berriozabal otras varias: entre ellas la traduccion de un poemita italiano de Angel Mazza, titulado *Maria al pié de la Cruz*, que ha publicado á continuacion de las poesías de Lamartine, la de la historia de la milagrosa conversion del Sr. Ratisbonne del judaismo á la religion católica, escrita en francés por el Sr. Baron de Bussieres, y la de la *Historia compendiada de la Religion* escrita en francés por Carlos Francisco Lhomond. Inútil es decir que en estos trabajos no se ha mostrado inferior á sí mismo. La *Historia compendiada de la Religion* va precedida de algunos discursos del traductor, donde se encuentran pasajes, verdaderos modelos por las majestuosas galas del estilo y la pureza y correccion del lenguaje. Tambien es notable su *Manual de los devotos de Maria*, que contiene oraciones y ejercicios piadosos en honra de la Santísima Virgen, á los cuales están concedidas indulgencias por los Sumos Pontífices, noticias y documentos de dichas indulgencias; y meditaciones para todos los dias del mes sobre las perfecciones de su corazon, traducidas del italiano: y algunas poesías originales en loor de la misma Señora. En un siglo en que tanto campean la incredulidad y el indiferentismo, no se avergüenza el Sr. de Berriozabal de manifestarse cristiano y cristiano piadoso, que profesa la

mas tierna devoción á la Virgen, y se complace en ofrecerle las producciones de su talento.

El Recreo poético religioso, es una pequeña colección de poesías dedicada á las hermanas de Caridad. «¿Y cómo sería posible, les dice el autor, que yo os negase estos pocos versos que se me han pedido para vuestro inocente recreo? Justo es que en medio de vuestros cuidados é incesantes ocupaciones tengáis algun pequeño desahogo; pero aun este dispuso vuestro fundador San Vicente de Paul que se espiritualizase, por decirlo así, alimentando el divino fuego de vuestros corazones con diversos cantarcillos en alabanza de Dios y de sus santos. Para tan piadoso objeto he formado esta coleccioncita de miniatura, cuyas composiciones son todas de verso corto y de una sencillez parecida al bellissimo candor de vuestras almas.»

Para dar una idea del género y estilo de estas composiciones, trasladamos á continuación algunas muestras. Sea la primera la en que resuenan los tiernos gemidos de una niña, dirigidos á su madre, donde hay pasajes de una delicadeza admirable.

EL ALMA DEL PURGATORIO.

Así con fléviles voces
Desde el purgatorio grita
Un ánima sin consuelo
A su madre olvidadiza:
¡Ay madre, madre adorada,
Dulce amor del alma mía!
¿Tan presto me has olvidado
Y me abandonas cautiva?
¡Cautiva estoy en la cárcel
Del purgatorio sombría,
Pidiéndote me socorras

En tan horrenda desdicha!
Un torbellino de fuego
Furiosamente me agita,
El tormento es mi vestido,
Es el llanto mi bebida.
Empero el dolor mas vivo
Es carecer de la vista
De aquel Dios de mis amores
Que ejerce en mí su justicia.
Este mi Esposo divino
Por mi libertad suspira,
Mas el romper las cadenas
Es cargo que á tí confía.
Él en tus manos ha puesto
La salvacion de tu hija.
¿Y así tú me desamparas
Ni mis dolores alivias?
¿Y dónde están las promesas
Que de no olvidarme hacías,
Cuando en mi lecho de muerte
Llorándome dolorida,
Con el ardor de tus besos
Mi tez pálida encendías
Dándome en ellos el alma
En la acerba despedida?
Entonces cuando á mis ojos
Para siempre el mundo huía,
De su fuga me burlaba
Con apacible sonrisa,
Pues nunca me enamoraron
Sus mentirosas delicias;
Y en aquella feliz hora
A mi inocencia tranquila
Fué el morir un dulce sueño,
Que en el seno yo adormida
De mi celestial Esposo,
Gozaba de sus caricias.

mas tierna devocion á la Virgen, y se complace en ofrecerle las producciones de su talento.

El Recreo poético religioso, es una pequeña coleccion de poesías dedicada á las hermanas de Caridad. «¿Y cómo sería posible, les dice el autor, que yo os negase estos pocos versos que se me han pedido para vuestro inocente recreo? Justo es que en medio de vuestros cuidados é incesantes ocupaciones tengais algun pequeño desahogo; pero aun este dispuso vuestro fundador San Vicente de Paul que se espiritualizase, por decirlo así, alimentando el divino fuego de vuestros corazones con diversos cantarcillos en alabanza de Dios y de sus santos. Para tan piadoso objeto he formado esta coleccioncita de miniatura, cuyas composiciones son todas de verso corto y de una sencillez parecida al bellissimo candor de vuestras almas.»

Para dar una idea del género y estilo de estas composiciones, trasladamos á continuacion algunas muestras. Sea la primera la en que resuenan los tiernos gemidos de una niña, dirigidos á su madre, donde hay pasajes de una delicadeza admirable.

EL ALMA DEL PURGATORIO.

Así con flébiles voces
Desde el purgatorio grita
Un ánima sin consuelo
A su madre olvidadiza:
¡Ay madre, madre adorada,
Dulce amor del alma mía!
¿Tan presto me has olvidado
Y me abandonas cautiva?
¡Cautiva estoy en la cárcel
Del purgatorio sombría,
Pidiéndote me socorras

En tan horrenda desdicha!
Un torbellino de fuego
Furiosamente me agita,
El tormento es mi vestido,
Es el llanto mi bebida.
Empero el dolor mas vivo
Es carecer de la vista
De aquel Dios de mis amores
Que ejerce en mí su justicia.
Este mi Esposo divino
Por mi libertad suspira,
Mas el romper las cadenas
Es cargo que á tí confia.
Él en tus manos ha puesto
La salvacion de tu hija.
¿Y así tú me desamparas
Ni mis dolores alivias?
¿Y dónde están las promesas
Que de no olvidarme hacias,
Cuando en mi lecho de muerte
Llorándome dolorida,
Con el ardor de tus besos
Mi tez pálida encendias
Dándome en ellos el alma
En la acerba despedida?
Entonces cuando á mis ojos
Para siempre el mundo huía,
De su fuga me burlaba
Con apacible sonrisa,
Pues nunca me enamoraron
Sus mentirosas delicias;
Y en aquella feliz hora
A mi inocencia tranquila
Fué el morir un dulce sueño,
Que en el seno yo adormida
De mi celestial Esposo,
Gozaba de sus caricias.

¡Ay de mí, solo el dejarte,
Érame, madre querida,
Una espada irresistible
Que el corazón me partía!
Reclinada yo en tus brazos,
Mi ya lánguida pupila
Afanosa aun te buscaba
Cuando el alma ya salía.
En tu semblante lloroso
En tí solo estaba fija,
Cuando se apagó por siempre
Su centella fugitiva.
Para tí, madre adorada,
Fué toda mi breve vida,
Para tí mi último aliento
Y el afán de mi agonía.
Exhalé el alma y al punto
Hizo á la Deidad propicia
Cubriéndome con su manto
La excelsa Virgen María.
¡Eternamente en mis labios,
Oh Providencia divina,
Resonará tu alabanza,
Porque en flor aun no marchita,
Me cogiste para el cielo
Sentenciándome benigna
A este fuego purgativo
Que á los justos purifica!
Ya mi cándida inocencia
El cielo coronaria,
Mas por tí, querida madre,
No me he visto toda limpia.
¡Por tu culpa he descendido
A esta prision encendida:
Que aunque leve y diminuta
No entra en el cielo mancilla!
¡Tu ejemplo, tú eres la causa

De que prisionera gima!
Y pudiendo tú librarme
¿Ni mis tormentos mitigas?
¡No rezas por mi descanso
Ni un Padre nuestro! ¿Tan fría
Eres con la que te amaba
Mas, mucho mas que á su vida?
¿No salí de tus entrañas?
¿No soy parte de tí misma?
¿No fué el néctar de tus pechos,
Madre, mi primer bebida?
En mi niñez inocente
Ya graciosa, ya festiva,
¿No fui tu dulce embeleso?
Yo era toda tu alegría,
Para templar tus pesares
Los ojos á mí volvías,
Y al lanzarme yo en tus brazos
Ahuyentábanse tus cuitas.
Tú me amabas tiernamente:
Yo en tu amor me enloquecía.
¿Y dónde tu amor es ido?
¿Qué se han hecho tus caricias?
¿No eres tú la que llorabas
Si por pisar una espina
Alguna gota de sangre
Mi tierna planta vertía?
¿No eres tú la que en mi auxilio
Volabas despavorida
Si en algun leve fracaso
Te llamaba asustadiza?
¿No eres tú la que velabas
Un mes y otro noches frías
Arrullándome amorosa
Cuando calentura tibia
Que lenta me devorara
En la angustia te sumía?

¿Y ahora indolente me dejas
Abrasarme en llama viva?
¿O tu pecho se ha mudado
Y no eres ya compasiva?
En suponerte tal cosa
Grave injuria se te haria!
¡Nó, madre, no te has mudado!
¡Tú siempre serás la misma!
Sí, lo dice la ternura
Con que á mis hermanas cuidas,
El cariño que las tienes,
El amor con que las mimas.
Bien merecen tus desvelos
Mis amables hermanitas.
¿Mas yo infeliz he dejado.
He dejado de ser tu hija?
Ellas, cual yo, no padecen
Y gozan de tus caricias.
¡Ay de mí! ¡qué desconsuelo!
¡Solo esta triste cautiva
No merece una mirada
De tus ojos, madre mía!
No yo así contigo. El cielo
Sabe con qué ansia tan viva
Con incesantes suspiros
Ruego á Dios que te bendiga.
Y el fuego con que te amaba
En la tierra peregrina,
Ha crecido en esta cárcel
Que á compasion no te excita.
¡Ay cuántas veces, ay cuántas
Al verme tan dolorida
Mi ángel custodio volaba,
Por sí á piedad te movia,
A contarte mis dolores
Cuando estabas mas dormida,
Y desechabas los sueños

Que mis penas te decían,
Juzgándolos sombras vanas
Porque te eran afflictivas
Teniéndolas por abortos
De alterada fantasía!
Cuando á esta prision de fuego
Me vi súbito caida,
Esperé que sin demora
Tú de aquí me sacarias
Exhalándote en plegarias
Tan tiernas, tan encendidas
Al Dios de misericordia
Como las que yo le hacia
Pidiéndole por su muerte
Y sus amantes heridas
Que te consolara, oh madre,
¿Te acuerdas? en mi agonía.
Esperaba en tu cariño.....
¡Ay esperanza perdida!
¡Desengaño y nó esperanza!
¡Ilusion fué concebirla!
¡Ay de mi desventurada!
¡Oye, madre, madre mía,
Este clamor de gemido
Que el desamparo me inspira!
Yo olvido, yo te perdono
Esa indolente apatía,
Mas penetre en tus entrañas
El eco de mi desdicha,
Y finalmente se muevan
A socorrerme con misas.
No te exijo que empuñando
Una gruesa disciplina
Te ensangrientes las espaldas
Por abrirme al cielo via.
Solo pido que te acuerdes
De las penas de tu hijita

Y por mi alivio á los pobres
Dés alguna limosnilla
De los frutos y las rentas
De aquella envidiada finca
Que mi papá me dejara
Y en mi muerte te hizo rica.
Acuérdate que hace un lustro
Que no me das la comida.
¡Otro tanto hace que gimo
En esa mazmorra umbria!)
Acuérdate que hace un lustro
Que por mí no te fatigas
Y que todos tus desvelos
Se llevan mis hermanitas.
Haz también, te lo suplico,
Que ellas por su hermana pidan,
Que rueguen por mí á la Virgen,
Que oye con gusto á las niñas.
¡Ay, tal vez ya no se acuerdan
Que la cuna les mecía
Y sus llantos acallaba
Como que era mayorcita!
Yo desde aquí me desvivo
Por su salud, por su dicha,
Porque no pierdan el lustre
De su inocencia nativa;
Por ellas son mis suspiros,
Mis plegarias repetidas,
Y por tí, madre adorada,
Por tí con santa porfia,
A Dios pido que en su cielo
Te dé su gloria divina.
Te la dará, dulce madre,
Pues como á esposa afligida
No puede negarme nada
Su ternura compasiva,
Nada de cuanto le pido

Para mi cara familia,
Mientras nada obtener puedo
Que sea para mí misma.
¿Qué solaz, qué suave encanto
No es pensar que en mi desdicha
Te soy mil veces mas útil
Que cuando feliz vivía?
Si hubiese Dios dilatado
De mi existencia los días,
¡Ay! tal vez no pocos de ellos
Te hubieran sido de acibar.
¡Ah! ¡quién sabe si un esposo
Ingrato me tocaría,
Que con amargos disgustos
Te envenenara la vida,
Y á fuerza de sinsabores
Te abriera la tumba impía!
Yo en un mundo de inconstancia,
De ingratitud y perfidia
Y seductores engaños,
¡Ay! tal vez olvidaría
La obligacion de quererte.
Y aunque en tu amor derretida
Constante fuera en ser tuya,
¿De cuánto te serviría
Contra el enojo del cielo
Una mujer desvalida....?
Mas ahora en el purgatorio
Aunque víctima y cautiva,
Tengo á mi Dios por esposo,
Y es mio cuanto le pida,
Su riqueza y poderío,
Su inmensa sabiduría,
Su inmensa misericordia,
Su providencia infinita.
Todo con mi Dios lo puedo
Y para tí, madre mia,

Todo para tí lo pido,
Aunque insensible me olvidas.
¿Y no han de ablandarse nunca
Y corresponderme finas
Esas entrañas de madre
En que yo fui concebida?

Los niños, es también otra poesía de un género sumamente sencillo y delicado: el corazón del poeta se exhala en ternísimos versos, como la flor de la mañana en suavísimos aromas.

LOS NIÑOS.

El amor entrañable
Que tienes á los niños,
Aunque no lo dijeras,
Se conoce, Dios mío.
¿De dónde ha de venirles
Sino de tí el hechizo
Con que del mundo entero
Se roban el cariño?
Derramas en sus frentes
El prodigioso río
De tu gracia divina
En el santo bautismo.
Les envías un ángel
Que es un primer amigo
Para que haga las veces
De tu amor infinito.
Y el hombre más adusto
Sonríese festivo
Y respira dulzura
Cuando se acerca á un niño.
Nadie me lo ha contado
Pues mil veces lo he visto

Sin ir léjos: la prueba
La tengo yo en mí mismo.
Señor, ¿por qué negarlo?
Soy seco y desabrido,
Tanto que á muchas gentes
Con mi insulsez fastidio.
¡Sin embargo en mi pecho
Cuánto amor á los niños
Encendiste y fomentas
Con tu soplo divino!
No hay en el mundo nada
Tan amable y tan lindo,
Tan gracioso y tan dulce
Como un tierno niño.
Por eso nos pintaban
En los tiempos antiguos
Al amor los poetas
En figura de niño.
Y á los ángeles ponen
Aun hoy por eso mismo
Pintores y poetas
En forma de unos niños.
Y á ellos mismos les damos
El nombre de angelitos;
Lo son por la inocencia
De que los has vestido.
Ni la mujer conoce
El que abriga escondido
Tesoro de ternura
Hasta que tiene un niño:
Entonces se descubre
En el gran regocijo
Que le causa la vista
De su recién nacido;
Los dolores del parto
Y su mortal peligro,
Entonces los bendice

Todo para tí lo pido,
Aunque insensible me olvidas.
¿Y no han de ablandarse nunca
Y corresponderme finas
Esas entrañas de madre
En que yo fui concebida?

Los niños, es también otra poesía de un género sumamente sencillo y delicado: el corazón del poeta se exhala en ternísimos versos, como la flor de la mañana en suavísimos aromas.

LOS NIÑOS.

El amor entrañable
Que tienes á los niños,
Aunque no lo dijeras,
Se conoce, Dios mío.
¿De dónde ha de venirles
Sino de tí el hechizo
Con que del mundo entero
Se roban el cariño?
Derramas en sus frentes
El prodigioso río
De tu gracia divina
En el santo bautismo.
Les envías un ángel
Que es un primer amigo
Para que haga las veces
De tu amor infinito.
Y el hombre más adusto
Sonríese festivo
Y respira dulzura
Cuando se acerca á un niño.
Nadie me lo ha contado
Pues mil veces lo he visto

Sin ir léjos: la prueba
La tengo yo en mí mismo.
Señor, ¿por qué negarlo?
Soy seco y desabrido,
Tanto que á muchas gentes
Con mi insulsez fastidio.
¡Sin embargo en mi pecho
Cuánto amor á los niños
Encendiste y fomentas
Con tu soplo divino!
No hay en el mundo nada
Tan amable y tan lindo,
Tan gracioso y tan dulce
Como un tierno niño.
Por eso nos pintaban
En los tiempos antiguos
Al amor los poetas
En figura de niño.
Y á los ángeles ponen
Aun hoy por eso mismo
Pintores y poetas
En forma de unos niños.
Y á ellos mismos les damos
El nombre de angelitos;
Lo son por la inocencia
De que los has vestido.
Ni la mujer conoce
El que abriga escondido
Tesoro de ternura
Hasta que tiene un niño:
Entonces se descubre
En el gran regocijo
Que le causa la vista
De su recién nacido;
Los dolores del parto
Y su mortal peligro,
Entonces los bendice

Y los echa en olvido.

Tú, Señor, tú le has dado

Ese anhelo tan vivo

De consagrarse entera

Al bienestar del niño.

Tú haces hervir su pecho

En néctar exquisito,

Que dulcemente fluya

A la boca del niño:

Néctar del todo ajeno

Al humano artificio

Que vivifica y nutre

Y acalla el ay del niño.

El grande Sacramento

Que santo al amor hizo

Lo instituiste sabio

Para bien de los niños.

¡Ellos son la corona

De los esposos finos!

¡Ellos el dulce blanco

De sus tiernos suspiros!

¡Ay! los tristes casados

Que carecen de niños

Sienten dentro del alma

Un inmenso vacío.

¡Ay! si teme la esposa

El furor del marido,

¡Cuánto, cuánto le duele

El no tener un niño!

¡Ay! ve que otras dichosas

El varonil rugido

Acallan, colocando

Entre los dos al niño!

Hasta la misma muerte

Se envidia al infantilillo,

Pues volar á tu seno

Es la muerte del niño.

¡Oh Dios, si yo pudiera

Por medio de un prodigio

Aunque es cosa inaudita

Volverme otra vez niño!

Mas lo que yo no puedo

Tú lo hiciste, Dios mio,

Por robarnos el alma

Con las gracias de niño.

¿Dónde hay mayor delicia

Que verte pequeñito

En brazos de tu Madre,

Oh gracioso Dios niño?

Posteriormente ha publicado el Sr. de Berriozabal varias composiciones sueltas en prosa y en verso, todas de poca extension, y relativas á objetos religiosos. Despues de haber tributado al distinguido escritor los elogios merecidos, justo es que nos detengamos un momento en examinar, si la direccion que ha dado últimamente á sus talentos poéticos es la mas acertada para llenar las esperanzas que en sus primeros años hiciera concebir. Desde luego conveniremos en que jamás se emplea mejor la poesia, jamás versa sobre objetos mas propios, que cuando se ocupa en asuntos de religion. La poesia, así como la música y la pintura, nació en los templos, y para los templos debe reservar sus acentos mas bellos y sublimes. Así es que aplaudimos que el Sr. de Berriozabal dedique su talento poético y su extremada facilidad de versificar á los asuntos de religion y piedad, desafiando con santa osadía la sonrisa del incrédulo. Sin embargo, opinamos que sin dejar de ocuparse en tan dignos objetos, antes al contrario, al mismo tiempo que se ocupase en ellos, podria hacer en el género y estilo de sus trabajos algunas modificaciones, con las que tal vez con mas rapidez y derechura, podria llegar al mismo fin que se propone, que es: contribuir al triunfo de la religion, y á la propagacion del espíritu de piedad. Por un conjunto de causas que seria inoportuno enume-

rar, hay en este siglo un hecho que se podrá calificar de distintas maneras, pero que es imposible desconocer; hablamos de cierta tibieza, de cierta indiferencia, de cierto sabor filosófico, que se encuentra aun en muchas personas que profesan sinceramente las creencias religiosas. La atmósfera en que vivimos nos contagia de tal suerte, que se pegan sin advertirlo muchos de los males de que ella está impregnada; y así es que al mismo tiempo que ciertos hombres rechazan la impiedad, y no quieren de ninguna manera abandonar la fe de sus padres, son sin embargo tan flacos cuando se trata de hacer frente á la incredulidad, que ni aun se atreven á manifestar su fe, sino revisitiéndola con el manto de las convicciones filosóficas. Esto ha producido, que las discusiones religiosas no sean aceptables á muchas personas, si no llevan un carácter eminentemente filosófico, y que ponga á las buenas doctrinas al abrigo de los tiros de la impiedad, suministrando armas para que la filosofía pueda á su vez ser rechazada con otra filosofía. Esto será un mal tan grave como se quiera, pero es un hecho positivo, evidente, palpable, y del que conviene no desentenderse, cuando se escribe en defensa de la religión.

Claro es que si tal sucede en las graves discusiones religiosas, mucho mas se habrá de verificar en la literatura; la cual dirigiéndose en buena parte á la fantasía y al corazón, puede prescindir mucho menos de la disposición en que se hallan así aquella como este, por la influencia del espíritu del siglo. Dejamos aparte las obras que sean propiamente de piedad, en las que es preciso andar con sumo tiento aun cuando se trate de las innovaciones mas pequeñas; pues que estas no se comprenden comunmente bajo el nombre de literarias, ya que pertenecen á un orden superior, y merecen dictados mas graves y augustos. Pero las obras que sean propiamente de literatura religiosa, no alcanzarán en este siglo mucha nombradía, ni podrán ejercer grande influencia en los espíritus, si no llevan ese barniz filosófico de que hemos hablado; si el es-

critor no muestra á menudo que conoce y siente profundamente el siglo en que vive. Ese conocimiento y ese sentimiento sean en hora buena para reprobar y condenar, pero es preciso que existan, es necesario que resalten en todas las páginas de la obra; su ausencia es un vacío que con nada se llena. No basta expresar convicciones profundas, no basta derramar en abundancia los afectos; es necesario que esas convicciones se presenten de tal suerte que se deje conocer que en su formación ó conservación se han tenido presentes las doctrinas del siglo; es indispensable que esos afectos no procedan de un corazón aislado, por tierno, por delicado que sea; sino que salgan de un corazón que aun cuando se mantenga íntegro y puro, deje entrever que se ha conservado así, á pesar de haber sufrido el soplo disolvente de la época.

Desearíamos pues que el Sr. de Berriozabal, sin disminuir en nada su piadoso fervor y tierno ascetismo, aprovechase las bellas cualidades de su talento poético, dedicándose á trabajar en el sentido indicado, é imprimiendo á sus composiciones un sello filosófico, que se hermanase con la pureza de la doctrina y la santidad de los afectos; quisiéramos que sus composiciones no sirviesen tan solo de pábulo á la devoción de las almas piadosas, sino que el tibio, el incrédulo, el indiferente, encontrasen en ellas, pensamientos fuertes que excitasen vivamente su atención y los convidasen á meditar; afectos enérgicos, que sacudiendo hondamente su corazón, hiciesen resonar á sus oídos el zumbido de una eternidad que viene, en pos de un tiempo que pasa; quisiéramos que al encontrarse los hombres sin fe, con un escritor que la tiene tan viva, los hombres sin amor ni esperanza, con quien canta tan hermosamente los consuelos y dulzuras de un alma que espera y ama, sintiesen que el poeta al fijar sus miradas en el cielo no se olvida de las miserias de la tierra, que las conoce, que participa de ellas, que las compadece vivamente, que al despedirse para unas regiones de paz y bienandanza, dice un tierno adiós á los desgraciados que

ciegos de orgullo, ó enflaquecidos por otras pasiones, continúan arrastrándose por este suelo de infortunio, esperando con insensata indiferencia la formidable hora en que un Dios indignado venga á pedirles cuenta de haber vivido largos años, sin cuidarse de conocer su origen, de haber mirado cual se avanzaba hácia ellos la muerte, sin preguntar lo que había mas allá del sepulcro.

Y no cabe decir que cada escritor tiene su talento particular, y que es inútil y aun dañoso el empeño de dislocarle: el Sr. de Berriozabal no carece de las dotes necesarias para emprender la carrera que le hemos indicado; que de ellas no puede carecer quien ha traducido tan magníficamente algunas de las poesías de Lamartine; quien sabe imitar tan atinadamente el lenguaje de todas las ideas y sentimientos; quien sabe encontrar palabras, para el *Angel* al apartarse del *Globo* destruido, para la *Soledad*, para la *Desesperacion*, para *Lord Byron*.

Nos hemos atrevido á dirigir al Sr. de Berriozabal esta amistosa excitación, no precisamente por atender á su gloria literaria, sino porque consideramos que con el mal sesgo que va tomando la literatura, con las infinitas traducciones de que se inunda la España, urge sobremanera que los amigos de la religión y de la moral salgan al palenque con armas bien templadas, y procuren atajar el daño que se está haciendo á las creencias de la nación, y la brecha que se está abriendo á las costumbres. Aquí se puede aplicar muy bien aquello de que la miés es mucha, y los operarios son pocos; y ciertamente que el Sr. de Berriozabal con su gusto severo y acrisolado, su instrucción vasta y variada, su castellano puro y castizo, su estilo correcto, su versificación hermosa y fácil, su corazón delicado, y su fantasía galana y brillante, sería uno de los que aventajadamente pudieran contribuir á una obra en que se interesa la religión, se interesa la patria, se interesa la gloria literaria del país, si hemos de ser algo mas que miserables imitadores de los extranjeros, si no hemos de contentarnos con prostituir la dignidad y majestuosa

gracia de nuestra lengua, cubriendo con sus galas los monstruosos engendros que nos vienen de allende el Pirineo. — J. B.

SOBRE LA REVISTA

DE LOS INTERESES MATERIALES Y MORALES

DEL SEÑOR D. RAMON DE LA SAGRA.

ARTÍCULO 2.º

En el artículo titulado *Del principio de la soberanía nacional*, pinta el Sr. de Sagra con negros colores los funestos resultados de la ruina del principio de la autoridad. Conviene con el mencionado escritor en que las doctrinas disolventes proclamadas en los tres últimos siglos, han acarreado á la sociedad males de la mayor trascendencia y le están preparando otros quizás mas terribles, parecenos sin embargo que hay cierta exageración en algunas pinceladas, y que mirada la humanidad desde la altura en que se coloca el escritor, cae este en alguna inexactitud, atribuyéndole sistemas que está muy léjos de haber abrazado.

Nada mas especioso á primera vista que el modo con que desenvuelve la teoría de las mayorías, pintándola como cosa de origen moderno, debida únicamente á la ruina del principio de la autoridad, y aceptada por los pueblos como única tabla para salvarse del naufragio; pero en la realidad, ¿se han verificado las cosas tales como las describe el Sr. de la Sagra? ¿la humanidad aun considerada en su parte mas progresiva, está sometida á la formidable ley señalada por el citado escritor? Nosotros, bien

ciegos de orgullo, ó enflaquecidos por otras pasiones, continúan arrastrándose por este suelo de infortunio, esperando con insensata indiferencia la formidable hora en que un Dios indignado venga á pedirles cuenta de haber vivido largos años, sin cuidarse de conocer su origen, de haber mirado cual se avanzaba hácia ellos la muerte, sin preguntar lo que había mas allá del sepulcro.

Y no cabe decir que cada escritor tiene su talento particular, y que es inútil y aun dañoso el empeño de dislocarle: el Sr. de Berriozabal no carece de las dotes necesarias para emprender la carrera que le hemos indicado; que de ellas no puede carecer quien ha traducido tan magníficamente algunas de las poesías de Lamartine; quien sabe imitar tan atinadamente el lenguaje de todas las ideas y sentimientos; quien sabe encontrar palabras, para el *Angel* al apartarse del *Globo* destruido, para la *Soledad*, para la *Desesperacion*, para *Lord Byron*.

Nos hemos atrevido á dirigir al Sr. de Berriozabal esta amistosa excitación, no precisamente por atender á su gloria literaria, sino porque consideramos que con el mal sesgo que va tomando la literatura, con las infinitas traducciones de que se inunda la España, urge sobremanera que los amigos de la religión y de la moral salgan al palenque con armas bien templadas, y procuren atajar el daño que se está haciendo á las creencias de la nación, y la brecha que se está abriendo á las costumbres. Aquí se puede aplicar muy bien aquello de que la miés es mucha, y los operarios son pocos; y ciertamente que el Sr. de Berriozabal con su gusto severo y acrisolado, su instrucción vasta y variada, su castellano puro y castizo, su estilo correcto, su versificación hermosa y fácil, su corazón delicado, y su fantasía galana y brillante, sería uno de los que aventajadamente pudieran contribuir á una obra en que se interesa la religión, se interesa la patria, se interesa la gloria literaria del país, si hemos de ser algo mas que miserables imitadores de los extranjeros, si no hemos de contentarnos con prostituir la dignidad y majestuosa

gracia de nuestra lengua, cubriendo con sus galas los monstruosos engendros que nos vienen de allende el Pirineo. — J. B.

SOBRE LA REVISTA

DE LOS INTERESES MATERIALES Y MORALES

DEL SEÑOR D. RAMON DE LA SAGRA.

ARTÍCULO 2.º

En el artículo titulado *Del principio de la soberanía nacional*, pinta el Sr. de Sagra con negros colores los funestos resultados de la ruina del principio de la autoridad. Conviene con el mencionado escritor en que las doctrinas disolventes proclamadas en los tres últimos siglos, han acarreado á la sociedad males de la mayor trascendencia y le están preparando otros quizás mas terribles, parecenos sin embargo que hay cierta exageración en algunas pinceladas, y que mirada la humanidad desde la altura en que se coloca el escritor, cae este en alguna inexactitud, atribuyéndole sistemas que está muy léjos de haber abrazado.

Nada mas especioso á primera vista que el modo con que desenvuelve la teoría de las mayorías, pintándola como cosa de origen moderno, debida únicamente á la ruina del principio de la autoridad, y aceptada por los pueblos como única tabla para salvarse del naufragio; pero en la realidad, ¿se han verificado las cosas tales como las describe el Sr. de la Sagra? ¿la humanidad aun considerada en su parte mas progresiva, está sometida á la formidable ley señalada por el citado escritor? Nosotros, bien

que en todas estas materias profesamos principios mas severos que los suyos, no vemos los objetos tan negros como él los pinta; á nuestros ojos el cuadro es triste, desconsolador, mas nó desesperante.

Para juzgar con acierto y no alterar en nada las opiniones ajenas, en lo que somos delicados hasta el escrúpulo, mayormente cuando tratamos de rebatirlas, copiaremos el pasaje á que nos referimos. «Desde que los hombres conocieron que entre ellos faltaba ya la base del respeto á la autoridad fundada en la creencia, y luego que hubieron debatido las distintas máximas producidas por la libre inteligencia, debieron llegar al punto final de hacerse esta pregunta: ¿Quién tiene razon entre los que dicen *sí* y los que dicen *nó*? — Antiguamente, la autoridad hubiera decidido, porque la autoridad era representante de la Razon suprema; pero destruida la autoridad, no quedaba mas que la fuerza, recurriendo al combate las fuerzas representantes de opiniones contrarias, resultando de esto que la razon correspondiera al mas poderoso. Esta lógica era absurda, y no obstante reinó exclusivamente en el mundo y reina todavía. Sin embargo, su imperio se ha debilitado por el efecto mismo de las consecuencias monstruosas á que daba lugar el conceder la razon solo al mas fuerte. Pero entretanto no se ha dado aun una solucion racional y conveniente al problema sentado. ¿Quién tiene razon, los que dicen que *sí* ó los que dicen que *nó*? ó en otros términos: ¿Quién será el juez entre los unos y los otros?

«No existiendo una autoridad á quien acudir; no habiéndose descubierto el carácter peculiar, innegable, convincente de la razon; reconociendo como absurdo el tribunal de la fuerza, ¿á dónde recurrir? — A la opinion del mayor número, respondió una voz mas sonora y retumbante que racional y convincente; estará allí donde se hallen la mitad mas una de las opiniones. Sobre esta nueva base se fundó el edificio del pacto social moderno, y en ella escriban todas las constituciones de los pueblos libres.»

Apenas hubo asentado el Sr. de la Sagra su doctrina so-

bre las mayorías, sintió la flaqueza de los principios en que estribaba su opinion y la evidente repugnancia en que estaba con la historia de todos los tiempos y países. Así es, que luego se hace cargo de lo que se le podria objetar por algunos, á saber, que la resolucion por votos y la sumision de las minorías al dictámen de las mayorías, existia ya antes de haberse demolido la base de la autoridad fundada en el derecho divino, puesto que fué ejercida por todos los pueblos de la tierra. Aunque el Sr. de la Sagra mira esta objecion como grave solo en la apariencia, nosotros creemos que lo es en la realidad, sin que basten á desvanecerla las reflexiones que á continuacion añade el citado escritor.

Considerando todas las fases de la humanidad, se echa de ver que han existido en todos tiempos y países los dos principios, el de las mayorías y el de la autoridad; ora solos y exclusivos, ora combinados en diferentes proporciones. La causa de esto se halla en la naturaleza misma de las cosas. Para el mando se necesitan razon y voluntad; la razon ha menester un criterio, la voluntad una expresion, y ambas cosas se han buscado siempre como se buscan ahora en la autoridad sola de una persona, ó en la mayoría sola, ó en ambas á un tiempo. Se trata de saber si una medida conduce ó no al bien público, hé aquí el problema de todas las leyes, el cual se ha resuelto de la misma manera con pocas modificaciones en los tiempos antiguos y modernos. En las antiguas repúblicas, el fallo en muchos negocios pertenecia á las mayorías, en las modernas acontece lo mismo; en las antiguas monarquías la decision correspondia al Rey, y en las modernas el Rey es quien decide. Donde está reconocido el principio de la autoridad absoluta, se da por supuesto que en ella reside también el criterio para conocer de qué parte está la razon en lo concerniente al bien público; y como en ella está concentrado todo el mando, la expresion de su voluntad constituyé lo necesario para dar fuerza de ley á lo que se supone reconocido como conducente al bien público,

y en este sentido debe entenderse aquel principio de derecho: *quod Principi placuit legis habet vigorem; la voluntad del Príncipe hace la ley.*

Cuando la autoridad no reside en una persona sola, sino en una corporacion mas ó menos numerosa, á ella corresponde el conocer lo que conviene al bien público y el mandarlo; pero como la misma á su vez necesita conocer su propio pensamiento y su voluntad, claro es que siendo iguales sus miembros, no tiene otro medio que apelar al principio de las mayorías, y dar por supuesto que se entenderá por bueno y bien mandado lo que reuniere en su favor mayor número de votos; ya sea que adopte sin excepcion el sistema de mitad mas uno, ya sea que para asegurar mejor en algunos casos el acierto, exija las dos terceras partes ó las tres cuartas ú otras proporciones semejantes. Por manera que en saliendo del sistema de una autoridad absoluta residente en una sola persona, ya no hay otro medio de gobernar que el de las mayorías. Poned dos personas de autoridad igual; en caso de discordia no hay medio de resolver, sino sometiéndose al fallo de un tercero; poned tres, no hay otro medio que adoptar el voto de dos contra uno.

Es cierto lo que suele decirse de que los votos deben pesarse y no contarse; porque es claro que vale mas el de una persona entendida y juiciosa, que el de mil ignorantes y atolondrados; pero ¿quién será el encargado de pesar los votos? Contarlos es muy sencillo, mas pesarlos solo puede hacerlo quien tenga una autoridad decisiva, quien pueda decir: «quiero que se siga el dictámen de los menos contra el de los mas, porque encuentro mas razonable y mas justo el de aquellos que el de estos.»

El Sr. de la Sagra observa que antes de la ruina del principio de la autoridad los objetos sometidos á la decision del voto no eran de la naturaleza de los á que se refiere, como dice que tendrá ocasion de demostrarlo detenidamente; y añade además que aun sobre los que entonces se resolvían por votacion tenia un derecho de exámen

y de anulacion la *autoridad suprema* y por esto se hallaba exactamente calificada con este título. Hubiera sido de desear que el Sr. de la Sagra nos dijera de qué pueblos habla, y á qué tiempos hace referencia; porque así en los tiempos antiguos como en los modernos, vemos sometidos al fallo de las mayorías negocios de la mayor importancia; las haciendas, las vidas de los ciudadanos, y todos los intereses de la sociedad. Tampoco es cierto, generalmente hablando, que existiese siempre esa *autoridad suprema* con derecho de exámen y de anulacion; pues que sobre el particular ha habido mucha variedad segun las leyes, usos y costumbres de los diferentes paises.

No creemos, en consecuencia, que sea exacto que en el dia la *esencial diferencia con el sistema antiguo esté en que la soberanía de la mayoría se substituyó íntegramente en el lugar que ocupaba la autoridad, de modo que no hay apelacion contra las resoluciones de dicha mayoría; de suerte que la razon social, la sancion de los actos, la calificacion de lo justo ó de lo injusto, esté representada por la opinion de la mitad mas uno, de los delegados del pueblo*; en esta parte, parécenos que el Sr. de la Sagra cae en exageracion pintando el estado de las sociedades modernas algo mas triste de lo que es en la realidad. Sabido es, y en bastantes escritos lo tenemos consignado, que estamos muy léjos de hallarnos satisfechos de la direccion que van siguiendo las ideas y los hechos; pero tampoco creemos que sea conveniente recargar ni ennegrecer el cuadro, y en esta parte nos guian dos ideas; primera el respeto debido á la verdad; segunda el que así para los individuos como para los pueblos, opinamos que contribuye mucho á ponerlos en mal estado el hacerles creer que ya se hallan en él.

Echamos una ojeada sobre el mundo entero, y no vemos realizado ni de mucho lo que afirma el Sr. de la Sagra. ¡Cuántos y cuántos pueblos, aun de los mas adelantados en la carrera de la civilizacion, no están sometidos al fallo de las mayorías! Hasta en aquellos en que puede decirse que estas dominan, el principio se halla tan falseado que

puede decirse que no existe. En Inglaterra, ¿prevalece por ventura el voto de la mitad mas uno? ¿tienen derecho de tomar parte en los negocios del Estado todos los ingleses? ¿las cámaras expresan el voto de la mayoría del país, ó únicamente el de los mas ricos, mejor educados y mas instruidos? en la misma Francia, donde la poblacion se eleva á treinta y cinco millones, ¿expresan la mayoría numérica doscientos mil electores? en ningun país donde se halla establecido el gobierno representativo, y hasta el republicano, ¿existe el sufragio universal en toda la extension de la palabra, aun dejando las mujeres y los menores de edad? Esto indica que para decidirse entre los que tienen razon y los que no la tienen, entre el *si* y el *no*, la humanidad está muy léjos de adoptar ciegamente el principio de las mayorías; pues aun en el caso de valerse de semejante criterio, procura buscar garantías de educación, de instruccion, de moralidad, ó en otros términos procura *pesar los votos y no contarlos*.

No se trata de saber aquí hasta qué punto haya contradiccion entre el principio de la soberanía del pueblo, que tan á menudo se proclama, y las aplicaciones que de él se hacen; bástanos consignar el hecho para hacer palpable que es tanta la fuerza de las cosas que obliga á ser inconsecuentes á los mismos que profesan principios erróneos; y que afortunadamente hay en las sociedades un cierto fondo de buen sentido, que mas ó menos cumplidamente es un correctivo contra la exageracion ó la falsedad de las teorías.

Reconoce el Sr. de la Sagra que algunos célebres publicistas han apreciado debidamente el mérito del sistema de mayorías, manifestando los inconvenientes de que adolece, pero añade que nó por esto deja de regir las naciones mas avanzadas en política. La falsedad de esta asercion la acabamos de demostrar con hechos indudables.

Resumiremos en pocas palabras nuestro pensamiento: si el distinguido escritor de quien estamos hablando quiere manifestar los males que ha traído el enflaquecimiento

del principio de la autoridad, si quiere demostrar la falsedad del principio de la soberanía del pueblo y la imposibilidad en que se hallan de plantearle los mismos que le proclaman y defienden con mas ardor, nos tendrá á su lado; pero si se empeña en afirmar que la humanidad en su parte mas adelantada y culta ha adoptado el principio de las mayorías, reconociéndolas como *único criterio* de lo justo y de lo injusto, de suerte que la opinion de la mitad mas uno sea la razon social, la *sancion de todos los actos*, esto se lo negamos. Tenemos mas fe en el porvenir de la humanidad, mas confianza en su buen sentido, mas esperanza en la Providencia; si quiere hacer sensible la farsa que se está representando por muchos que se apellidan defensores de los derechos y de la libertad del pueblo, si quiere señalar los defectos de que adolecen varias formas que se proclaman como panacea de los males de la sociedad, nos tendrá tambien á su lado; pero nos ha de permitir que aun en esas mismas formas y en medio de la insuficiencia y de la vanidad de los hombres descubramos ese mismo buen sentido de la humanidad que los fuerza á falsear sus principios, que los obliga á una saludable inconsecuencia. En los mismos países donde se ha predicado la libertad mas lata, donde se ha proclamado la soberanía popular, donde se ha procurado plantear con mas rigor el sistema de las mayorías, ¿no vemos cámaras intermedias, hereditarias ó vitalicias? ¿no existe el veto absoluto de los monarcas? ¿qué son estas cosas sino correctivos del sistema de las mayorías? ¿qué son sino un indicio evidente de que se adopta un principio que luego es necesario falsear? — *J. B.*

POLÉMICA RELIGIOSA.

CARTA DÉCIMOCUARTA Á UN ESCÉPTICO EN MATERIAS DE RELIGION.

Mi estimado amigo: Casi me inclinaria á creer que empieza V. á no encontrarse muy bien en su escepticismo religioso, pues que al parecer se avergüenza de él, no queriendo confesar que se halla en esta parte en situacion muy diferente de la de muchos otros, á quienes V. con buena intencion sin duda, pero con mucha injusticia, les achaca las mismas ideas. No podia yo figurarme que le causase á V. tanta novedad la conducta de muchos cristianos, por manera que llegase á suponer que ó fingen hipócritamente estar adheridos á la religion, ó cuando menos la profesan sin entender de ella una palabra. Dice V. que no alcanza á comprender cómo es posible que enseñando la religion doctrinas tan altas, algunas de las cuales son sumamente trascendentales y hasta terribles, haya hombres que estando convencidos de la verdad de ellas, ó las contrarian con su conducta, ó vivan haciendo poquísimo caso de las mismas. Añade V. que concibe muy bien la religion de un S. Jerónimo, de un S. Benito, de un S. Pedro de Alcántara, de un S. Juan de la Cruz, es decir hombres penetrados profundamente de la nada de las cosas terrenas, de la importancia de la eternidad, y por consiguiente desasidos de todo lo mundano, muertos á todo cuanto los rodea, y atentos únicamente á la gloria de Dios y á la salvacion de sus almas y á las de sus prójimos; pero que no comprende en primer lugar la religion de los viciosos, esto es, de hombres que viven convencidos de la eternidad de las penas del infierno, y no obstante como que hacen todo lo posible para hundirse en él; que no comprenden la religion de otros que sin embargo de no estar entre-

gados al vicio, dejan correr sus dias con cierta indiferencia, sin afanarse mucho por lo que pueda venir despues de la muerte, ni aun de aquellos que practicando la virtud lo hacen con cierta tibieza, no mostrándose continuamente poseidos de la idea de que muy en breve van á encontrarse ó con una dicha sin fin ó condenados para siempre á horribles suplicios. Segun parece, esto le escandaliza á V. y esto puede contribuir á mantenerle separado de la religion: pues que si nos atenemos á este modo de mirar las cosas no hay medio entre ser escéptico ó ana-coreta.

En primer lugar, se me ocurre una reflexion que no quiero dejar de consignar aquí, y es: la variedad y contradiccion de los argumentos con que es atacada la religion, y lo descontentadizo que con ello se muestran los escépticos é indiferentes. ¿Hay una persona muy cristiana, muy devota que pasa los dias en la oracion y en la penitencia, que mira todas las cosas del mundo como transitorias y livianas, que se manifiesta profundamente poseida de la nada de todo lo terreno, que con sus palabras y sus acciones muestra bien claro que no se apartan jamás de su mente, Dios y la eternidad? entonces se dice que la religion es esencialmente apocadora, que estrecha las ideas, que encoge el corazon, que hace á los hombres misántropos, que los inutiliza y que por tanto solo sirve para frailes y monjas. Hasta se llega algunas veces á dar consejos de prudencia, recordando que si se procurase presentar la religion bajo un aspecto jovial y afable, no se apartarian de ella tantos hombres que si bien se sienten inclinados á seguirla, no pueden consentir á tornarse tristes, taciturnos, andándose cabizbajos y cuellituertos, por esas calles é iglesias; y héte ahí que si hay otros hombres que á pesar de ser profundamente religiosos, de estar altamente penetrados de las terribles verdades de la fe y quizás muy dedicados á la práctica de virtudes austeras, se muestran no obstante con rostro sereno y apacible, conversacion alegre y festiva, no dejando entrever que

se agite en su mente el formidable pensamiento del infierno, entonces se objeta lo extraño, lo inconcebible de semejante proceder, y se echa menos la conducta de aquellos otros que poco antes eran objeto de reprehension y tal vez de desprecio y burla. De suerte que si la religion llora, se quejan Vds. de que llora; si rie, de que rie; y si se mantiene sosegada y calmosa la acusan de indiferente. Bueno es hacer notar semejantes contradicciones que dejan en evidencia la sinrazon de los que caen en ellas, ya sea por haber meditado poco sobre los objetos de que hablan, ya por dejarse arrastrar del prurito de hacer cargos á la religion, echando mano de todo linaje de argumentos.

Pero vamos derechamente al punto capital de la dificultad, y veamos si es posible contestar satisfactoriamente á las objeciones de V. ¿Cómo es posible que un hombre religioso sea vicioso? esta es si no me engaño la principal dificultad que V. presenta, y me ha de permitir V. que le diga con toda ingenuidad, que muestra muy escaso conocimiento del corazon humano quien propone sériamente una objecion semejante. La vida entera de la mayor parte de los hombres es un tejido de esas contradicciones que V. no alcanza á explicarse; si debiéramos dar alguna importancia á dicha objecion nada menos resultaria sino exigir que todos los hombres arreglasen su conducta á sus ideas, y que quien abrigase una conviccion, obrara siempre en consecuencia de ella. ¿Y cuándo, y dónde ha existido un proceder semejante? ¿no estamos viendo todos los dias que aun prescindiendo de las ideas religiosas se verifica aquello de conocer el hombre el bien, de aprobarle, y sin embargo ejecutar el mal? *Video meliora proboque, deteriora sequor.* Veo lo mejor, me gusta; pero sigo lo peor. No hago el bien que quiero sino el mal que aborrezco. *Non quod volo bonum hoc ago, sed quod odi malum illud facio.* Hablamos con un jugador y la conversacion llega á girar sobre el vicio que le domina; un predicador en el púlpito no se expresará con mas energía contra los males acarreados

por el juego. «¡Qué pasion mas funesta! le oireis decir, siempre inquietud, siempre desasosiego y turbacion, siempre incertidumbre y zozobra; ahora nadando en la abundancia, no sabiendo qué hacerse del oro, un momento despues todo se ha perdido, es preciso pedir prestado á los amigos; ó empeñar una finca, ó enajenar una prenda, ó excogitar algun expediente desastroso para proporcionarse siquiera una pequeña cantidad con que probar fortuna de nuevo. Si perdeis, os hallais en la desesperacion; si ganais os veis forzado á presenciar la desesperacion de los otros, á sufocar tal vez los sentimientos de compasion que brotan en vuestro pecho, disfrazándolos y encubriéndolos con chanzas y algazara. ¡Qué momentos mas crueles al salir de la casa de juego, al recordar que habeis labrado quizás el infortunio de vuestra familia ó de la de vuestros amigos, al pensar que ibais con la esperanza de mejorar vuestra posicion, y tal vez de rico que erais habeis pasado á la mas estrecha pobreza! No es posible concebir cómo hay hombres que se abandonen á ese vicio detestable: el jugador es un verdadero loco que va corriendo continuamente tras de una ilusion á pesar de estar convencido de que es ilusion y no mas, de haberlo experimentado una y mil veces en sí y en los otros. En un jóven en el acto de salir de la casa de sus padres, un desliz en esta parte es disculpable hasta cierto punto; en un hombre de alguna experiencia, el vicio carece de excusa.» ¿Ha oido V., mi querido amigo, á ese moralista tan juicioso, tan severo, tan inexorable con los jugadores? pues vea V., apenas ha concluido su santa plática, quizás mientras está perorando, saca inquietamente su reloj ó pregunta á los circunstantes qué hora tienen, y ¿sabe V. para qué? es que el tiempo de la cita está cercano, que la mesita cubierta de paño está esperando, y los compañeros se hallan ya colocados en sus asientos respectivos, y barajando con impaciencia, y maldiciendo al perezoso y tardio; y su pobre corazon salta de gozo al pensar que en breves instantes va á comenzar la tarea, y los montones de dinero irán girando rápidamente

en derredor; ahora en frente de uno de los actores, luego de otro, en seguida de otro, hasta que al fin en las altas horas de la noche se concluirá la función, quedando por supuesto vencedor el moralista y completamente vengado de sus descalabros de ayer. Por lo menos, él así lo espera; y tan pronto como ha puesto fin al sermón, se levanta, toma el sombrero y echa á correr rabiando por la poca puntualidad. ¿Qué le parece á V. de semejante contradicción? «¡Oh! se me replicará, este hombre era un hipócrita, decía lo que no pensaba.» Es falso, hablaba con la convicción mas profunda, y los circunstantes si no eran jugadores, no eran capaces de comprender toda la viveza con que él sentía lo que expresaba. En prueba de esto, suponed que tiene un hijo, un hermano menor, un amigo, una persona cualquiera por la cual se interese: él le aconsejará que no juegue y lo hará con todas las veras de su corazón; si tiene autoridad para ello se lo prohibirá severamente; cuando no, se lo rogará con encarecimiento, y si puede hablar con entera franqueza exclamará con acento de dolor: «creed á un hombre experimentado; este vicio ha hecho y está haciendo mi infortunio ¡ay de mí! y siempre temo que me llevará á la perdición.» El desgraciado no deja de conocer el mal que se hace á sí propio, no deja de conocer su temeridad, su locura: se la echa en cara una y mil veces, así en los momentos de calma y buen juicio, como en los de furor y desesperación; pero no tiene bastante fuerza de ánimo para resistir al impulso de su inclinación arraigada y acrecentada con el hábito, para conformar sus obras con sus palabras, con sus convicciones mas profundas.

¿Quiere V. otro ejemplo? fácil sería amontonarlos hasta lo infinito. Hay un hombre de fortuna respetable, de reputación sin tacha que disfruta en el seno de su familia de toda la dicha que pueda desear; su instrucción, su moralidad y hasta su misma educación culta y esmerada le hacen contemplar con lástima los extravíos de otros; no concibe cómo consienten en sacrificar sus bienes á una pasión

liviana, en mancillar por ella su nombre, en hacerse el objeto de desprecio y ludibrio de cuantos los conocen; sin embargo trascurrido algun tiempo, una ocasión, un trato frecuente le ha enredado á él mismo en una amistad peligrosa: la hacienda, la fama, la salud, hasta su misma vida, todo lo está sacrificando á su ídolo; ¿ha perdido por esto sus antiguas convicciones? ¿la variación de conducta es efecto de un cambio de ideas? nada de eso; piensa como antes, no se ha desviado un ápice de sus convicciones primitivas, solo las ha puesto á un lado. A los parientes, á los amigos que le amonestan, que le recuerdan sus propias palabras, que le hacen los cargos que él mismo dirigía á los demás, que le excitan á que tome los consejos que él poco antes diera á los otros, á todos contesta: «sí, cierto, tiene V. razón, ya, con el tiempo..... pero.....»

Es decir que no hay falta de luz en el entendimiento sino extravío en el corazón; está seguro que la dorada copa contiene veneno, pero en su ardor febril se la acerca á sus labios, con el riesgo, con la certeza de perecer.

Recorra V. todos los vicios, fije su atención sobre todas las pasiones y echará V. de ver esta contradicción de que voy hablando. Son pocos, poquísimos los hombres que desconocen el mal que se hacen, los daños que se acarrean con su propia conducta, y sin embargo, ¡cuán difícil es la enmienda! De donde resulta no ser nada extraño que una persona profundamente convencida de la verdad de la religión, obre contra lo que ella prescribe, y no es prueba de que no crea lo que dice el no ponerlo él mismo en práctica.

Si V. hubiese leído obras de moral y de mística, ó conversado con hombres experimentados en la dirección de las conciencias, sabría la triste y angustiosa situación en que se encuentran á menudo muchas almas, y la paciencia que han menester los confesores para sufrir y alentar á esos desgraciados que proponen dejar el vicio, que lloran amargamente sus culpas, que tiemblan por el eterno

castigo á que se hacen acreedores, que á fuerza de consejos, de amonestaciones, de remedios y precauciones de todas clases, llegan quizás á resistir por algun tiempo á su funesta inclinacion, y sin embargo reinciden y vuelven á los piés del confesor y al cabo de algun tiempo tornan á reincidir, padeciendo de esta suerte congojas mortales, hasta que mas fortalecidos por la gracia alcanzan á mantenerse firmes disfrutando así una vida sosegada y tranquila.

Claro es, que si no es imposible, antes sucede con mucha frecuencia, que quien profesa una religion pura y severa, viva en el vicio y en la relajacion, no es tampoco incomprendible el que otros no sumidos en semejante miseria se porten no obstante con cierta tibieza y frialdad, á pesar de que en su entendimiento se hallen las creencias religiosas muy solidadas, muy firmes y hasta vivas y ardorosas. Son tantas las causas que pueden producir y conservar un estado semejante que seria enojosa tarea enumerarlas. Baste decir, que inconsecuencias y contradicciones se hallan á cada paso en toda la vida del hombre; que le afectan de tal modo las cosas presentes que por lo comun olvida las pasadas y futuras; que estando dotado de inteligencia y voluntad, no obstante sufre tambien á menudo la tirania de las pasiones que le arrastran por caminos de perdicion, aun conociéndolo él mismo. Los ejemplos aducidos y las consideraciones que los ilustran, creo que serán suficientes para dejarle á V. convencido de cuán infundadamente atacaba V. la religion, y que si semejante discurso tuviese alguna fuerza probaria que muchos no tienen principios morales, pues que obran contra ellos; que muchos son hasta el extremo ignorantes con respecto á lo que conviene á su salud, á sus intereses y honor, porque los perjudican á cada paso con sus actos; que el que come con exceso no conoce que le ha de dañar, que quien bebe con destemplanza no sospecha que el vino sea capaz de embriagar, y así racionando por el mismo tenor, seria preciso afirmar en general que los hombres están faltos de

muchos conocimientos, que poseen sin duda alguna. Digamos que el hombre es inconstante, inconsecuente, que le afectan demasiado las cosas presentes, para que sepa conciliar el interés ó el gusto del momento con la felicidad venidera, y estará explicado todo de una manera cabal y satisfactoria, y sin suponerle mas ignorante de lo que es en realidad.

Otra equivocacion de mucha trascendencia padece V. sobre el particular y es, el que segun indica su apreciada, opina que la religion produce muy poco efecto en la conducta de los hombres; pues que tanto los creyentes como los incrédulos, suelen vivir como si no tuviesen nada que esperar ni temer despues de la muerte. «Los hombres, dice V., cuidan de sus negocios, satisfacen sus pasiones ó caprichos, forman continuamente grandes proyectos, en una palabra viven tan distraidos, tan olvidados de su última hora, tan sin pensar en lo que podrá venir despues, que por lo tocante á la moralidad con respecto al mayor número, podria decirse que el efecto de la religion es poco menos que nulo.» Para dejarle á V. convencido de cuán falso es el hecho que V. asienta con tanta seguridad, basta recordar la profunda mudanza que produjo en las costumbres públicas la propagacion del cristianismo; pues este solo recuerdo pone fuera de duda que la enseñanza de la religion no es inútil para modificar la conducta de los hombres, y que antes al contrario, es muy eficaz y el único medio del cual es dado prometerse resultados felices y duraderos. Tambien ahora como entonces, cuidan los hombres de sus negocios y tienen pasiones, y se divierten, y viven distraidos y disipados; pero ¿qué diferencia entre las costumbres antiguas y las modernas! Si lo consintiesen los límites de una carta, podria aducir mil y mil comprobantes de lo que acabo de establecer manifestando con cuánta verdad se ha dicho que se cometian entonces mas delitos en un año que ahora en medio siglo. Recuerde V. las doctrinas de los primeros filósofos de la antigüedad sobre el infanticidio, doctrinas que se vertian con una serenidad

para nosotros inconcebible, y que revela el funesto estado de la moralidad de aquellas sociedades; recuerde V. los vicios nefandos tan generales á la sazón y que entre nosotros están cubiertos de baldón y de infamia; recuerde V. lo que era la mujer entre los paganos y lo que es en los pueblos formados por la religion cristiana; y entonces echará V. de ver cuántos son los beneficios que ha dispensado al mundo el cristianismo en lo tocante á la mejora de las costumbres; entonces comprenderá V. cuán errado es el decir que la religion influye poco en la conducta de los hombres.

Sucédenos con mucha frecuencia, cuando tratamos de apreciar el bien producido por una institucion, que nos paramos únicamente en los resultados positivos y palpables, prescindiendo de otros que podríamos llamar negativos, y que sin embargo no son menos reales, menos importantes que aquellos. Atendemos al bien que hace y no al mal que evita, cuando para calcular la fuerza y la índole de ella, no deberíamos pararnos menos en lo último que en lo primero.

Como la ausencia de un mal, que sin aquella institucion hubiera existido, ya es de suyo un gran beneficio, es preciso agradecer á ella el haberle evitado, y contar este efecto como la producción de un bien. Para hacer debidamente este cálculo conviene suponer que la institucion no exista y ver lo que en tal caso sucedería. Así, á quien negase la utilidad de los tribunales de justicia, ó pretendiese rebajar su importancia, no habria otro método mas á propósito para convencerle, que el que acabo de indicar. Si los tribunales de justicia, se le podria decir, os parecen de poca utilidad, suponed que se quitan; y que el ratero, el ladrón, el asesino, el falsario, el incendiario y toda la ralea de malvados, no tienen que temer otra cosa que la resistencia ó la venganza de sus víctimas. Desde luego la sociedad se convertirá en un caos, los unos se armarán contra los otros, los criminales se adelantarán mucho mas en su carrera de iniquidad, multiplicándose el número de

ellos de una manera espantosa. ¿Quién evita todo esto? ciertamente los tribunales; y el evitar este mal, es sin duda producir un gran bien.

Suponga V. pues, que la religion no existe, que no se nos da desde niños ninguna idea de la otra vida, ni de Dios, ni de nuestros deberes; ¿qué sucedería? todos seríamos profundamente inmorales, y así el individuo como la sociedad caminarían rápidamente hácia la degradacion mas abyecta. Y sin embargo ateniéndonos al argumento de V., se podria objetar: ya que cuidamos de nuestros negocios, y vivimos distraídos pensando poco ó nada en nuestros deberes, en la otra vida, en Dios; ¿de qué nos aprovecha el haber sido instruidos en estos puntos, el haber recibido una educacion en que se nos inculcaban de continuo dichas verdades? Ya ve V. que presentada la cuestion bajo este aspecto no es posible sostener la solucion que V. pretende darle, y claro es que si este método de argumentar flaquea en el caso presente, no será muy firme en los otros.

¿Quién le ha dicho á V. que ese hombre tan distraído, tan disipado, no piensa en la religion que profesa? ¿cree V. que le ha de estar revelando de continuo lo que pasa en lo íntimo de su corazón, cuando tiene á la vista un cebo que estimula sus pasiones, poniéndole en riesgo de faltar á su deber? ¿cree V. que le ha de estar narrando cuantas veces las ideas religiosas le han retraído de cometer un mal, ó han hecho que le cometiera mucho menor?

Una prueba evidente de los muchos efectos que producen en la conducta de los hombres las ideas religiosas y de los presentes que están en su memoria, aun cuando parecen haberlas descuidado del todo, es la rapidez instantánea con que se les ofrecen, tan luego como se hallan en peligro de la vida. Casi puede decirse que se despliegan en un mismo momento el instinto de la conservacion y el sentimiento religioso.

¿Cómo obra el instinto de la conservacion sobre el curso general de los actos de nuestra vida? Si bien se observa, estamos cuidando incesantemente de conservarnos sin

pensar en ello; hacemos de continuo actos que tienden á este fin y sin embargo no reparamos en ellos. ¿Cuál es la causa? es que todo cuanto se liga muy íntimamente con la vida del hombre está sin cesar presente á sus ojos: no lo mira, pero lo ve; lo piensa sin pensar que lo piense. Lo que se dice de la vida material puede afirmarse de la vida del alma; hay un conjunto de ideas de razon, de justicia, de equidad, de decoro, que vagan de continuo por nuestra mente, ejerciendo incesante influencia en todos nuestros actos. Ocurre una mentira y la conciencia dice: esto es indigno de un hombre; y la palabra que iba á ser pronunciada es detenida por ese sentimiento de moralidad y decoro. Se habla de una persona con quien se tiene enemistad; viene la tentacion de rebajar su mérito, ó revelar una de sus faltas, ó quizás de calumniarla; y la conciencia dice: esto no lo hace un hombre de bien, esto es una venganza; y el enemigo calla. Hay la oportunidad de defraudar sin que nadie lo sepa, sin que el honor pueda correr ningun peligro, y sin embargo no se defrauda; ¿quién lo impide? la voz de la conciencia. Hay la tentacion de abusar de la confianza de un amigo haciendo traicion á sus secretos, y explotándolos en provecho propio, y sin embargo la traicion no se consuma, aun cuando el amigo víctima de ella no pudiese ni siquiera sospecharla; ¿quién lo impide? la conciencia. Estas aplicaciones que podrian extenderse indefinidamente, muestran bien á las claras que el hombre sin advertirlo obedece muchísimas veces al grito de la conciencia, y que aun cuando no piensa, ó no cree pensar en ella, ni en Dios, no obstante obran en su ánimo esas ideas, y le impulsan, y le detienen, y le hacen retroceder y variar de camino, y modificar continuamente su conducta en todos los instantes de su vida.

Si esto se verifica aun tratándose de los mismos incrédulos ¿qué sucederá con respecto á los hombres sinceramente religiosos? A los ojos del mundo podrá parecer que ellos se olvidan completamente de sus creencias, que de nada les sirve la fe en verdades grandes y terribles, que

el cielo, el infierno, la eternidad solo se ofrecen á su mente como ideas abstractas, sin relacion alguna con la práctica; pero ellos saben muy bien que la eternidad, y el cielo y el infierno se les presentan en el acto de querer obrar mal, que ora los apartan del camino de la iniquidad, ora los detienen para que no anden por él con tanta precipitacion; ellos saben que despues de haberse abandonado al impulso de sus pasiones, experimentan remordimientos que los atormentan atrozmente y que los hacen arrepentir de haberse desviado del sendero de la virtud. No hay cristiano que no experimente esta influencia de la religion: si es realmente cristiano, es decir, si cree en las verdades religiosas, sufre repetidas veces el castigo de sus malas obras ó disfruta el galardón de las buenas. Esta pena ó este premio, los siente en lo íntimo de su conciencia; y el recuerdo de lo que ha gozado en un caso ó padecido en otro, contribuye á menudo á que no se permita extravíos contra lo que le prescriben sus deberes.

No dudo que con estas reflexiones se quedará V. convencido de que es un error contrario á la razon, á la historia y á la experiencia, lo que V. afirma de que la religion influye poco en la conducta de los hombres. Es cierto que los que la profesan no siempre se portan como debieran, es cierto que encontrará V. hombres que tienen fe, y sin embargo son muy malos; pero no es menos cierto que en general la conducta de las personas religiosas es incomparablemente mejor que la de los incrédulos. ¿Cuántas ha conocido V. que no profesando ninguna religion observen una conducta de todo punto irreprehensible? Y cuando esto digo no hablo de cometer delitos de los cuales nos apartan cierto horror natural, el temor de la justicia, y el deseo de conservar la reputacion: no hablo de cierta inmoralidad asquerosa y repugnante de la cual retraen el honor, el decoro, y hasta cierta delicadeza de gusto, fruto de la buena educacion; hablo de aquella moralidad severa que rige todos los actos de la vida de un hombre, y no le permite desviarse del camino del deber, aun cuando

en ello no se interesen, ni la honra, ni los miramientos de sociedad, ni se opongan otras consideraciones que las inspiradas por una sana moral. Me dirá V. que conoce á ciertos hombres que á pesar de ser irreligiosos, son incapaces de defraudar, de hacer traicion á la amistad y que hasta observan una conducta que si no es tan rigurosa como yo deseara, está muy lejos de la disipacion y quizás de la liviandad; será posible que V. conozca á incrédulos que sean tales como V. los pinta, será posible que por educacion, por honor, por decoro, por esa luz interior que Dios nos ha dado y que no alcanzamos á extinguir con insensatos esfuerzos, ajusten su conducta una y mil veces á la ley del deber cuando no se atraviesa algun poderoso motivo que los impulsa en sentido contrario; pero no ponga V. á esos mismos hombres á prueba de una tentacion violenta.

A ese que no cree en nada, ni aun en Dios, y á quien supone V. tan probo, tan incapaz de cometer un fraude, redúzcale V. á la miseria, figúreselo luchando entre el apremio de grandes necesidades y la tentacion de echar mano de una cantidad ajena, pudiendo hacerlo de manera que nada pierda su reputacion de hombre de bien; ¿qué hará? V. podrá creer lo que quiera; yo por mi parte no le fiaria mi dinero; y me atreveria á aconsejar á V. que tampoco le fiara el suyo.

Usted, mi apreciado amigo, hallándose en una posicion ventajosa, y sin otras tentaciones de hacer mal que las ofrecidas por las ilusiones de la juventud, no conoce á fondo lo que es esa probidad que no se apoya en la religion. V. no conoce cuán frágil, cuán quebradiza es esa honradez que á los ojos del mundo se presenta con tanto alarde de firmeza é incorruptibilidad; fáltanle todavía algunos desengaños que recogerá V. muy en breve cuando rasgándose ese velo tan hermoso con que el mundo se presenta á nuestros ojos en la primavera de la vida, comience á ver las cosas y los hombres tales como son en sí; cuando entre en la edad de los negocios, y vea la complicacion de

circunstancias que en ellos se ofrecen, y asista á esa lucha de pasiones é intereses que tan á menudo coloca al hombre en posiciones críticas y hasta angustiosas, en que el cumplimiento del deber es un sacrificio y á veces un heroísmo. Entonces comprenderá V. la necesidad de un freno poderoso, de un freno que sea algo mas que consideraciones puramente terrenas. Entretanto queda de V. su afectísimo y S. S. Q. B. S. M. — J. B.

MISCELÁNEA.

PENSAMIENTOS SOBRE LITERATURA, FILOSOFÍA, POLÍTICA Y RELIGION.

La ciencia es una antorcha que suele servir para ver la existencia de abismos, no para penetrar su fondo.

No está la dificultad en *conocer* sino en *advertir*.

Buenas son las instituciones; pero se las falsea; lo mas precioso de ellas es un buen escudo.

Entendemos mas por intuicion que por discurso: la intuicion clara y viva es el carácter del genio.

Tomamos la osadía por señal de fuerza, por eso nos amilana.

Hay sabios de profesion, y los hay de genio; así sucede en todo.

Pensamiento, imágen, sentimiento, sensacion, cosas muy distintas en sí y en sus objetos; pero andan á veces en delicado contacto, y se toma la una por la otra.

Pensamiento desleído. Hé aquí una imágen exacta y bella; mas me gusta el ingrediente solo.

Hay genio de entendimiento, como de fantasia y sensibilidad; no siempre andan juntos.

Un genio se inclinará al sistema de las ideas innatas.

en ello no se interesen, ni la honra, ni los miramientos de sociedad, ni se opongan otras consideraciones que las inspiradas por una sana moral. Me dirá V. que conoce á ciertos hombres que á pesar de ser irreligiosos, son incapaces de defraudar, de hacer traicion á la amistad y que hasta observan una conducta que si no es tan rigurosa como yo deseara, está muy lejos de la disipacion y quizás de la liviandad; será posible que V. conozca á incrédulos que sean tales como V. los pinta, será posible que por educacion, por honor, por decoro, por esa luz interior que Dios nos ha dado y que no alcanzamos á extinguir con insensatos esfuerzos, ajusten su conducta una y mil veces á la ley del deber cuando no se atraviesa algun poderoso motivo que los impulsa en sentido contrario; pero no ponga V. á esos mismos hombres á prueba de una tentacion violenta.

A ese que no cree en nada, ni aun en Dios, y á quien supone V. tan probo, tan incapaz de cometer un fraude, redúzcale V. á la miseria, figúreselo luchando entre el apremio de grandes necesidades y la tentacion de echar mano de una cantidad ajena, pudiendo hacerlo de manera que nada pierda su reputacion de hombre de bien; ¿qué hará? V. podrá creer lo que quiera; yo por mi parte no le fiaria mi dinero; y me atreveria á aconsejar á V. que tampoco le fiara el suyo.

Usted, mi apreciado amigo, hallándose en una posicion ventajosa, y sin otras tentaciones de hacer mal que las ofrecidas por las ilusiones de la juventud, no conoce á fondo lo que es esa probidad que no se apoya en la religion. V. no conoce cuán frágil, cuán quebradiza es esa honradez que á los ojos del mundo se presenta con tanto alarde de firmeza é incorruptibilidad; fáltanle todavía algunos desengaños que recogerá V. muy en breve cuando rasgándose ese velo tan hermoso con que el mundo se presenta á nuestros ojos en la primavera de la vida, comience á ver las cosas y los hombres tales como son en sí; cuando entre en la edad de los negocios, y vea la complicacion de

circunstancias que en ellos se ofrecen, y asista á esa lucha de pasiones é intereses que tan á menudo coloca al hombre en posiciones críticas y hasta angustiosas, en que el cumplimiento del deber es un sacrificio y á veces un heroísmo. Entonces comprenderá V. la necesidad de un freno poderoso, de un freno que sea algo mas que consideraciones puramente terrenas. Entretanto queda de V. su afectísimo y S. S. Q. B. S. M. — J. B.

MISCELÁNEA.

PENSAMIENTOS SOBRE LITERATURA, FILOSOFÍA, POLÍTICA Y RELIGION.

La ciencia es una antorcha que suele servir para ver la existencia de abismos, no para penetrar su fondo.

No está la dificultad en *conocer* sino en *advertir*.

Buenas son las instituciones; pero se las falsea; lo mas precioso de ellas es un buen escudo.

Entendemos mas por intuicion que por discurso: la intuicion clara y viva es el carácter del genio.

Tomamos la osadía por señal de fuerza, por eso nos amilana.

Hay sabios de profesion, y los hay de genio; así sucede en todo.

Pensamiento, imágen, sentimiento, sensacion, cosas muy distintas en sí y en sus objetos; pero andan á veces en delicado contacto, y se toma la una por la otra.

Pensamiento desleído. Hé aquí una imágen exacta y bella; mas me gusta el ingrediente solo.

Hay genio de entendimiento, como de fantasia y sensibilidad; no siempre andan juntos.

Un genio se inclinará al sistema de las ideas innatas.

Se habla mucho de equilibrios políticos: equilibrio no le hay donde hay movimiento.

Hay muchos aficionados á la música, y pocos músicos: lo mismo sucede con respecto á la poesía.

En las bellas letras y artes, hay mucho de natural; pero de convencional hay mas de lo que creemos.

Muchos no quieren fe, ni aun en religion, y la fe abunda tanto, aun en las ciencias!.....

Hay bastantes cabezas que son libros y hasta bibliotecas; pero pocas inteligencias.

Los que han puesto á sus obras el nombre de personajes célebres, conocian bien al hombre.

Quien extrañe los delirios del reinado de la *Diosa Razon*, solo ha estudiado el carácter de la razon humana.

El comun de los hombres entiende tanto en política, en guerra y otras cosas semejantes, como en el cálculo infinitesimal; pero en este se usa un lenguaje peculiar, y no usual, y en aquellas ciencias nó. Esta es una de las causas de que todos hablen de lo primero y nó de lo segundo.

Á la razon la daña no pocas veces el sentimiento, y muchísimas otras le hace gran falta.

Por todas partes hay belleza, armonía: el caso está en percibirla. Nuestro corazon es un magnífico instrumento; solo que se ha de afinar y tocar.

Un genio de imaginacion es como la naturaleza, produce sus bellezas: la imaginacion de los otros es un lienzo mas ó menos apto para la pintura.

Primores y siempre primores, no es propio de una causa grande; la naturaleza prodiga sus riquezas tal vez con aparente desconcierto.

La naturaleza, sin la señal de la mano del hombre es mas sublime.

Con dificultad entiende los preceptos de pensar bien quien no piensa ya bien: es círculo de mala salida.

El dar reglas secas de lógica á un niño me parece una teoría de andar explicada al niño que está en andadores.

Para aprender bien una lengua es poca cosa la gramática.

El pensar es un misterio, el hablar es un misterio, el hombre un abismo.

Mucho nos gustan las cámaras oscuras, los daguerreotipos, y no recordamos que nuestra cabeza es el mejor daguerreotipo del mundo.

Me parece que ha de ser un gusto el conocer desde la otra vida lo que vale nuestro saber actual.

No basta conocer la moral, es menester sentirla y con frecuencia: la religion católica muestra en esto, como en todo, su alta sabiduria.

Las pasiones á veces nos extravian, nos envilecen, ó corrompen; á veces nos guian, nos inspiran, nos elevan.

El mundo dice: «engriete, si quieres, de tu mérito, pero has de ocultar profundamente tu engreimiento:» aquí habria delicadas reflexiones que hacer sobre la humildad cristiana.

El hombre tiene necesidad de amar: y la base de la religion es el amor.

Estamos sedientos de saber, de conocer la verdad, y el premio que promete la religion es el conocimiento de una verdad infinita.

Los pueblos niños desplagan imaginacion, los bárbaros pasiones fuertes, los cultos (mientras siguen un sendero regular) ingenio, los cultos y en revolucion, todo.

La propagacion de las Hermanas de la Caridad seria un gran bien para la humanidad y para rehabilitar la religion en la opinion de los pueblos.

El divorcio de la religion y de la política es un imposible; la razon lo convence, la experiencia lo atestigua.

Si dijéramos que el único resorte del corazon del hombre es el propio interés, se seguirá que la religion ha dado tambien en el blanco.

El poder social ha perdido de su fuerza, la religion de su ascendiente, y hé aquí que vuelven á presentarse el duelo y el suicidio.

Cuando el corazón necesita una doctrina, el entendimiento se la presta, aunque sea fingiéndola.

Un genio es una fábrica, un erudito un almacén.

En el estudio de la sociedad, aun tal como le tenemos con todo su aparato de análisis, debe de haber bastante poesía.

Una buena lógica, sería un vasto tratado de todo el hombre.

La universalidad, viveza y energía del movimiento de la primera cruzada prueba la existencia de un espíritu público: los pueblos tenían escasa comunicación; pues ¿quién le había creado?

En el respeto por las cosas antiguas, hay algún misterio.

Lo que se llama pasiones políticas suelen ser pasiones comunes.

«La civilización es el vapor.» ¡Qué absurdo! esto define á algunos economistas.

Donde no hay cristianismo la mujer está esclavizada: esto será tal vez que allí se cumple con más rigor el castigo. «Sub viri» etc. etc.

Muy difícil ha sido siempre, y siempre lo será, bajo un gobierno cualquiera, el castigo de aquellos crímenes que ó proceden de la exageración de los principios en que el gobierno estriba, ó al menos la llevan por máscara. Esto tiene raíces profundas en el mismo corazón del hombre, en su entendimiento y en la organización que en tal caso tienen casi por necesidad el gobierno y sus dependencias. ¡A cuántos gobiernos eso mata!

En cada crisis social nace un genio: la España está en crisis: ¿dónde está el genio?

Las sociedades modernas con la abolición de la esclavitud y con otros medios, han adquirido un fondo inagotable de movilidad: las instituciones fijas y robustas eran pues más necesarias que nunca.

Quien se interesa mucho por las formas políticas, mos-

trándose muy entusiasta de este ó aquel sistema, ó es ambicioso ó poco entendido.

La ciencia moderna mira las cosas muy en globo: y hace bien, porque las cosas no existen clasificadas, sino en globo: la dificultad está en la debilidad del entendimiento humano. Los grandes talentos son poco clasificadores, y poco á propósito para componer obras elementales. Este carácter, ó rumbo ó espíritu de la ciencia, aumenta las dificultades de un buen plan de instrucción, y la dificultad de encontrar buenos profesores.

En tiempo en que no sea mucha la fuerza de las ideas, pueden estas hallarse en discordancia con las cosas; cuando las ideas tienen mucho influjo, nó.

Todos los partidos quisieran que el gobierno fuera una expresión de sus opiniones y un sosten de sus intereses: así es que todos quisieran influencia en el gobierno: es decir que todos quisieran gobierno representativo si estuvieran seguros de alcanzar mayoría. ¡Qué verdad más palpable! ¡Y cuán pocos piensan en ella! «Mandad, disponed como queráis; yo ni quiero intervenir en ello, ni aconsejaros siquiera, aun en las cosas que á mí me atañen; aun en lo tocante á mi dinero,» no está en la naturaleza del hombre.

La sociedad necesita ahora mucho la religión, por esto no podrá mostrarse esquiva.

No es lo mismo conocer la sana moral que el sentirla vivamente; y va mucho de sentirla hasta con entusiasmo á practicarla cual se debe.

Bien y mal; hé aquí unas palabras de mal definir.

Talento; ¡qué palabra tan vaga! Sus definiciones y clasificaciones darían lugar á una grande obra.

Hay espíritu de asociación, pero es un espíritu débil, le falta aliento, y solo la religión puede dárselo.

Decís que el cristianismo ha civilizado el mundo; esto es decir que el cristianismo es una verdad.

Todo lo que está en contacto con las necesidades del hombre, progresa; porque la necesidad es muy vivo aci-

cate: y por esto en la época actual progresarán las ciencias relativas á la sociedad, porque los sabios ocupan la silla del mando. En el siglo pasado estas ciencias habian sufrido un horrible extravío, y sin embargo se creia que habian adelantado; ¿y por qué? porque el hombre público gobernaba, y el sabio soñaba en su gabinete: unid en una estas dos personas y vereis como se remedia el mal; esto explica el cambio de ideas despues de la revolucion francesa, y tambien varios fenómenos muy extraños.

Un curso de oratoria bien entendido seria un excelente curso de lógica.

A los niños se les enseña la retórica y la poesia; ¡pobres niños! y luego la lógica: ¡pobres niños!

En tanto como se habla del espíritu de provincialismo en España no sé qué hasta ahora se haya fijado su carácter, ni aun probado su existencia.

¿Hay en España verdadera nacionalidad? Si ó nó: en qué consiste, sus causas, sus indicios; hé aquí apuntado el objeto de una extensa obra.

Arte de pensar y arte de no errar, y tambien de no dejarse engañar; son cosas muy diferentes: la primera quizás no existe ni existir puede; la segunda es difícil, pero nó imposible.

Un viaje bien hecho, es tarea muy ardua.

Si bien se mira la única religion de los pueblos civilizados es el cristianismo; esto dice mucho.

Los mayores extravíos á veces proceden de abandonarse demasiado al sentimiento: las cuestiones sobre el suicidio, pena de muerte, formas políticas y otras semejantes son un buen ejemplo. Bueno es escuchar el sentimiento, pero si no se anda con prudencia en eso, bien pronto la verdad en muchas materias será tan varia como la organizacion y como las afecciones de nuestro cuerpo.

Hay en el fondo de nuestra alma una luz superior á todas las afecciones de inomento, una luz que es comun á todos los hombres, y que es luz en todos tiempos; esto á mas de ser un aviso para no errar en muchas cuestiones,

nos suministra una robusta prueba de que el alma no es el resultado de la organizacion.

No es fácil opinar contra los propios intereses: estos arrastran las opiniones.

Bueno es el análisis; pero miradas las partes á veces no se conoce por eso el todo: si desmontamos una máquina, la mayor parte de los hombres no sabrán para qué sirven las piezas.

Las clases sábias pervirtieron las ignorantes; ahora parece que tratan de enmendar el yerro; pero la cosa es difícil.

Por costumbre miramos el derecho de testar como in-cuestionable; á la primera ojeada filosófica parece que tiemblan sus cimientos, pero ahondando mas se encuentran razones profundas y delicadas de esta legislacion.

Es bien notable que una filosofia que apenas se acuerda de la religion sino como de un hecho humano, esté siempre poseida del *pensamiento que preside los destinos de la humanidad*. Diríase que teme descubrir á Dios, y que Dios se le aparece en medio de una nube, en el curso de sus investigaciones.

Se quiere popularizar la ciencia, y jamás habia andado por regiones tan encumbradas.

La historia no debe olvidar un hecho, que quizás pocos han notado. Un hombre queria evitar la revolucion francesa por medio de una reforma; y este hombre era el que se sujetó humildemente al juicio del Papa: era Fenelon.

Podríase hacer una excelente obra sobre las modificaciones que serian convenientes en la instruccion del clero, á causa de la nueva organizacion y nuevas necesidades de la sociedad: allí se podria discutir muy bien si es útil ó nocivo, el separar la teología de las universidades, encerrándola en los colegios.

Economía política..... Tambien debiera haber *economía moral*.

El precepto contra las usuras es profundamente econó-

mico; pues que de suyo tiende á destruir *zánganos*, lo que es muy favorable á la produccion.

Dice Destutt-Traci (t. 2, p. 219, Econ. pol.): «En materias algo difíciles la práctica es provisionalmente bastante razonable mucho tiempo antes que lo sea la teoría, y puede suplir muy bien por ella.» Sobre este particular pueden hacerse muchas reflexiones.

Casi siempre se habla, se aplaude, se critica por costumbre, y sobre todo por autoridad ajena.

Las imaginaciones muy fuertes, y la sensibilidad muy viva, no son los mejores amigos de la lógica.

Conviene ver lo que hay: nó mas de lo que hay: un hombre que se desvanece por debilidad de cabeza ú otras causas, en el mismo instante que cierra los ojos á la luz, figúrase quizás que ve brillantísimas centellas, galanos colores y exquisitos matices.

Hay cierta manía de análisis que lleva á confundirlo todo, y hay cierto espíritu de exagerada imparcialidad que hace á los hombres muy parciales; estas son enfermedades de difícil curacion.

Hay talentos claros, porque son superficiales: son como un arroyuelo de escasa profundidad; enturbiada un poco el agua, todavía se distinguen la arena y piedrecitas del fondo.

Hay talentos profundos pero claros: son una grande antorcha, que todo lo alumbrá.

El ingenio suple á veces el genio: es como el agua que nos ofrece una gran profundidad, reflejándonos la inmensidad del firmamento.

Hay en el mundo un vacío; los genios, si le padecen, lo sienten mas porque lo tienen mas grande.

Hay entendimientos que parecen naturalmente falsos: siempre tienen la desgracia de verlo todo al revés. Guardaos de disputar con ellos.

Oís tal vez un solemne despropósito acompañado de una satisfaccion admirable. ¿Por qué os cansais en refutarle

y en hacer entrar en razon á su autor? quien lo ha dicho tan cumplido, no es capaz de comprender la refutacion.

Desde la locura rematada á la cordura perfecta, hay una escala de muchos grados: el mundo está distribuido en ellos. Los extremos son pocos.

La prensa comenzó dando á luz la Biblia, y ha descendido hasta el lenguaje de las verduleras; como la música nació en los templos, y ha bajado hasta las tabernas.

Los poetas ramplones no desacreditan á Homero y Virgilio; una miserable sonata de bandurria nada quita á Rossini ni á Mozart; y los prodigios de Miguel Angelo y de Rafael, no se destruyen por los mamarrachos de patios y esquinas.

La lengua no es el lenguaje; Ginés de Pasamonte hablaba la misma lengua del gran Gonzalo y de Fray Luis de Leon; y las mujeres del rastro la misma lengua, pero nó el lenguaje de Santa Teresa; los órganos de Marat la misma que Fenelon.

En el mismo Capitolio triunfó el heroismo y el parricidio.

La revolucion francesa fundió los elementos de Francia como metales en crisol, la Convencion sacó la masa informe; Napoleon la elaboró, cinceló y pulió. Generalmente hay homogeneidad; las diferencias que se notan son como las vetas de metales que no ligan.

En Francia el gobierno representativo es la representacion de la administracion, salvo el derecho de clamar.

Si la prensa fuese el órgano de la opinion pública, en Francia el gobierno estaria siempre en abierta oposicion con esta.

En política como en religion, el entusiasmo supone la fe, la pura razon enfria.

En España no debe haber tolerancia religiosa ó de cultos, porque no se tolera lo que no existe. No hay disidentes. Hay incrédulos, las personas de estos cumplidamente se toleran. Culto no tienen.

El poder es violento cuando es débil.

Sanson es la imagen del hombre: poder y debilidad.

La monarquía hereditaria es una especie de insaculación. La perfección de la prudencia consiste en desconfiar de sí misma. El vicio radical de ciertas escuelas políticas, consiste en el olvido de esta regla. Fundan la sociedad en un pacto y pretenden gobernarla con sola la razón.

Dido pidiendo al rey Jarbas la permisión de comprar tanto terreno como podría rodear con una piel de buey y cortándola después en tan delgadas tiras que ciñeron espacio capaz de comprender una ciudad, es un hermoso emblema de la política astuta de los pueblos comerciantes.

Se ha dicho que Constantino trasladando á Bizancio la silla del imperio, lo enflaqueció; ¿no podría decirse que lo conservó, al menos en Oriente, construyendo una última trinchera contra la irrupción de los bárbaros?

Hay reputaciones que se parecen á los cadáveres que se conservan enteros en una caja bien cerrada: en dándoles el aire se convierten en polvo.

La sátira se embota, la razón nó.

El pensamiento falso expresado con una imagen brillante es una mujer fea cubierta con hermoso velo.

Los hombres ensalzados por los pueblos como emblema de libertad, suelen tener la humorada de Marco Antonio que desposado con Minerva por el voto de los atenienses se hizo pagar el dote que á tan noble consorte correspondía.

Los ambiciosos marchan á la tiranía, al lado de la imagen de la libertad, como Pisistrato á la fortaleza de Atenas, al lado de la gallarda doncella que representaba á Minerva.

Conviene aprender las reglas y acostumbrarse á ellas como los músicos al compás: después lo llevan sin advertirlo.

Los hombres son como las figuras de barro: conviene

que se sequen en el molde; del contrario no toman la forma.

Pobre cabeza donde no hay presidente: este falta á los hombres sin carácter.

La parte inteligente de una nación ha de estar en movimiento, y dirigir; pero ¿y si está loca, ó va errada? ¡A cuántos individuos no pierde una cabeza, un pensamiento falso! virtud, salud, fortuna, honor; todo lo echa á perder. Hé aquí la sociedad, con la inteligencia en extravío.

¿Qué me importa un artículo fulminante contra una exacción, mientras miro en casa los soldados del apremio?

Estamos los españoles en medio del mar, es menester acostumbrarse á las tormentas.

El pueblo comprende mas pronto el lenguaje de las pasiones que el de la razón.

La sociedad actual es una mujer delante de un espejo.

En la actualidad todo se hace por acto reflejo.

La inteligencia es la luz que guía, la moral la ley que arregla y armoniza, la felicidad el término y el premio.

Una política ciega no atiende siquiera á los hechos consumados, una política injusta los acepta y consolida, la justicia y la prudencia no quieren ni uno ni otro.

Dos hombres que no se entienden, son dos instrumentos que no están en armonía.

Se dice que la verdad nunca daña, lo niego.

Un hombre con pereza es un reloj sin cuerda.

Tenemos un nuevo pauperismo, los jóvenes ilustrados.

España es un pueblo nuevo, aquí podrían hacerse grandes ensayos.

En Cataluña tenemos la civilización española y la cultura francesa.

Las sociedades no se mueven con la risa, sino con los intereses y la convicción.

Nuestros padres abundaban en buen sentido, nosotros en razón. ¿La verdad de qué parte está?

¿Se nos pretenderá dar la centralización francesa, el eclecticismo filosófico, la civilización vapor?

De la impotencia gubernativa nace el pandillaje.

Quien no gobierna no tiene el apoyo de la nación; el instinto de conservación hace buscar un apoyo; y de aquí el pandillaje que es una compañía de *seguros mutuos*. Apoyadme y yo os dejaré hacer. Es sencillo pero peligroso.

Para conservarse los grandes partidos como los grandes hombres, gobiernan; los mezquinos intrigan; los malvados corrompen; los osados oprimen.

Para constituir la dictadura completa son menester:

1.º Genio en el candidato. 2.º Disolución *social* y política. 3.º Ausencia é imposibilidad del gobierno *legal*. 4.º Fuerza é influencia *exterior* en la nación.

Para mandar sirven los ambiciosos, mas no los vanos.

¿Queréis apreciar la fuerza de una situación? ved qué ideas é intereses representa.

¿Queréis otra señal mas sencilla? ved qué hombres figuran en ella.

¿Qué valdría el respeto al trono siuviésemos la anarquía? la tempestad no dejaría de serlo por llevar respetuosamente en sus alas una niña dormida.

Mientras los cuerpos *políticos* hayan de arreglar todas las cuestiones *políticas* no saldremos jamás de la *política*, es decir del *malestar*.

Los poderes nacidos de una revolución, tienen por el mismo hecho facultades discrecionales: su blanco y norma es la conveniencia pública; su límite la razón y la moral. ¡Cuántas cosas ilegales son legítimas y cuántas cosas ilegítimas son legales!

Observan los químicos que los cuerpos que tienen poca afinidad, aunque puedan combinarse de diferentes maneras, dan un compuesto en que se notan las propiedades de los componentes: en una combinación de agua y azúcar, ó de agua y sal, se descubren siempre las del azúcar y del agua, y las de esta y de la sal. Este fenómeno lo recordamos al pensar en ciertas fusiones políticas. Vendamos

los ojos, que no veais el líquido, tocadle con la punta de la lengua, y direis luego: «aquí hay agua, aquí azúcar, aquí sal.»

Hay ciertas soluciones en que los cuerpos no quedan mezclados sino mientras dura el calor: en enfriándose el líquido, se verifica la separación. No hay que hacer caso de ciertas mezclas, de cierta homogeneidad aparente: dejad que se enfríe el líquido.

Cuando un partido político carece de convicciones, está privado de vida; entonces es como los cuerpos inorgánicos que no se *nutren*, sino que crecen por *agregación ó yuxtaposición*; en tal caso son incapaces de modificarse. Combinados con otro cuerpo cualquiera, siempre se separan y efectúan la *cristalización*. Como se presentaban antes, se presentarán despues: si alguna vez los habeis medido, sabed que será la misma su figura; para conocer sus ángulos no necesitais aplicar de nuevo el *goniómetro*; sin peligro de error podeis servirvos de la medida vieja.

No os alucine el ver que un metal ha perdido su dureza, y que corre y circula como los otros líquidos: ¿no veis que está expuesto á una temperatura muy elevada? Dejad que esta baje; el metal volverá á su estado primitivo.

Para mantener en fusión dos cuerpos que se repelen, es necesario un tercero que prepondere sobre la acción de cada uno de ellos, que absorbiéndolos los *una*. Hé aquí una imágen bastante fiel del poder monárquico.

La monarquía hereditaria es una especie de aplicación del sistema de la suerte. ¡Tanto teme la sociedad el poner en movimiento muchas voluntades en un negocio de importancia! No se fia ni de los candidatos ni de los electores.

Se dice que la repetición de una idea la gasta: la aserción es muy dudosa: una insigne falsedad, una solemne extravagancia, inculcadas de continuo y con serenidad, producen no pocas veces un efecto sorprendente.

Se suele decir el *calor de la convicción*; ¡cuán á menudo podría decirse la *convicción del calor*!

Hay hombres que no pueden sostener su reputacion sino ocultos tras una mampara; salen á las tablas; se ve que era el *mons parturiens*; el público los silba. ¿Quién tiene la culpa?

Quizás ahora se hace justicia á los hombres mucho mas pronto que antes. La razon es porque un siglo de ahora es mas que diez siglos anteriores. La posteridad se anticipa, llega ya en vida de quien apela á su fallo.

Hobbes decia que si hubiese leido tanto como otros, seria tan ignorante como ellos: esta es una exageracion que encierra un significado profundo.

Conocemos mas los libros que las cosas; y el ser sabio consiste en saber cosas y no libros.

La educacion es al hombre lo que el molde al barro: le da la forma.

La inconsecuencia natural al hombre, produce grandes males y grandes bienes. ¿Cómo? un hombre religioso consecuente seria un modelo; hé aquí los males de la inconsecuencia: un impío consecuente observaria una conducta monstruosa; hé aquí un bien de la inconsecuencia.

Tambien hay vanidad en la pretension de no ser vano. La vanidad es la molicie del orgullo.

El orgulloso será con frecuencia vano, si no ejerce gran dominio sobre sí mismo. Y como este dominio es muy difícil sin virtud sólida, los orgullosos son vanos con mas frecuencia de lo que ellos creen.

Una niña que en la edad de la hermosura y de las ilusiones se consagra al servicio de los enfermos, muestra mas grandor de ánimo que todos los conquistadores del mundo.

Bienaventurados los que lloran, dijo Jesucristo: ¡qué palabra! ¡y en qué siglo! ella por sí sola anunciaba á la humanidad un nuevo porvenir.

El alma con las pasiones exaltadas es el cuerpo en calentura. Tirit de frio, y tal vez el ambiente está ardiendo; se abrasa, y la atmósfera está helada. Lo primero que

debiéramos hacer en un caso semejante es no juzgar de nada.

La perfeccion del disimulo consiste en encubrirle.

La condescendencia habitual no está reñida con una gran firmeza de carácter. Esta es una cualidad preciosa que conviene economizar.

No hay nada mas insulso que la pretension de ser gracioso.

A los hombres grandes se los llama con solo su nombre, á secas. Esto es muy significativo. Es que la idea principal no necesita ni consiente accesorios.

La afectacion es intolerable; y la peor es la afectacion de la naturalidad.

Los hombres que alaban siempre, son ó simples ó bajos; los que no alaban nunca, ó son imbéciles ó envidiosos.

Los hombres grandes son sencillos, y los medianos son ampulosos, por la misma razon que los cobardes son bravatones, y los valientes no.

Suele distinguirse entre la honradez política y la honradez privada; á quien no ha manejado con delicadeza los negocios particulares, no le fiara yo la hacienda pública. Hay mayor cebo y menor peligro.

Hay objetos que no se ven si no se sienten; y no se ven bien si se sienten demasiado. El sentimiento en tal caso es una especie de lente; es difícil acertar en la graduacion mas adecuada.

Si se combinan en un mismo sugeto la riqueza, la ignorancia, la inmoralidad, la presuncion, y la falta de educacion, el resultado es una cosa intolerable.

Cuando un objeto está presente sentimos su nada; por esto preferimos vivir de recuerdos y esperanzas.

No es tolerante quien no tolera la intolerancia.

Muchos hombres exageran sus fuerzas; pero tambien los hay que no las conocen; ¡qué fortuna para ellos y para los demás, si hubiera quien se las revelase!

En la sociedad hay muchos hombres dislocados; podrian ser útiles y no hacen mas que dañar ó embarazar.

Si hubiese un medio seguro de descubrir las disposiciones particulares de cada uno, no es posible decir hasta qué punto se multiplicarían las fuerzas de la humanidad.

De un pensamiento expresado secamente á otro cubierto con una imágen feliz, va la misma diferencia que de una bala tirada con la mano á otra disparada con un fusil.

Cuando uno recuerda lo que era la Europa cinco siglos atrás, la imaginación se asombra al pensar lo que será de aquí á cinco siglos.

El porvenir de las naciones civilizadas entraña acontecimientos tan colosales y mudanzas tan profundas, que probablemente nosotros no nos formamos de ello ninguna idea, ni somos capaces de formárnosla.

El medio para deshacerse de un hombre amante de contradecir, es callar y escuchar reposadamente. Atacará primero lo que habeis dicho, luego lo que pensará que quereis decir; esto es, vuestras opiniones reales ó presuntas; pero al fin se cansa y se aburre, fastidiado de una víctima que se hace el muerto.

Esos hombres, eternos impugnadores de todo, son como las balas de cañon; derriban una muralla de mucho espesor y muy recia, y pierden la fuerza en encontrando algunos colchones.

Para las cosas grandes y arduas se necesitan, combinacion sosegada, voluntad decidida, accion vigorosa: cabeza de hielo, corazon de fuego, mano de hierro.

La religion es la mejor filosofia de la historia.

Los perezosos suelen ser grandes proyectistas; así estando faltos de realidad se engañan con ilusiones; y además el trabajar solo en proyecto se aviene muy bien con el no hacer nada, suma felicidad del perezoso.

El adelanto de la maquinaria va reclamando cada dia establecimientos mayores; estos traen la acumulacion de la riqueza; de la acumulacion resulta la miseria del mayor número; detener á la humanidad en su carrera, es imposible; ¿á dónde vamos á parar? El entendimiento se abruma y el corazon se contrista. ¿Cómo se resuelve el

problema? ¿Será que la Providencia tenga reservado para lo venidero algun arcano venturoso, pero que la prole de Adan no haya de alcanzarle sino despues de mucho sufrimiento, como tantas veces le ha sucedido?

Al ver como perecen á millones los individuos, como sufren inexplicables padecimientos generaciones enteras, tal vez durante largos siglos, para obtener el triunfo de una idea, ó el arraigo de una institucion, saltan á la vista dos verdades: 1.ª que el destino del individuo humano no acaba en la tierra; 2.ª que ese ser que llamamos humanidad está subordinado á los designios de una Providencia.

Si la Inglaterra desapareciese del mapa de Europa, resultaria un desequilibrio que haria imposible la paz europea.

Creen algunos que la Europa no puede ya pasar por conflictos semejantes al de la irrupcion de los bárbaros del Norte, ó de los árabes; pero tal vez no han reflexionado bastante sobre lo que de sí podria dar el Asia gobernada por la Rusia. Mehemed-Alí con sus ensayos en pequeño ha evidenciado que el Oriente es susceptible de grandes revoluciones. — J. B.

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN EL TOMO CUARTO.



(NÚMEROS DE LA REVISTA CORRESPONDIENTES AL 1.º Y 15 DE MARZO DE 1814.) — *Barcelona. Artículo 1.º* Reflexiones sobre las causas de su prosperidad, y refutación de algunas preocupaciones. Cotejo entre Madrid y Barcelona. Opinión del general Seoane. Lo que dicen los enemigos del engrandecimiento de Barcelona. Examinase su influencia industrial y mercantil sobre las poblaciones subalternas del Principado. Reflexiones generales sobre la influencia de las grandes capitales europeas.

Sobre la instrucción del clero. Diferentes sistemas seguidos por los apologistas de la Religión. Necesidades peculiares de cada época, precisión de acomodarse á ellas. Admirable efecto que produce la reunión en una misma persona de santidad, de sabiduría, y del sacerdocio. Necesidad de dotar bien las cátedras de los seminarios. Algunas observaciones sobre el aislamiento de la enseñanza eclesiástica. Efectos que puede producir. Diferencia entre nuestro siglo y los anteriores.

El Socialismo. Art. 1.º Efecto que producen las doctrinas socialistas. Las ilusiones de esta escuela no son para despreciadas. Carácter que distingue á los modernos socialistas de los antiguos utopistas. Causas de este fenómeno. Como se presenta la sociedad sin las luces de la razón cristiana. Aspecto aflictivo que ofrece la humanidad. Reflexiones consoladoras que sugiere la Religión.

PÁG.

5

13

20

Algunas reflexiones sobre la vida y la influencia de los párrocos rurales. Contrastes de la vida del párroco. Efectos que de ella resultan. Interés que tienen la Iglesia y el Estado en que los párrocos correspondan dignamente al objeto de su misión. Influencia que pueden tener los párrocos en el desarrollo de la prosperidad pública. Aplicación á España. Los párrocos y la estadística. Como podrían estos contribuir á la mejora de ramo tan importante.

28

Polémica religiosa. Carta décima á un escéptico en materias de religión. Escuela filosófica francesa de Mr. Cousin. Razones que tiene el clero francés para levantar la voz contra ella. Lo que enseñaba Mr. Cousin en 1818 y en 1819. Su panteísmo. Citas justificativas. Con las teorías de Mr. Cousin, todas las religiones quedan reducidas á la nada. Conclusión.

35

Barcelona. Art. 2.º La cuestión del derribo de murallas y fortalezas examinado bajo el punto de vista militar y político. Estado de la cuestión. Graves razones que militan por ambas partes. Suposición de una invasión extranjera. Razones que en tal caso militan á favor de la continuación del presente estado. Razones en contra. Quizás estas son mas graves que aquellas. Dilema de difícil solución. La cuestión de las fortificaciones considerada con relación á la conservación del orden. Para esto de nada sirven las murallas. La cuestión queda reducida á si conviene ó no conservar algunos fuertes que dominen la población. Graves razones que militan por ambos lados. Lo que produce un bombardeo. Daño que hizo á Espartero este acto de crueldad. Cuáles son los verdaderos medios de gobierno. Gravedad de la presente cuestión. Pulso y detenimiento con que se debe proceder en ella. A quien se debería oír antes de resolverla. Ventajas materiales que Barcelona reportaría del derribo. Conjeturas sobre el porvenir de la cuestión de las murallas.

45

El Socialismo. Art. 2.º Teorías de Roberto Owen. Circunstancias particulares de este innovador. Su *manifesto* de Londres. Rechaza todos los sistemas sociales que han existido hasta ahora. Intolerable orgullo de Owen. Lo que son los innovadores sin el cristianismo. Origen de sus errores. Sus calumnias contra la humanidad. Sus pomposas promesas. Nuevo espíritu y nueva voluntad que pretende producir en el género humano. Bienestar

universal. Prontitud de su realizacion. Owen se lisonjea de realizar sus tan brillantes sueños sin revoluciones sangrientas. Consideraciones que quiere tener á lo que él apellida las viejas supersticiones. Extraña confianza con que habla de sus proyectos y de la proximidad de su realizacion.

59

El Socialismo. Art. 3.º Continúa la exposicion de las teorías de Owen. Lo que es el hombre segun las doctrinas de este reformador. La doctrina de Owen es un plagio de la escuela materialista y fatalista. Niega la espiritualidad del alma y el libre albedrío. Horribles consecuencias de semejante doctrina. En qué consiste segun él la verdadera felicidad.

70

El Socialismo. Art. 4.º Continúa el exámen de las teorías de Roberto Owen. Cual es la religion de este reformador. Sus errores sobre el culto. Ciencia de gobierno. Quiere llegar á la abolicion de toda recompensa y de toda pena. Quiere declarar la completa irresponsabilidad del individuo. Lo que seria la sociedad con estas doctrinas. Vida comun. Imposibilidad de realizarla. Las jerarquías de Owen. Su sistema de educacion. Owen suelta la rienda á todas las pasiones. Su sistema considerado bajo el aspecto económico. Su influencia en aumentar la violencia de las pasiones y el choque de los intereses individuales. Lo que es la vida comun bajo la influencia religiosa. El resultado del sistema de Owen seria la pereza, la indolencia mas cumplida, el total abandono á todo linaje de pasiones. Se confirma con lo sucedido á Owen en América en su ensayo de New-Harmony. Es menester contar con los hombres tales como son en sí, no como deseáramos que fuesen. Conclusion.

75

Barcelona. Art. 3.º Se desvanece un error sobre las causas de sus revueltas. Diferencia entre Barcelona y las demás capitales de España. Papel que ha representado desde 1833. Causas que han producido este fenómeno. No ha dimanado del provincialismo. Reflexiones sobre este particular. Equivocaciones que con respecto al espíritu de Cataluña corren muy válidas así en España como en el extranjero. Se desvanecen con la historia en la mano. Revolucion de 1640. Guerra de sucesion. Efectos de la política de la casa de Borbon. Efectos de la revolucion francesa. Despues de este suceso el provincialismo de Cataluña ha desaparecido casi del todo.

85

Polémica religiosa. Carta undécima á un escéptico en materias de religion. Cómo ha podido introducirse en Francia la filosofia alemana. Su oposicion con el genio francés. Conjeturas sobre el porvenir de esta filosofia en Francia. Se propone el argumento de un escéptico contra la Religion cristiana. Palabras del escéptico. Su equivocacion sobre la enseñanza del cristianismo con respecto al amor propio. Es falso que la Religion nos prohíba amarnos á nosotros mismos. Pruebas sacadas del mismo catecismo. Lo que significa el principio de la caridad bien ordenada. Lo que nos dice el catecismo sobre el origen y destino del hombre. La Religion cristiana hermana y armoniza de una manera admirable el amor de Dios, el de sí mismo y el del prójimo. Cómo se entiende la muerte del amor propio de que hablan los autores místicos. Cómo se entiende el aborrecimiento de sí mismo. Cómo entendian los santos el amor propio en medio de sus mortificaciones. Recursos que le quedan al escéptico despues de desbaratados sus argumentos. Nuevo terreno en que en tal caso se colocaria la cuestion. La moral del Evangelio ha sido aplaudida hasta por los mas violentos enemigos del cristianismo. Un consejo á los impugnadores de la Religion cristiana.

91

(NÚMERO DE LA REVISTA CORRESPONDIENTE AL 7 DE SETIEMBRE DE 1844).— *Barcelona. Art. 4.º Rápida ojeada sobre las revueltas de Barcelona desde 1833, y exámen de sus causas.* Situacion de Barcelona al principio de la revolucion. Sus disposiciones particulares para contagiarse. Popularidad de la revolucion en Barcelona en 1833. Empieza la reaccion de ideas en 1833. Sucesos de 1840. Revolucion de 1842. Pronunciamiento de junio. Situacion actual.

105

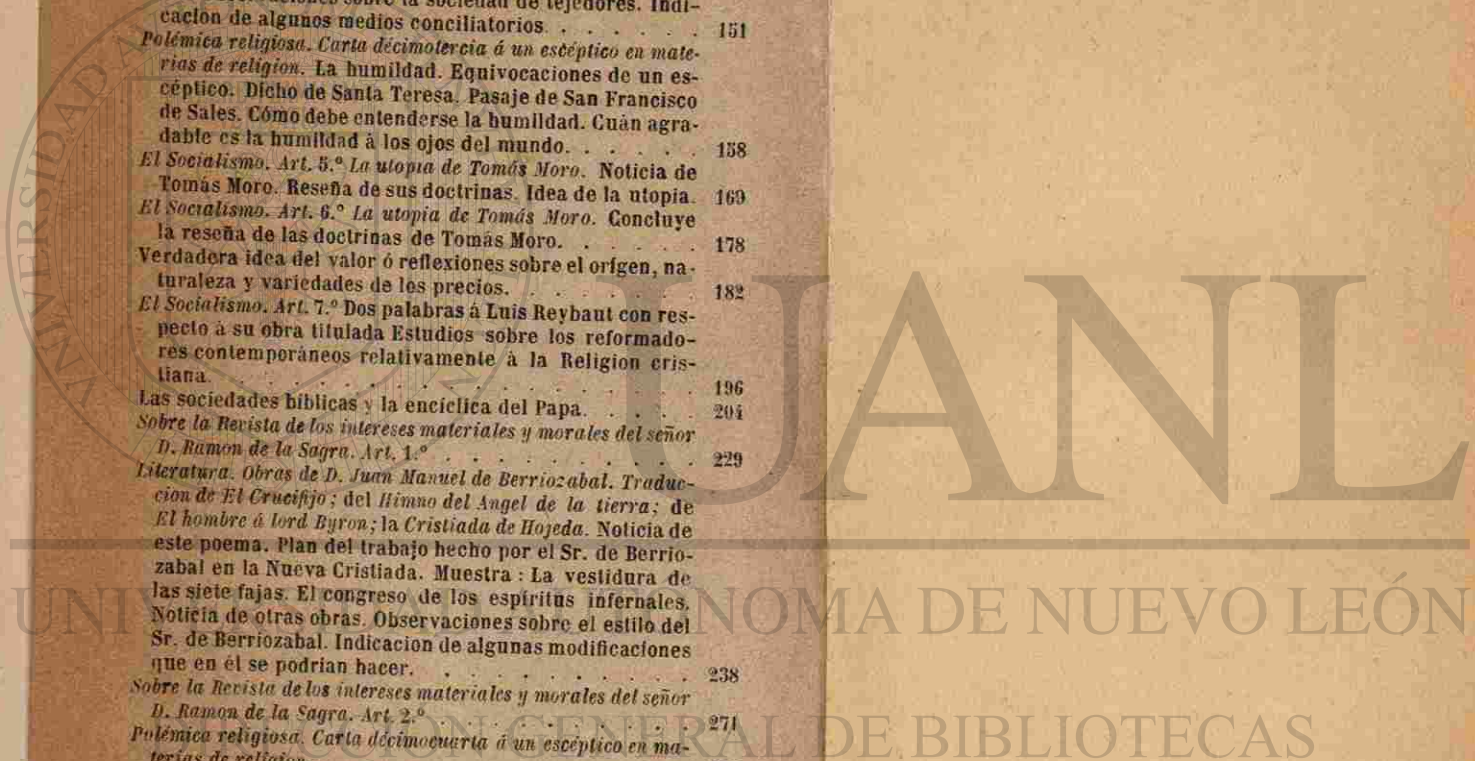
Instrucción primaria. Su importancia bajo el aspecto religioso y moral. Lo que deben ser los maestros. Dos calidades de la infancia. Necesidad de que los maestros profesen principios religiosos. Inconvenientes de la ficcion en este particular. Cómo se enseña la Religion á los niños. Observaciones sobre este punto. Aritmética. Observaciones sobre ella. La precocidad. Situacion actual de España con respecto á la instruccion primaria.

115

Barcelona. Art. 5.º Consideraciones generales sobre los efectos del desarrollo de la industria en las sociedades modernas. Division entre fabricantes y trabajadores. Sus relaciones con la situacion de los demás paises industriales.

Dolencia de las sociedades modernas. Atraso de la economía política bajo el aspecto social. Un dicho célebre. Razon de que la industria aumente los pobres. Reflexiones sobre los grandes establecimientos.	129
<i>Polémica religiosa. Carta duodécima á un escéptico en materias de religion. El Evangelio y las pasiones.</i>	140
<i>Barcelona. Art. 6.º Relaciones entre fabricantes y trabajadores. Observaciones sobre la sociedad de tejedores. Indicación de algunos medios conciliatorios.</i>	151
<i>Polémica religiosa. Carta décimotercia á un escéptico en materias de religion. La humildad. Equivocaciones de un escéptico. Dicho de Santa Teresa. Pasaje de San Francisco de Sales. Cómo debe entenderse la humildad. Cuán agradable es la humildad á los ojos del mundo.</i>	158
<i>El Socialismo. Art. 5.º La utopia de Tomás Moro. Noticia de Tomás Moro. Reseña de sus doctrinas. Idea de la utopia.</i>	169
<i>El Socialismo. Art. 6.º La utopia de Tomás Moro. Concluye la reseña de las doctrinas de Tomás Moro.</i>	178
Verdadera idea del valor ó reflexiones sobre el origen, naturaleza y variedades de los precios.	182
<i>El Socialismo. Art. 7.º Dos palabras á Luis Reyhant con respecto á su obra titulada Estudios sobre los reformadores contemporáneos relativamente á la Religion cristiana.</i>	196
Las sociedades bíblicas y la enciclica del Papa.	204
<i>Sobre la Revista de los intereses materiales y morales del señor D. Ramon de la Sagra. Art. 1.º</i>	229
<i>Literatura. Obras de D. Juan Manuel de Berriozabal. Traducción de El Crucifijo; del Himno del Angel de la tierra; de El hombre á lord Byron; la Cristiada de Hojeda. Noticia de este poema. Plan del trabajo hecho por el Sr. de Berriozabal en la Nueva Cristiada. Muestra: La vestidura de las siete fajas. El congreso de los espíritus infernales. Noticia de otras obras. Observaciones sobre el estilo del Sr. de Berriozabal. Indicación de algunas modificaciones que en él se podrian hacer.</i>	238
<i>Sobre la Revista de los intereses materiales y morales del señor D. Ramon de la Sagra. Art. 2.º</i>	271
<i>Polémica religiosa. Carta décimoquarta á un escéptico en materias de religion.</i>	278
Miscelánea. Pensamientos sobre literatura, filosofía, política y religion.	291

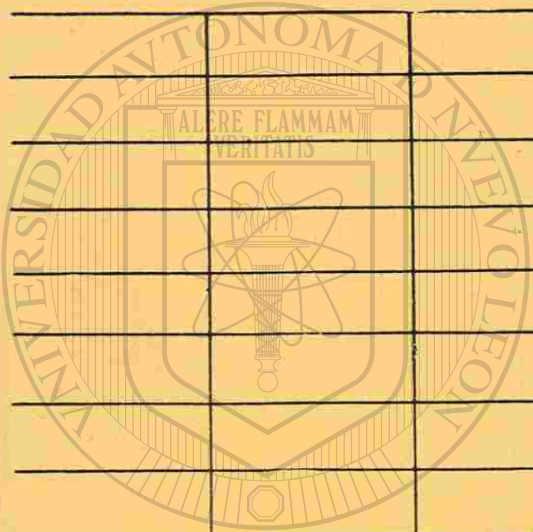
FIN DEL INDICE.



CAPILLA ALFONSINA

U. A. N. L.

Esta publicación deberá ser devuelta
antes de la última fecha abajo indi-
cada.

 <p>UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN</p> <p>UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN</p> <p>DIRECCION GENERAL</p>		

AP60

B3

v. 4

1873

45866

AUTOR

BALMES, Jaime Luciano

U A N L

DE NUEVO LEÓN

®

BIBLIOTECAS

